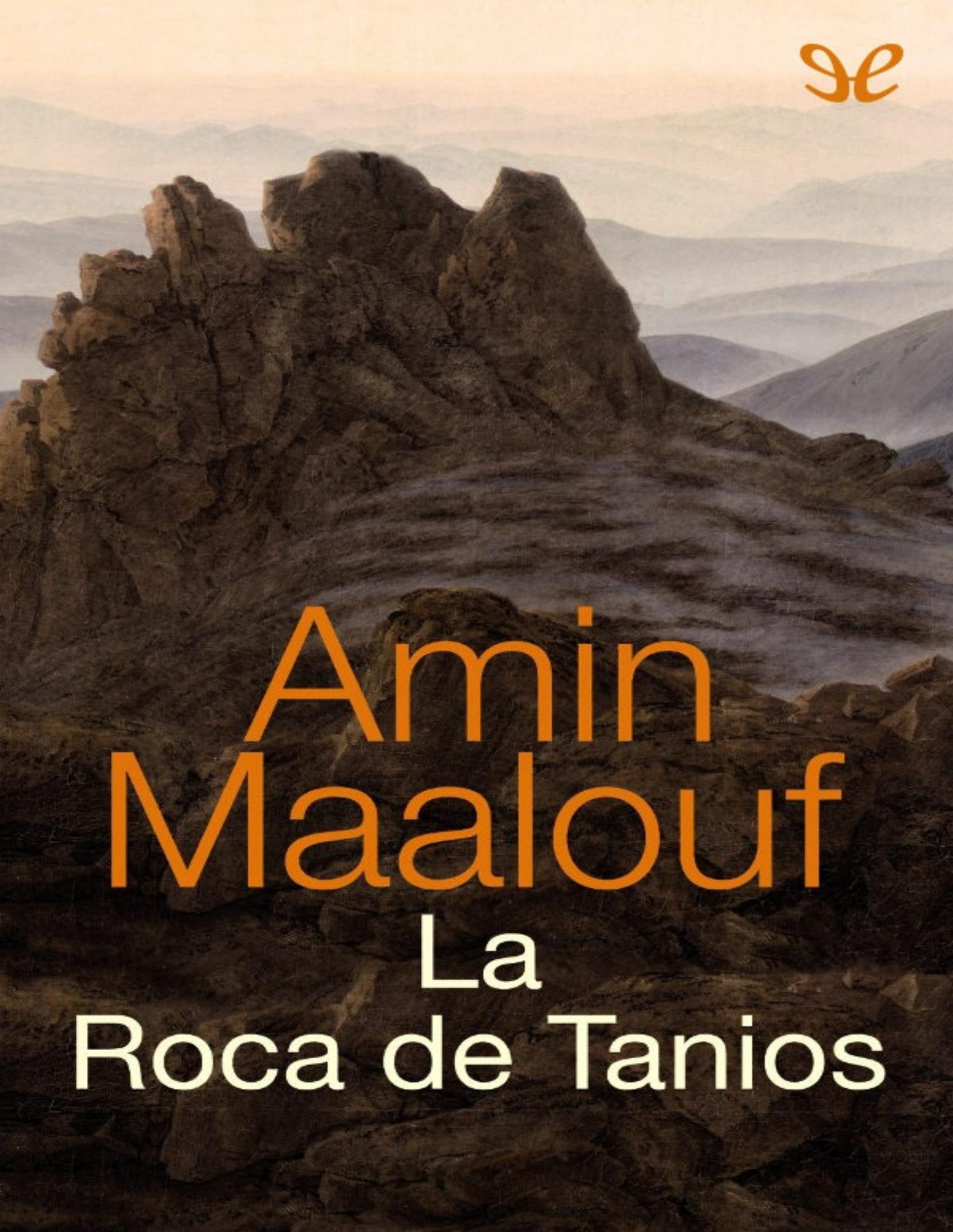




se



Amin  
Maalouf  
La  
Roca de Tanios

Ambientada en el siglo XIX, en un Líbano dividido por el enfrentamiento entre Egipto y el Imperio Otomano, «La roca de Tanios» —novela inspirada en un hecho real— gira en torno a la muerte violenta de un patriarca, cuyo asesino, refugiado en Chipre, es devuelto con engaños a su tierra para ser castigado. La reconstrucción de la historia va dibujando la figura de Tanios, convertido por obra del destino en héroe legendario y liberador de su pueblo. El amor, la venganza y la muerte sirven a Amin Maalouf para tejer la trama de este relato lleno de peripecias que es, a la vez, una deliciosa crónica de la vida cotidiana en un pueblo en el cual la tolerancia se ve amenazada por unos acontecimientos que presagian un futuro de violento antagonismo.



Amin Maalouf

# **La roca de Tanios**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 13.03.2019

Título original: *Le rocher de Tanios*  
Amin Maalouf, 1993  
Traducción: María Concepción García-Lomas

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0



# Índice de contenido

Cubierta

La roca de Tanios

Primer pasaje La tentación de Lamia

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Segundo pasaje El verano de las langostas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Tercer pasaje El destino en los labios del loco

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Cuarto pasaje La escuela del pastor inglés

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Quinto pasaje Cabeza de viejo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Sexto pasaje Una extraña mediación

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Séptimo pasaje Naranjas en la escalera

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Octavo pasaje De rodillas por la gloria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Último pasaje Culpable de piedad

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Nota del autor

*En memoria del hombre de las alas rotas*

*¡Es un pueblo para el que se han levantado esos Alleghanys y Líbanos de  
ensueño!...  
¿Qué benévolos brazos, qué hora feliz me devolverán esa región de donde  
vienen mis sueños  
y mis menores movimientos?*

*ARTHUR RIMBAUD  
Illuminations*

En el pueblo en que nací, las rocas tienen un nombre: el Navío, la Cabeza del Oso, la Emboscada, el Muro, y también los Gemelos, llamados además los Senos del Vampiro. La más importante es la Piedra de los Soldados; desde allí se vigilaba antaño cuando la tropa perseguía a los insumisos. Ningún lugar es más venerado ni está más cargado de leyendas. Sin embargo, cuando vuelvo a ver en sueños el paisaje de mi infancia, es otra la roca que se me aparece. Tiene el aspecto de un asiento majestuoso, hundido y gastado en el lugar correspondiente a las nalgas y con un respaldo alto y recto que desciende a cada lado a modo de brazos, y es la única, creo, que tiene un nombre de hombre, la Roca de Tanios.

He contemplado durante mucho tiempo ese trono de piedra sin atreverme a abordarlo. No era miedo al peligro; en el pueblo, las rocas eran nuestro terreno de juego favorito, e incluso, siendo niño, solía desafiar a los que eran mayores que yo a las escaladas más peligrosas; no teníamos más equipo que nuestras manos y nuestras piernas desnudas, pero nuestra piel sabía pegarse a la piel de la piedra y no había coloso que se nos resistiera.

No, no era el miedo a caerme lo que me detenía. Era una creencia, y era un juramento exigido por mi abuelo algunos meses antes de su muerte. «¡Cualquier roca, pero ésa jamás!». Los otros chiquillos permanecían, como yo, a distancia, con el mismo temor supersticioso. Ellos también habían tenido que prometer con la mano en el bozo y habían obtenido la misma explicación: «Se le apodaba Tanios-kisk. Fue a sentarse en esa roca. Nunca se le volvió a ver».

Habían evocado a menudo delante de mí a ese personaje, protagonista de tantas historietas pueblerinas, y siempre me había intrigado su nombre. Tanios, como yo bien sabía, era una de las numerosas variantes locales de Antonio, lo mismo que Antun, Antonios, Mtanios, Tanos o Tannus... Pero ¿por qué ese risible apodo de «kisk»? Eso no quiso revelármelo mi abuelo: sólo me dijo lo que consideraba que podía decir a un niño: «Tanios era el hijo de Lamia. Seguramente has oído hablar de ella. Sucedió en un pasado muy lejano, ni siquiera yo había nacido aún, y mi padre tampoco. En aquel tiempo, el pachá de Egipto guerreaba contra los otomanos y nuestros antepasados sufrieron mucho. Sobre todo después del asesinato del patriarca. Le mataron justo allí, a la entrada del pueblo, con el fusil del cónsul de Inglaterra...». Así es como hablaba mi abuelo cuando no quería responderme; lanzaba fragmentos de frases como si indicara un camino, después otro, luego un tercero, sin internarse, no obstante, por ninguno de ellos. Tuve que esperar años antes de descubrir la verdadera historia.

Sin embargo, yo tenía la mejor pista, puesto que conocía el nombre de Lamia. En la región lo conocíamos todos, gracias a un dicho que, por suerte, sobrevivió dos siglos para llegar hasta nosotros: «Lamia, Lamia, ¿cómo podrías esconder tu belleza?».

Por eso, aún en nuestros días, cuando los jóvenes reunidos en la plaza ven pasar a alguna mujer envuelta en un chal, siempre hay alguno que murmura: «Lamia, Lamia...». Lo que, con frecuencia, es un auténtico cumplido, pero también a veces puede ser muestra de la burla más cruel.

La mayoría de esos jóvenes no saben gran cosa de Lamia, ni del drama cuyo recuerdo ha conservado ese dicho. Se contentan con repetir lo que han oído en boca de sus padres o de sus abuelos, y a veces, como ellos,

acompañan sus palabras con un gesto de la mano hacia la parte alta del pueblo, hoy deshabitada, pero donde se divisan las ruinas todavía imponentes de un castillo.

A causa de ese gesto que tantas veces han repetido delante de mí, me imaginé durante mucho tiempo a Lamia como una especie de princesa que, detrás de aquellos altos muros, hurtaba su belleza a las miradas pueblerinas. ¡Pobre Lamia! Si yo hubiera podido verla afanarse en las cocinas o corretear descalza por los vestíbulos, con un cántaro en la mano y un pañuelo en la cabeza, difícilmente habría podido confundirla con la castellana.

Tampoco fue una sirvienta. Hoy sé un poco más sobre ella, gracias, en primer lugar, a los ancianos del pueblo, hombres y mujeres, a los que interrogué sin descanso. Esto sucedía hace veinte años, y más, y desde entonces han muerto todos, excepto uno. Su nombre es Gebrayel, era primo de mi abuelo y hoy tiene noventa y seis años. Si le nombro, no es solamente porque tuvo el privilegio de sobrevivir, sino, sobre todo, porque el testimonio de este antiguo maestro apasionado por la historia local es el más valioso de todos; verdaderamente irremplazable. Yo permanecía durante horas mirándole fijamente; tenía una nariz con grandes orificios y unos labios gruesos en una cabeza pequeña, calva y arrugada, unos rasgos que, por supuesto, la edad había acentuado. No le he visto últimamente, pero me aseguran que sigue teniendo ese tono de confianza, esa misma elocución apasionada y una memoria intacta. A través de las palabras que me dispongo a escribir, es su voz la que, con frecuencia, se deberá escuchar.

Debo a Gebrayel el haber adquirido muy pronto la íntima convicción de que Tanios, respecto al cual se tiene generalmente la tendencia de no ver más que el mito, había sido un ser de carne y hueso. Las pruebas vinieron más tarde, años más tarde, cuando con la ayuda de la suerte, pude al fin encontrar documentos auténticos.

Hay tres que citaré con frecuencia: dos que emanan de personajes que conocieron a Tanios de cerca y un tercero más reciente. Su autor es un religioso fallecido inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, el monje Elías de Kfaryabda; éste es el nombre de mi pueblo, no creo haberlo mencionado todavía. Su obra se titula como sigue: *Crónica montañesa o la*

*historia del pueblo de Kfaryabda de las aldeas y de las granjas que de él dependen de los monumentos que allí se levantan de las costumbres que se observan de las personas notables que allí han vivido y de los acontecimientos que tuvieron lugar con el permiso del Altísimo.*

Un libro extraño, desigual, desconcertante. En ciertas páginas el tono es personal, la pluma se enardece y se libera; uno se deja llevar por algunas vehemencias poéticas, por algunas licencias osadas y cree que está en presencia de un verdadero escritor. Y luego, de pronto, como si temiera haber pecado de orgullo, el monje se retrae, se eclipsa, su tono se apaga y él se rebaja para hacer penitencia en su papel de piadoso compilador, mientras acumula las imitaciones de los autores del pasado y de los notables de su tiempo, preferentemente en verso, esos versos árabes de la época de la Decadencia que resultan tan afectados por sus imágenes convencionales y sus fríos sentimientos.

De esto no me di cuenta hasta después de haber terminado la segunda lectura minuciosa de aquellas mil páginas —novecientas ochenta y siete, exactamente— desde el preámbulo hasta el tradicional verso final que dice «tú que has leído mi libro muéstrate indulgente...». Al principio, cuando tuve entre mis manos esa obra, cuya encuadernación de color verde estaba simplemente adornada con un gran rombo negro, y la abrí por primera vez, sólo me fijé en esa letra apretada, sin puntos ni comas, sin párrafos tampoco, sólo unos cabrilleos caligráficos rectangulares, encerrados en sus márgenes como un lienzo en su marco, y aquí y allá alguna palabra suelta para recordar la página anterior o anunciar la siguiente.

Yo hojeaba el monstruo con la punta de los dedos, con el rabillo del ojo, dudando si enfrascarme en una lectura que tenía traza de ser engorrosa, cuando delante de mí se destacaron estas líneas que copié inmediatamente y más tarde traduje y puntué:

«Del cuatro de noviembre de 1840 data la enigmática desaparición de Tanios-kisk... Sin embargo, lo tenía todo, todo lo que un hombre puede esperar de la vida. Su pasado se había resuelto, el camino del porvenir se había allanado. Es imposible que abandonara el pueblo voluntariamente. Nadie duda que la roca que lleva su nombre está maldita».

Inmediatamente, las mil páginas dejaron de parecerme opacas y empecé a mirar ese manuscrito de otra manera. Como una guía, como un compañero, o quizá como una montura.

Mi viaje podía comenzar.

# Primer pasaje

## La tentación de Lamia

*Quiera el Altísimo concederme Su perdón por las horas y los días que voy a tener que robar al tiempo bendito de la oración y de las Santas Lecturas, a fin de escribir esta historia imperfecta de la gente de mi región; mi excusa es que ninguno de los minutos que vivimos habría existido sin los milenios que le han precedido, y que ninguno de los latidos de nuestro corazón habría sido posible si no hubiera habido generaciones sucesivas de antepasados, con sus encuentros, sus promesas, sus uniones consagradas o, también, sus tentaciones.*

Preámbulo de la *Crónica montañesa*,  
obra del monje Elías de Kfaryabda.

# Capítulo 1

---

EN aquel tiempo, el cielo estaba tan bajo que ningún hombre osaba erguirse cuan alto era. Sin embargo, existía la vida, existían los deseos y las fiestas, y aunque nunca se esperara lo mejor en este mundo, se esperaba cada día escapar de lo peor.

El pueblo entero pertenecía entonces a un mismo señor feudal. Era el heredero de un antiguo linaje de jeques, pero cuando hoy se habla de «la época del jeque» sin otra precisión, nadie se equivoca, se trata de aquel a cuya sombra vivió Lamia.

No era, ni mucho menos, uno de los personajes más poderosos del país. Entre la planicie oriental y el mar había decenas de propiedades más extensas que la suya. Él poseía solamente Kfaryabda y algunas granjas de alrededor; debía de tener bajo su autoridad trescientas familias, no más. Por encima de él y de la gente de su misma condición estaba el emir de la montaña, y por encima del emir, los pachás de las provincias, los de Trípoli, de Damasco, de Sidón o de Acre. Y aún más alto, mucho más alto, cerca del Cielo, estaba el sultán de Estambul. Pero la gente de mi pueblo no miraba tan alto. Para ellos, «su» jeque era ya un personaje considerable.

Cada mañana, eran numerosos los que tomaban el camino del castillo para esperar a que se despertara, apiñándose en el pasillo que llevaba a su habitación. Y cuando aparecía, le recibían con cien fórmulas de salutación, en voz alta y en voz baja, cacofonía que acompañaba cada uno de sus pasos.

La mayoría de ellos iban vestidos como él, pantalón bombacho negro, camisa blanca de rayas y un gorro color de tierra, y todo el mundo, o casi todo, lucía el mismo bigote tupido y orgullosamente retorcido hacia arriba en un rostro lampiño. ¿Y qué era lo que distinguía al jeque? Solamente ese chaleco verde manzana, adornado con hilos de oro, que llevaba en todas las estaciones como otros llevan una cibelina o un cetro. Dicho esto, incluso sin

ese adorno, a ningún visitante le habría resultado difícil distinguir al señor en medio de su gente a causa de esas inclinaciones que todas las cabezas efectuaban unas después de otras para besarle la mano, ceremonial que continuaba hasta la Sala de los Pilares, hasta que se sentaba en su lugar habitual en el estrado y se llevaba a los labios la boquilla dorada del tubo de su pipa de agua.

Más tarde, al volver a sus casas ese día, esos hombres dirían a sus esposas: «Esta mañana he visto la mano del jeque». No les dirían: «He besado la mano...». Eso se hacía, desde luego, y en público, pero no se decía por pudor. Ni tampoco: «He visto al jeque». ¡Frase pretenciosa, como si se tratara de un encuentro entre dos personajes de igual rango! No, «He visto la mano del jeque», ésta era la expresión consagrada.

Ninguna otra mano tenía tanta importancia. La mano de Dios y la del sultán sólo prodigaban las calamidades globales; era la mano del jeque la que repartía las desgracias cotidianas, y también, a veces, migajas de felicidad.

En el habla de la gente de la región, la misma palabra, kaff, designaba a veces la mano y la bofetada. Cuántos señores habían hecho de ella un símbolo de poder y un instrumento de gobierno. Cuando hablaban entre ellos, lejos de los oídos de sus súbditos, un adagio se repetía en su boca: «Es necesario que un campesino tenga siempre una bofetada cerca de la cara», queriendo decir que deben vivir constantemente atemorizados y con la espalda doblada. Por otra parte, «bofetada» no era a menudo más que una expresión eufemística para decir «grilletes», «látigo», «cargas»...

Ningún señor era sancionado por haber maltratado a sus súbditos; si, en raras ocasiones, las autoridades superiores no se lo perdonaban era porque estaban decididas a perderle por otras razones muy diferentes, y buscaban el menor pretexto para aniquilarle. Hacía siglos que se vivía bajo el reinado de la arbitrariedad, y si antaño había existido alguna vez una época de equidad, nadie lo recordaba ya.

Cuando se tenía la suerte de tener un señor menos codicioso, menos cruel que los demás, uno se consideraba privilegiado y daba gracias a Dios por haber mostrado tanta buena voluntad, como si se le juzgara incapaz de hacerlo mejor.

Éste era el caso de Kfaryabda; recuerdo mi asombro, y más de una vez mi indignación, por la manera afectuosa con la que algunos campesinos evocaban a ese jeque y su reinado. Es verdad —decían— que daba su mano a besar de buen grado y que, de cuando en cuando, propinaba a uno de sus súbditos una sonora bofetada, pero jamás era una vejación gratuita; como era él quien hacía justicia en su territorio y todas las desavenencias —entre hermanos, entre vecinos, entre marido y mujer— se solventaban ante él, el jeque tenía la costumbre de escuchar a los demandantes, y después a algunos testigos, antes de proponer un arreglo; se conminaba a las partes a aceptarlo y, a continuación, a reconciliarse en el acto con los abrazos de costumbre; si alguien se ponía terco, la bofetada del señor intervenía como último argumento.

Semejante sanción era lo suficientemente excepcional como para que los campesinos no pudieran hablar de otra cosa durante semanas, esforzándose por describir el silbido de la bofetada y fantaseando sobre las marcas de los dedos, que permanecerían visibles durante tres días, y sobre los párpados del desgraciado que ya nunca dejarían de pestañear.

Los parientes del hombre abofeteado iban a visitarle. Se sentaban en círculo en la habitación, silenciosos como en un duelo. Luego, uno de ellos elevaba la voz para decir que no había que sentirse humillado. ¿Quién no había sido abofeteado por su padre?

Así era como el jeque quería que le consideraran. Cuando se dirigía a la gente de su territorio, incluso a los de más edad, decía «¡yabné!», «¡hijo mío!», o «¡hija mía!», «¡ya binté!». Estaba convencido de que un pacto íntimo le unía a sus súbditos; ellos le debían obediencia y respeto y él les debía su protección en todas las circunstancias. Incluso en ese comienzo del siglo XIX, esta especie de paternalismo integral estaba considerado ya como una incongruencia, una reliquia de una edad primordial de infancia e inocencia, a la que la mayoría de los lugareños se adaptaban y de la que algunos de sus descendientes tienen aún nostalgia.

Yo mismo, debo confesarlo, al descubrir algunas facetas del personaje, he sentido que disminuía mi rigor con respecto a él. Ya que si «nuestro jeque» se aferraba a cada una de sus prerrogativas, no hacía caso omiso de sus deberes

como tantos otros señores. Así, todos los campesinos debían entregarle una parte de su cosecha, pero él solía decir a cambio que «mientras en el castillo quedara un pan y una aceituna, nadie pasaría hambre en este territorio». Los campesinos habían podido verificar más de una vez que no eran palabras vanas.

A los ojos de los lugareños era igualmente importante la manera en que el jeque trataba con las autoridades superiores, y ésta es la principal razón por la que han guardado de él un recuerdo tan complaciente. Los otros señores, cuando el emir o el pachá exigía de ellos algún nuevo impuesto, no se tomaban la molestia de argumentar, diciéndose que más valía exprimir a sus súbditos antes que enemistarse con los poderosos. No así «nuestro» jeque. Él vociferaba, porfiaba, enviaba súplica tras súplica, hablaba de escasez, de hielos, de langostas, deslizaba oportunos sobornos, y a veces obtenía un aplazamiento, una rebaja, y hasta una exención. Dicen que entonces los agentes del Tesoro arrebatában las sumas que faltaban a otros señores más dóciles.

No se salía con la suya con frecuencia. Muy pocas veces las autoridades estaban dispuestas a transigir en materia de impuestos, pero al menos él había tenido el mérito de intentarlo y los campesinos le estaban agradecidos por ello.

Igualmente apreciada era su conducta en tiempos de guerra. Invocando una antigua costumbre, había obtenido para sus súbditos el derecho a combatir bajo su propia bandera en lugar de ser enrolados con el resto de la tropa. Un privilegio inaudito para un feudo tan minúsculo que sólo podía llamar a filas, en el mejor de los casos, a unos cuatrocientos hombres. Para los lugareños, la diferencia era grande. ¡Partir con sus hermanos, sus hijos, sus primos, comandados por el propio jeque, que los conocía a todos por su nombre! ¡Saber que no se les abandonaría allí mismo si resultaban heridos, que serían rescatados si les capturaban, que se les enterraría decentemente y se les lloraría si morían! ¡Saber también que no se les enviaría gratuitamente al matadero para complacer a algún pachá depravado! Los campesinos estaban tan orgullosos como el jeque de ese privilegio. Pero, por supuesto, había que merecerlo. No podían contentarse con guardar las apariencias, había que combatir, y valientemente, mucho más valientemente que la soldadesca de al

lado o de enfrente; era necesario que su bravura fuera citada constantemente como ejemplo en toda la montaña, en todo el imperio; era su orgullo, su honor, y también la única manera de conservar ese privilegio.

Por todas estas razones, la gente de Kfaryabda consideraba a «su» jeque como un mal menor, e incluso les habría parecido una verdadera bendición si no hubiera tenido un defecto, un insoportable defecto que, a los ojos de algunos lugareños, anulaba sus cualidades más nobles.

—¡Las mujeres! —me dijo el viejo Gebrayel, y en su rostro de cernícalo chispearon unos ojos carniceros—. ¡Las mujeres! El jeque las codiciaba todas y seducía una cada noche.

Respecto al último fragmento de la frase, es una fabulación, pero en cuanto al resto, que es en definitiva lo esencial, parece que el jeque, al igual que sus antepasados, al igual que tantos otros señores en todas las latitudes, vivía con la firme convicción de que todas las mujeres de su territorio le pertenecían; como las casas, como las tierras, las moreras y las viñas, como los hombres, por otra parte, y que un día u otro, a su conveniencia, podía hacer valer sus derechos.

Sin embargo, no hay que imaginarle como un sátiro merodeando por el pueblo a la busca de su presa, con sus hombres de confianza en el papel de ojeadores. No, las cosas no sucedían así. Por muy imperioso que fuera su deseo, no se desprendía en ningún momento de cierta reserva, jamás habría pensado en deslizarse furtivamente por una puerta secreta para aprovecharse como un ladrón de la ausencia de un marido. Era en su casa donde actuaba, por decirlo así.

Del mismo modo que todos los hombres debían subir, aunque sólo fuera una vez al mes, a «ver la mano del jeque», todas las mujeres debían dedicar un día al castillo para ayudar a los trabajos cotidianos o estacionales; ésa era su forma de demostrar su vasallaje. Algunas hacían alarde de habilidades particulares —una forma incomparable de golpear la carne en el mortero o de afinar la masa para el pan—, y cuando había que preparar un festín se requerían a la vez todas las competencias. En resumen, una forma de prestación, pero que, repartida así entre decenas, cientos de mujeres, se hacía menos penosa.

Quizá haya dado a entender que la contribución de los hombres se limitaba al besamanos matinal, y eso no estaría de acuerdo con la realidad. Tenían que ocuparse de la leña, de numerosas reparaciones y de rehacer los bancales que se derrumbaban en las tierras del jefe, sin olvidar la carga suprema de los varones, la guerra. Pero, en tiempos de paz, el castillo era una colmena de mujeres que se afanaban, charlaban y también se entretenían; y algunas veces, a la hora de la siesta, cuando el pueblo entero se hundía en una penumbra lánguida, una u otra de esas mujeres se perdía entre pasillos y habitaciones para reaparecer dos horas más tarde en medio de murmullos.

Algunas se prestaban a ese juego de muy buena gana, halagadas por ser cortejadas y deseadas. El jeque tenía buena presencia y además todas sabían que, en lugar de precipitarse sobre la primera cara bonita que divisaba, apreciaba el encanto y el ingenio. Todavía se cuenta en el pueblo esta frase que él repetía: «¡Hay que ser un burro para acostarse al lado de una burra!». Insaciable, pues, pero exigente. Es la imagen que se conserva de él hoy, y es probablemente esta misma imagen la que tenían sus contemporáneos, sus súbditos. Por eso, muchas mujeres deseaban que al menos se fijara en ellas, ya que eso les hacía sentirse seguras de su encanto, sin perjuicio de que, después, se dejaran o no sobornar. Un juego peligroso, lo reconozco, pero en el momento en que su belleza brotaba y luego florecía antes de ajarse, ¿podían acaso renunciar al deseo de seducir?

Sin embargo, la mayoría de las lugareñas, y a pesar de lo que diga el viejo Gebrayel, no deseaban esos amores sin mañana que las comprometían. No se prestaban a ningún otro galanteo que no fuera la evasión, y parece que el señor sabía resignarse cuando su «adversaria» se mostraba astuta; y primero, precavida, ya que a partir del momento en que una mujer deseada se encontraba a solas con él, ya no podía rechazarle sin humillarle, lo que ninguna aldeana hubiera tenido la osadía de hacer. Su habilidad debía ponerse a prueba antes, evitando precisamente encontrarse en esa situación embarazosa. Para ello, habían imaginado un repertorio de artimañas. Algunas mujeres, cuando les tocaba el turno de ir al castillo, se presentaban con un niño pequeño en los brazos, el suyo o el de una vecina. Otras, se hacían acompañar por su hermana o por su madre, seguras de que así no se las

molestaría. Otro procedimiento para escapar de las asiduidades del señor era ir a sentarse muy cerca de su joven esposa, la castellana, y no alejarse de ella hasta la noche.

El jeque no se había casado hasta que hubo cumplido cuarenta años, y aun así había sido necesario forzarle a ello. El patriarca de su comunidad había recibido tantas quejas contra el incorregible seductor, que había decidido utilizar su influencia para poner fin a esa situación escandalosa. Creyó haber encontrado la solución ideal: casarle con la hija de un jefe feudal mucho más poderoso que él, el señor del gran Jord, con la esperanza de que así, por consideración a su esposa, y más aún para no irritar a su suegro, el señor de Kfaryabda se vería obligado a sentar la cabeza.

El primer año, la señora había dado a luz un hijo, al que llamaron Raad. El hombre, sin embargo, a pesar de la satisfacción de tener un heredero, había recaído muy pronto en su vicio, dejando de lado a su esposa durante su embarazo, y más aún después del alumbramiento.

La señora, desmintiendo las previsiones del patriarca, iba a dar pruebas de una sorprendente debilidad. Sin duda tenía en la mente el ejemplo de su familia feudal, un padre y unos hermanos veleidosos y una madre resignada. A sus ojos, la conducta de su marido era el fruto de su temperamento así como de su rango social, dos cosas que ella no podía cambiar. No consentía que le hablaran de las aventuras del jeque, para no verse obligada a reaccionar. Pero las habladurías le llegaban y le hacían sufrir, aunque sólo lloraba cuando estaba sola o junto a su madre, a quien visitaba durante largas temporadas.

En el castillo, fingía indiferencia o una orgullosa ironía y ahogaba su pena en el azúcar. Constantemente sentada en el mismo lugar, un gabinete contiguo a su dormitorio, lucía a modo de tocado un *tantur* a la antigua, que consistía en un tubo alto de plata, que se colocaba verticalmente en la cabeza, y por encima del cual caía un velo de seda; un aderezo tan complicado que se guardaba muy bien de deshacerlo para irse a dormir. «Lo que —observa Gebrayel— no debía de ayudarla a recuperar los favores del jeque, como tampoco su corpulencia, por otra parte. Se dice que siempre tenía al alcance de la mano un cestillo de golosinas que las sirvientas y las visitas vigilaban

permanentemente por temor a que se vaciara. Y la castellana se atracaba como una cerda».

No era la única mujer que sufría, pero era entre los hombres donde la intemperancia del jeque suscitaba más rencor. Si bien algunos fingían creer que el asunto sólo les sucedía a las esposas, madres, hermanas o hijas de los demás, todos vivían constantemente con el temor de ver su honor mancillado. En el pueblo se susurraban constantemente nombres de mujeres, y todas las envidias y las venganzas se expresaban por ese camino. A veces estallaban disputas con pretextos fútiles, que revelaban la rabia contenida de unos y otros.

Se observaban, se espiaban. Bastaba que una mujer se arreglara con un toque de coquetería en el momento de acudir al castillo para que se sospechara que quería provocar al jeque. Y de entrada, se convertía en culpable, más culpable incluso que este último, a quien se otorgaba la excusa de «ser así». Verdad es que, para aquellas que querían evitar cualquier aventura, uno de los medios más seguros era presentarse ante el señor feas, mal vestidas, desfiguradas...

Sin embargo, hay mujeres que no consiguen disimular su belleza, o quizá sea su Creador quien se niega a verlas ocultas. ¡Pero Señor! ¡Cuántas pasiones en torno a ellas!

Una de esas mujeres vivía en mi pueblo en aquel tiempo. Era Lamia, precisamente. La del dicho.

## Capítulo 2

---

LAMIA llevaba su belleza como una cruz. A cualquier otra mujer le habría bastado con cubrirse con el velo o envolverse en una tela deslucida para dejar de atraer las miradas. No era ése el caso de Lamia. Se diría que estaba impregnada de luz. Por más que se cubriera, que se ocultara, que se confundiera entre la gente, se traicionaba indefectiblemente, se revelaba; bastaba con un gesto, con una nadería —una mano recogiendo sus cabellos, una cancioncilla canturreada como por descuido— para que sólo se la viera a ella y no se oyera más que su voz de agua clara.

Si bien en el trato con las demás, con todas las demás, para el jeque sólo contaban su vanidad y su sangre, con Lamia fue diferente desde el primer instante. Su gracia le intimidaba, sentimiento que rara vez había experimentado, y por eso sentía más deseo, pero menos impaciencia. Para conquistas más vulgares, ese guerrero nato tenía sus estrategias ya experimentadas: una palabra de ternura, una insinuación pícaro, una leve demostración de poder, y la plaza estaba ganada. Con Lamia, se había resignado a emprender un largo asedio.

Sin duda, no habría sabido atenerse a un acercamiento tan moderado si no se hubiera dado una circunstancia que le tranquilizaba y a la vez le coaccionaba: Lamia vivía bajo su techo, en un ala del castillo, puesto que era la esposa de su intendente, Gerios.

Escribano, chambelán, tesorero, secretario, a veces incluso confidente, este último no tenía funciones propiamente delimitadas. Debía tener informado a su señor del estado de sus tierras, de las cosechas, del reparto de las aguas, de los impuestos y de las ofensas. Consignaba, incluso, en un meticuloso registro, todos los regalos que los lugareños llevaban al castillo, por ejemplo que «Tubiyya, hijo de Wakim, ha venido a la Gran Fiesta —es decir, la Pascua

— con media libra de jabón y dos onzas de café...». El marido de Lamia era también el que redactaba los contratos de aparcería.

Si se hubiera tratado de un territorio más rico, más extenso, Gerios habría sido un alto dignatario; por lo demás, a los ojos de los aldeanos, su suerte era de las más envidiables; vivía libre de necesidades y los aposentos que ocupaba, modestos en comparación con los de su señor, estaban mejor acondicionados que las casas más hermosas del pueblo.

Fue después de haber obtenido este apreciado cargo cuando Gerios pidió la mano de Lamia. No obstante, su futuro suegro, un campesino bastante acomodado cuya hija mayor era la esposa del cura, había dudado mucho en concedérsela. El pretendiente parecía perfectamente capaz de satisfacer las necesidades de un hogar, pero el padre de Lamia no conseguía tomarle afecto. Por otra parte, pocas personas le apreciaban, sin que nadie supiera formular un reproche, si acaso cierta frialdad. Era, como se dice en el pueblo, «de aquellos que ni siquiera se ríen en presencia de un pan caliente». Por eso se le juzgaba hipócrita y altivo, e incluso, se le manifestaba hostilidad. Si aquello le afectaba, no lo dejaba traslucir y nunca reaccionaba. Con su posición, habría podido amargar la vida a las personas que no le querían, pero él no se permitía hacerlo. Sin embargo, nadie se lo agradecía. «No sabe hacer el bien ni el mal», se contentaban con decir con mala fe.

Cuando el predecesor de Gerios abandonó su puesto, el jeque le acusó de malversar importantes sumas de dinero. El marido de Lamia no habría podido cometer jamás semejante fechoría, pero según sus detractores, menos por integridad que por cobardía. Resulta difícil decirlo, ahora que todos los testigos se han callado. Sin embargo, parece cierto que su señor le inspiraba un verdadero terror, que temblaba en su presencia más que el más humilde aldeano y que se plegaba a todos sus caprichos. El jeque podía ordenarle escribir una carta al emir y, un instante después, alargarle el pie para que le ayudara a descalzarse. Y Gerios nunca oponía la menor resistencia.

Cuando los ancianos del pueblo evocan hoy al marido de Lamia, se complacen en contar una historia con algunas variantes de un relato a otro, pero con la misma sustancia. El jeque, ya lo he dicho, lucía un bigote abundante y no llevaba barba, y ése era un tema que se repetía constantemente

en su conversación. Los bigotes, para él, eran el honor, eran el poder, y cuando hacía una promesa importante, se arrancaba un pelo que entregaba muy solemnemente a la persona en cuestión, la cual lo recogía en un pañuelo limpio para devolvérselo el día en que la promesa se cumpliera. Por el contrario, solía burlarse de los que llevaban barba, tachándoles de sucios al pretender que les había visto limpiarse las manos en ella; de tal manera que, excepto el cura, ningún lugareño se atrevía a adornarse el mentón por miedo a convertirse en el blanco de los sarcasmos, mientras que todos, por supuesto, cultivaban el bigote, a la moda del jeque. Gerios no era una excepción; el suyo era una réplica exacta del de su señor, tupido, a veces engominado, y retorcido hacia arriba en un doble caracol. Hasta aquí, nada inusual; ese mimetismo es, desde el alba de los tiempos, un signo de deferencia.

Pero un día, hablando una vez más de bigotes delante de sus visitas, el jeque comentó, con una pizca de irritación, que el de su intendente era más frondoso que el suyo. Aquella misma noche, Lamia vio a su marido delante de un espejo, ocupado en cortarse la parte más abundante del bigote para dejárselo más ralo. La mujer asistió a esa extraña mutilación sin decir nada, pero se sintió humillada.

Así era Gerios. Hablaba poco, comía poco y rara vez sonreía. Era algo instruido, pero no tenía más ambición que la de conservar su puesto y la benevolencia de su señor, señor al que servía, por lo demás, con honradez y aplicación.

Con toda seguridad, Lamia se habría avenido con un marido menos pusilánime. ¡Era tan alegre y traviesa, tan espontánea! Pero cada vez que se hacía notar en público por una ocurrencia o una risita, cada vez que canturreaba una canción, Gerios aparecía, enfurruñado, mirándola fijamente con el ceño fruncido y la expresión inquieta. Entonces, ella se callaba. Y cuando se unía a las mujeres que llegaban a trabajar al castillo, participando de sus risas y de sus cuchicheos y cogiéndolas de las manos, su hombre se lo reprochaba. No cesaba de repetirle que debía «hacer respetar su rango en lugar de trabajar como una sirvienta»; cuando Lamia quería agradecerle, iba a dar conversación a la señora y a atracarse en su compañía.

Quizá él tuviera razón. Si hubiese seguido sus consejos, sin duda habría podido evitar, para ella misma y para sus parientes, muchas desgracias. Su existencia no habría levantado oleajes, habría vivido según su rango y habría envejecido según su rango; hoy estaría enterrada según su rango y ningún dicho habría reavivado el recuerdo de su imprudente belleza.

*Entre la novia y el esposo hay una diferencia de edad,  
ella tiene quince primaveras y él treinta inviernos.*

¿Con ocasión de qué bodas pueblerinas compuso estos versos un poeta popular? La *Crónica montañesa*, que los cita, no lo precisa; no me extrañaría descubrir un día que se referían a Lamia y a Gerios.

De hecho, la muchacha se dejaba llevar con frecuencia por su temperamento juvenil. Sólo se alegraba con las alegrías que la rodeaban y con las que hacía nacer a su alrededor. Agradar era su forma de ser, y agradaba. Sería lógico pensar que las mujeres del pueblo la envidiaban por su belleza o por ese famoso «rango» que se suponía debía hacer respetar. De ningún modo. Todas descubrían en ella esa limpidez, esa ausencia total de afectación, de pretensión, así como de hipocresía, y todas le hablaban como a una hermana. Incluso la señora le demostraba amistad, a pesar de que su indomable marido sólo tenía ojos para la esposa de Gerios; ya que, si bien es verdad que llamaba a todas las mujeres «¡hija mía!», cuando estas palabras se dirigían a Lamia, ponía en ellas tanta alegría, tanta dulzura, que parecían una caricia. En las cocinas, las mujeres bromeaban intentando imitar al señor con unos «¡ya binté!» melosos, por lo demás, en presencia de Lamia, que se reía de buena gana. No hay duda de que se sentía halagada, pero sin pensar por un instante en un posible resbalón.

En cuanto al jeque, probablemente tenía segundas intenciones, lo que no quiere decir que cada una de sus sonrisas o cada una de sus palabras afectuosas fuera un gesto calculado. Él no era así.

A decir verdad, si el incidente que entremezcló sus vidas obedecía a algún designio, éste no podía ser más que el de la Providencia.

«Un incidente, sólo un incidente, nada más», insistió Gebrayel. Sin embargo, sus ojos brillaban cuando añadió: «Ínfimo, como un grano de arena o como una chispa».

Y cuando comenzó a contar, lo hizo con pompa y florituras. «Era uno de esos días de julio que no agradan a los aldeanos. El aire era seco y estaba enrarecido. En los caminos, cada paso que se daba levantaba una polvareda como si pasara un rebaño. Por más que se abrieran ventanas y puertas, ningún postigo golpeaba, ningún batiente chirriaba en sus goznes. ¡El aliento en suspenso del verano, ya sabes lo que es eso!»

Es verdad que la gente de Kfaryabda soporta mal los fuertes calores. No hablan, apenas comen y se pasan el día bebiendo del cántaro. Lo sujetan en alto por encima de la cabeza, y luego, por rabia, dejan que el agua les corra por la cara, el pelo, la ropa. Y pase lo que pase, no ponen los pies fuera de su casa antes de la hora en que empieza a refrescar.

«No obstante, el jeque tenía algunas visitas. Unos extranjeros. Era Lamia la que había preparado el café ese día y lo había llevado a la Sala de los Pilares; sin duda, los sirvientes estaban adormilados cada uno en su rincón. Más tarde, también fue ella la que recogió las tazas vacías. El jeque no estaba ya en su asiento y, cosa curiosa, la boquilla dorada de su narguile estaba tirada en el suelo. Generalmente, cuando se levantaba, enrollaba el tubo alrededor del recipiente, con un gesto maquinal, y quitaba la boquilla para guardarla limpia».

Al salir al pasillo, Lamia oyó el ruido de una respiración fatigosa, que provenía de una pequeña estancia que servía a veces de salón privado para conciliábulos. El jeque estaba allí, en la penumbra, de pie pero abatido, con la frente apoyada contra la pared.

—¿Nuestro jeque se siente mal?

—Nada grave, *ya binté*.

Pero su voz sonaba ahogada.

—Más vale que se siente —dijo ella cogiéndole suavemente por el brazo.

Él se irguió, su respiración se hizo más regular, se arregló la ropa y se pasó los dedos por las sienes.

—No es nada. Seguramente el calor. Sobre todo, no digas ni una palabra. A nadie.

—Lo juro —dijo ella—. ¡Por el Mesías!

Cogió el crucifijo que llevaba al cuello, se lo acercó a los labios y luego lo apretó contra su corazón. Satisfecho, el señor le dio un golpecito en el brazo antes de volver con sus invitados.

Ese día no sucedió nada más, sólo ese trivial malestar de verano. Pero para Lamia, algo acababa de cambiar en su manera de mirar a aquel hombre. Hasta ese momento, le profesaba una deferencia mezclada de una buena dosis de prevención y, como tantas otras mujeres, temía encontrarse sola con él. Ahora, se daba cuenta de que las venas de sus sienes estaban hinchadas, de que a veces su frente se cubría de arrugas, como si hordas de preocupaciones le asaltaran, y buscaba la ocasión para verle de nuevo a solas. Simplemente para asegurarse de que no había tenido otro malestar.

Sin embargo, otros sentimientos, mantenidos a distancia hasta ese momento, se insinuaban en ella socapa de su legítima preocupación. Para el jeque, para el «sitiador», un verdadero caballo de Troya estaba en la plaza, sin que él hubiera hecho nada para introducirlo. Inspirar una ternura compasiva es quizá para algunos uno de los resortes del juego amoroso; no así para él, ¡jamás hubiera querido esa flecha en su carcaj!

Transcurrieron varios días antes de que Lamia encontrara la ocasión de volver a ver al jeque sin testigos para preguntarle si había sentido de nuevo algún otro malestar. Él emitió con la lengua ese chasquido húmedo que en el habla del pueblo significa «no», pero ella tuvo la certeza de que mentía.

¿Y le había hablado a su esposa del otro incidente?

—¡A nadie! ¡No ha nacido aún el que me oiga gemir!

Para tranquilizarle, Lamia renovó su promesa de silencio, acercándose de nuevo el crucifijo a los labios y luego al corazón. Mientras ejecutaba ese breve ritual de piedad, el jeque le cogió la mano izquierda y se la apretó un instante como para compartir su juramento. Luego, se alejó sin mirarla.

Lamia se sorprendió sonriendo enternecida. «¡No ha nacido aún el que me oiga gemir!», había dicho él, creyendo que hablaba como un hombre; pero para los oídos de una mujer, esa reflexión sonaba como una fanfarronada de

chiquillo. Lamia recordaba que su hermano más pequeño había dicho lo mismo, palabra por palabra, el día en que le habían aplicado las ventosas. No, decididamente, ya no podía ver al señor del pueblo como él quería que se le viera ni como los demás le veían. Y cuando se hablaba de él delante de ella, lo que sucedía a todas horas del día, las palabras resonaban en su mente de otra manera; algunas la irritaban, otras la alegraban o la inquietaban, ninguna le dejaba indiferente, porque ya no consideraba las habladurías como lo que eran, una manera de matar el aburrimiento. Y ya nunca tenía ganas de poner su propio granito de arena.

A veces, cuando las aldeanas se excedían un poco en sus alusiones escabrosas, se sentía tentada de hacerles callar, pero se contenía y se forzaba, incluso, a imitar sus risas. Si las hubiera reducido a silencio una sola vez, se habría convertido para ellas en una extraña y su nombre sería inmediatamente blanco de sus parloteos. ¡Más valía seguir gozando de sus favores! Pero si Lamia actuaba de esa manera, no lo hacía por habilidad; ella era así, nunca se sentía tan bien como cuando, en silencio, se mezclaba al grupo de mujeres de manos empapadas, dejándose acunar por sus voces cascadas y sus bromas.

Un día —debía de ser a mediados de septiembre o poco después—, al llegar al pequeño patio lleno de humo donde se preparaba el pan, oyó una cascada de risas. Fue a sentarse sobre una piedra muy cerca del *saje*, la plancha de hierro redonda y abombada bajo la que crepitaba un fuego de ramas de retamas. Una prima suya se encargó de ponerla al corriente: «Estábamos diciendo que él está muy formal desde hace unas semanas, ya no se oye hablar de sus aventuras...». Cuando en el pueblo se decía «él» o «a él», sin tomarse el trabajo de aclararlo, todos sabían de quién se trataba.

—Es que la señora se está ocupando de él —aseguró una matrona, mientras extendía la masa sobre el hierro ardiente con la ayuda de un rodillo.

—¡La señora, desde luego que no! —dijo otra—. Ayer mismo, cuando estaba con ella, me anunció que dentro de una semana partiría con su hijo al gran Jord para pasar el invierno con su madre. Si hubiera podido recuperar el afecto de su hombre, ¿por qué habría de irse?

—Quizá esté enfermo —sugirió otra.

Todas se volvieron hacia Lamia, que tuvo que reunir todas sus fuerzas para decir con un tono indiferente:

—Si estuviera enfermo, lo habríamos notado.

Junto a ella, sentada en una piedra, había una mujer tan vieja y silenciosa que a nadie se le habría ocurrido pensar que seguía la conversación. Sin embargo, dijo:

—... O está perdidamente enamorado.

Las otras no habían entendido bien.

—¿Qué has dicho, *hajjé*?

La llamaban así porque en su juventud había ido en peregrinación a Belén, a ver la Gruta Santa.

—Seguramente está enamorado y espera hasta que su mujer haya dado media vuelta.

—¡Nunca ha tenido reparos en hacer lo que quería! —objetó la matrona.

—Le conozco bien a vuestro jeque, desde el tiempo en que aún se sentaba en las rodillas de su madre. Si está perdidamente enamorado de una mujer, no se moverá hasta que la señora haya abandonado el castillo...

Comenzaron entonces a especular sobre la identidad de la elegida. Susurraron un nombre, un segundo, un tercero... Luego pasó un hombre y cambiaron de conversación.

Sin embargo, estos parloteos continuaron resonando en la mente de Lamia durante todo el día, y cuando llegó la noche, aún seguía pensando en ellos.

¿Podría ser que el jeque estuviera gravemente enfermo? ¿No debería ella hablar con alguien o mandar llamar al médico de Dayrún? No, él no se lo perdonaría. Más valía esperar y observar. Si dentro de una semana veía a alguna mujer bonita merodear por los pasillos que llevan a sus aposentos, se sentiría tranquila.

¿Pero era verdaderamente eso lo que ella deseaba? ¿Ver a ese hombre reanudar su actividad amorosa?

La noche avanzaba. Tendida sobre su lecho daba vueltas y más vueltas sin encontrar una postura cómoda. Ya no sabía lo que debía desear. Dio una vuelta más. ¿Y por qué tenía ella que desear algo con respecto a ese hombre?

A su lado, su marido dormía de espaldas, con la boca abierta como un pez.

## Capítulo 3

---

LA víspera del día en que la esposa del jeque debía partir, cuando todo el mundo en el castillo se afanaba en los últimos preparativos, Gerios se sorprendió al oír que su mujer le preguntaba con una insistencia infantil si le permitía unirse al viaje.

—¿Te gustaría pasar todo el invierno en el Jord?

—No todo el invierno, sólo algunas semanas. La señora me ha invitado más de una vez...

—No tienes nada que hacer allí.

—Podría ser su dama de compañía.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que tú no eres una sirvienta ni una dama de compañía? Tú eres mi esposa y te quedarás a mi lado. No se abandona así a un marido durante semanas y meses; ni siquiera comprendo cómo te atreves a pensarlo.

Lamia tuvo que resignarse. Nunca le había apetecido anteriormente acompañar a la señora, pero aquella mañana, después de otra noche atormentada, se había despertado con esa idea en la cabeza. Partir, alejarse un poco del castillo, de las murmuraciones de las mujeres, de las miradas de los hombres y de sus propias dudas. No se hacía muchas ilusiones en cuanto a la reacción de Gerios, pero había esperado un milagro. Necesitaba ese milagro. Y cuando se vio obligada a renunciar a él, se sintió súbitamente anonadada y se encerró en su habitación para llorar el resto del día.

—Lamia tenía dieciséis años, y cuando lloraba se le formaban dos hoyuelos en las mejillas como para recoger sus lágrimas.

Gebrayel no ignoraba ningún detalle cuando se trataba de ella.

—¿Crees verdaderamente que era tan bella como dicen?

Mi pregunta era casi un sacrilegio.

—¡Y aún más bella! ¡La más bella de las mujeres! Seductora de la cabeza a los pies. Tenía las manos largas y finas, los cabellos muy negros que le caían lisos hasta la mitad de la espalda, unos grandes ojos maternales y una voz afectuosa. Se perfumaba con jazmín, como la mayoría de las muchachas del pueblo, pero su jazmín no se parecía a ningún otro.

—¿Y eso por qué? —pregunté ingenuamente.

—Porque aquel jazmín olía a la piel de Lamia.

Gebrayel no sonreía. Miraba hacia otra parte.

—Su piel era rosada y tan suave que todos los hombres soñaban con rozarla, aunque sólo fuera con el revés de la mano. Su vestido se abría hasta el brazo del crucifijo, y más todavía; en aquel tiempo las mujeres enseñaban los pechos sin el menor recelo de que por ello se las tachara de indecentes, y Lamia mostraba parte de los suyos. Sobre aquellas colinas hubiera querido reclinar mi cabeza cada noche...

Me aclaré la garganta.

—¿Cómo puedes saber tantas cosas, si jamás la viste!

—Si no quieres creerme, ¿por qué me interrogas?

Mi intrusión en su ensueño le había irritado, pero pronto me perdonó. Se levantó y preparó para él y para mí dos grandes vasos de refresco de moras.

—Bebe lentamente —me dijo—, la historia es larga.

Cuando la caravana de la esposa del jeque se puso en camino, un poco antes del alba, pareció que el castillo se vaciaba, porque los guardias y los sirvientes que acompañaban a la castellana eran numerosos y, también, porque la temporada de la recolección estaba en su apogeo y casi todos los hombres y mujeres de Kfaryabda estaban en los campos. Aquella mañana, el jeque sólo tuvo tres visitas y no invitó a ninguna a comer. Mandó que le llevaran en una bandeja los alimentos más ligeros, pan, orégano con aceite de oliva y leche cuajada sin suero. Y como Gerios andaba ajetreado por los pasillos, le invitó a reunirse con él. Luego preguntó dónde estaba Lamia.

Ésta sólo había salido de sus aposentos para desear buen viaje a la señora y había vuelto a encerrarse en su habitación como la víspera; y cuando Gerios fue a decirle que el señor la invitaba, respondió que no tenía hambre. Su marido levantó una mano amenazadora.

—¡Ponte un pañuelo y sígueme!

El jeque se mostró, como siempre, encantado de verla y ella intentó no parecer malhumorada. Pronto la conversación no fue más que un diálogo entre ellos dos y Gerios se contentaba con pasear su mirada de uno a otro; cuando era el jeque el que hablaba, su rostro se iluminaba y movía continuamente la cabeza con un gesto de aprobación; pero en cuanto Lamia abría la boca empezaba a mordisquearse el labio inferior como para decirle que abreviara. Nunca se reía espontáneamente con sus ocurrencias, sino que esperaba a que el jeque comenzara a reír, mirando exclusivamente a su señor mientras duraba la risa.

Lamia le pagaba con la misma moneda. Sólo miraba al jeque o el plato en el que mojaba el pan. Y el señor, a medida que avanzaba la conversación, dejó de dirigir a Gerios una sola mirada. Fue solamente al final, una vez terminado el almuerzo, cuando se volvió bruscamente hacia él como si en ese instante acabara de advertir su presencia.

—Por poco me olvido de lo más importante. Es necesario que vayas a ver a Yaacub el sastre. He prometido pagarle mil piastras antes de esta noche y mantendré mi palabra. Además, quiero que le digas que venga mañana a primera hora, necesito hacerme ropa para la estación fría.

Yaacub vivía en Dayrún, la aldea vecina, un trayecto de dos horas largas.

Lamia cogió enseguida la bandeja para llevarla a las cocinas.

—Voy a hacer café.

—*Jweja* Gerios no tendrá tiempo de tomarlo, tiene que partir al instante para volver antes de la noche.

Era así como le llamaba cuando deseaba complacerle, *jweja*, una antigua palabra turco-persa que, en la montaña, designaba a los que estaban dotados de instrucción y de fortuna y no trabajaban ya la tierra con sus manos. El intendente se levantó sin tardanza.

—Yo tampoco tomaré café ahora —prosiguió el jeque tras una vacilación—, sino después de la siesta. Pero si nuestra bella Lamia quisiera traerme un cesto de frutas, preparadas como sólo ella sabe hacerlo, le estaría agradecido hasta los días de mi vejez.

La joven no se esperaba semejante petición. Pareció azarada, turbada, no sabía qué decir. Su silencio no había durado más que una fracción de segundo, pero ya era demasiado para Gerios, quien, abrumándola con la mirada, se apresuró a responder en su lugar.

—¡Por supuesto, nuestro jeque! ¡Inmediatamente! ¡Lamia, muévete!

Mientras el señor se dirigía tranquilamente a su habitación, Gerios se apresuró hacia la pequeña estancia que le servía de despacho. Era allí donde guardaba su registro, sus plumas, sus tinteros, y era igualmente allí donde se encontraba el pequeño cofre de donde debía coger el dinero para el sastre. Lamia le siguió.

—¡Espera, tengo que hablarte!

—¡Luego! ¡Sabes muy bien que debo irme!

—Voy a preparar el cesto de frutas para el jeque, pero quiero que seas tú quien se lo lleve. No deseo ir a su habitación, no quisiera que me pidiese otra cosa.

—¿Qué podría pedirte?

—No lo sé, ese hombre es tan exigente... querrá que le pele las frutas y que se las corte...

Balbuzeaba. Gerios había soltado la puerta del cofre que acababa de abrir y se volvió hacia ella.

—Si hubieras sabido hacer respetar tu rango, como te he suplicado constantemente, el jeque no te habría pedido nunca nada.

«¿Y tú? —habría podido decirle ella—. ¿Acaso haces que se respete tu rango? ¿No habría podido el jeque enviar a cualquiera de sus sirvientes para decirle a Yaacub que viniera mañana?». Pero no tenía ningún deseo de iniciar una polémica. Su tono se hizo implorante y contrito:

—Estaba equivocada, lo reconozco, y tú tenías razón. Pero olvidemos el pasado...

—Sí, olvidemos el pasado, y en el futuro, cuida de hacer respetar tu rango. Pero hoy, nuestro señor te ha pedido una cosa y vas a obedecerle.

Lamia agarró entonces a su hombre por las mangas, con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Compréndeme, me da miedo ir a esa habitación!

Sus miradas se cruzaron un momento, un momento muy largo. Lamia tenía la impresión de que su marido dudaba, percibía sus tensiones y, por el espacio de un instante, se imaginó que él le diría: «He comprendido tu angustia, ¡sé lo que tengo que hacer!». Deseaba tanto contar con él en aquel momento... Quería olvidar todas las mezquindades que le reprochaba para recordar solamente que era su hombre, que le había sido entregada para toda la vida y que había jurado obedecerle para lo bueno y para lo malo.

Gerios no decía nada y Lamia se calló también por temor a irritarle. Parecía indeciso, vacilante. Pasaron unos segundos, pero unos segundos muy largos; luego se separó de ella y se alejó.

—Ya me has retrasado bastante. No tendré tiempo de volver antes de que caiga la noche.

No volvió a mirarla, pero los ojos de ella sí le miraron partir. Iba encorvado y su espalda no era más que una enorme joroba negra. Lamia no le había visto nunca tan encogido.

Se sentía traicionada, abandonada, engañada.

Tardó mucho en preparar el cesto de frutas. Con un poco de suerte, cuando llegara a la habitación del jeque, le encontraría ya dormido.

Al cruzar el último pasillo, sintió un hormigueo, como un entumecimiento que se le propagaba por las caderas. ¿Era el miedo? ¿Era el deseo? ¿O quizá el miedo había avivado el deseo?

Ahora le temblaban las manos. Avanzó cada vez más despacio. Si había un Cielo que cuidaba de sus criaturas, procuraría que ella no llegara nunca a esa habitación.

La puerta estaba entreabierta; la empujó lentamente con el extremo del cesto y miró hacia el interior. El hombre estaba tendido en su estera, dándole la espalda. En la mano derecha sostenía su rosario de bolas de ámbar. Cuando no fumaba su narguile, siempre tenía los dedos ocupados con ese rosario; solía decir que el chasquido de las cuentas al entrechocar da serenidad, como el chapoteo del agua al correr entre las piedras y el crepitar de la leña en el fuego.

Lamia no miró ni el ámbar ni el sello que el señor llevaba en el anular. Comprobó solamente con la mirada que sus dedos grandes de hombre no se

movían. Entonces cobró ánimos, dio dos pasos por la habitación y se arrodilló para poner el cesto en el suelo. En el momento de levantarse tuvo un sobresalto; una granada se había resbalado y rodaba con un ruido sordo que en los oídos de Lamia resonaba como un redoble de tambor. Conteniendo la respiración, esperó a que la fruta se hubiera detenido, a un pelo de la mano del durmiente. Esperó un momento más antes de inclinarse por encima del cesto para recoger la granada rebelde.

El jeque se movió y se dio la vuelta lentamente, como medio dormido, pero mientras se volvía cogió la granada con la mano sin mirarla, como si hubiera sentido su presencia.

—Has tardado mucho, casi me había dormido.

Miró hacia la ventana como para adivinar la hora, pero las cortinas estaban corridas y el tiempo era nuboso. Era cualquier hora posible en la penumbra de una tarde de otoño.

—¿Qué cosas ricas me has traído?

Lamia se levantó a duras penas y dijo con voz temblorosa por el miedo:

—Uvas, higos chumbos, acerolas, algunas manzanas y esta granada.

—Y según tú, de todas las frutas que me has traído, ¿cuál es la más deliciosa?, ¿cuál podría morder con los ojos cerrados y sentir en la boca un sabor de miel?

Fuera, una nube espesa debía de haber tapado el sol, ya que la habitación estaba mucho más oscura. Era el comienzo de la tarde y la noche parecía ya madura. El jeque se levantó, del más hermoso de los racimos eligió la uva más carnosa y la acercó al rostro de Lamia. Ésta entreabrió los labios.

En el momento en que la uva se deslizaba en su boca, el hombre murmuró:

—¡Me gustaría verte sonreír!

Ella sonrió. Y él compartió así con ella todas las frutas de septiembre.

## Segundo pasaje

# El verano de las langostas

*En el año 1821, hacia el final del mes de junio, Lamia, esposa de Gerios, el intendente del castillo, dio a luz un varón, al que llamaron primero Abbas, y luego, Tanios. Antes incluso de abrir sus ojos inocentes, había atraído sobre el pueblo un torrente de malevolencia inmerecida.*

*Fue él quien más tarde recibió el apodo de kisk, y conoció el destino que se sabe. Su vida entera no fue más que una sucesión de pasajes.*

*Crónica montañesa,  
obra del monje Elías de Kfaryabda.*

Antes de reanudar el hilo de la historia, quisiera detenerme un instante en las líneas subrayadas y, principalmente, en esa palabra enigmática, *ubur*, que he traducido por «pasaje». En ninguna parte, el monje Elías ha juzgado necesario definirla; su pluma la repite sin cesar y sólo atando cabos pude delimitar su sentido.

El autor de la Crónica dice por ejemplo: «El destino pasa y vuelve a pasar a través de nosotros como la aguja del zapatero a través del cuero que trabaja». Y en otro lugar: «El destino, cuyos temibles pasajes marcan nuestra existencia y la labran...».

«Pasaje» es, pues, una señal manifiesta del destino —una incursión que puede ser cruel, o irónica, o providencial— y a la vez un hito, una etapa de una existencia fuera de lo común. En ese sentido, la tentación de Lamia fue,

en el destino de Tanios, el «pasaje» inicial del que emanarían todos los demás.

# Capítulo 1

---

CUANDO Gerios volvió de su encargo era de noche, la verdadera noche. Su esposa estaba ya en su habitación, tendida sobre su lecho, y ambos guardaron silencio.

En las semanas siguientes, Lamia sintió las primeras náuseas. Llevaba casada casi dos años y sus parientes se inquietaban al ver su vientre aún liso; pensaban recurrir a los santos y a las hierbas para romper el maleficio. El embarazo fue una alegría para todos, y las mujeres agasajaron a la futura madre de acuerdo con su cariño. Se habría buscado en vano la menor mirada de recelo, el menor cuento malintencionado. Solamente, cuando la señora volvió al castillo, en marzo, después de una estancia prolongada con su familia, Lamia tuvo la impresión de que sus relaciones se habían enfriado bruscamente. En realidad, la esposa del señor estaba diferente con todo el mundo e irascible y desdeñosa con las aldeanas, que comenzaron a evitarla; además, su rostro parecía hundido, algo demacrado, sin que por ello dejara de estar obesa.

La gente de la región no se privó de hacer comentarios atrevidos. Todos estaban dispuestos a aceptar los muchos caprichos de «su» jeque, pero esa extranjera, «ese pellejo de leche agria», «ese cardo nacido de las locuras del Jord» no tenía más que volver con los suyos si Kfaryabda no le interesaba ya. Sin embargo, Lamia no conseguía convencerse de que la castellana estaba enfadada con todo el pueblo, pensaba que debían de haberla prevenido contra ella, y se preguntaba qué habrían podido contarle.

El niño nació un claro y tibio día de verano. Una tenue nube suavizaba el cielo, y el jeque había ordenado que extendieran alfombras en una terraza que dominaba el valle, para comer al aire libre. Le acompañaban el cura, *buna* Butros, otros dos notables del pueblo y Gerios; y un poco más lejos, sentada en un taburete, la señora, con su *tantur* en la cabeza y su hijo sobre las

rodillas. Gracias al arac, todo el mundo parecía de buen humor. Nadie estaba ebrio, pero la alegría había aligerado los gestos y las palabras. En su habitación, no lejos de allí, Lamia gemía mientras empujaba al niño fuera de ella, animada por la comadrona. Su hermana le daba la mano, su hermana mayor, la *huriyyé*, la esposa del cura.

Una chiquilla llegó corriendo hasta los comensales, dispuesta a anunciarles la noticia que esperaban; sus miradas debieron de intimidarla, porque se sonrojó, se tapó la cara y se contentó con murmurar una palabra al oído de Gerios, antes de salir huyendo. Pero el apresuramiento de la mensajera la había traicionado, todo el mundo había comprendido y el marido de Lamia, saliendo por una vez de su reserva, anunció en voz alta: «¡Sabi!».

¡Un varón!

Llenaron las copas para celebrar el acontecimiento, y luego el jeque preguntó a su intendente:

—¿Cómo piensas llamarle?

Gerios iba a pronunciar el nombre que tenía en la mente cuando comprendió, por el tono de la voz del señor, que éste tenía también su idea; así que prefirió decir:

—Aún no lo he pensado. Mientras no hubiera nacido...

Acompañó esta piadosa mentira con una mueca muy característica que significaba que, por superstición, no se había atrevido a elegir un nombre de antemano, ya que eso habría significado presumir que sería un varón y que nacería vivo, como si se diera por hecho lo que aún no había sido concedido, presunción que no era del agrado del Cielo.

—Pues yo he pensado un nombre que siempre ha sido mi preferido —dijo el jeque—, y es Abbas.

Por costumbre, en cuanto el señor empezó a hablar, Gerios había comenzado a mover la cabeza en señal de asentimiento, y cuando el nombre fue pronunciado, ya había tomado una decisión:

—¡Entonces será Abbas! ¡Y más tarde le diremos al muchacho que fue nuestro jeque en persona quien eligió su nombre!

Al pasear su mirada complacida por la asistencia para recibir las aprobaciones de costumbre, Gerios se dio cuenta de que el cura tenía el ceño

fruncido y de que la esposa del jeque había estrechado súbitamente a su hijo contra ella con una rabia incomprensible. Estaba pálida como una rama de cúrcuma y si le hubieran acuchillado el rostro y las manos, no habría salido ni una gota de sangre.

Los ojos de Gerios se detuvieron un momento en ella. Y de pronto, comprendió. ¿Cómo demonios había podido admitir ese nombre? Y sobre todo, ¿cómo era posible que el jeque se lo hubiera propuesto? La alegría y el arac les habían trastornado la mente a ambos.

La escena sólo había durado unos cuantos segundos, pero para el niño, para sus parientes, para el pueblo entero, todo había cambiado súbitamente. «Aquel día —escribió el autor de la *Crónica montañesa*—, el destino de todos fue consignado y sellado; como si fuera un pergamino, sólo quedaba desenrollarlo».

¿Tanta lamentación a causa de una sandez cometida por el jeque, y por otra parte, inmediatamente reparada?

Es necesario explicar que en Kfaryabda, y desde hacía generaciones, había unas costumbres muy precisas en materia de nombres. Los lugareños, «los de abajo» como se les llamaba, ponían a sus varones nombres de santos, Butros, Bulos, Gerios, Rukoz, Hanna, Frem o Wakim, para honrar a los santos Pedro, Pablo, Jorge, Roque, Juan, Efrén o Joaquín; a veces también les ponían nombres bíblicos, como Ayyub, Mussé o Tubiyya, por Job, Moisés y Tobías.

En la familia del jeque, «los de arriba», había otras costumbres. Los varones debían llevar nombres que evocaran el poder o las glorias pasadas, como Sajr, Raad, Hosn, que significan «roca», «trueno», «fortaleza». También algunos nombres procedentes de la historia islámica; la familia del jeque era cristiana desde hacía siglos, lo que no impedía en modo alguno que reivindicara, por estar entre los de sus antepasados, el nombre de «Abbas», que fue el del tío del Profeta así como de una buena docena de califas; por otra parte, en la pared de la Sala de los Pilares, justo detrás del lugar donde el jeque tenía la costumbre de sentarse, había una tabla ancha y alta en la que estaba dibujado un árbol genealógico que hubiera hecho palidecer de envidia a muchas testas coronadas, incluida la del sultán de Estambul, cuyos orígenes no se remontaban en modo alguno a la noble familia oriunda de La Meca, sino

que se perdían, más bien, por muy califa que fuera, en las estepas de Asia Oriental.

El jeque había llamado a su hijo Raad, que era el nombre de su padre. En cuanto a él —el asunto no va a ser fácil de explicar, pero era así— se llamaba Francis. Sí, jeque Francis, nombre que, evidentemente, no pertenecía a la panoplia guerrera ni a la familia del Profeta, y que incluso se parecía mucho a los nombres de santos difundidos entre los aldeanos. Pero eso no era más que la apariencia de las cosas, ya que no había en ese nombre ninguna referencia en particular a los santos del calendario, ni a san Francisco de Sales ni a san Francisco de Asís, salvo en la medida en que Francisco I recibió su nombre en honor a este último. Desde el siglo XVI, en cada generación había habido un «jeque Francis», desde el día en que el rey de Francia, después de obtener de Solimán el Magnífico el derecho de fiscalización sobre el destino de las minorías cristianas del Levante, así como sobre los Santos Lugares, había escrito a los jefes de las grandes familias de la montaña para asegurarles su protección. Entre ellos estaba uno de los antepasados de nuestro jeque; se dice que recibió el mensaje el día del nacimiento de su primer hijo, el cual fue llamado Francis inmediatamente.

Si bien hoy parecen necesarias las explicaciones que acabo de proporcionar, los lugareños de aquella época no las habrían necesitado. Ni uno solo de ellos habría juzgado anodino el hecho de que el jeque diera al hijo de Lamia el nombre más prestigioso de su propio linaje. Gerios creía ya oír las risas estrepitosas y burlonas que iban a sacudir Kfaryabda. ¿Dónde podría esconder su vergüenza? Al levantarse de la mesa para ir a ver al niño, no parecía en modo alguno un padre feliz y orgulloso; su bigote estaba lacio y él apenas podía andar derecho hasta la habitación donde Lamia dormitaba.

Allí se afanaban una docena larga de mujeres de todas las edades, que sin ver en su aturdimiento más que una profunda alegría, le empujaron hacia la cuna donde dormía el niño con un gorrito de lino en la cabeza.

—Parece gozar de buena salud —murmuraban—. ¡Dios permita que viva!

Sólo la esposa del cura supo observar el rostro del hombre.

—Pareces abrumado, ¿será porque tu familia ha aumentado?

Él permaneció inmóvil y silencioso.

—¿Cómo piensas llamarle?

Gerios hubiera deseado disimular su angustia, pero a ella, a la *juriyyé*, debía hablarle, a causa del ascendiente que sólo ella tenía sobre todos los habitantes del pueblo, incluido el jeque. Se llamaba Saada —pero ya nadie la llamaba así, ni siquiera su esposo— y en sus tiempos había sido la más bella de las muchachas de Kfaryabda, igual que su hermana Lamia diez años después. Y si bien desde entonces sus ocho o nueve embarazos la habían hecho engordar y ajarse, todo su encanto, en lugar de abandonarla, había salido de alguna manera a la superficie de sus ojos, maliciosos y autoritarios.

—Estábamos comiendo y... el jeque me ha propuesto llamarle Abbas.

Gerios se había esforzado en dominar su emoción, pero el último fragmento de la frase se le había escapado como un gemido. La *juriyyé* se guardó muy bien de sobresaltarse y consiguió, incluso, mostrarse divertida.

—¡Cómo reconozco en eso a tu jeque! Es un hombre que cede sin comedimiento a los impulsos de su gran corazón. Aprecia tu colaboración, tus desvelos, tu honestidad, te considera ya como un hermano y cree que te honrando a tu hijo un nombre de su propia familia. Pero en el pueblo no tomarán el asunto de la misma manera.

Gerios abrió los labios para preguntar cómo reaccionaría la gente, pero de su garganta no salió ningún sonido y fue la esposa del cura la que prosiguió:

—Van a murmurar: ese Gerios nos da la espalda porque vive arriba, no quiere dar a su hijo un nombre como los nuestros. Te guardarán rencor por ello, y también a tu mujer, y las lenguas se desatarán. Ya envidian tu situación...

—Quizá tengas razón, *juriyyé*, sólo que ya le he dicho al jeque que me sentía honrado por su gesto...

—Vas a ir a verle y le dirás que Lamia había hecho en secreto una promesa. ¿Cómo querrías llamar a ese niño?

—Tanios.

—Muy bien, dirás que su madre había prometido darle el nombre de *mar* Tanios si el santo le concedía que naciera sano.

—Tienes razón, eso es lo que hay que decirle. Mañana mismo le hablaré cuando estemos solos.

—Mañana será demasiado tarde. Vas a ir ahora mismo, si no el jeque va empezar a pregonar el nombre de Abbas a derecha e izquierda, y ya no querrá desdecirse.

Gerios se fue, enfermo con la idea de tener que contrariar a su señor por primera vez en su vida. Se esforzó en preparar mentalmente una larga y detallada explicación, llena de agradecimientos eternos y de insulsas contriciones, pero no tuvo que hacer uso de ello. El asunto fue mucho más simple de lo que preveía.

—Las promesas son sagradas —dijo el jeque desde las primeras palabras—. ¡No hablemos más, se llamará Tanios!

El señor del pueblo había tenido tiempo, él también, para reflexionar. Sobre todo cuando la señora se había puesto de pie y, levantando a su hijo del suelo con un gesto tan brusco que el niño había empezado a gritar, se había retirado sin decir una palabra a los comensales.

Se refugió en su habitación, o para ser más precisos, en el balcón de su habitación, que recorrió sin cesar de un lado a otro durante el resto del día, mascullando vehementes imprecaciones. Jamás se había sentido tan humillada. Ella, que había vivido rodeada de mimos en una de las más grandes casas de la montaña, ¿qué demonios había venido a hacer en casa de ese gallo de pueblo? Sentía rencor por el mundo entero, incluso por el patriarca, su confesor. ¿No era él quien había tenido la idea de ese matrimonio?

Juró que al día siguiente, antes del alba, habría abandonado ese maldito castillo con su hijo, y si alguien intentaba impedirselo, haría llegar un mensaje a su padre y a sus hermanos, que vendrían a liberarla armados hasta los dientes y con todos sus hombres y devastarían el territorio del jeque. Hasta ese momento, siempre se había mostrado resignada y había aceptado todo en silencio. Pero esa vez no se trataba ya de uno de esos enredos pueblerinos, era otra cosa: ese hombre le había hecho un hijo a una mujer que vivía bajo el mismo techo, y no se había contentado con hacerlo, sino que quería además reivindicarlo en voz alta, quería dar a ese hijo el nombre de su ilustre antepasado, para que nadie tuviera la menor duda sobre su paternidad.

Y por más que se lo explicara a sí misma de mil maneras, por más que buscara pretextos para mostrarse una vez más conciliadora y sumisa, no podía

tolerarlo. Hasta la más humilde de las campesinas habría intentado vengarse si se le hubiera infligido semejante afrenta, y ella, que era hija de un poderoso señor, ¿se dejaría pisotear así?

Cogiendo entonces con las dos manos el alto *tantur* de su tocado, se lo arrancó y lo tiró al suelo. Los mechones oscuros de sus cabellos quedaron sueltos y en su rostro de niña gorda apareció una sonrisa de victoria en medio de las lágrimas.

En las cocinas del castillo, las mujeres del pueblo, con las manos en la canela y la alcaravea, preparaban con el corazón alegre el *meghli* de los festejos en honor del niño que acababa de nacer.

## Capítulo 2

---

AL día siguiente del nacimiento de Tanios, el jeque salió muy temprano a cazar perdices, acompañado de Gerios y de algunos otros notables de Kfaryabda. A su vuelta, a primera hora de la tarde, una sirvienta fue a advertirle en alta voz, delante de toda la gente de la casa que se había reunido para recibirle, que la señora se había marchado precipitadamente al gran Jord llevándose a su hijo y que la habían oído murmurar que no volvería en mucho tiempo.

Poca gente ignoraba que el señor se amoldaba muy bien a las ausencias prolongadas de su esposa; si ella le hubiera expresado su intención de partir, él no habría intentado retenerla. Pero que se lo anunciaran así en público y quedar como un marido abandonado, eso, no podía tolerarlo. ¡La traería de nuevo al castillo aunque fuera arrastrándola por los pelos!

Ensilló su mejor montura, una yegüa alazana a la que llamaba Bsat-er-rih, «Alfombra del viento», y acompañado por dos hombres de su guardia, excelentes jinetes, se puso en camino sin haberse lavado siquiera la cara; durmió a campo raso, más para que los animales descansaran que por él mismo, hasta tal punto la rabia lo mantenía despierto, y llegó a la residencia de su suegro cuando los caballos de su esposa no habían sido aún desensillados. Ella se había refugiado sollozando en su cuarto de soltera, hasta donde su padre y su madre la habían seguido. El jeque se reunió con ellos inmediatamente y les salió al paso:

—He venido para decir una sola palabra. Mi mujer es la hija de un hombre poderoso al que respeto tanto como a mi padre, pero se ha convertido en mi esposa y, aunque fuera la hija del sultán, no permitiría que abandonara la casa sin mi permiso.

—Y yo también voy a decir una sola palabra —dijo el suegro—. He dado a mi hija a un descendiente de una prestigiosa familia para que la trate

honorablemente, no para verla volver a mi casa abatida.

—¿Ha pedido alguna vez una cosa sin obtenerla? ¿No tiene todas las sirvientas que desea y decenas de aldeanas que sólo esperan una palabra de su boca para servirla? ¡Que lo diga, que hable sin reservas puesto que está en casa de su padre!

—Quizá no la hayas privado de nada, pero la has humillado. No he casado a mi hija para que estuviera libre de necesidades, ya lo sabes. La he casado con el hijo de una gran familia para que sea respetada en casa de su esposo tanto como lo fue en ésta.

—¿Podríamos hablar de hombre a hombre?

El suegro hizo un gesto a su mujer para que se llevara a su hija a la habitación contigua y esperó a que cerraran la puerta para añadir:

—Nos habían prevenido que no dejabas en paz a ninguna mujer de tu pueblo, pero esperábamos que el matrimonio te haría más razonable. Desgraciadamente, hay hombres que sólo se calman con la muerte. Si ése es el remedio, tenemos miles de médicos en esta región que saben administrarlo.

—¿Me estás amenazando de muerte en tu propia casa? ¡Pues bien, vamos, mátame! He venido solo y desarmado, y tus hombres están por todas partes. No tienes más que llamarlos.

—No te estoy amenazando, trato solamente de saber en qué lenguaje se te puede hablar.

—Hablo la misma lengua que tú, y no he hecho nada que no hayas hecho tú. Me he paseado por tu pueblo, y en este inmenso territorio que te pertenece, la mitad de los niños se parecen a ti y la otra mitad a tus hermanos y a tus hijos. En mi pueblo tengo la reputación que tú tienes en el tuyo. Nuestros padres y nuestros abuelos tenían la misma en sus tiempos. No vas a señalarme con el dedo como si hubiera hecho algo que no se pudiera hacer, simplemente porque tu hija ha venido aquí sollozando. ¿Acaso tu esposa abandonó alguna vez esta casa porque tú dormías con las mujeres del pueblo?

El argumento debió de surtir efecto, ya que el señor del gran Jord permaneció pensativo un rato, como si no supiera qué decisión adoptar.

Cuando tomó de nuevo la palabra, lo hizo más lentamente y en un tono más bajo.

—Todos tenemos cosas que reprocharnos; yo no soy san Marón y tú no eres Simeón el estilista. Pero, por mi parte, nunca he abandonado a mi mujer para encapricharme con la de mi guarda rural y, sobre todo, nunca he dejado embarazada a otra mujer bajo mi propio techo. Y si alguna mujer hubiera tenido un hijo por mi culpa, jamás habría pensado en darle el nombre del más prestigioso de mis antepasados.

—¡Ese niño no es mío!

—Parece que todo el mundo piensa lo contrario.

—Lo que todo el mundo piense no tiene la menor importancia. Yo lo sé. ¡No puedo haber dormido con esa mujer sin enterarme!

El suegro se interrumpió de nuevo, como para evaluar una vez más la situación, luego abrió la puerta y llamó a su hija.

—Tu marido me asegura que no ha habido nada entre él y esa mujer, y si él lo dice, tenemos que creerle.

La madre de la señora, tan voluminosa como ella y totalmente vestida de negro como algunas religiosas, intervino por primera vez.

—¡Quiero que esa mujer se marche con su hijo!

Pero el jeque de Kfaryabda respondió así:

—Si ese niño fuera mi hijo, yo sería un monstruo echándole de mi casa, pero si no es mi hijo, ¿qué se me reprocha? ¿Qué se le puede reprochar a esa mujer? ¿Qué se les reprocha a su marido y a su hijo? ¿Por qué crimen se les quiere castigar?

—No volveré al castillo mientras esa mujer no lo haya abandonado —dijo la esposa del jeque con un tono de gran firmeza, como si el asunto no pudiera ser objeto de ninguna negociación.

El jeque se disponía a responder, cuando su anfitrión le tomó la delantera.

—¡Cuando tu padre y tu marido deliberan, tú te callas!

Su hija y su mujer le miraron con ojos horrorizados, pero él, sin prestarles la menor atención, se había vuelto ya hacia su yerno rodeándole los hombros con el brazo.

—Dentro de una semana, tu mujer volverá a tu casa, y si se pone terca, ¡yo mismo la llevaré! Pero ya hemos charlado bastante. Ven, ¡mis visitas van a imaginar que nos estamos peleando! Y vosotras, mujeres, en lugar de quedaros

ahí mirándonos como dos cuervos, id a las cocinas a ver si está preparada la cena. ¿Qué va a pensar nuestro yerno de nosotros si le dejamos hambriento después de ese largo camino? ¡Que hagan venir a la hija de Sarkis para que nos cante un *ataba*, y que nos traigan los narguiles con la nueva mezcla de Persia! ¡Ya verás, jeque, parece que se está fumando miel!

Al regreso del señor, el pueblo entero trepidaba con los rumores acerca de la huida de su esposa, de su propia partida precipitada y, por supuesto, de Lamia, de su hijo y del nombre que habían estado a punto de ponerle. Pero el jeque no prestaba oídos a esas habladurías, ya que otra cosa le preocupaba: su suegro. ¿Por qué milagro este personaje temido en toda la montaña le había dado la razón, cuando un momento antes le había amenazado de muerte? No podía creer que sus argumentos le hubieran convencido; los hombres como él no intentan convencer ni ser convencidos, para ellos todo se reduce a un intercambio de golpes, y si no había devuelto en el acto todos los que había recibido, había motivos para preocuparse.

A los lugareños que venían en gran número a darle la bienvenida, les respondía con fórmulas breves y vacías y sólo hablaba de su esposa y de su suegro en términos muy mesurados.

Hacía solamente unas horas que había regresado, cuando la *juriyyé* hizo una entrada espectacular en la Sala de los Pilares. Llevaba un objeto tapado con un velo de seda malva, y cuando estaba aún a gran distancia del señor, dijo en voz alta:

—Tengo algo que pedir a nuestro jeque en privado.

Todos los que estaban allí se levantaron a la vez para salir. Solamente la *juriyyé* podía desocupar así el salón del castillo sin que al señor se le ocurriera decirle ni una palabra. Incluso le divirtió, y le dijo a la intrusa:

—¿Qué quieres pedirme esta vez?

Lo que tuvo el don de suscitar entre los hombres que se dispersaban un estallido de risas que continuaron resonando fuera.

Y es que nadie ignoraba lo que había sucedido la vez anterior.

Hacía ya más de doce años, y esa mujer corpulenta no era entonces más que una jovencita. El jeque se había sorprendido mucho al verla llegar al castillo sin sus padres y exigiendo verle a solas.

—Tengo que pedir un favor —había dicho ella—, y no puedo dar nada a cambio.

Su petición no era simple: estaba prometida a su primo Butros, hijo del anciano cura de aquella época, pero el joven, que había estado estudiando en un convento a fin de prepararse para reemplazar a su padre, había llamado la atención de un sacerdote italiano que le había convencido para que pronunciara sus votos sin casarse, como en Europa, explicándole que ningún sacrificio es más agradable al Cielo que el celibato. Incluso le había prometido que si se abstenía de tomar esposa, sería enviado al gran seminario, en Roma, y que a su regreso tendría la oportunidad de llegar a ser obispo.

—¡Renunciar a una mujer bonita como tú para convertirse en obispo! Ese Butros no debe de estar en sus cabales —dijo el jeque sin sonreír.

—Eso es lo que pienso yo también —contestó la joven sonrojándose apenas.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Nuestro jeque encontrará la manera de hablarle. Me he enterado de que Butros va a subir mañana al castillo con su padre...

En efecto, el anciano sacerdote se presentó apoyándose en el brazo de su hijo y comenzó a explicar con orgullo a su jeque que su chico había estado brillante en sus estudios, hasta el punto de llamar la atención de sus superiores, y hasta la de un visitante italiano que había prometido, nada menos, llevarle a «Rumieh», la ciudad del Papa.

—Mañana —concluyó—, nuestro pueblo tendrá un cura mucho más meritorio que vuestro servidor.

El anciano esperaba de parte del señor un rostro complacido y algunas palabras de ánimo, pero sólo recibió una mirada sombría seguida de un silencio ostensiblemente embarazoso y, luego, de estas palabras:

—Cuando nos hayas abandonado, *buna*, después de una larga vida, ya nunca más necesitaremos un cura.

—¿Y eso por qué?

—Es una cosa convenida desde hace mucho tiempo. Yo, todos los míos y todos los aparceros hemos decidido hacernos musulmanes.

El jeque intercambió una mirada furtiva con los cuatro o cinco aldeanos que se encontraban con él en ese momento, y todos al mismo tiempo se pusieron a mover la cabeza tristemente.

—No queremos hacerlo mientras vivas para no romperte el corazón, pero en cuanto no estés entre nosotros la iglesia será transformada en mezquita y ya no necesitaremos nunca más un cura.

El joven seminarista estaba aterrado, el mundo entero parecía derrumbarse a su alrededor, pero el anciano sacerdote no parecía muy perturbado; él conocía a «su» jeque.

—¿Qué es lo que no anda bien, jeque Francis?

—¡Nada anda bien, *buna!* Cada vez que uno de nosotros va a Trípoli, a Beirut, a Damasco o a Alepo, tiene que soportar mil vejaciones, se le reprocha que lleve tal color en lugar de tal otro, que vaya hacia la derecha en lugar de ir hacia la izquierda... ¿No hemos sufrido ya bastante?

—Sufrir por la fe es agradable al Señor —dijo el seminarista con gran vehemencia—. ¡Hay que estar dispuestos a todos los sacrificios, incluso el martirio!

—¿Por qué queréis que muramos por la religión del Papa, cuando Roma nos ignora?

—¿Por qué decís eso?

—No tienen ningún respeto por nuestras tradiciones. Un día, ya lo veréis, terminarán por enviarnos curas célibes que mirarán a nuestras mujeres con concupiscencia; ninguna de ellas se atreverá ya a confesarse y los pecados se acumularán sobre nuestras cabezas.

El seminarista comenzó a comprender en ese momento el verdadero objeto del debate, y creyó oportuno manifestar sus argumentos.

—¡En Francia todos los sacerdotes son célibes y son buenos cristianos!

—¡Francia es Francia y esto es esto! Siempre hemos tenido curas casados y siempre les hemos dado la muchacha más hermosa del pueblo para que tengan el ojo ahíto y no miren con deseo a las mujeres de los demás.

—Hay hombres que saben resistir las tentaciones.

—¡Resisten mejor si su mujer está a su lado!

Los visitantes movían la cabeza sin parar, tanto más cuanto que ahora ya estaban tranquilos con respecto a las verdaderas intenciones de su jeque, cuyos antepasados se habían hecho cristianos precisamente para adaptarse a la fe de sus súbditos.

—Escucha, hijo mío —prosiguió el señor—, ahora voy a hablar sin rodeos, pero no me retractaré de ninguna de mis palabras. Si intentas ser un hombre santo, mira a tu padre, que por muy casado que esté, tiene más santidad en él que toda la ciudad de Roma, y si quieres servir al pueblo y a los fieles, no tienes más que seguir su ejemplo. Por el contrario, si tu meta es convertirte en obispo, si tu ambición es más grande que este pueblo, entonces puedes marcharte, a Roma, a Estambul o a cualquier otra parte. Pero has de saber que mientras yo no esté muerto y enterrado, no volverás jamás a poner los pies en esta montaña.

Estimando que la discusión había ido demasiado lejos, el anciano sacerdote quiso encontrar una salida.

—¿Qué quiere nuestro jeque? Si hemos venido a verle, ha sido precisamente para pedirle consejo.

—¿De qué sirve prodigar consejos cuando nadie quiere oírlos?

—Habla, jeque, haremos lo que tú quieras.

Todas las miradas se habían vuelto hacia Butros, quien, bajo tanta presión, tuvo que asentir con la cabeza. Entonces el jeque hizo una seña a uno de sus guardias y le murmuró tres palabras al oído. El hombre se ausentó unos minutos y volvió en compañía de la joven Saada y de sus padres.

El futuro cura abandonó el castillo aquel día debidamente prometido, con la bendición de su padre. Ni pensar en proseguir sus estudios en Roma ni en llegar a ser obispo. Por todo ello le guardó rencor al jeque durante algún tiempo, pero en cuanto empezó a vivir con la *juriyyé*, sintió por su bienhechor un agradecimiento infinito.

A este episodio es al que había hecho alusión el jeque cuando la esposa del cura llegó al castillo aquel día. Y cuando se encontraron solos, él se lo recordó:

—La última vez querías la mano de *buna* Butros y te la concedí. ¿Qué quieres esta vez?

—¡Esta vez quiero tu mano, jeque!

Antes de que el hombre se recuperara de su sorpresa, ella ya le había cogido la mano, efectivamente, y había retirado el velo que tapaba el objeto que llevaba. Era un Evangelio, sobre el que, autoritariamente, puso la mano del jeque. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, éste se habría resistido, pero por ser ella, se dejó llevar fácilmente. El aplomo de esa mujer le había inspirado siempre una admiración divertida.

—¡Considera que estás en el confesionario, jeque!

—¿Desde cuándo se confiesa uno con una mujer?

—Desde hoy.

—¿Acaso han aprendido las mujeres a guardar un secreto?

—Lo que digas no saldrá de aquí. Y si me veo obligada a mentir allí fuera para proteger a mi hermana, mentiré. Pero quiero que me digas la verdad.

Parece que el jeque permaneció entonces silencioso durante un largo rato, antes de decir fingiendo cansancio:

—Ese niño no es mío, si es eso lo que quieres saber.

Quizá fuera a añadir otra cosa, pero la mujer no le dio tiempo a ello, ni tampoco ella pronunció una palabra, sino que tapó el Evangelio con el velo de seda y se lo llevó.

¿Pudo el jeque mentir con la mano sobre el Libro Sagrado? No lo creo. Por el contrario, nada permite afirmar que la *juriyyé* contara fielmente sus palabras. Se había prometido no decir a la gente del pueblo más que lo que ella juzgaba que debía decir.

¿La creyeron? Quizá no, pero ni uno de ellos habría querido poner en duda sus palabras.

A causa de las «langostas»...

## Capítulo 3

---

CUANDO la esposa del jeque volvió a Kfaryabda en la primera semana de agosto, su padre la acompañaba como lo había prometido, pero también sus cinco hermanos, sesenta jinetes y trescientos hombres de a pie, así como escuderos, damas de compañía, sirvientes y sirvientas, en total cerca de seiscientas personas.

Los guardias del castillo quisieron dispersarse por todo el territorio para llamar a las armas a la gente de Kfaryabda, pero el jeque les dijo que se calmaran y pusieran buena cara; a pesar de las apariencias, no era más que una visita y salió él mismo a la escalinata para recibir dignamente a su suegro.

—He venido con mi hija, como lo había prometido, y algunos primos míos han querido acompañarme. Les he dicho que en las tierras del jeque siempre se encuentra un poco de sombra para reclinar la cabeza y unas aceitunas para engañar el hambre.

—¡Estáis en vuestra casa, entre los vuestros!

El señor del Jord se volvió hacia su gente.

—¡Ya lo habéis oído, aquí estáis en vuestra casa! ¡En esto se reconoce la generosidad de nuestro yerno!

Estas palabras fueron acogidas con vítores demasiado alegres para no ser inquietantes.

El primer día hubo un banquete de bienvenida como manda la costumbre. El segundo día hubo que alimentar igualmente a toda esa gente, y también el tercero, el cuarto, el quinto... Las provisiones para el nuevo año no se habían acopiado todavía y a razón de un festín diario, y a veces dos, las reservas del castillo se agotaron rápidamente. Ya no quedaba ni una gota de aceite, de vino o de arac, ni tampoco harina, ni café, ni azúcar, ni cordero adobado. Aquel año, la cosecha se anunciaba poco abundante, y al ver que todos los días se sacrificaban animales —terneros y cabras para la carne molida, corderos por

docenas y gallineros enteros—, los hombres y mujeres de mi pueblo presentían que el hambre se acercaba.

¿Por qué entonces no reaccionaban? Desde luego no les faltaban ganas, ni tampoco les detenía la supuesta «inviolabilidad de los invitados». En honor a la verdad les habrían ensartado a todos, hasta el último de ellos, desde el momento en que, a sabiendas, esos «invitados» habían infringido las reglas de la hospitalidad. Pero el acontecimiento era demasiado singular para que pudiera medirse con el rasero de los convencionalismos, ya que se trataba, no lo olvidemos, de una riña conyugal. Grotesca, desproporcionada, pero a pesar de todo, una riña conyugal. El señor del gran Jord había venido a castigar a su manera a un yerno que le había ofendido, y nadie mejor que la señora había sabido expresar eso cuando le espetó a una aldeana que se quejaba de lo que estaba pasando: «¡Ve a decir a tu señor que si no tiene medios para mantener el boato de una gran dama, más le valdría haberse casado con una de sus campesinas!». Ése era el estado de ánimo de los «visitantes». No habían ido a masacrar a la población, ni a incendiar el pueblo, ni a saquear el castillo... Querían solamente agotar los recursos de su anfitrión.

Por otra parte, sus héroes no eran los luchadores más valientes, sino los mayores comilonas. En cada festín, se reunían en medio de la tropa que los animaba con sus aclamaciones y sus risas, y competían por quién tragaría más huevos duros, quién se echaría al colete él solo una jarra de vino o una bandeja entera de *kebbé*, una bandeja tan grande como lo que pueden medir unos brazos abiertos. De alguna manera, la venganza por medio de las comilonas.

¿Y si aprovecharan uno de esos banquetes abundantemente regados para saltarles al cuello? La gente de Kfaryabda tenía pasión por las hazañas guerreras, y más de un valiente había ido a murmurar al oído del jeque que bastaría una palabra suya, un gesto... «No se trata de masacrarlos, de ningún modo; nos contentaríamos con aporrearlos y luego les quitaríamos la ropa y los ataríamos totalmente desnudos a los árboles, o bien los colgaríamos por los pies y esperaríamos a que vomitaran».

Pero el jeque respondía invariablemente: «Al primero de vosotros que desenvaine su arma, le destriparé con mis propias manos. Lo que vosotros

sentís, yo lo siento; lo que os hace sufrir, me hace sufrir a mí, y lo que deseáis hacer, lo deseo yo más que todos vosotros. Ya sé que podéis luchar, pero no quiero una carnicería, no quiero comenzar unas venganzas sin fin con mi propio suegro, que dispone de veinte veces más hombres que yo. No quiero que este pueblo se llene de viudas, generación tras generación, porque un día perdimos la paciencia con esos indeseables. ¡Tengamos confianza en Dios! ¡Él sabrá hacerles pagar!».

Algunos jóvenes habían salido del castillo refunfuñando. Por lo general era el cura quien invocaba a Dios y el jeque quien llevaba a las tropas al combate... Pero la mayoría estuvo de acuerdo con el señor y, en cualquier caso, nadie quería tomar la iniciativa de hacer correr la sangre el primero.

Se conformaron entonces con otra venganza, la de los débiles: comenzaron a correr por el pueblo crueles anécdotas sobre aquel que, con una ligera distorsión de la palabra, empezaron a llamar el señor de las *jrads* —que quiere decir «langostas»— en lugar del señor del Jord —que quiere decir «alturas áridas»—. En aquella época, las ocurrencias se componían en versos populares, a la manera del siguiente:

*Me preguntan por qué me lamento de mi suerte,  
¡Como si nunca hubiera tenido que soportar a las langostas!  
Es verdad que el año pasado invadieron mi campo,  
Pero las del año pasado no devoraban corderos.*

En cada velada, los recitadores de versos echaban pestes contra los hombres del gran Jord, burlándose de su acento y de su atuendo, ridiculizando a su país y a su jefe, poniendo en duda su virilidad, reduciendo todas sus hazañas pasadas y venideras a las de la banda de comilones que habían excitado las imaginaciones por mucho tiempo. Pero la más vilipendiada de todos era la esposa del jeque, a quien se la describía en las posturas más escabrosas sin preocuparse por la presencia de los niños. Y la gente se reía hasta el olvido.

Por el contrario, nadie se habría atrevido a hacer la menor broma, la menor alusión desagradable con respecto a Lamia, a su marido o a la dudosa paternidad de su hijo. No hay duda de que si todos estos acontecimientos no hubieran tenido lugar —si la esposa del jeque no hubiera intentado vengarse y simplemente se hubiera marchado dejando caer alguna frase asesina—, los cuchicheos y las miradas de soslayo habrían hecho la vida imposible a Gerios y a los suyos, y se habrían visto obligados a exiliarse. Pero al declarar así la guerra al pueblo entero, esforzándose por empobrecerlo, matarlo de hambre y humillarlo, el señor del gran Jord había conseguido el resultado contrario. Desde ese momento, poner en duda la virtud de Lamia y la paternidad de su hijo era reconocer lo bien fundado de los argumentos de las «langostas» y justificar sus exacciones. Cualquiera que adoptara esa actitud se declararía enemigo del pueblo y de sus habitantes y no tendría ya un lugar entre ellos.

Incluso Gerios, que después del episodio del nombre había creído que se convertiría en el hazmerreír del pueblo, veía ahora cómo la gente se apiñaba a su alrededor, abrazándole calurosamente como para felicitarle. ¿Felicitarle por qué? En apariencia por el nacimiento de su hijo, pero la verdad era otra, y si bien nadie habría sido capaz de explicarla, todos la comprendían en su corazón: por bravata, los campesinos habían convertido ese crimen por el que se les castigaba en un acto de desafío, y desde ese momento, cada uno de sus protagonistas quedaba absuelto y debía ser defendido, ya fuera el amante imprudente, la esposa infiel o el marido engañado.

Al hablar de este último conviene decir que, desde la llegada de las «langostas» y a la espera de su partida, Gerios había abandonado prudentemente el castillo, con su mujer y el recién nacido, que entonces contaba cuarenta días, para ir a alojarse durante algún tiempo en casa del cura, su cuñado, en una habitación contigua a la iglesia. Allí se produjo un desfile ininterrumpido de visitas solícitas —más de las que habían recibido en dos años en sus aposentos de «arriba»—, principalmente madres, que querían amamantar a ese niño, aunque sólo fuera una vez, para expresar en su propia carne su fraternidad.

Mucha gente debía de preguntarse si esa gran benevolencia continuaría existiendo cuando las «langostas» no estuvieran ya allí para alimentarla.

«... Ya que aquella nube nefasta terminaría por volar —dice la *Crónica*— hacia las áridas alturas del gran Jord».

La víspera de ese bendito día corrió ese bulo, pero los aldeanos no lo creyeron; desde hacía seis penosas semanas todos los días circulaban rumores que se desmentían al caer la noche. Por otra parte, lo más frecuente era que emanaran del castillo, y de los propios labios del jeque a quien, sin embargo, nadie reprochaba esas mentiras. «¿No se dice que las épocas sombrías se atraviesan de falso resplandor en falso resplandor, como cuando, en primavera, nos encontramos en la montaña en medio de un torrente y tenemos que avanzar hacia la orilla saltando de una piedra resbaladiza a otra?».

Sin embargo, esa vez el jeque había tenido la impresión de que sus «invitados» estaban realmente a punto de partir. Casi prisionero en su propio castillo, se había esforzado, no obstante, en guardar las apariencias, y todas las mañanas invitaba a su suegro a ir a tomar café en su compañía en el *liwan* en forma de balcón interior que daba sobre el valle, el único lugar desde donde se podía contemplar otra cosa que no fueran las docenas de tiendas que los visitantes habían levantado desordenadamente y que habían transformado las inmediaciones del castillo en un verdadero campamento nómada.

Hacia ya un rato que suegro y yerno se lanzaban flechas untadas de miel cuando la esposa del jeque fue a decir a su padre que añoraba a su hijo, que había sido confiado a su abuela durante el tiempo de esa «visita», y que le gustaría volver a verle. El señor de las «langostas» fingió la mayor indignación:

—¿Cómo? ¿Es a mí a quien pides permiso para partir cuando está tu marido presente?

El susodicho marido tuvo entonces la sensación de que por fin se había cerrado el círculo y la visita-castigo estaba a punto de terminarse. Se alegró y se inquietó a la vez. En efecto, temía que en el momento de la despedida y a modo de colofón para dejar un recuerdo, la horda se entregara a una orgía de saqueo y de fuego. En el pueblo, mucha gente tenía el mismo temor, hasta el punto de no atreverse a desear que el fatídico día de la partida se acercara y de preferir, incluso, que se prolongaran las semanas de tranquilo saqueo.

Los acontecimientos iban a desmentir esos temores. Contra todo lo que se esperaba, las «langostas» se retiraron con cierto orden; estaban a finales de septiembre y los viñedos y los huertos fueron «visitados» al paso y debidamente despojados, pero eso nadie pensaba que podría evitarse. Por el contrario, no hubo que deplorar ninguna muerte ni ninguna destrucción. Ellos tampoco querían desencadenar un *thar*, un ciclo de venganza; solamente querían infligir al yerno una costosa humillación y eso estaba hecho. El jeque y su suegro se dieron incluso un abrazo en la escalinata, como a la llegada, en medio de los mismos vítores burlones.

La última palabra que se oyó pronunciar en boca de la señora fue: «Volveré al final del invierno», sin precisar si lo haría tan bien escoltada.

Aquel invierno, toda la región conoció la hambruna y nuestro pueblo la sufrió más duramente que otros. Cuanto más disminuían los víveres, más se maldecía a las «langostas»; si a esos hombres se les hubiera ocurrido volver, nadie, ni siquiera el jeque, habría podido evitar una carnicería.

Se les esperó durante años, se apostaron vigías en los caminos y en las cimas de las montañas, se elaboraron planes para exterminarlos, y si bien algunos temían su regreso, otros los esperaban a pie firme, inconsolables por haberse mostrado tan pacientes la primera vez.

Nunca volvieron. Quizá jamás tuvieran esa intención. Pero también pudo ser a causa de la enfermedad que afligió a la esposa del jeque, una tisis, dicen, en la que la gente de mi pueblo no vio, por supuesto, más que un justo castigo. Unos visitantes que volvían del gran Jord y que la habían entrevisto en la casa de su padre, contaron que estaba débil, delgada, envejecida, irreconocible, y que, sin duda alguna, languidecía...

Poco a poco, a medida que el peligro se alejaba, aquellos que siempre habían tenido dudas con respecto al nacimiento de Tanios y que pensaban que les había salido demasiado cara aquella aventura amorosa, se atrevieron a levantar la voz.

Al principio, al hijo de Lamia no le llegó ningún eco, ya que nadie habría querido hablar en su presencia. Si bien había crecido, como todos los aldeanos de su generación, con la obsesión de las «langostas», no podía sospechar que fue su venida al mundo lo que había atraído sobre los suyos esa

calamidad. Tuvo una infancia feliz, apacible, e incluso mimada, alegre y caprichosa, ya que era un poco la mascota del pueblo y él se aprovechaba de ello inocentemente.

A veces, a lo largo de los años, algún forastero ignorante o perverso, al ver a ese hermoso niño tan bien vestido saltar a su capricho por los pasillos del castillo, le preguntaba si era el hijo del jeque. Tanios respondía riéndose: «No, soy el hijo de Gerios». Sin dudarlo y sin mala intención.

Parece que jamás tuvo ni la más mínima sospecha con respecto a su nacimiento hasta aquel día maldito entre todos en que alguien le gritó a la cara tres veces: ¡Tanios-kisk! ¡Tanios-kisk! ¡Tanios-kisk!

## Tercer pasaje

# El destino en los labios del loco

*La palabra del sabio fluye en la claridad. Pero los hombres han preferido siempre beber el agua que brota de las grutas más oscuras.*

Nader,  
*La sabiduría del arriero.*

## Capítulo 1

---

PODRÍA señalar con exactitud el lugar donde se encontraba el hijo de Lamia cuando este incidente tuvo lugar. Los lugares han cambiado poco. La Plaza Mayor ha conservado el mismo aspecto y el mismo nombre, «Blata», que quiere decir «losa». No se cita uno «en la plaza», sino «en la losa». Hoy como ayer. Al lado está la escuela parroquial, que funciona desde hace tres siglos, pero nadie piensa en jactarse de ello, ya que el roble del patio va para seiscientos años y la iglesia tiene dos veces más, al menos sus piedras más antiguas.

Justo detrás de la escuela está la casa del cura, que se llama *buna* Butros, igual que el que vivía en la época de Tanios; me hubiera gustado poder decir que se trata de uno de sus descendientes, pero esta homonimia no es más que una coincidencia, ya que ningún parentesco une a los dos hombres, si no es en la medida en que todas las personas del pueblo están emparentadas en cuanto uno se remonta cuatro peldaños en la escala de los antepasados.

Los chiquillos de Kfaryabda siguen jugando delante de la iglesia y bajo el árbol. Antaño, llevaban una especie de delantal, el *kumbaz*, y también un gorro; había que ser pobre de solemnidad, o estar desequilibrado, o al menos ser muy original, para salir *kseif* —con la cabeza descubierta—, una palabra que sonaba como una reprimenda.

Al otro extremo de la plaza hay una fuente que fluye del vientre de la colina por una gruta; se trata de la misma colina, cuya cima estaba coronada antaño por el castillo. Incluso hoy, no puede uno evitar detenerse para admirar sus vestigios; antes, el espectáculo debía de ser algo aplastante. He visto recientemente un grabado del siglo pasado, obra de un viajero inglés coloreada por un pintor de mi pueblo; la fachada del castillo que miraba a la aldea era de un solo bloque, por lo que parecía un acantilado construido por la mano del hombre, con esa piedra que se llama, precisamente, piedra de

Kfaryabda, dura y blanca con reflejos violáceos. La gente llamaba a la mansión del señor con innumerables nombres. Se iba «al palacio», «a la colina», «a la casa de arriba», e incluso «a la aguja» —por una razón que descubrí más tarde—, pero lo más corriente era ir «al castillo» o simplemente «arriba». Unos escalones muy irregulares conducían hasta allí desde la Blata, y por ellos subían los lugareños cuando iban «a ver la mano del jeque».

A la entrada de la gruta hay una bóveda adornada con inscripciones griegas, majestuoso estuche para una fuente valiosa, venerable, puesto que a su alrededor se construyó el pueblo. Su agua, glacial en cualquier estación del año, recorre los últimos codos sobre la superficie de una roca excavada en forma de embudo y vierte por un caño acanalado en un pequeño estanque antes de ir a irrigar algunos campos de los alrededores. En ese lugar, desde siempre, los muchachos del pueblo se divierten comparando su resistencia: a ver quién deja más tiempo la mano bajo el agua que cae.

Yo lo he intentado más de una vez. Cualquier hijo de Kfaryabda puede aguantar quince segundos; a partir de treinta, un dolor sordo se propaga por todo el brazo, desde la mano hasta el hombro, y te sientes invadido por una especie de entumecimiento generalizado; después de un minuto, el brazo está como amputado, como arrancado, y te arriesgas a perder el conocimiento en cualquier momento. Hay que ser heroico o suicida para seguir insistiendo.

En la época de Tanios, se solían desafiar unos a otros. Dos muchachos metían la mano en el agua al mismo tiempo y el primero que la sacaba había perdido; tenía que dar la vuelta a la plaza a la pata coja. Todos los ociosos del pueblo, que se reunían en el único café alrededor de un juego de *tawlé*, o que merodeaban por las cercanías de la losa, esperaban esa atracción inmemorial para animar a los saltarines dando palmas y, a la vez, burlarse de ellos.

Aquel día, Tanios había desafiado a uno de los hijos del cura. Al salir de clase, se habían dirigido juntos hacia el lugar del duelo, seguidos de una nube de compañeros y seguidos también por Challita, el loco del pueblo, una especie de niño viejo esquelético, subido en unos zancos que le hacían tambalearse, sin gorro y descalzo. Siempre estaba merodeando en torno a los niños, inofensivo, pero a veces irritante, riéndose con sus risas sin ni siquiera

conocer la razón, aparentando divertirse más que ellos con sus juegos y escuchando sus conversaciones sin que nadie se preocupara por su presencia.

Al llegar a la fuente, los dos chiquillos tomaron posiciones echándose en el suelo a cada lado del estanque con la mano en alto, dispuestos a empezar su prueba de resistencia en cuanto dieran la señal. En ese instante, a Challita, que se encontraba justo detrás de Tanios, se le ocurrió empujarle al agua. El muchacho perdió el equilibrio y cayó, sintiendo que se hundía en el estanque, pero varias manos se tendieron y le sacaron a tiempo. Se levantó completamente mojado, cogió una escudilla que estaba por allí tirada, la llenó de agua y la vació sobre la cabeza del desgraciado agarrándole por los harapos. Challita, que hasta ese momento seguía riéndose de su broma, se puso a vociferar como un condenado, y cuando Tanios le soltó tirándole violentamente al suelo, se le oyó gritar con voz súbitamente inteligible: ¡Tanios-kisk! ¡Tanios-kisk! ¡Tanios-kisk!, mientras aporreaba con el puño izquierdo la palma de la mano derecha en señal de venganza.

En efecto, era una buena venganza, cosa que se leía claramente en los ojos de todos los que rodeaban a Tanios, más aún que en los suyos. Algunos chiquillos habían empezado a reírse, pero se callaron inmediatamente al advertir la consternación general. El hijo de Lamia tardó cierto tiempo en comprender lo que acababan de decirle. Los fragmentos de la cruel charada se encajaron en su mente muy despacio, uno después de otro.

La palabra *kisk* no estaba destinada en modo alguno a servir de mote; designa una especie de sopa espesa y agria a base de leche cuajada y trigo. Es uno de los más antiguos monumentos culinarios que se pueden visitar hoy, ya que aún se prepara en Kfaryabda de la misma manera que hace cien, mil, o siete mil años. El monje Elías habla mucho de ella en su *Crónica* en el capítulo de las costumbres locales, precisando de qué manera el trigo, previamente triturado, debe «beber su leche» en grandes lebrillos durante varios días. «Se obtiene así la masa llamada *kisk* verde, que a los niños les vuelve locos, y que se extiende sobre una piel curtida de cordero para dejarla secar en las terrazas; entonces las mujeres la recogen con las manos y la desmenuzan, antes de pasarla por el tamiz para obtener el polvo blancuzco que

se guarda en sacos de tela durante todo el invierno...». Bastará entonces con disolver en agua hirviendo algunos cacillos de ese polvo para obtener la sopa.

El sabor puede parecer extraño a los profanos, pero para un hijo de la montaña, ningún manjar caliente tanto y atempera mejor los rigores del invierno. El *kisk* ha constituido durante mucho tiempo la cena habitual de los aldeanos.

En cuanto al jeque, ciertamente, tenía medios para comer otra cosa que ese plato de pobres, pero por gusto, y quizá por habilidad política, profesaba por el *kisk* un verdadero culto, proclamando sin cesar que era el rey de los manjares y comparando ante sus invitados las diferentes maneras de prepararlo. Era, en competencia con los bigotes, su tema de conversación preferido.

Lo primero que Tanios recordó al oír que Challita le llamaba así, fue un banquete que había tenido lugar en el castillo dos semanas antes, en el transcurso del cual el jeque había dicho a quien había querido escucharle que ni una sola mujer en el pueblo sabía preparar el *kisk* tan perfectamente como Lamia; ésta no estaba presente en el banquete, pero su hijo sí, así como Gerios, hacia el cual se volvió Tanios al oír estas palabras para ver si se sentía tan orgulloso como él. Pues bien, no, Gerios parecía más bien aterrado, con los ojos bajos y la tez pálida. Tanios había achacado esta reacción a la cortesía. ¿No es acaso correcto mostrarse azarado frente a los elogios del señor?

Ahora, el muchacho interpretaba de una manera completamente diferente la gran confusión de Gerios. En efecto, sabía que con respecto a varios niños del pueblo y también a algunas otras personas no tan jóvenes se contaba que el jeque solía «convocar» a sus madres para que le prepararan tal o cual plato, y que esas visitas tenían relación con su venida al mundo; entonces se unía a su nombre el nombre del plato en cuestión y se les llamaba Hanna-uzé, Bulos-ghammé... Esos moteos eran extremadamente injuriosos, nadie habría querido hacer la menor alusión a ellos en presencia de los interesados, y Tanios se sonrojaba cuando se pronunciaban delante de él.

Jamás, ni en sus peores pesadillas, habría podido sospechar que él, el niño mimado del pueblo, podía formar parte de los desgraciados a los que se les

achacaba esa tara, o que su propia madre se contaba entre esas mujeres que...

¿Cómo describir lo que experimentó en ese instante? Sintió rencor por el mundo entero, por el jeque y por Gerios, sus dos «padres», por Lamia, por todos los que, en el pueblo, sabían lo que se decía de él y que debían de mirarle con piedad o con burla. Y en cuanto a los compañeros que habían asistido a la escena, ni siquiera a aquellos que se habían mostrado turbados podía disculparlos, ya que su actitud probaba sin lugar a dudas que compartían un secreto con los demás, un secreto que el loco del pueblo había sido el único en revelar en un momento de rabia.

«En cada época —comenta el monje Elías—, ha habido un personaje loco entre la gente de Kfaryabda, y cuando desaparecía, siempre había otro preparado para ocupar su lugar, como una brasa bajo las cenizas para que ese fuego no se apague nunca. Sin duda la Providencia necesita esas marionetas que mueve con sus dedos, para desgarrar los velos que la prudencia de los hombres teje».

Tanios estaba aún de pie en el mismo lugar, anonadado, incapaz de mirar siquiera hacia otra parte, cuando el hijo del cura le dijo a Challita que la próxima vez que le viera en el pueblo le colgaría de la cuerda de la iglesia, que señaló claramente con el dedo; el infeliz, aterrado, no se atrevió nunca más a seguir a los chiquillos, ni siquiera a aventurarse cerca de la Blata.

Desde aquel momento, elegiría como domicilio las afueras del pueblo, un vasto terreno en pendiente llamado el Derrumbamiento, por estar plagado de rocas desprendidas que tiemblan en sus asientos. Challita vivió entre ellas y las limpiaba, las cepillaba y las sermoneaba; pretendía que por la noche se movían, que gemían y tosían, y también que tenían crías.

Estas extrañas imaginaciones iban a dejar huella en la memoria de los lugareños. Cuando jugábamos, de niños, si uno de nosotros se agachaba para mirar al pie de una roca, los demás le gritaban al unísono: «¡Venga Challita! ¿Ha parido ya la piedra?».

A su manera, Tanios también iba a distanciarse del pueblo. Apenas abría los ojos, partía a dar largos paseos solitarios y pensativos, a lo largo de los cuales rememoraba episodios de su infancia, interpretándolos a la luz de lo que ahora ya no ignoraba.

Al verle pasar, nadie le preguntaba lo que le sucedía, ya que el incidente de la fuente había dado la vuelta al pueblo en pocas horas, y quizá las únicas personas que no se habían enterado de él eran las directamente implicadas, su madre, Gerios y el jeque. Lamia se daba cuenta de que su hijo era diferente, pero ya tenía trece años y pronto cumpliría catorce, la edad en que un muchacho se transforma en hombre, y no vio en esa gran calma de la que hacía alarde en todo lugar más que un signo de precoz madurez. Por otra parte, ya no había entre ellos la menor disputa ni una voz más alta que otra. Tanios parecía haber extremado su cortesía, pero era la cortesía del que se siente extranjero.

En la escuela del cura, le sucedía lo mismo. Asistía con atención a las clases de caligrafía o de catecismo y respondía correctamente cuando *buna* Butros le preguntaba, pero en cuanto sonaba la campanilla se alejaba lo más rápidamente posible, evitando la Blata y buscando senderos poco transitados, para deambular lejos de las miradas hasta la caída de la noche.

Así fue como un día, después de haber caminado hacia adelante hasta las inmediaciones de la aldea de Dayrún, divisó a cierta distancia de donde él se encontraba una comitiva que se acercaba: un personaje a caballo con un servidor a pie que llevaba la brida y, formando un círculo a su alrededor, una decena de jinetes, su guardia según toda apariencia. Todos llevaban fusiles y largas barbas que se veían desde lejos.

## Capítulo 2

---

TANIOS se había cruzado ya con ese personaje en dos o tres ocasiones en el pasado, siempre en los alrededores de Dayrún, y jamás le había saludado. Era la consigna del pueblo. No se hablaba al desterrado.

Era Rukoz, antiguo intendente del castillo, aquel cuyo puesto había ocupado Gerios quince años atrás. El jeque le había acusado de haberse apropiado del producto de la venta de las cosechas; en un sentido, era el dinero del señor, puesto que se trataba de la parte de las cosechas que los aparceros le debían; pero era también el dinero de los campesinos, puesto que debía servir para pagar el impuesto, el *miri*. A causa de esa villanía, todos los lugareños habían tenido que pagar, aquel año, una contribución suplementaria. Queda explicado así que su hostilidad hacia el antiguo intendente estaba motivada tanto por su obediencia al jeque como por sus propios resentimientos.

Por otra parte, el hombre se había visto obligado a expatriarse durante largos años, no solamente del pueblo y de su vecindad, sino de toda la montaña, ya que el jeque había jurado prenderle. Por lo tanto, Rukoz tuvo que huir hasta Egipto, y el día en que Tanios se cruzó con él, hacía apenas tres años que había regresado a la región. Un regreso señalado, puesto que había comprado, justo en el límite de la propiedad del jeque, grandes terrenos en los que había plantado moreras para la cría del gusano de seda, y había construido una casa y un criadero. ¿Con qué dinero? Los aldeanos no tenían la menor duda al respecto, ¡era su dinero el que ese bandido había hecho fructificar a orillas del Nilo!

Sin embargo, todo esto no era sino una versión de los hechos; Rukoz tenía otra, que Tanios había oído ya cuchichear en la escuela del pueblo: la historia del robo no era más que un pretexto inventado por el jeque para desacreditar a su antiguo colaborador e impedirle regresar a Kfaryabda; la verdadera causa

de su enemistad era que el señor había intentado seducir a la mujer de Rukoz, y que éste había decidido irse del castillo para preservar su honor.

¿Quién decía la verdad? Tanios había aceptado siempre sin la menor vacilación la versión del jeque; por nada del mundo habría querido mostrarse amable con el desterrado. ¡Habría tenido la sensación de ser un traidor! Pero ahora veía las cosas bajo una luz muy diferente. ¿Acaso era impensable que el jeque hubiera intentado seducir a la mujer de Rukoz? ¿Y no habría podido inventar esa historia de malversación con el fin de evitar que el pueblo diera la razón a su intendente y obligar a este último a huir?

A medida que la comitiva se acercaba, Tanios sentía que un impulso del corazón le arrastraba hacia el hombre que había osado marcharse del castillo dando un portazo para preservar su honor, ese hombre que había ocupado las mismas funciones que Gerios, pero que no se había resignado a rebajarse hasta el fin de su vida, sino que, todo lo contrario, había preferido exiliarse para regresar a desafiar al jeque en las inmediaciones de su feudo.

El día en que su antiguo intendente regresó a la región, el señor de Kfaryabda ordenó a sus súbditos que le capturaran inmediatamente y se lo llevaran. Pero Rukoz se había provisto de una carta de protección del emir de la montaña, de otra que llevaba la firma del virrey de Egipto y de una tercera escrita de puño y letra por el patriarca, documentos que tenía buen cuidado de mostrar al primero que llegaba; el jeque no tenía talla para enfrentarse a todas esas altas autoridades a la vez, y había tenido que tragarse su rabia y un poco de su dignidad.

Además, el antiguo intendente no quería contar únicamente con esas protecciones escritas, y temiendo ser víctima de algún golpe de mano, había contratado una treintena de hombres a los que pagaba generosamente y a los que había dotado de armas de fuego; esta pequeña tropa aseguraba la custodia de su propiedad y le escoltaba en cuanto ponía los pies fuera de su casa.

Ahora Tanios observaba arrobado la comitiva y se deleitaba con el espectáculo de su riqueza y de su poder, y cuando por fin se encontró a su altura, gritó con voz alegre:

—¡Buenos días, *jweja* Rukoz!

¡Un pilluelo que venía de Kfaryabda y que se dirigía a él tan respetuosamente y con tan amplia sonrisa! El antiguo intendente ordenó a sus guardias que se detuvieran.

—¿Quién eres tú, muchacho?

—Me llaman Tanios, hijo de Gerios.

—¿Hijo de Gerios, el intendente del castillo?

El muchacho movió la cabeza y Rukoz hizo lo mismo varias veces seguidas, incrédulo. Su rostro, picado de viruelas y adornado con una barba gris, tembló de emoción. Hacía años que ningún aldeano le deseaba los buenos días...

—¿Adónde vas por aquí?

—A ninguna parte. He salido de la escuela y tenía ganas de reflexionar; me he puesto a andar todo seguido hacia adelante.

Los hombres de la escolta no pudieron evitar reírse burlescamente cuando pronunció la palabra «reflexionar», pero su señor les mandó callar antes de decir al muchacho:

—Si no tienes un destino preciso, quizá podrías hacerme el honor de una visita.

—El honor es para mí —dijo Tanios ceremoniosamente.

El antiguo intendente ordenó a su atónito séquito que diera media vuelta y envió a uno de sus jinetes a casa del notable que iba a visitar:

—Le dirás que he tenido un contratiempo y que la visita queda aplazada para mañana.

Los hombres de Rukoz no comprendían que éste pudiera cambiar sus planes simplemente porque aquel chiquillo le había dicho que no tenía nada que hacer... No podían comprender hasta qué punto su señor sufría por haber sido desterrado así del pueblo, y lo que representaba para él que alguien de Kfaryabda, aunque fuera un chiquillo, aceptara saludarle y cruzar el umbral de su casa. Le instaló, pues, en el sitio de honor, le ofreció café y golosinas, le habló del pasado, de su conflicto con el jeque, evocando el acoso que su esposa había tenido que soportar de este último, su desgraciada esposa que había muerto ya, en la flor de la edad, poco después del nacimiento de su

única hija, Asma, que Rukoz hizo venir para presentársela, y que Tanios estrechó contra él como los adultos abrazan a los niños.

«El desterrado» hablaba con la rabia del reencuentro, con una mano sobre el hombro del honrado visitante y gesticulando con la otra para acentuar sus palabras:

—No puedes permitir que toda tu ambición sea besar la mano del hijo del jeque como tu padre besa la mano del jeque. Tienes que instruirte y enriquecerte si quieres vivir por ti mismo. Primero los estudios y luego el dinero, pero no al contrario. Cuando tengas dinero, no tendrás ya paciencia ni edad para estudiar. Primero los estudios, ¡pero verdaderos estudios, no solamente en la escuela del bueno del cura! Luego vendrás a trabajar conmigo. Estoy construyendo criaderos para el gusano de seda, los mayores de toda la montaña, y no tengo hijos ni sobrinos que puedan sucederme. He pasado ya de los cincuenta y aunque me volviera a casar y tuviera finalmente un hijo, ya no tendría tiempo de prepararle para tomar el relevo. El Cielo te ha puesto en mi camino, Tanios...

Al regresar hacia el pueblo, el muchacho dejaba que esas frases siguieran resonando en su cabeza. Y su rostro se iluminaba. Ese día tenía para él el sabor de la revancha. Sin duda había traicionado a los suyos al pactar con el desterrado, pero ese mismo sentimiento de haber traicionado le reconfortaba. Desde hacía catorce años el pueblo entero compartía un secreto que sólo él ignoraba, un execrable secreto que, sin embargo, no le concernía más que a él, y que le afectaba en su propia carne. Ahora, en justa compensación, era él quien tenía un secreto del que todo el pueblo estaba excluido.

Esta vez, no intentó ya evitar la Blata, incluso se consideró obligado a cruzar por en medio, pisándola ruidosamente y saludando con un gesto apresurado a aquellos con los que se cruzaba.

Después de haber rodeado la fuente, empezó a subir los escalones que llevaban al castillo. Entonces se volvió y, al recorrer con la mirada la Plaza Mayor, se dio cuenta de que había mucha más gente que de ordinario y de que las discusiones eran más animadas.

Por un momento se imaginó que su «traición» era ya conocida; pero lo que la gente comentaba era una noticia muy diferente: un mensajero había venido a

anunciar esa misma tarde que la señora había muerto a causa de su larga enfermedad, y el jeque se disponía a partir al gran Jord con algunos notables para asistir a los funerales.

Nadie en el pueblo fingía estar triste. Sin duda esa mujer había sido engañada y ofendida; sin duda su matrimonio no había sido más que una prueba humillante; pero después de su última «visita», nadie estaba dispuesto a reconocerle la menor circunstancia atenuante. Lo que se oía a la gente de la Blata era que la «señora de las langostas» se merecía todo lo que su esposo le había hecho sufrir durante los breves años de vida en común; y en el mismo momento en que iba a ser enterrada, algunas mujeres del pueblo sólo tenían en los labios esta horrible imprecación: «¡Que Dios la hunda más!», aunque la murmuraban muy bajo, ya que al jeque no le habría agradado semejante ensañamiento. Parecía más compasivo y, en cualquier caso, más digno. Cuando el mensajero le anunció la noticia, convocó a los aldeanos más importantes para decirles:

—Mi esposa os ha dado lo que le quedaba de vida. Ya sé que sufrimos mucho por lo que hicieron los parientes de la difunta, pero ante la muerte esas cosas se olvidan. Quiero que me acompañéis para asistir a las exequias, y si alguien de allí pronuncia una palabra fuera de lugar, nosotros no oíremos nada. Somos sordos, cumpliremos con nuestro deber y regresaremos.

En el gran Jord, la gente les recibió con frialdad, pero ninguno de ellos fue molestado.

A su regreso, el jeque anunció tres días más para presentar condolencias, esta vez en su casa, en el castillo; para los hombres, en la Sala de los Pilares, y para las mujeres en el salón donde su esposa solía sentarse rodeada de esas aldeanas que iban a refugiarse a su lado de las asiduidades del señor, una amplia habitación con las paredes desnudas y sin más muebles que unas banquetas bajas cubiertas con una tela de algodón azul.

¿Pero quién iba a recibir las condolencias? El autor de la *Crónica montañesa* nos explica que, «al no tener la difunta en el pueblo ese día ni madre ni hermana ni hija ni cuñada, le correspondía a la esposa del intendente del castillo hacer el papel de anfitriona». El buen monje no comenta el asunto y nos deja la tarea de imaginar la atmósfera que debía de reinar cuando las

aldeanas, que habían acudido por puras conveniencias sociales, tocadas con velos blancos o negros pero sin luto en el corazón, hacían su entrada en la habitación, se volvían hacia el lugar que antaño ocupaba la castellana y descubrían que era Lamia la que estaba allí sentada; debían entonces ir hacia ella e inclinarse para abrazarla diciendo: «¡Que Dios te dé la fuerza para soportar esta desgracia!» o bien «¡Sabemos lo que estás sufriendo!», o cualquier otra mentira de circunstancias. ¿Cuántas de esas mujeres supieron realizar seria y dignamente ese ritual lleno de emboscadas? Eso no lo precisa el cronista.

Las cosas sucedieron de manera muy diferente en la sala de los hombres. Allí tampoco se engañaba a nadie acerca de los sentimientos de sus vecinos, pero era obligado guardar las apariencias, por respeto al jeque y más aún a causa de su hijo, Raad, de quince años de edad, al que había traído consigo del gran Jord y que era la única persona que llevaba el luto sinceramente. Los aldeanos, e incluso su propio padre, le veían como un extranjero, lo que en realidad era, ya que no había vuelto a poner los pies en el pueblo desde que tenía dos años de edad; su familia materna no le había animado a ello y el jeque no se atrevió a insistir demasiado por miedo a que su suegro decidiera «escoltarle» a su manera...

Descubrir a ese muchacho fue una prueba para la gente de Kfaryabda. Una prueba renovada cada vez que abría la boca y se oía el acento del Jord, el odiado acento de «las langostas». A la fuerza tenía que ser así, ya que allí había vivido siempre. «Sólo Dios sabe lo que se esconde detrás de ese acento —se decían unos a otros—, y todo lo que su madre le habrá metido en la cabeza acerca del pueblo». La gente nunca había pensado en eso mientras Raad estuvo lejos, pero ahora descubría que su señor, que se acercaba a los sesenta, podía desaparecer el día de mañana, dejando sus tierras y a sus hombres en manos enemigas.

Si el jeque tenía también sus preocupaciones, no las dejaba traslucir, y trataba a su hijo como al hombre en que se estaba convirtiendo y como al heredero que era. Le había instalado a su izquierda para recibir las condolencias y, a veces, le decía el nombre de los que entraban y le vigilaba

con el rabillo del ojo para comprobar que había observado bien los gestos paternos y que había sabido imitarlos.

Ya que no bastaba recibir a los visitantes según su rango, sino que había que respetar también los matices de su posición. Al aparcero Bu-Nassif, que en otro tiempo trató de hacer trampas con las partes de la cosecha, había que dejarle que se inclinara, que tomara la mano del señor entre las suyas y la besara lentamente, y que luego se levantara. Con el aparcero Tubiyya, honrado servidor de la familia señorial, había que hacer ademán de ayudarlo a levantarse cogiéndole por el codo, una vez realizado el besamanos.

El aparcero Salhub, compañero del jeque desde hacía mucho tiempo, tanto en la guerra como en la caza, también se inclinaría, pero con una imperceptible lentitud, esperando ver al señor retirar la mano y ayudarlo luego a levantarse, dándole un breve abrazo; entonces iría a sentarse atusándose el bigote. Si se trataba del aparcero Ayyub, que se había enriquecido y que acababa de construirse una casa en Dayrún, había que ayudarlo igualmente a levantarse y darle un breve abrazo, pero sólo después de que hubiera rozado con los labios la mano de su señor.

Eso con respecto a los aparceros, pero había otras normas para la gente del pueblo, el cura, los notables, los compañeros de armas, los del mismo rango, los servidores del castillo... Estaban aquellos cuyo nombre había que pronunciar, aquellos a cuyas fórmulas de consuelo había que responder con otra fórmula que les concerniera, nunca la misma para todos, evidentemente, y nunca con el mismo tono de voz.

Y además, había casos aún más particulares, como el de Nader, arriero y vendedor ambulante, expulsado del castillo cuatro años atrás, y que aprovechaba la ocasión para que se le perdonara. Había ido a mezclarse con la multitud con un aire más apenado del que hubiera sido necesario; el jeque había murmurado entonces una larga frase al oído de su hijo y el arriero se había acercado y se había inclinado tomando la mano del jeque. Luego, se la había llevado a los labios y había permanecido en esa postura un largo rato.

Si el señor no hubiera deseado esa reconciliación, cosa excepcional en un periodo de luto, se habría dado la vuelta, aparentando que hablaba con Gerios, que estaba detrás de él, y habría ignorado al personaje hasta que éste se

hubiera retirado, o le hubieran «ayudado» a hacerlo. Pero el jeque no hubiera podido adoptar semejante actitud más que en el caso de una falta extremadamente grave, por ejemplo, si un individuo como Rukoz, considerado por el señor como un ladrón y un traidor, hubiera ido tranquilamente a que le absolvieran sin haber pagado el precio de su culpa. La falta cometida por Nader no era «del mismo quilate», como se dice en el pueblo; por eso, el jeque, después de haberle dejado cogido a su mano durante algunos segundos, terminó por tocarle el hombro con un suspiro de cansancio.

—¡Dios te perdone, Nader, pero qué deslenguado eres!

—¡Es de nacimiento, jeque!

A los ojos del señor había sido culpable de una grave impertinencia. Era un asiduo visitante del castillo, donde se apreciaban su conversación y su cultura; efectivamente, era uno de los hombres más instruidos de la montaña, aunque ni por su porte ni por su oficio se pudiera sospechar. Siempre al acecho de una noticia o de una novedad, prestaba oídos con agrado a sus clientes más instruidos; pero aún le gustaba más escucharse, y poco le importaba entonces la calidad de su auditorio.

Se dice que se sentaba en su mula con un libro amarrado a la cabeza del animal y que recorría los caminos en esa postura. Cuando oía hablar de alguna obra que le interesaba, en árabe o en turco —las únicas lenguas que leía de corrido— no le importaba pagar muy caro para adquirirla. Solía decir que por esa razón no se había casado, ya que ninguna mujer habría querido a un hombre que gastaba cada piastra que ganaba en comprar libros. El rumor del pueblo hablaba de otra cosa, de su preferencia por los jóvenes efebos, pero nunca le habían cogido con las manos en la masa. De todas formas, el jeque no se había enemistado con él por culpa de sus inconfesables inclinaciones, sino a causa de la Revolución Francesa, de la que Nader había sido, desde la infancia, un admirador incondicional. Por el contrario, el jeque y todos los de su misma condición no veían en ella más que una abominación, una locura felizmente pasajera; «nuestros» franceses habían perdido la cabeza —decían—, pero Dios no había tardado en llevarlos de nuevo al buen camino. Una o dos veces, el arriero había hecho alusiones a la abolición de los privilegios, el jeque había respondido en un tono ambiguo, entre cómico y amenazador, y

su visitante se había dado por enterado. Pero un día fue a vender sus baratijas a casa del intérprete del consulado de Francia y había oído una noticia tan extraordinaria que no había tenido fuerzas para callársela. Era en 1831, el año anterior había habido en Francia un cambio de régimen y Luis Felipe había subido al trono.

—Nuestro jeque no adivinará jamás lo que me ha contado un francés la semana pasada.

—¡Desembucha, Nader!

—¡El padre del nuevo rey era partidario de la Revolución, e incluso había votado la muerte de Luis XVI!

El arriero estaba seguro de haberse apuntado un tanto en su interminable debate. Su cara gorda e imberbe relucía de contento. Pero el jeque no se había tomado la cosa a broma y se levantó para gritar mejor:

—¡En mi casa no se pronuncian esas palabras! ¡Sal de aquí y no vuelvas a poner los pies en ella jamás!

¿Por qué esa reacción? Gebrayel, que me contó este episodio, estaba perplejo. Lo cierto es que el jeque había juzgado las palabras de Nader inconvenientes, impertinentes; quizá incluso le habían parecido subversivas en presencia de sus súbditos. ¿Era la propia información lo que le había disgustado? ¿La había juzgado injuriosa para el nuevo rey de los franceses? ¿Era el tono lo que le había parecido ofensivo? Nadie se atrevió a preguntárselo, el arriero menos que cualquier otro, y tuvo que morderse los puños porque ese pueblo era el suyo, allí tenía su casa y sus libros y el jeque formaba parte de sus clientes más generosos. Por eso había aprovechado las primeras condolencias para ir a que le perdonara.

A propósito de este hombre, aún no he dicho lo más importante: es el autor de la única obra que encierra una explicación plausible de la desaparición de Tanios-kisk.

En efecto, Nader tenía la costumbre de consignar en un cuaderno observaciones y máximas de su cosecha, largas o sucintas, transparentes o sibilinas, generalmente en verso o, si no, en una prosa bastante rebuscada.

Varios de sus textos comienzan por «Le he dicho a Tanios», o bien «Tanios me ha dicho», sin que se pueda establecer con certeza si eso es una simple

astucia de presentación o una información sobre conversaciones auténticas.

Sin duda esos escritos no estaban destinados a ser publicados así. En todo caso, fue mucho después de la muerte de Nader cuando un universitario los encontró y los editó con un título que he traducido por «La sabiduría del arriero»; recurriré con frecuencia a su valioso testimonio.

## Capítulo 3

---

**A**PENAS le perdonaron, el arriero fue a sentarse cerca de Tanios para murmurarle al oído:

—¡Perra vida! ¡Tener que besar unas manos para no perder el sustento!

Tanios asintió discretamente. Con los ojos clavados en el grupo formado por el jeque, su hijo y, un paso más atrás, Gerios, estaba haciéndose precisamente la misma reflexión y preguntándose sobre todo si, dentro de algunos años, se encontraría él en la misma posición que el intendente, inclinado, obsequioso, al acecho de las órdenes de Raad. «Antes morir» —se juró—, y sus labios temblaron, de tal manera le ahogaba la rabia.

Nader se acercó más:

—¡Fue algo importante, la Revolución Francesa! ¡Todas esas cabezas de jeques que caían!

Tanios no reaccionó. El arriero se agitaba en su asiento, como si estuviera a lomos de su mula y ésta no avanzara lo bastante deprisa. Y, como un lagarto, retorció el cuello para escrutar a la vez las alfombras del suelo y las arcadas del techo, y a sus anfitriones y sus visitantes, distribuyendo al paso gestos y guiños. Luego se inclinó de nuevo hacia su joven vecino:

—¿No te parece que el hijo del jeque tiene aires de granuja?

Tanios sonrió, pero acompañó el gesto con una llamada de atención:

—¡Vas a hacer que te expulsen por segunda vez!

En ese instante, los ojos del muchacho se cruzaron con los de Gerios, quien le hizo señas de que fuera a hablar con él.

—¡No te quedes al lado de Nader! Ve a ver si tu madre necesita algo.

Mientras Tanios se preguntaba si iba a obedecer o a hacerse el valiente y volver a su sitio, fuera resonó un clamor. Vinieron a susurrar algunas palabras al oído del jeque, quien, haciendo señas a Raad de que le siguiera, se dirigió hacia la salida con Gerios pisándole los talones.

Un visitante de importancia estaba llegando y la tradición mandaba que se fuera a su encuentro. Era Said beyk, señor druso del pueblo de Sahlaín. Iba vestido con una larga *abaya* de rayas muy marcadas que le caía desde los hombros hasta las pantorrillas y que acentuaba la majestad de su rostro adornado con un bigote rubio.

Según la costumbre, comenzó diciendo:

—¡Se ha difundido una noticia! ¡Con tal de que no sea cierta!

El jeque dio la respuesta convenida:

—El Cielo ha querido probarnos.

—Habéis de saber que en las pruebas tenéis hermanos a vuestro lado.

—Desde que te conozco, Said beyk, la palabra vecino es más agradable a mis oídos que la palabra hermano.

Fórmulas, pero no solamente fórmulas, ya que el jeque no había tenido más que contratiempos con sus propios parientes, mientras que en sus relaciones con su vecino no había habido una nube desde hacía veinte años. Los dos hombres se cogieron del brazo y entraron juntos.

El jeque instaló a su invitado a su derecha y le presentó a Raad con estas palabras:

—¡Has de saber que el día en que yo me muera, tendrás aquí otro padre para velar por ti!

—¡Dios prolongue tu vida, jeque Francis!

Más fórmulas, pero por fin se llegó a lo esencial, que era un curioso personaje que se mantenía apartado y al que todos los asistentes escrutaban de los pies a la cabeza. El rumor había llegado incluso a la sala de las mujeres, y algunas se habían precipitado a ir a verle. No tenía barba ni bigote, y llevaba una especie de sombrero aplastado que le tapaba la nuca y las orejas. Los escasos cabellos que sobresalían eran grises, casi blancos.

Said beyk le hizo señas de que se acercara.

—Este hombre honorable que me acompaña es un pastor inglés. Ha querido cumplir con su deber en esta dolorosa ocasión.

—¡Que sea bienvenido!

—Ha venido a vivir a Sahlaín con su esposa, una virtuosa dama, y sólo hemos podido felicitarnos por su presencia.

—¡Es tu sangre noble la que habla por tu boca, Said beyk! —dijo el pastor en árabe, el árabe un poco ampuloso de los orientalistas.

Al ver la mirada admirativa del jeque, Said beyk explicó:

—El reverendo ha vivido siete años en Alepo, y después de haber conocido esa bella metrópoli, ha elegido venir a vivir a nuestro humilde pueblo en lugar de ir a Estambul o a Londres. ¡Dios sabrá recompensarle por su sacrificio!

El pastor se disponía a responder cuando el jeque le indicó un lugar para sentarse. No muy cerca de él, lo que no habría sorprendido a nadie dado el carácter excepcional de semejante visita, sino un poco más lejos, a uno de sus costados. Ya que, a decir verdad, lo que el jeque acababa de oír, ya lo sabía —todo lo que pasaba en Sahlaín se conocía en Kfaryabda antes de morir el día, y la llegada de un inglés, pastor o no, para elegir domicilio en la región, no era un acontecimiento ordinario. Ahora, nuestro jeque necesitaba saber más, sin que el reverendo pudiera oírlo. Su cabeza y la de Said beyk se inclinaron una hacia la otra, y la asamblea pudo apreciar la magnitud de su complicidad:

—Me han dicho que tenía la intención de abrir una escuela.

—Sí, le he prestado un local. En Sahlaín no tenemos escuela y hacía tiempo que yo deseaba que hubiera una. Hasta mis hijos van a ir a ella. Ha prometido que les enseñará inglés y turco, además de poesía árabe y retórica. No quisiera hablar en su nombre, pero creo que espera que tu hijo vaya también.

—¿No será que va a intentar convertir a nuestros hijos?

—No, ya hemos hablado de eso y me lo ha prometido.

—Confías en él, entonces.

—Confío en su inteligencia. Si intentara convertir a nuestros hijos, sería expulsado del pueblo al momento, ¿por qué iba a cometer semejante estupidez?

—Con respecto a tus hijos y al mío, es verdad, no se atreverá, pero querrá convertir a nuestros campesinos.

—No, eso también me lo ha prometido.

—Pero entonces, ¿a quién va a convertir?

—No sé, a algunos hijos de comerciantes, a algunos ortodoxos... También están Yaacub y su familia.

—Si consigue convertir a mi sastre, habrá realizado una hazaña... Pero no estoy seguro de que eso le agrade a *buna* Butros; ¡para él ser judío es mejor que ser hereje!

El cura había estado en el castillo toda la mañana y se había ido una hora antes, despidiéndose del jeque y de los demás asistentes. Pero había vuelto. Alguien debía de haberle advertido que el lobo estaba en el aprisco, y había venido corriendo, se había sentado en su sitio y miraba descaradamente al pastor y su ridículo sombrero.

—En realidad —prosiguió Said beyk—, no tengo la impresión de que el reverendo intente convertir a la gente.

—¡Ah, bueno! —dijo el jeque, sorprendido por primera vez.

—Lo que quiere sobre todo es que no le tengamos prevención, y no hará nada que pueda molestarnos.

El jeque se inclinó un poco más.

—Quizá sea un espía.

—Yo también lo he pensado, pero en Sahlaín no guardamos los secretos del sultán. ¡No creo que vaya a escribir a su cónsul que la vaca de Halim ha parido gemelos!

Los dos compadres comenzaron a reírse ahogadamente, con la respiración entrecortada pero manteniendo los labios y las mandíbulas en posición de duelo hasta sentirlos doloridos. Sus miradas se cruzaron con la del pastor, que les dirigió una sonrisa deferente a la que respondieron moviendo la cabeza con benevolencia.

Cuando al cabo de una hora Said beyk se levantó para marcharse, el jeque le dijo:

—El proyecto del pastor no me disgusta. Voy a reflexionar. Estamos a martes... si viene a verme el viernes por la mañana, le daré una respuesta.

—Tómate el tiempo que quieras, jeque, le diré que venga más adelante, si quieres.

—No, no vale la pena, el jueves por la noche habré tomado ya una decisión y se la comunicaré sin falta al día siguiente.

Cuando, después de acompañar a las visitas importantes hasta la escalinata, el jeque volvió a sentarse, el cura había ocupado el lugar de honor a su lado.

—¡Un pastor inglés en nuestro pueblo! Como dice el proverbio, ¡vivir para ver! Tendré que venir de nuevo con agua bendita para purificar el castillo antes de que ocurran otras desgracias.

—Espera, *buna*, no despilfarres tu agua. El pastor va a volver a verme el viernes, y entonces ¡sí que podrás pasar con tu hisopo en lugar de molestarte dos veces!

—¡Ha venido hoy y vuelve dentro de tres días!

—Sí, el clima del pueblo ha debido de sentarle bien.

El cura se puso a resoplar ostensiblemente.

—¿Estará nuestro aire mezclado con azufre?

—Estás equivocado, *buna*, parece que es un hombre santo.

—¿Y qué ha venido a hacer aquí el hombre santo?

—¡Presentar sus condolencias como todo el mundo!

—¿Y para qué vuelve el viernes? ¿Para presentar más condolencias? ¿Habrá previsto otra muerte? ¿La mía, quizá?

—¡Dios no lo quiera! Ese hombre va a abrir una escuela en Sahlaín...

—Ya lo sé.

—... y sencillamente ha venido a proponerme que envíe allí a mi hijo.

—¡Sólo eso! ¿Y cuál ha sido la respuesta de nuestro jeque?

—He dicho que iba a reflexionar hasta el jueves por la noche, y que daría mi respuesta el viernes.

—¿Por qué hasta el jueves por la noche?

Hasta ese momento, el jeque había mantenido una sonrisa ligeramente burlona; le divertía hacer rabiar al cura. Pero súbitamente su rostro se puso más serio.

—Voy a explicártelo todo, *buna*, para que luego no me reproches que te cogí desprevenido. Si el jueves, a la puesta del sol, tu patriarca no ha venido todavía a presentarme sus condolencias, enviaré a mi hijo a la escuela de los ingleses.

Hacía ya catorce años —desde el nacimiento de Tanios— que el prelado no había visitado nuestro pueblo. Se había puesto de parte de la señora hasta el final, quizá porque se le había hecho responsable de ese matrimonio desastroso y le guardaba rencor al jeque por haberle puesto en semejante aprieto. Se había mostrado tan parcial en ese conflicto, tan insensible a los sufrimientos de los aldeanos durante la expedición de los hombres del gran Jord que, sin consideración por su barba blanca ni por su rango, le habían puesto el mismo mote que a su protegida. «El patriarca de las langostas» se prometió entonces no volver a poner los pies en Kfaryabda.

Se habían resignado a su ausencia. Era de buen tono decir que se las arreglaban muy bien sin él, tanto en la fiesta de la Cruz como en las ceremonias de la confirmación, cuando la bofetada del prelado debía dejar en la cara de los adolescentes un recuerdo duradero; la de *buna* Butros la suplía alegremente. Pero eso no quería decir que esa especie de maldición no pesara sobre los hombros de los fieles; cada vez que sobrevenía una muerte, una enfermedad grave, la pérdida de una cosecha —esas desgracias cotidianas que nos incitan a preguntarnos «¿qué le habré hecho yo al Cielo?»— la disputa con el patriarca ponía de nuevo el dedo en la llaga. ¿No era el momento de terminar con eso? ¿No eran estas condolencias la ocasión idónea para una reconciliación?

Cuando se celebraron los funerales de la señora en el gran Jord, el prelado, que presidía la ceremonia, tuvo delante de la tumba unas palabras de consuelo para cada uno de los miembros de la familia, a excepción del jeque, quien, sin embargo, había olvidado sus ofensas y las del pueblo para unirse a ellos, y que, después de todo, era el esposo de la difunta.

Tanto más ofendido cuanto que su familia política así como los notables de Kfaryabda habían sido testigos de esa actitud desdeñosa, el jeque había ido a ver inmediatamente al secretario del patriarca para comunicarle, en un tono cercano a la amenaza, que había previsto tres días para recibir condolencias en el castillo y que esperaba ver llegar a *sayyedna* el patriarca, si no...

Durante todo aquel primer día, mientras los visitantes desfilaban, el jeque no había tenido en la mente más que una pregunta: «¿Vendrá?». Y repitió el mensaje al cura:

—Si tu patriarca no viene, no se te ocurra censurarme por lo que voy a hacer.

*Buna* Butros desapareció del pueblo durante dos días. Última oportunidad para una misión que no condujo a nada. Volvió diciendo que *sayyedna* estaba recorriendo los pueblos del gran Jord y que no había conseguido encontrarle. También es posible que le encontrara sin conseguir convencerle. Lo cierto es que el jueves por la tarde, cuando el jeque salió de la sala de las condolencias rodeado de los últimos visitantes, no había ninguna mitra en el horizonte.

Aquella noche, el cura durmió poco. Dos inútiles días a lomos de su mula le tenían baldado de agujetas, sin que sus tormentos se hubieran calmado.

—Y por último —le dijo a la *huriyyé*—, con esa mula uno sabe a donde va, nunca se le ocurriría ir derecha al precipicio, mientras que ese jeque y ese patriarca llevan a todos los cristianos a la espalda y corren a descornarse como machos cabríos.

—Ve a rezar a la iglesia —le dijo su esposa—. Si Dios es bueno con nosotros, desde mañana instalará una mula en el castillo y otra en casa del patriarca.

## Cuarto pasaje

### La escuela del pastor inglés

*En respuesta a su carta, me complace confirmarle que, efectivamente, entre nuestros primeros alumnos de la escuela de Sahlaín, había uno llamado Tanios Gerios, de Kfaryabda.*

*El fundador de nuestro establecimiento, el reverendo Jeremy Stolton, fue con su esposa a instalarse en la montaña al comienzo de los años 1830. En nuestra biblioteca hay un cofrecillo donde se conservan sus archivos, principalmente, las efemérides de cada año, salpicadas de diversas anotaciones, y también cartas. Si desea usted consultarlas, será bien recibido, pero comprenda que nos es imposible permitir que salgan de aquí...*

Extracto de una carta del reverendo Ishaac,  
director actual de la Escuela Inglesa de Sahlaín.

## Capítulo 1

---

*BUNA* Butros no debió de rezar con suficiente fervor, ya que al día siguiente, al llegar con su barba despeinada a la Sala de los Pilares, el jeque estaba todavía allí, su traje no se había convertido en arneses, sus orejas no habían agujereado la parte de arriba de su gorro y, bajo sus bigotes canosos, sus labios y sus mandíbulas no se habían alargado...

Era evidente que se había despertado hacía ya un buen rato, es posible incluso que no hubiera conciliado el sueño a causa de sus propios tormentos. Ya estaban con él Gerios y algunos aldeanos. El cura saludó a la asamblea con un gesto gruñón y se sentó muy cerca de la entrada.

—*Buna* Butros —le gritó casi el jeque con un tono jovial—, es mejor que vengas a mi lado, lo menos que podemos hacer es recibirle juntos.

El sacerdote tuvo un momento de esperanza. ¡Quizá al menos una de sus numerosas plegarias había sido atendida!

—¡Entonces viene!

—Por supuesto que viene. Precisamente aquí está.

El cura sufrió un desengaño. No era el patriarca quien hacía su entrada, sino el pastor, que saludó a su anfitrión con varias fórmulas árabes bien construidas, bajo la mirada atónita de los lugareños. Luego, a una señal del señor, se sentó.

—El Cielo hace bien las cosas, *buna*, el reverendo se ha sentado justo en el sitio que acabas de dejar.

Pero *buna* Butros no tenía ánimos para apreciar las bromas, y rogó al jeque que fuera a hablar con él un momento en privado, en el *liwan*.

—Si he comprendido bien, nuestro jeque ha tomado ya una decisión.

—Es tu patriarca quien la ha tomado por mí, yo he hecho todo lo que he podido y tengo la conciencia tranquila. Mírame, ¿tengo ojos de haber dormido mal?

—Quizá has hecho todo lo que debías con respecto a *sayyedna*, pero en lo que concierne a tu hijo, ¿estás haciendo lo que tu deber te ordena?, ¿puedes tener la conciencia tranquila cuando le envías con una gente que le va a hacer leer un evangelio falseado y que no respeta a la Virgen ni a los santos?

—¡Si Dios no hubiera querido que tomara esta decisión, habría ordenado al patriarca que viniera a enseñar la barba en las condolencias!

*Buna* Butros se sentía incómodo cuando el jeque hablaba de barbas, y aún más cuando hablaba de Dios, ya que sus palabras tenían entonces un toque exageradamente familiar. Por eso dijo con aire digno:

—Puede suceder que Dios dirija a sus criaturas por el camino de su perdición.

—¿Haría eso con un patriarca? —dijo el jeque con un tono falso.

—¡No estaba pensando solamente en el patriarca!

Una vez terminado su conciliábulo, el cura y el jeque regresaron a la Sala de los Pilares, donde les esperaba el pastor, algo preocupado; pero su anfitrión le tranquilizó al momento.

—He reflexionado y mi hijo irá a vuestra escuela, reverendo.

—Sabré mostrarme digno de ese privilegio.

—Deberán tratarle como a todos los alumnos, sin consideraciones especiales, y no dudéis de molerle a palos si se lo merece. Pero tengo dos exigencias, y quiero una promesa aquí mismo, delante de testigos. La primera es que no se le hable de religión; seguirá siendo fiel a la fe de su padre e irá todos los domingos a casa de *buna* Butros, aquí presente, para aprender el catecismo.

—Me comprometo a ello —dijo el pastor—, como ya lo he hecho con Said beyk.

—La segunda cosa es que me llamo jeque Francis, y no jeque «Ingiliz», y quiero que en esa escuela haya un profesor de francés.

—Eso también lo prometo, jeque Francis. Retórica, poesía, caligrafía, ciencias, turco, francés e inglés. Y cada uno conservará su religión.

—En esas condiciones, no hay nada más que decir. Me pregunto, incluso, si *buna* Butros no pensará ahora enviar a sus propios hijos a su escuela, reverendo...

—Cuando las ranas críen pelo —masculló el cura con los dientes apretados.

Luego se levantó, se aplastó el gorro en la cabeza y se retiró.

—A la espera de esas ranas —prosiguió el jeque—, conozco al menos un muchacho que se sentirá feliz de acompañar a mi hijo a esa escuela. ¿No es verdad, Gerios?

El intendente asintió con la cabeza, como siempre, y dio las gracias a su señor por su constante benevolencia hacia él y los suyos. Pero para sus adentros tenía sus reservas. Le disgustaba retirar a Tanios de la escuela del cura, su cuñado, para enviarle con ese inglés y exponerse a los anatemas de la Iglesia. Sin embargo, tampoco podía oponerse a la voluntad del señor y mirar con malos ojos los favores que le concedía.

Olvidó sus reservas a la vista de la reacción del muchacho. Cuando le comunicó la sugerencia del jeque, su rostro se iluminó, y Lamia pensó que el momento era propicio para llevar de nuevo algo de calor al seno de su familia.

—¡Vamos! ¿No le das un beso a tu padre por esta noticia?

Y Tanios le dio un beso, y también a su madre, como no lo había vuelto a hacer desde el incidente junto a la fuente.

Pero eso no quería decir que se retractara de su rebeldía. Por el contrario, tenía la sensación de que su metamorfosis, provocada por el incidente en cuestión y manifestada por su visita a Rukoz el desterrado, había liberado su existencia. Como si el Cielo esperara un acto de voluntad de su parte para dejar libres los caminos... No iba a ir a la escuela del pastor, sino al umbral del vasto universo, para hablar sus lenguas y descubrir sus misterios.

Aún permanecía ahí, con Lamia y Gerios, pero ya estaba lejos, y contemplaba la escena que vivía como si la evocara ya en su recuerdo. Volaba más allá de ese lugar, más allá de sus ataduras y de sus resentimientos, más allá de sus dudas más desgarradoras.

En el mismo momento, a dos pasillos de allí, en el edificio principal del castillo, el jeque se esforzaba hasta el agotamiento por convencer a su hijo de que no sería humillante para él, ni siquiera a los quince años, ir a aprender otra cosa que no fuera el manejo de las armas y las carreras de caballos.

—Si un día recibieras, como nuestro antepasado, un mensaje del rey de Francia...

—Ordenaría a mi secretario que lo tradujera.

—Y si fuera un mensaje confidencial, ¿sería en verdad prudente que tu secretario conociera su contenido?

El pastor Stolton no tardaría en darse cuenta de la diferencia que existía entre esos dos alumnos que llegaban todas las mañanas de Kfaryabda, un trayecto de aproximadamente una hora tomando el atajo por el bosque de pinos. En sus efemérides del año 1835, puede leerse esta apreciación: «Tanios. Un apetito inmenso de conocimientos y una viva inteligencia, comprometidos por los sobresaltos de un alma atormentada». Luego, dos páginas más adelante: «La única cosa que interesa de verdad a Raad es que se manifieste consideración por su rango. Si alguno de los profesores o algún alumno, en cualquier momento del día, se dirige a él sin pronunciar la palabra “jeque”, se comporta como si no hubiera oído, o mira detrás de él buscando al campesino a quien podrían dirigirse esas palabras. Como alumno, me temo que pertenece a la categoría más desalentadora de todas, cuya divisa parece ser: *teach me if you can!*. No se me ocurriría luchar para que continúe frecuentando este establecimiento si las consideraciones escolares fueran las únicas que debiera tener en cuenta».

Este final de la frase es casi una confesión, ya que si bien el pastor estaba sinceramente interesado por la formación de las jóvenes inteligencias, no era indiferente a la política de Su Graciosa Majestad.

¿Pero cómo diablos podía tener tanta importancia a los ojos de una potencia europea la escolarización de un adolescente en un pueblo de la montaña? Comprendo que den ganas de reírse o de encogerse de hombros; yo mismo tardé mucho en admitirlo antes de consultar los archivos. Pero los hechos están ahí: la presencia de esos muchachos en la escuela del pastor Stolton era conocida y fue comentada airadamente hasta en el despacho de lord Ponsonby, embajador ante la Sublime Puerta, y sin duda también en París, en la cámara de los diputados, por iniciativa de Alphonse de Lamartine. «Exactamente —se indigna el “profesor” Gebrayel—. Lo más probable es que

ese zafio de Raad no hubiera oído hablar nunca de su contemporáneo Lamartine, pero Lamartine sí oyó hablar de Raad».

¿Por qué milagro? Es necesario explicar que en aquellos años, las cancillerías europeas estaban preocupadas por un acontecimiento excepcional: Mehmet Ali pachá, virrey de Egipto, se había propuesto edificar en Oriente, sobre las ruinas del imperio otomano, una nueva potencia que debía extenderse desde los Balcanes hasta las fuentes del Nilo y controlar la ruta de las Indias.

Los ingleses no querían que esto ocurriera a ningún precio, y estaban dispuestos a todo para impedirlo. Por el contrario, los franceses veían en Mehmet Ali al hombre providencial que iba a sacar a Oriente de su letargo y a edificar un nuevo Egipto, tomando precisamente a Francia por modelo. Había contratado a médicos e ingenieros franceses, e, incluso, había nombrado miembro del Estado Mayor de su ejército a un antiguo oficial de Napoleón. Muchos utopistas franceses se habían ido a vivir a Egipto con la esperanza de construir allí la primera sociedad socialista y de realizar proyectos inauditos —como el de excavar un canal desde el Mediterráneo hasta el mar Rojo—. Decididamente, ese pachá tenía todo para agradar a los franceses. Y, además, si irritaba hasta ese punto a los ingleses, no podía ser fundamentalmente malo. No era caso dejar que los ingleses se deshicieran de él.

En ese combate de gigantes, ¿qué peso podían tener los hombres de mi pueblo y especialmente los dos alumnos del pastor inglés?

Más de lo que se podría imaginar. Se diría que sus nombres estaban grabados en el astil de la balanza y que bastaría con acercarse lo suficiente para leerlos. Es lo que había hecho lord Ponsonby. Y se había acercado al mapa y había puesto el dedo en un lugar preciso: ¡aquí es donde el imperio de Mehmet Ali se hará o se deshará, aquí tendrá lugar la batalla!

Porque ese imperio que se estaba constituyendo tenía dos alas; una en el norte, los Balcanes y Asia Menor; la otra en el sur, Egipto y sus dependencias. Entre las dos había un único enlace, la larga carretera costera que iba de Gaza a Alejandreta, pasando por Haifa, Acre, Sidón, Beirut, Trípoli y Latakia. Se trata de una faja de tierra encerrada entre el mar y la montaña. Si esta última escapaba al control del virrey, la carretera se haría impracticable, el ejército

egipcio tendría cortada la retaguardia y el nuevo imperio se rompería en dos. Habría nacido muerto.

Y de la noche a la mañana, todas las cancillerías no tuvieron ojos más que para ese rincón de la montaña. Jamás se habían visto tantos misioneros, negociantes, pintores, poetas, médicos, damas excéntricas y aficionados a las viejas piedras. Los montañeses se sentían halagados, y cuando comprendieron, un poco más tarde, que los ingleses y los franceses peleaban en su región para no tener que luchar directamente entre ellos, se sintieron aún más halagados. Privilegio devastador, pero privilegio, a pesar de todo.

El objetivo de los ingleses estaba claro: incitar a la montaña a rebelarse contra los egipcios, cosa que por supuesto estos últimos se esforzaban por evitar, con la ayuda de los franceses.

Como relata la *Crónica montañesa*, «cuando las tropas egipcias llegaron a las inmediaciones de nuestra región, su general en jefe envió un mensajero ante el emir para pedirle que se uniera a él». Juzgando que sería muy imprudente para él tomar partido en ese enfrentamiento que rebasaba con mucho su minúsculo principado y sus escasas fuerzas, el emir había intentado eludir su respuesta; entonces el general le había enviado un segundo mensaje redactado así: «O vienes a unirte a mí con tus tropas, o seré yo quien vaya hacia ti, arrasaré tu palacio y plantaré higueras en su emplazamiento».

El desgraciado tuvo que obedecer y la montaña cayó bajo la autoridad de Egipto. Desgraciado, es un decir; seguía siendo un hombre muy temido, ya que la sola mención de su nombre hacía temblar a campesinos y jeques; pero ante el pachá y sus representantes era él quien temblaba.

Mehmet Ali esperaba que al poner así al emir de su lado, se haría dueño de la región. Y sin duda eso habría sido cierto en otros lugares, pero no allí. Desde luego, el emir tenía autoridad e influencia, pero la montaña no se reducía a él. Estaban las comunidades religiosas, con su clero, sus jefes, sus notables; estaban las grandes familias y los pequeños señores; y también había que tener en cuenta las murmuraciones en las plazas y las disputas de pueblo. Y sucedía que el jeque estaba enemistado con el patriarca porque el patriarca estaba convencido de que el jeque había tenido un hijo de Lamia, la cual seguía viviendo en el castillo, y que, en esas condiciones, el patriarca no

quería poner los pies en el castillo; y el jeque, para demostrar que no se trataba de esa manera a un hombre de su rango, había enviado a su hijo, por bravata, a la escuela del pastor inglés.

Cuando lord Ponsonby se había inclinado sobre ese minúsculo punto del mapa, sus colaboradores no le habían explicado las cosas con tantos detalles. Sólo le habían dicho que la comunidad drusa, hostil al emir desde que éste había mandado matar a uno de sus principales jefes, estaba dispuesta a rebelarse contra él y contra sus aliados egipcios, pero que esa rebelión no conduciría a nada si los cristianos, que formaban la mayoría de la población, no participaban en ella.

—¿Y nuestra gente no ha podido hacer nada aún con los cristianos? — había preguntado el embajador.

Le recordaron que para esa población, en su gran mayoría católica, los ingleses eran ante todo unos herejes.

—Ni uno solo de nuestros enviados ha podido establecer un contacto significativo... a excepción de un pastor que ha abierto una escuela.

—¿Una escuela nuestra en un pueblo católico?

—No, ni pensarlo, le habrían expulsado inmediatamente o un incendio habría devastado el edificio. No, se ha instalado en las tierras de un jefecillo druso, Said beyk, pero ha conseguido inscribir en su escuela a dos alumnos católicos, uno de los cuales es el hijo del jeque de Kfaryabda.

—¿Kfar qué?

Hubo que buscar un mapa más detallado para leer con una lupa el nombre de Kfaryabda y el de Sahlaín.

—Interesante —dijo lord Ponsonby.

En el informe que redactó para el Foreign Office, no citó por su nombre a Kfaryabda, pero puso de relieve la existencia de «señales alentadoras». Que el descendiente de una de las más grandes familias católicas, una familia que se enorgullecía desde hacía tres siglos de sus relaciones con Francia, estuviera en la escuela del pastor inglés, era efectivamente un éxito, una brecha abierta.

¡Y, por supuesto, no se podía pensar en expulsar al jeque Raad a causa de una mala nota!

## Capítulo 2

---

EN el otro campo, nadie quería tomar tan en serio el asunto como lo hacía lord Ponsonby. Ni el emir, ni el señor Guys, cónsul de Francia, ni Solimán pachá, alias Octave Joseph de Seves, que mandaba en nombre de Egipto en la plaza de Beirut. Estaban comprometidos en un conflicto de importancia y nadie tenía tiempo para ocuparse de esa disputa pueblerina. Sólo el patriarca se desgañitaba explicando que no había que ignorar el significado de la presencia de dos niños en la escuela del pastor; y finalmente, por no ofenderle, se decidió sancionar al jeque presuntuoso: se envió un agente del Tesoro del emir, portador de una lista interminable de impuestos impagados, en realidad aquellos de los que, en el pasado, había conseguido que se le eximiera con toda clase de argucias; ahora se los reclamaban todos y se habían añadido otros más, principalmente la *ferdé*, instaurada por las fuerzas de ocupación egipcias. El pretexto de esa gestión era llenar de nuevo las arcas del emir, agotadas por las necesidades del conflicto en curso. Pero nadie se engañaba respecto a las verdaderas razones, y para el caso de que alguien hubiera tenido dudas, el patriarca había convocado al cura para decirle claramente que si el jeque sacaba a los dos muchachos de la escuela hereje, intercedería en su favor ante el emir.

El señor de Kfaryabda estaba con el agua al cuello. Ese año la cosecha había sido desastrosa y la suma que le reclamaban —trescientas bolsas, o sea ciento cincuenta mil piastras— superaba con mucho lo que él podía reunir, incluso obligando a todos sus súbditos a entregarle sus ahorros.

Por lo tanto, era imposible pagar, pero la otra solución era doblemente humillante; si sacaba a los muchachos de la escuela del pastor inglés, el jeque perdería su prestigio, y luego tendría que ponerse a los pies del «patriarca de las langostas» para rogarle que se dignara hablar al emir.

Antes de abandonar el pueblo con su escolta, el funcionario del Tesoro precisó que si al mes siguiente no estaban totalmente pagadas todas las sumas debidas, las tierras del jeque serían confiscadas y anexionadas al territorio del emir. Perspectiva que no agradaba en modo alguno a los habitantes de Kfaryabda, conscientes de tener en la persona de su jeque al menos malo de los señores.

Lo más singular fue la manera en que Tanios vivió esos acontecimientos. Durante un tiempo, le reconciliaron con el pueblo, e incluso se podría decir que con su presunta bastardía, ya que lo que estaba sucediendo ante sus ojos de adolescente no era en realidad más que la continuación de aquella misma disputa que había provocado, antaño, la invasión de las «langostas», una disputa cuya causa había sido su propia venida al mundo. Ahora lo comprendía perfectamente, sabía por qué el patriarca reaccionaba así, comprendía también la actitud del jeque y de los lugareños, y la compartía, aunque sólo fuera por una razón: la escuela. Para él, eso era lo que contaba. Estudiaba con empeño, con rabia, aspiraba cada palabra, cada migaja de saber como una esponja seca y no quería ver más que esa pasarela entre él, Tanios, y el resto del universo. Por esta razón, se encontraba de nuevo del lado de los aldeanos, del lado del jeque, contra todos los enemigos del pueblo, contra el emir, contra el patriarca... y se adhería a todas las causas presentes y pasadas.

Incluso se había alejado de Rukoz porque éste le había dicho: «¿Por qué tendría yo que lamentar que las tierras del jeque sean confiscadas? ¿No quieres abolir como yo los privilegios de los señores feudales?». El adolescente había respondido: «¡Es mi más ferviente deseo, pero no quiero que suceda de esta manera!». Y Rukoz había dicho sentencioso: «Cuando tienes un deseo ferviente, cuya realización te llenaría de felicidad, puedes pedir a Dios que te lo conceda, pero no puedes dictarle cómo debe hacerlo. Yo le he pedido al Cielo que castigue al jeque de Kfaryabda, y es Él quien debe decidir el instrumento del que se va a servir: un cataclismo, las langostas o los ejércitos de Egipto».

Este razonamiento había desagradado a Tanios. Por su parte, deseaba abolir los privilegios del jeque y en modo alguno quería encontrarse, quince años más tarde, ayudando a Raad a descalzarse... Pero en la pugna de

intereses que se estaba desarrollando, sabía perfectamente de qué lado se encontraba y qué deseos quería ver satisfechos.

«Este mediodía», escribió el pastor en sus efemérides con fecha 12 de marzo de 1836, «Tanios ha venido a verme a mi despacho para explicarme la situación dramática en la que se encuentra su pueblo, al que ha comparado con una mangosta presa en el cepo y esperando el cuchillo del trampero... Le recomendé que rezara y le prometí que haría todo lo que estuviera en mi mano. Inmediatamente, escribí a nuestro cónsul una carta detallada que espero confiar mañana a algún viajero que parta para Beirut».

Fue probablemente después de esta carta, una verdadera llamada de socorro, cuando vieron llegar al castillo a un extraño visitante. Todavía se habla en Kfaryabda de la visita del cónsul de Inglaterra. En realidad, Richard Wood no era aún cónsul, lo sería más tarde; en aquella época era el emisario oficioso de lord Ponsonby y vivía en Beirut con su hermana, que era la esposa del verdadero cónsul de Inglaterra. Pero esta precisión no tiene ninguna incidencia en los acontecimientos, ni en la manera en que fueron relatados.

«Aquel año —dice la *Crónica montañesa*— nuestro pueblo recibió la visita del cónsul de Inglaterra, portador de valiosos regalos que llenaron de alegría a grandes y chicos. Fue recibido como ningún visitante lo había sido jamás, asistió a la Santa Misa y hubo fiesta durante tres días y tres noches».

Excesivo, ¿no es verdad?, para la visita de un seudocónsul, tanto festejo y tantas exageraciones. No, cuando se conoce la naturaleza de esos «valiosos regalos». El monje Elías no dice nada más, pero el propio Wood evocó su visita en una carta dirigida poco después al pastor Stolton y conservada en los archivos de este último, en la escuela de Sahlaín. El emisario se muestra vago con respecto al objeto de su misión que, evidentemente, su comunicante conoce tan bien como él; pero explica con detalle la naturaleza de los regalos que había llevado y la manera en que fue recibido. Seguramente, el pastor

había mencionado en su carta la suma precisa que el Tesoro del emir exigía, ya que Wood comenzó por ordenar que llevaran a la gran sala del castillo y que colocaran justo detrás del narguile de su anfitrión unos sacos que contenían exactamente ciento cincuenta mil piastras. El jeque hizo ademán de protestar, pero su visitante no le dio la oportunidad de hacerlo.

—Lo que acaba de ser depositado a vuestros pies no es nuestro regalo para vos, sino para vuestro tesorero, a fin de que pueda hacer frente a las exigencias del emir sin tener necesidad de importunaros.

El señor de Kfaryabda se dio por enterado dignamente, pero su corazón halagado brincaba como el de un niño.

En efecto, de hecho había tres «verdaderos» regalos más, que Wood describe en su carta. «Para el jeque, un reloj monumental que llevaba grabado el escudo de armas de la casa de Hannover, que había sido transportado desde Beirut a lomos de camello». ¿Por qué un reloj y no un purasangre, por ejemplo? Misterio. Quizá haya que ver en ello el símbolo de una amistad duradera.

Los otros dos regalos eran para los alumnos del pastor. Para Tanios, «una soberbia escribanía nacarada, que el muchacho se ató a la cintura inmediatamente». Y para Raad —que poseía ya una escribanía de oro que escondía a la salida de la escuela por miedo a que se murmurara que el jeque se había rebajado al rango de secretario—, «un fusil de caza, un Forsyth de percusión digno de una batida real, que su padre se apresuró a quitarle de las manos para sopesarlo y acariciarlo con envidia. Quizá deberíamos habérselo regalado a él y no a su hijo, se habría sentido colmado y el arma estaría en mejores manos».

Una frase que no tenía nada de profética, pero que nos deja pensativos cuando sabemos cuántas desgracias había en la boca de ese fusil.

El «cónsul» había llegado un sábado por la tarde, y el jeque le propuso pasar la noche en el castillo con su comitiva. Las mujeres del pueblo se afanaron por preparar los manjares más refinados. Wood menciona un cuello de cordero relleno, y hace elogios de un «*kebbé* a la bergamota», lo que seguramente es el resultado de una confusión, ya que, si bien existe una carne triturada con naranjas amargas, la bergamota es desconocida en la cocina de la

montaña; por otra parte, el emisario Wood precisa que el jeque Francis esbozó una sonrisa divertida al verle añadir agua al vino...

Al día siguiente, después de una breve conversación amistosa en el *liwan*, frente al valle, en torno a un café y algunos frutos secos, el señor de Kfaryabda pidió permiso para ausentarse durante una hora.

—La misa va a empezar. No debería abandonar a mi invitado de este modo, pero Dios ha sido bueno conmigo estos dos últimos días. Casi ha hecho milagros, y quiero darle las gracias.

—Os acompañaré, si no veis inconveniente...

El jeque se contentó con sonreír. No veía en ello ningún inconveniente, pero temía un escándalo de *buna* Butros si entraba en la iglesia en compañía de un inglés.

De hecho, el cura les esperaba ante la puerta del edificio. Habían ido a caballo y en cuanto pusieron pie a tierra fue a su encuentro, cortés pero firme:

—Nuestro pueblo os está agradecido por lo que habéis hecho. Por eso, si me hacéis el honor de una visita, mi esposa ha preparado un café para vos en mi humilde casa, cuya entrada está por detrás. Ella os hará compañía, así como mi hijo mayor, hasta que yo haya terminado de decir la Santa Misa. Entonces me reuniré con vos.

Miró de reojo al jeque como diciendo: «¡Imposible ser más cortés de lo que yo he sido con tus amigos ingleses!»

Pero el «cónsul» replicó con su mal árabe:

—No es necesario darme un trato especial, padre, soy católico y voy a oír misa con los demás fieles.

—Inglés y católico, sois la octava maravilla del mundo —no pudo por menos de decir *buna* Butros, antes de invitarle a entrar.

Ésa había sido la habilidad suprema de lord Ponsonby: enviar a aquel pueblo católico un agente irlandés; habilidad que les valdría por largo tiempo a «esos diablos de ankliz» la admiración de los montañeses.

## Capítulo 3

---

AQUELLA noche el patriarca durmió «cara al suelo», como dice la gente de Kfaryabda, y las oraciones que masculló no tenían nada de caritativas; mandó al Infierno a tantas almas y cuerpos como para preguntarse cuál sería el Reino que quería servir. El bigote del jeque era como un cardo en su cama, y por más vueltas y vueltas que diera, sólo conseguía enrollarse más en él.

Sin embargo, estaba en la cúspide de su poder. Era el intermediario reconocido entre el emir, el Estado Mayor egipcio, los diplomáticos franceses y los principales señores de la montaña; el eje de la coalición, y también su ensalmador, ya que era necesario reparar sin cesar las fracturas. El cónsul de Francia echaba pestes de Mehmet Ali, «un déspota oriental que se hace pasar por un reformador para engañar a las almas buenas de Europa»; y cuando se le interrogaba sobre Seves, su antiguo compatriota, decía: «¿Solimán pachá? Sirve fielmente a sus nuevos señores», y arrugaba la nariz con una mueca avinagrada. El emir, por su parte, se alegraba en secreto de los sinsabores de sus protectores egipcios, los cuales decían de él, casi en voz alta, que seguiría siendo su fiel aliado mientras sus tropas tuvieran sus tiendas bajo las ventanas de su palacio.

El patriarca tenía a veces la impresión de mantener unida esa coalición cojitranca con la fuerza de sus brazos, y era respetado y hasta venerado en toda la montaña. No se le cerraba ninguna puerta ni se le negaba ningún favor. Excepto en mi pueblo. En Kfaryabda hasta el cura le daba la espalda.

Por lo tanto, tuvo una noche inquieta, pero al levantarse parecía más animado.

—Yo sabré cómo hacerles recitar el acto de contrición —prometió al secretario que le ayudaba a vestirse—. Caerán a mis pies como una moneda de plata en el cepillo de la iglesia. Para todas las enfermedades hay un tratamiento y yo tengo el que ellos necesitan.

Algunos días después, un mensajero del gran Jord llegó al castillo para decir que la abuela de Raad se estaba muriendo y que deseaba volver a verle. El jeque no intentó oponerse al viaje, sino que, por el contrario, vio en ello la ocasión de reconciliarse con su familia política y envió con su hijo una carta redactada por Gerios con sus mejores deseos, y algunos regalos de poca importancia.

Si la abuela se estaba muriendo, lo hacía sin prisas. La *Crónica* menciona su muerte ciento treinta páginas —y diecisiete años— más adelante, a la edad de setenta y cuatro años. Poco importa; sin duda deseaba realmente volver a ver a su nieto, pero en realidad era el patriarca el que había insistido para que Raad volviera. Tenía que hablar con él de asuntos graves.

Su conversación comenzó como una adivinanza para niños en una clase de catecismo:

—Si fueras un caballero del Mesías y te encontraras de pronto prisionero en la mansión de Satán, ¿qué harías?

—¡Intentaría escaparme, pero no sin haber destruido todo antes, sin dejar piedra sobre piedra!

—¡Buena respuesta, digna de un verdadero caballero!

—¡Y mataría a Satán y a toda su progenie!

—No exageremos, jeque Raad, ningún mortal puede matar a Satán. Sin embargo, se puede sembrar la confusión en su casa como él lo hace en la nuestra. Pero tu fervor me complace. He hecho bien en darte mi confianza y estoy seguro de que tu fe y tu sangre noble inspirarán tus actos como acaban de inspirar tus palabras.

Y el prelado tomó las manos del muchacho y, cerrando los ojos, murmuró una larga oración. Raad no comprendía una palabra, pero tenía la impresión de que el incienso se le metía por la nariz. La habitación no tenía ventanas, la oscuridad lo envolvía todo, y la barba blanca del patriarca era la única fuente de luz.

—¡Estás en la casa de Satán!

El joven jeque seguía sin comprender y miraba a su alrededor bastante asustado.

—No estoy hablando de la casa de tu abuelo.

—El castillo...

—Tampoco me refiero a la casa de tu padre, que Dios le perdone. Estoy hablando de la escuela inglesa, lugar de herejía y depravación. Todas las mañanas vas a la casa de Satán y no lo sabes.

Su rostro estaba serio como una lápida mortuoria, pero poco a poco se esbozó en él una sonrisa.

—Pero ellos tampoco saben quién eres tú. Creen que sólo están tratando con el jeque Raad, hijo del jeque Francis; no saben que en ti se esconde el caballero del castigo.

Cuando Raad volvió al pueblo algunos días más tarde y tomó como siempre el atajo que atraviesa el bosque de pinos, Tanios se dio cuenta de que una barba incipiente adornaba su mentón y de que en sus ojos había una mirada que no era la suya.

En la escuela del reverendo Stolton, las clases se impartían en la parte más antigua del edificio, el *kabu*, formado por dos salas abovedadas, casi idénticas, alargadas y más bien oscuras para ser lugares de estudio. Más tarde se les añadirían otras salas, pero en la época de Tanios apenas había una treintena de alumnos y la escuela se reducía a esas dos habitaciones y a una tercera, adyacente, donde el pastor tenía sus libros y su escritorio. En el piso superior se encontraban sus aposentos privados. La casa no era grande, pero con su tejado de tejas en forma de pirámide perfecta, sus balcones simétricos, sus ventanas de finas arcadas y la hiedra que cubría las paredes, conseguía dar una impresión de calma y a la vez de solidez.

Además, disponía de un amplio terreno cercado donde los alumnos salían al recreo, y donde años más tarde, por razones muy loables —la llegada de más de mil alumnos— se construirían unos edificios, que, por desgracia, tendrían bastante menos encanto. Pero eso es otra cuestión...

En una parte de ese terreno, la esposa del pastor se dedicaba a la única y verdadera pasión de su vida: la jardinería. Tenía un pequeño huerto, y también arriates de flores —junquillos, claveles—, un macizo de lavandas y todo un bancal de rosas. Los alumnos nunca iban por ese lado; la esposa del pastor había construido, incluso, con sus propias manos un murete, sólo de piedras superpuestas, pero que establecían un cercado simbólico.

Sin embargo, el mismo día de su regreso a la escuela, Raad se apresuró a saltarlo. Fue derecho hacia los rosales, que en aquel mes de abril comenzaban a florecer, y sacando un cuchillo del cinturón empezó a coger las flores más bellas, cortándolas muy cerca de los pétalos, como si las decapitara.

La esposa del pastor no estaba lejos, en el huerto, y lo veía todo, pero el alumno actuaba con tanta seguridad, con tal descaro, que se quedó muda un largo rato antes de gritar una frase ininteligible. El joven jeque no se mostró impresionado y continuó su tarea hasta que la última rosa hubo caído en su pañuelo extendido. Entonces, guardándose el cuchillo, volvió a saltar tranquilamente el cercado en sentido contrario para ir a enseñar su botín a los alumnos.

El pastor acudió, encontró a su mujer llorando y llamó al culpable a su despacho. Se le quedó mirando un rato, tratando de descubrir en su expresión algo de remordimiento, y luego le dijo con su voz de predicador:

—¿Te das cuenta de lo que acaba de producirse en ti? Al llegar aquí esta mañana, eras un jeque respetado, y ahora te has convertido en un ladrón.

—No he cometido ningún robo.

—Mi esposa te ha visto coger sus rosas, ¿cómo puedes negarlo?

—Me ha visto y yo he visto que me veía. ¡Por lo tanto no ha sido un robo, ha sido un saqueo!

—No veo la diferencia.

—Los robos los cometen los miserables, mientras que el saqueo es como la guerra, siempre ha sido practicado por los nobles y los caballeros.

—Me parece estar oyendo a otra persona hablar por tu boca, ¿quién te ha enseñado a responder así?

—¿Por qué iban a tener que enseñarme semejante cosa? ¡La sé desde que nací!

El pastor suspiró; reflexionó; pensó en el jeque, en Wood, en lord Ponsonby, quizá incluso en Su Graciosa Majestad. Volvió a suspirar, y luego prosiguió con un énfasis ya impregnado de resignación:

—En cualquier caso, has de saber que el saqueo, suponiendo que se pueda practicar, no debería llevarse a cabo sino en detrimento de los enemigos, de

aquellos cuyas tierras se han conquistado o cuya puerta se ha forzado en un acto de guerra. Y desde luego no en las casas donde te reciben como amigo.

Raad puso cara de estar meditando intensamente y, a falta de algo mejor, el pastor juzgó esa actitud como un gesto de arrepentimiento. Pidió al joven jeque que no volviera a considerarse en estado de guerra con su Misión y echó tierra al asunto.

Por lo que se lee entre líneas en sus efemérides, el pastor Stolton se sentía un poco avergonzado al traicionar así su misión de educador para no traicionar los intereses de la Corona.

Durante unos días pareció que Raad se había calmado. Pero el demonio — perdón, el ángel— tentador no iba a abandonarle.

Esta vez, el instrumento de la Providencia fue un rosario de madera preciosa que el hijo de un comerciante de Dayrún había llevado a la escuela; tenía la particularidad de que cuando se pasaban las cuentas, o mejor aún, cuando se recogían como una bola entre las manos y se frotaban unas con otras, despedía un perfume de almizcle. Raad quería a toda costa ese rosario, pero cuando su compañero habló de vendérselo, se mostró ofendido. ¡Cuánto más sencillo habría sido apropiárselo con un noble saqueo! O si no, como le sugirió un alumno chistoso, podría ganarlo por medio de un juego muy difundido entre los alumnos, que lo llamaban *aassi*, que significa, en traducción libre, «desafío». Consistía en imponer a alguien una prueba muy difícil y si la cumplía ganaba lo que estuviera en juego.

El jeque Raad dijo *jaassi!* y sus condiscípulos, contentos de esa distracción, repitieron *jaassi! jaassi!* hasta que el propietario del valioso objeto se decidió a su vez a pronunciar la palabra mágica, seguida de la apuesta:

—*Aassi* a que no vas a donde está la señora Stolton, le levantas el vestido con las dos manos hasta por encima de la cabeza, como si buscaras algo, y gritas: ¿Dónde está ese rosario? ¡No lo encuentro!

El hijo del comerciante estaba muy contento de su hallazgo. Estaba seguro de haber encontrado la prueba final que ningún alumno podría cumplir. Pero, inmediatamente, Raad dio unos pasos en la dirección indicada. Los otros — eran siete— le siguieron a distancia, convencidos de que no tardaría en volver

sobre sus pasos. La esposa del pastor estaba inclinada sobre sus arriates de flores, y llevaba un vestido muy largo cuyos bordes estaban manchados de barro. Vestido que el valeroso jeque agarró con las dos manos y levantó con un gesto tan brusco que la dama cayó de cabeza entre sus flores.

—¿Dónde está ese rosario? ¡No lo encuentro! —proclamó Raad con un tono de victoria.

Pero nadie se rió.

Esta vez, el pastor, olvidando los intereses superiores de su patria, le gritó a la cara al granuja, en inglés:

—¡Fuera! ¡Sal al instante de esta casa y no vuelvas jamás a poner los pies en ella! Tu presencia aquí es una desgracia para todos, y aunque el rey William viniera en persona a Sahlaín a pedirme que te admitiera de nuevo, yo respondería: ¡jamás, jamás, jamás y jamás!

¿Cómo habría podido reaccionar de otro modo? Si no hubiera actuado así habría perdido el respeto hacia sí mismo y hacia su Misión. Sin embargo, durante las horas siguientes, el remordimiento comenzó a crecer en él, un remordimiento desgarrador, el sentimiento de haber destruido con sus propias manos el edificio que se había propuesto construir. Sintió la necesidad de ir a explicarse con Said beyk, su anfitrión y protector.

El señor de Sahlaín, a cuyos oídos había llegado ya el incidente, no intentó en modo alguno tranquilizar a su visitante.

—Dios no le ha dado a nadie todas las cualidades, reverendo. Vos tenéis la inteligencia, la sabiduría, la integridad, la virtud, la abnegación... sólo os falta la paciencia.

¿La paciencia? El pastor suspiró profundamente y se esforzó por recuperar un semblante risueño.

—Quizá tengáis razón, Said beyk. Pero hace falta una variedad de paciencia muy particular para soportar al jeque Raad. Y me temo que esa variedad no crece en Inglaterra.

—Nuestra montaña es así, reverendo. Habéis creído que castigabais a un alumno insolente y sólo habéis castigado a su padre, que es vuestro amigo y que tuvo que enfrentarse con la mitad del universo a causa de la amistad que siente por vos.

—Eso sí que lo siento sinceramente, y si pudiera reparar el daño que le he hecho... Quizá debería ir a verle.

—Es demasiado tarde. La única manera de manifestarle vuestra amistad es no guardarle rencor por lo que va a tener que decir para salir del aprieto.

## Capítulo 4

---

EXTRACTO de la *Crónica montañesa*:

«Al final del mes de abril, poco después de la Gran Fiesta, el jeque Francis, señor de Kfaryabda, decidió sacar a su hijo, el jeque Raad, de la escuela de los herejes ingleses. Se dice que, unos días antes, había tenido lugar un incidente, en el transcurso del cual el pastor había sorprendido a su esposa con el joven jeque en situación comprometida. La carne es débil en la primavera de la naturaleza y también en el otoño.

»Al tercer día, que caía en viernes, *sayyedna* el patriarca llegó al pueblo con una importante comitiva. No había venido desde hacía quince años y todo el mundo se alegró de su regreso. Dijo que venía a escuchar la confesión del jeque Raad, ya que había sido el confesor de su madre.

»El jeque Francis y el patriarca se dieron el abrazo delante del pueblo reunido en la Blata, y, en su sermón, *sayyedna* habló de perdón y de reconciliación y maldijo la herejía y la perversión, causas de división y de discordia entre los fieles.

»Hubo fiesta en el pueblo hasta el alba y, al día siguiente, el patriarca y el jeque partieron juntos al palacio de Bayt al Din para renovar su vasallaje al emir, gobernador de la montaña, y anunciarle su reconciliación. Él les recibió con todos los honores».

«¡Dios mío, qué ajeno me siento en medio de esta fiesta!». Los sentimientos de Tanios habían dado un vuelco otra vez y, decididamente, estaban del lado de la rabia y del desprecio. De cuando en cuando, para distraerse de sus negros pensamientos, imaginaba a la esposa del pastor estremecida entre los brazos de Raad, o bien a este último en el confesionario,

recibiendo los efusivos elogios del prelado por los pecados que reivindicaba. El hijo de Lamia se sorprendía a sí mismo riéndose en alto con sarcasmo, pero enseguida volvía a su silenciosa indignación.

Y andaba y andaba, como cada vez que le dominaba la cólera.

—¡Vamos, Tanios! ¿Estás reflexionando con los pies?

El muchacho no estaba de humor para que le interpelaran de esa manera, pero esa voz era familiar y la silueta aún más; no tanto la de Nader como la de su inseparable mula, con una carga tan alta como un hombre.

Tanios fue espontáneamente a abrazar al arriero, antes de recordar la reputación que tenía aquel hombre, lo que le hizo retroceder un paso. Pero el otro prosiguió con su idea:

—Yo también reflexiono con los pies. A la fuerza... ¡no hago otra cosa que recorrer los caminos! Las ideas que forjas con los pies y que suben hasta la cabeza te reconfortan y te estimulan; las que descienden de la cabeza a los pies te entorpecen y te desaniman. No sonrías, deberías escucharme con seriedad... Bueno, no, después de todo, puedes sonreír como los demás. Nadie necesita mi sabiduría, por eso me veo obligado a vender baratijas. Antaño, en los países árabes, se regalaba un camello en recompensa por cada palabra de sabiduría.

—Ah, si pudieras vender tus palabras, Nader...

—Ya lo sé, hablo mucho, pero tienes que comprenderme; cuando voy de un pueblo a otro, me pasan por la cabeza muchas cosas sin que pueda decírselas a nadie. Luego, cuando llego al pueblo, me desquito.

—Te desquitas hasta el punto de hacer que te expulsen...

—Alguna vez ha pasado, sí, pero ya no me sucederá más. No cuentes conmigo para que vaya a explicar en la Blata que al jeque Raad le han expulsado de la escuela porque destrozó las rosas y, como un asqueroso granuja, le levantó el vestido a esa señora. Y tampoco contaré que su padre le ha cruzado la cara de dos bofetadas antes de que se pavoneara como un héroe por el pueblo entre vítores.

Tanios se volvió y escupió tres veces con la punta de la lengua; gesto que Nader reprobó.

—¡Harías mal en reprochárselo a esa gente! Todos saben como tú y como yo lo que ha sucedido, y juzgan a Raad como tú y yo le juzgamos; pero esa disputa con el patriarca y el emir se estaba volviendo costosa y peligrosa y la alianza con los ingleses era difícil de sobrellevar; había que conseguir salir del apuro y había que hacerlo con la cabeza alta...

—¿Con la cabeza alta?

—Un seductor temerario puede ser censurado, pero nunca despreciado. Es así. Su padre puede hablar de sus hazañas riéndose.

—Pues yo no tengo ganas de reír. Cuando pienso en la señora Stolton, en los rumores que van a llegar a sus oídos, me siento avergonzado.

—No te preocupes por la esposa del pastor. Es inglesa.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Te digo que es inglesa; lo peor que le puede pasar es que se vea obligada a abandonar esta región, mientras que para ti y para mí, abandonar esta región es lo mejor que nos puede pasar.

—¡Vete, Nader! ¡Ya estoy lo bastante triste sin tu sabiduría de búho!

A pesar de esos sentimientos de indignación, vergüenza y tristeza que el regocijo del pueblo provocaba en él, Tanios experimentaba cierto consuelo, el de saber que él tenía razón en contra de todos, y que conservaba los ojos bien abiertos cuando los demás, todos los demás, estaban cegados por la cobardía y la complacencia. Se prometió que el lunes por la mañana, en cuanto volviera a la escuela, iría a ver a la señora Stolton, le besaría la mano como lo hacían los caballeros cuyas historias había leído en los libros ingleses y le manifestaría «su más profundo respeto y su filial afecto», o cualquier otra fórmula bien construida de ese tipo; le diría también que todo el pueblo sabía la verdad sobre lo que había sucedido...

Ni por un momento se había dado cuenta Tanios de que él también estaba cegado, no por la complacencia, sino por la esperanza. La esperanza de salir del castillo al día siguiente a primera hora para encontrar de nuevo la fresca serenidad de su clase. Ni por un momento se había imaginado algo, sin embargo, tan simple y tan evidente: ahora resultaba imposible para un hijo del pueblo ir a la escuela del pastor inglés. El jeque y el patriarca se lo habían

manifestado claramente a Gerios antes de partir, del brazo, hacia el palacio del emir.

Desde entonces, el intendente retrasaba día tras día y hora tras hora el temible momento en que tendría que comunicar la noticia a Tanios. Quizá el muchacho comprendiera por sí mismo el problema y se resignara... No, era imposible, resultaba impensable para él. Esa escuela era toda su esperanza para el futuro, toda su alegría, sólo vivía para ella. Era la escuela del pastor la que le había reconciliado con su familia, con el castillo, con el pueblo, consigo mismo, con su nacimiento.

El domingo por la noche, la familia se encontraba reunida alrededor de una fuente de *kisk*, mojando trozos de pan en la sopa espesa. Gerios les contaba lo que le habían dicho sobre el conflicto entre el pachá de Egipto y la Sublime Puerta; se hablaba de un combate que se estaba preparando a la orilla del Éufrates.

Lamia formulaba a veces algunas preguntas y daba órdenes a la joven que les servía. Tanios se contentaba con mover la cabeza pensando en otra cosa, en el día siguiente, en lo que iba a decirles al pastor y a su esposa cuando les viera por primera vez después del incidente.

—Tal vez debieras decirle a Tanios... —sugirió la madre cuando se produjo un silencio.

Gerios movió la cabeza

—Estoy dispuesto a repetirle lo que me han dicho, pero no será nada que él no sepa ya; un muchacho tan inteligente como él no necesita una larga explicación, seguro que ha comprendido todo por sí mismo.

—¿De qué estáis hablando?

—De la escuela inglesa. ¿Necesito decirte que es imposible que vuelvas allí?

Súbitamente, Tanios comenzó a tiritar, como si un torrente de agua fría se hubiera precipitado en la habitación. Con gran esfuerzo consiguió emitir la palabra «*layj?*» —«¿por qué?».

—Después de lo que ha pasado, nuestro pueblo no puede ya tener relación alguna con esa escuela. Nuestro jeque me lo dijo claramente antes de partir, en presencia de nuestro patriarca.

—Que el jeque decida por el idiota de su hijo, pero no por mí.

—No te permito hablar así mientras estemos bajo su techo.

—Raad nunca ha querido aprender; iba a la escuela a su pesar, porque su padre le obligaba, y está muy contento de no volver; pero yo voy para estudiar, he aprendido mucho y deseo seguir aprendiendo.

—Lo que has aprendido es suficiente. Cree en mi experiencia, si estudias demasiado, no soportarás más vivir entre los tuyos. Debes instruirte justo lo necesario para ocupar tu lugar a la perfección. Eso es la sabiduría. Vas a ayudarme en mi trabajo, yo te enseñaré todo. Ahora eres un hombre y es hora de que empieces a ganarte el pan.

Tanios se levantó como un muerto.

—No volveré a comer pan.

Subió al altillo donde solía dormir, se tendió en su lecho y no se movió más.

Al principio, creyeron que se trataba de una rabieta de chiquillo, pero cuando al día siguiente salió el sol y luego se puso sin que Tanios hubiera despegado los labios, ni para hablar, ni para comer, ni siquiera para beber un sorbo de agua, Lamia enloqueció y Gerios se encerró en su despacho con el pretexto de poner al día su registro, pero en realidad para ocultar su angustia y su turbación. Y la noticia se propagó por el pueblo.

El miércoles por la noche, cuarto día de su ayuno, Tanios tenía la lengua rasposa y los ojos fijos y secos, y la gente del pueblo desfilaba ante su lecho, unos para intentar hablarle —en vano, porque no quería oír— y otros para asistir al extraño espectáculo de un muchacho que se dejaba deslizar lentamente por la pendiente de la muerte.

Lo intentaron todo. El terror del Infierno que espera al suicida, la prohibición de sepultura... pero él no creía ya en nada y parecía esperar la muerte como si se tratara de un maravilloso viaje.

Incluso cuando Gerios, llorando, fue a prometerle que le dejaría reintegrarse a la escuela del pastor si al menos aceptaba un vaso de leche, le respondió sin siquiera mirarle:

—¡Tú no eres mi padre! ¡No sé quién es mi padre!

Algunas personas le oyeron y una de ellas se apresuró a decir: «¡El desgraciado está delirando!», ya que temían que ahora Gerios se matara —de pena y de vergüenza— al mismo tiempo que Tanios.

Era jueves, quinto día de ayuno, y algunos visitantes propusieron abrirle la boca a la fuerza para alimentarle, pero otros desaconsejaron ese procedimiento por miedo a que muriera ahogado.

Todo el mundo estaba aturullado. Todo el mundo, incluso el cura. No así la *huriyyé*. Cuando Lamia, su hermana pequeña, fue a acurrucarse en sus brazos llorando como cuando era niña, se levantó y dijo:

—Sólo se puede hacer una cosa, y yo la voy a hacer. ¡Lamia, dame a tu hijo!

Sin esperar respuesta, dijo a los hombres:

—Necesito un carricoche.

Llevaron hasta él a Tanios, apenas consciente, y le tendieron en la parte de atrás. La propia *huriyyé* cogió las riendas del tiro y partió por el camino transitable para los carruajes que rodeaba la colina del castillo.

Nadie se atrevió a seguirla más que con la mirada hasta que el polvo del camino cayó de nuevo.

La tarde era seca y los pistacheros estaba cubiertos de terciopelo rosáceo.

La esposa del cura no se detuvo hasta que llegó a la verja de la escuela inglesa. Ella misma cogió al hijo de su hermana y avanzó hacia el edificio. El pastor y luego la señora Stolton salieron a su encuentro.

—Se nos va a morir entre las manos. Se lo dejo. Si se ve aquí, con ustedes, volverá a alimentarse.

Le depositó en sus brazos extendidos y se marchó sin haber cruzado el umbral de su casa.

## Quinto pasaje Cabeza de viejo

*En los días que siguieron a aquella llegada repentina, la señora Stolton y yo observamos un fenómeno de los más extraños. El cabello de Tanios, que hasta ese momento era de color negro con reflejos caoba, comenzó a encanecer a una velocidad que nos preocupó. Íbamos con frecuencia junto a su lecho para cuidarle y, a veces, de hora en hora, teníamos la impresión de que el número de cabellos blancos de su cabeza se había multiplicado. En menos de un mes, ese muchacho de quince años tenía el pelo tan blanco como el de un viejo.*

*No sé si ese prodigio tiene su explicación en la prueba de hambre que acababa de infligirse o en alguna otra razón natural. Pero la gente de la región veía en ello una señal, para el propio Tanios y quizá para toda la comarca. ¿De buen o de mal augurio? No había acuerdo sobre ese punto. Parece que esa superstición tenía interpretaciones muy contradictorias, a las cuales yo prefería no prestar mucha atención.*

Sin embargo, creí comprender que en este rincón de la montaña existe una leyenda relativa a los personajes cuyos cabellos se vuelven blancos prematuramente, quienes se supone que, desde el alba de los tiempos, aparecen episódicamente en ciertos periodos de confusión, para desaparecer inmediatamente. Se les llama «cabezas de viejo» o también «sabios locos».

Según algunos, se trata incluso de un único personaje que se reencarna indefinidamente. Verdad es que entre los drusos, la metempsicosis es una creencia sólidamente establecida.

Efemérides del reverendo Jeremy Stolton  
Año 1836

# Capítulo 1

---

SI a los fieles que mueren se les promete el Paraíso, Tanios, por su esbozo de muerte, había obtenido un esbozo de Paraíso, sin que aparentemente el Altísimo le castigara por su voluntad de suicidio. El castillo del jeque era grande, ciertamente, pero su universo estaba rodeado de altos muros y de besamanos. Las escribanías se escondían por vergüenza y los pasatiempos se exhibían. En la casa del pastor, el respeto iba unido a la erudición. Tanios se encontraba aún en el peldaño más bajo de la escala, pero se sentía capaz de subirlos todos. La biblioteca estaba al alcance de su mano; sus obras vivían en sus valiosas encuadernaciones de piel y a él le gustaba abrirlas, oírlas crujir, incluso aquellas que no podría comprender hasta que pasaran algunos años. Un día, las habría leído todas, para él eso era una certeza.

Pero su nueva vida no se reducía a esa biblioteca, al despacho del reverendo, ni a las bóvedas de las clases. En el piso de arriba tenía ya su habitación. Hasta entonces había estado reservada a las visitas de paso, generalmente ingleses o americanos de la Unión, pero los Stolton se apresuraron a decir a su pensionista inesperado que ahora era la suya. Tenía una cama, una cama con dosel. Tanios no había dormido nunca en una cama.

Los primeros días estaba demasiado débil y muy poco consciente como para apreciar algo tan mullido. Sin embargo, muy pronto se acostumbró, hasta el punto de preguntarse cómo podría volver a dormir en el suelo, con el miedo constante de las serpientes y de los escorpiones que se metían bajo la manta, del lagarto amarillo *bu-brais*, cuya dentellada es como una quemadura, y sobre todo del peor azote de todos, el terror de su infancia, la «madre cuarenta y cuatro», es decir, el ciempiés, del que se decía que se deslizaba en el oído del durmiente para ir a agarrarse al cerebro.

En su apacible habitación en casa de los Stolton había una estantería con unos libros de pequeño tamaño, un armario clavado en la pared, una estufa de

leña y una ventana con cristales que daba a los arriates florecidos de la esposa del reverendo.

Había interrumpido su ayuno en el preciso instante en que, al abrir los ojos en una cama, había visto a la esposa del pastor ofreciéndole una taza. Al día siguiente, su madre fue a fisgar desde el pasillo sin entrar en la habitación, y se marchó tranquilizada. Tres días más tarde, cuando Lamia y la *juriyyé* llamaron de nuevo a la puerta del pastor, fue Tanios quien les abrió. La primera le echó los brazos al cuello cubriéndole de besos, mientras la otra le llevó fuera porque seguía sin querer cruzar el umbral de los herejes.

—¡Así que has sabido obtener lo que querías!

Las manos del muchacho esbozaron un gesto de falsa impotencia, como diciendo: «¡Yo soy así!».

—Yo, cuando me contrarían —dijo la *juriyyé*—, grito más fuerte que nadie y todo el mundo se calla, incluso *buna* Butros...

—Yo, cuando me contrarían, bajo la voz.

Sonrió con picardía y su tía movió varias veces la cabeza, fingiendo desesperación.

—¡Pobre Lamia, no has sabido educar a tu hijo! ¡Si viviera en mi casa, con cuatro hermanos mayores que él y cuatro más pequeños, habría aprendido a gritar, a dar codazos y a alargar la mano hacia el puchero sin tener que suplicárselo! Pero en fin, está vivo y sabe luchar a su manera, es lo más importante.

El muchacho sonreía de oreja a oreja y Lamia pensó que era el momento oportuno para decir:

—Mañana volveremos con tu padre.

—¿Con quién?

Y diciendo estas frías palabras, les dio la espalda y se metió por un pasillo oscuro de la casa del pastor. Y las dos mujeres se marcharon por su lado.

Muy pronto reanudó sus clases y, desde ese momento, todos los alumnos que querían hacer alguna petición iban a hablar con él, como si fuera «el hijo de la casa». Al poco tiempo, el pastor le encargó «por su capacidad, y en pago de sus estudios y de su alojamiento» —precisan sus efemérides—, que

ejerciera la función de profesor particular cada vez que un alumno acusaba algún retraso a causa de una ausencia o de una dificultad de comprensión. Se vio inducido así a jugar a los maestros de escuela con compañeros mayores que él.

Fue sin duda con el fin de parecer más maduro en el ejercicio de su nueva función por lo que pensó en dejarse crecer una barba corta; quizá también para marcar la independencia que al fin había adquirido con respecto al jeque y a todo el pueblo. Una barba aún rala, apenas más recia que una pelusilla, pero que él cortaba, cepillaba, arreglaba y vigilaba con un anhelo de perfección. Como si fuera el nido de su alma.

«Sin embargo, en los rasgos, en la mirada y también en las manos tenía una dulzura un poco femenina —me dijo Gebrayel—. Se parecía a Lamia como si fuera sólo de ella».

Su madre tomó la costumbre de ir a verle cada cuatro o cinco días, a veces con su hermana. Ni una ni otra se atrevían ya a sugerirle que las acompañara al pueblo. Fue solamente al cabo de varios meses cuando intentaron dar un paso en ese sentido, no con Tanios, sino por mediación del pastor, que aceptó hacerle entrar en razón; si bien estaba contento de acoger en su casa al más brillante de sus alumnos y se sentía halagado de recibir por su parte tanto cariño totalmente filial, el reverendo Stolton no ignoraba que su Misión sería mejor aceptada en la región donde se había establecido cuando Tanios se hubiera reconciliado con su familia, con el jeque y con su pueblo.

—Que queden las cosas claras. Deseo que vayas de visita a Kfaryabda, que veas de nuevo a tu padre y a los tuyos y que vuelvas luego a vivir a esta casa, donde permanecerás como interno sin ser ya un refugiado. El incidente de Raad estará así casi superado y la situación será más fácil para todos.

Al llegar a la Blata a lomos de un burro, Tanios tuvo la impresión de que la gente del pueblo se dirigía a él con precaución, con cierto terror, incluso, como a un resucitado. Y todos hacían como si no se hubiesen dado cuenta de que tenía el pelo blanco.

Fue hasta la fuente y se inclinó para beber ese agua tan fría recogiéndola en el hueco de las manos, y ningún curioso se acercó a él. Luego, subió solo hasta el castillo tirando de su montura.

Lamia le esperaba en la puerta para llevarle ante Gerios y le suplicó que se mostrara muy amable con él y que le besara respetuosamente la mano. Un momento penoso, ya que, manifiestamente, el hombre se había dado a la bebida. Rezumaba arca y Tanios se preguntó si, en esas condiciones, el jeque le tendría por mucho tiempo aún a su servicio. El alcohol no le hacía más locuaz y apenas habló al hijo pródigo. Parecía más introvertido que nunca, con una introversión encallecida y atormentada. A lo largo de su silencioso encuentro, el muchacho experimentó una culpabilidad asfixiante que le hizo lamentar haber vuelto, y haberse marchado... y quizá incluso haber aceptado alimentarse de nuevo.

Fue una sombra, pero la única sombra. Raad estaba fuera del pueblo, cazando o en casa de sus abuelos; Tanios no intentó saberlo, demasiado feliz de no tener que cruzarse con él. Le dijeron solamente que entre el señor y su heredero las relaciones eran tumultuosas, y que este último pensaba incluso reclamar su parte del territorio, como autorizaba la costumbre.

Lamia insistió después en conducir a su hijo ante el jeque, quien le abrazó como cuando era niño, estrechándole contra su pecho antes de contemplarle. Parecía conmovido por verle de nuevo, pero no pudo evitar decirle:

—¡Deberías afeitarte esa barba, *yabné*, es mala hierba!

Tanios esperaba ese tipo de reflexiones y se había prometido no manifestar su irritación. Dejaría que hablaran y haría lo que le diera la gana. Prefería oír comentarios sobre su forma de arreglarse antes que sobre la escuela del pastor, un asunto que, aparentemente, el jeque no tenía intención de evocar; sin duda se decía que, después de todo, más valía conservar ese débil vínculo con los ingleses. Por otra parte, nadie parecía dispuesto a poner de nuevo sobre el tapete un tema tan espinoso. Ni siquiera *buna* Butros, que se contentó con llevar aparte a su sobrino para hacerle jurar que nunca se dejaría pervertir por la herejía.

El día siguiente de su regreso caía en domingo, y el muchacho asistió a misa; todos pudieron comprobar entonces que seguía haciendo la señal de la cruz de la misma manera ante la imagen de la Virgen y el Niño. En ese terreno —se dijeron tranquilizados—, no se había dejado «inglesizar».

Al salir de la iglesia, Tanios vio llegar por la Plaza Mayor al vendedor ambulante, tirando de su mula desbordante de baratijas.

—Nader el impío se las arregla siempre para llegar al final de la misa — dijo la esposa del cura—. Debe de tener la conciencia tan sucia que no se atreve ya a entrar en la casa de Dios.

—Estás equivocada, *juriiyé*. Yo me esfuerzo siempre por llegar a tiempo, pero es mi mula la que no quiere. Cuando oye la campana de lejos, se para. Ella es la que debe de tener pecados sobre la conciencia.

—Será porque ha sido testigo de demasiadas cosas que la han horrorizado... Pobre animal, si pudiera contarlo, tú ya estarías en la cárcel. O en el Purgatorio.

—En el Purgatorio ya estoy. ¿Tú creías que por aquí estaba el Paraíso?

Este intercambio de palabras era una tradición y los fieles se habían acostumbrado tanto a ella como a la campana de la iglesia, con la que, los domingos, se ejercitaban los fuertes brazos de los campesinos. Y cuando el arriero estaba de viaje lejos de Kfaryabda, todos sentían que le faltaba algo a esa misa por la que él sentía tanto rechazo.

El hombre utilizaba también ese diálogo salpicado de pullas como una campana, precisamente, para atraer a los parroquianos, y si alguna vez la *juriiyé* se olvidaba de hacerle rabiar, era él mismo quien la interpelaba, la provocaba, hasta obligarla a responder; sólo entonces los fieles, con el corazón en paz y la sonrisa en los labios, se acercaban dispuestos a soltar los cuartos.

Sin embargo, algunos remilgados se alejaban con sus familias, escandalizados de ver que la esposa del cura se reía con tanta complacencia con ese perverso personaje. Pero la hermana de Lamia tenía su serena filosofía: «¡Es necesario que en un pueblo haya siempre un loco y un descreído!».

Aquel día, mientras los compradores se apiñaban a su alrededor, Nader hizo señas a Tanios de que le esperara y dio unos golpecitos en el vientre de la mula para darle a entender que tenía un regalo para él.

El muchacho estaba intrigado. Sin embargo, tuvo que esperar pacientemente hasta que el arriero hubo vendido el último pañuelo estampado

y la última pulgarada de mezcla de tabaco antes de acercarse. Nader sacó entonces un soberbio estuche de madera pulida que, evidentemente, contenía un objeto valioso.

—¡Pero no lo abras aquí! ¡Sígueme!

Cruzaron la plaza del pueblo y se dirigieron hacia el farallón que dominaba el valle, hacia una roca que parecía un asiento majestuoso. Supongo que en aquella época debía de tener un nombre, pero ya nadie se acuerda de él desde que se la asocia al recuerdo de Tanios-kisk. El muchacho la escaló, seguido de Nader, que llevaba el estuche bajo el brazo. No lo abrió hasta que no estuvieron los dos sentados y con la espalda bien apoyada. Era un catalejo. Desplegado, tenía el tamaño de un brazo y, en el extremo, el grosor de un puño de niño.

Mirando hacia el oeste desde ese «trono» que se asoma justo al borde del farallón, allí donde la montaña se une con el verde oscuro del valle, se puede divisar el mar.

—Mira, es una señal. ¡Se diría que está pasando solamente para tus ojos!

Enfocando su catalejo, Tanios pudo distinguir en el agua un navío de tres palos con las velas desplegadas.

Es ciertamente a esta escena a la que hacen alusión estas líneas de *La sabiduría del arriero*:

«Cuando estábamos juntos en la roca, le dije a Tanios: Si las puertas se cerraran de nuevo ante ti, debes decirte a ti mismo que no es tu vida la que se acaba, sino solamente la primera de tus vidas, y que otra está impaciente por empezar. Embárcate entonces en un navío, una ciudad te espera.

»Pero Tanios no hablaba ya de morir, tenía una sonrisa en el corazón y en los labios un nombre de mujer».

Había murmurado: «Asma». Y al instante se había arrepentido. ¿Cómo podía confiarse así a Nader, el ser más parlanchín de la montaña y del litoral?

Tanios y Asma.

Estaba escrito que sus amores casi infantiles no permanecerían ocultos por mucho tiempo, pero que la lengua del arriero no tendría nada que ver con ello.

## Capítulo 2

---

SI TANIOS quería guardar su secreto, no era solamente por simple pudor. Él, que acababa de reconciliarse con el jeque, con Gerios, con el pueblo, ¿cómo podría confesarles que amaba a la hija de «su ladrón», de aquél, en todo caso, que todos habían desterrado?

Desde aquel día, dos años atrás, en que el hijo de Lamia se había cruzado en el camino con Rukoz y su escolta y había decidido saludarle, hubo en sus relaciones algunos momentos de afecto recíproco y otros de alejamiento. Cuando Tanios quiso distanciarse con respecto al pueblo y, de alguna manera, no dar la razón a ninguno de sus dos «padres», se había sentido cercano al antiguo intendente; por el contrario, cuando se produjo el conflicto con el patriarca acerca de la escuela inglesa, el muchacho se sintió solidario con su pueblo y con su jeque, y las palabras que pronunció el desterrado le exasperaron. Había decidido no volver a tratarle, y durante los primeros meses de su estancia en casa del pastor no había pensado ni una sola vez en visitarle.

Pero una tarde que había salido a caminar después de las clases por el camino que iba de Sahlaín a Dayrún, le vio de lejos, rodeado de sus guardias como de costumbre. Al principio, el muchacho se sintió tentado de escabullirse por algún sendero entre los árboles, pero luego cambió de opinión. «¿Por qué tengo que huir como el chacal que tiene miedo de su sombra?», y siguió su camino, decidido a mostrarse cortés, pero con aire apresurado.

Sin embargo, el otro le había divisado y saltó del caballo, corriendo hacia él con los brazos abiertos.

—Tanios, *yabné*, ya había perdido la esperanza de verte. Felizmente el azar se ríe de nuestros reparos...

Casi a la fuerza, le llevó con él y le hizo visitar su casa, que no cesaba de agrandar, así como su nuevo lagar de aceite, sus dos criaderos de gusanos de seda y sus campos de morera blanca, explicándole con detalle en qué momento había que cortar las hojas para obtener de los gusanos la mejor calidad de seda... El muchacho tuvo que arrancarse de sus manos y de su facundia para volver a su casa a una hora decente, no sin haberle prometido que volvería el domingo siguiente a comer y a acompañarle en sus paseos...

Todos sabían que para Rukoz no había mayor felicidad que la de llevar a sus invitados por toda su propiedad. Sin embargo, con respecto a Tanios no trataba sólo de hacer alarde de su riqueza. Quizá fuera así la primera vez, pero las siguientes, en sus pacientes explicaciones, sobre todo en las inmediaciones de los criaderos en medio del olor pestilente de los gusanos putrefactos, no había jactancia ni ostentación, y el muchacho se había sentido rodeado de una continua solicitud a la que no era insensible.

Asma les acompañaba a menudo en sus paseos. Tanios le daba la mano a veces para ayudarla a saltar algún arbusto espinoso o algún charco; cuando los bancales cultivados no eran muy altos, ella saltaba como los hombres de uno a otro, apoyándose en el pecho de su padre o en el hombro de Tanios, pero sólo un instante, justo el tiempo de recobrar el equilibrio.

El muchacho se prestaba a todo esto con agrado, pero cuando volvía a su casa —a casa de los Stolton— ya no pensaba más en ello. Rara vez dirigía la palabra a esa chiquilla y evitaba que su mirada se detuviera en ella, ya que habría tenido la impresión de traicionar la confianza de su anfitrión. ¿Era porque, como había observado el pastor, «se trataba de una sociedad donde la mayor de las cortesías con respecto a las mujeres consistía en ignorarlas?». Me parece que, por parte de Tanios, el problema era su juventud y su timidez.

El domingo que precedió a su regreso al pueblo y a su encuentro con Nader en el borde de la roca fue cuando Tanios tuvo, por primera vez, otra visión de Asma. Había ido a casa de Rukoz y no le había encontrado, pero, como amigo de la casa, había entrado a pesar de todo y se había paseado de habitación en habitación para ver cómo iban los trabajos. El antiguo intendente se estaba acondicionando una sala de audiencia digna de un palacio, digna sobre todo de sus ambiciones, puesto que era más amplia aún que la Sala de

los Pilares del jeque, del que quería ser rival. Todavía no estaba acabada. Los ebanistas habían revestido las paredes de madera adornada con taracea, pero el suelo no estaba aún enlosado, y de la fuente prevista en medio de la habitación sólo se veía un octógono pintado con tiza.

Allí estaba Tanios cuando Asma fue a su encuentro, y juntos admiraron la minuciosidad de los artesanos del nácar. El suelo estaba atestado de cubos, de largos trapos y de pilas de baldosas de mármol, y también había un cesto lleno de utensilios puntiagudos al que la chiquilla estuvo a punto de dar una patada. Entonces Tanios le cogió la mano para ayudarla a rodear el obstáculo. Y como ella tropezaba a cada paso, él se la mantuvo agarrada con firmeza.

Estaban paseando así desde hacía un rato, extasiados, mirando al techo, cuando llegó a sus oídos un ruido de pasos procedente del corredor.

Asma retiró la mano rápidamente.

—¡Alguien podría vernos!

Tanios se volvió hacia ella.

Tenía doce años y era una mujer. Llevaba los labios perfilados y olía a jacinto silvestre.

Comenzaron de nuevo a pasear lentamente por el salón en obras, pero ni uno ni otro veía ya lo que pretendía admirar. Y cuando los pasos en el pasillo se alejaron, sus manos se unieron, pero ya no eran las mismas manos. La de Asma le pareció a Tanios cálida y temblorosa como el cuerpo de un pájaro. Como aquel pajarillo caído del nido que un día había recogido en el hueco de las manos, y que le había parecido amedrentado por esa mano extraña y a la vez tranquilizado por no sentirse ya desvalido.

Se volvieron ambos hacia la puerta y luego se miraron el uno al otro; entonces bajaron los ojos riéndose de emoción. Se miraron de nuevo. Sus párpados se cerraron y sus alientos se buscaron a tientas en la oscuridad.

Vuestros labios se rozaron y luego se separaron,

Como si hubierais agotado vuestra parte de felicidad y tuvierais miedo de usurpar la de los demás.

¿Erais inocentes? ¿De qué preserva la inocencia?

Hasta el Creador nos dice que degollemos los corderos para nuestras fiestas,

Pero nunca los lobos...

Si en aquellos días Tanios hubiera podido leer los versos del arriero descreído, habría maldecido una vez más su «sabiduría de búho». Y con razón, porque iba a conocer la felicidad en la casa de Asma. ¿Felicidad pasajera? Todas lo son; tanto si duran una semana como treinta años, lloramos igual cuando llega el último día, y venderíamos nuestra alma por tener derecho al día siguiente.

Tanios amaba a aquella muchacha; ella le amaba y, evidentemente, su padre le aceptaba. Había palabras que comprendía ya de otra manera. Así, cuando Rukoz le llamaba «hijo mío», no era «hijo» lo que había que oír, sino «yerno», «futuro yerno». ¿Cómo no lo había comprendido antes? Si el antiguo intendente hablaba con él así de sus asuntos, era necesariamente porque veía en él al futuro esposo de su única hija. Dentro de un año, ella tendría trece años y él, casi diecisiete. Podrían prometerse y, al cabo de dos años, casarse para dormir el uno junto al otro.

A lo largo de las semanas siguientes, sus visitas a casa de Rukoz no hicieron más que confirmar sus impresiones. Su anfitrión le decía, por ejemplo, en medio de una frase: «Cuando seas tú el que dirija este negocio...»; o incluso, más directamente: «Cuando estés en esta casa...», sin darle importancia, como si el asunto estuviera ya convenido.

Su futuro se le presentaba de pronto como si estuviera ya trazado, y por la mano más benevolente, puesto que le prometía amor, amplios conocimientos y, por añadidura, fortuna.

¿Qué obstáculo había aún en su camino? ¿Gerios y Lamia? Sabría obtener su consentimiento, y si no, haría caso omiso de él. ¿El jeque? Es cierto que no se granjearía sus favores si se casaba con la hija de su enemigo, pero ¿para qué necesitaría sus favores? La casa de Rukoz no estaba en sus tierras, después de todo, y si el antiguo intendente había sabido desafiarle desde hacía tantos años, ¿qué tendría que temer?

Tanios se sentía confiado; pero fue al observar atentamente a su «suegro» cuando comenzó a sentirse de nuevo intranquilo.

Impresionado por la fortuna de Rukoz, por su propiedad que no cesaba de extenderse, por la opulencia de su mansión, por las cartas de protección que

exhibía y quizá, sobre todo, por su violencia verbal contra los señores feudales, el muchacho se había dejado persuadir de que el padre de Asma no era ya un desterrado que buscaba la rehabilitación, sino un serio rival para el jeque, e incluso su igual.

En eso era en lo que Rukoz ambicionaba convertirse y, mientras tanto, deseaba parecerlo. Por la riqueza, ya lo era, pero lo demás tardaba en llegar. A lo largo de los años, el señor de Kfaryabda, menos ávido de dinero que de placeres, se había ido empobreciendo lentamente; su cofre estaba constantemente vacío y si bien la oportuna intervención del emisario inglés le había permitido hacer frente a un pago excepcional, a duras penas podía pagar los impuestos anuales que, en esos años de guerra, no cesaban de aumentar. En la gran sala del castillo, algunos pilares acusaban ya un gran deterioro, a causa del agua que rezumaba del tejado; mientras que Rukoz, cada año más próspero gracias a los gusanos de seda, había mandado venir a los más hábiles artesanos para acondicionarle un *majlis* de pachá. En la sala cabían holgadamente ciento veinte personas sentadas.

Pero hacía falta que esos visitantes estuvieran allí... Cuanto más se agrandaba el salón de Rukoz, más se notaba que estaba vacío; cuanto más se embellecía, más superfluo parecía. Tanios había terminado por darse cuenta, y cuando un día el antiguo intendente le abrió su corazón, éste seguía siendo un corazón de proscrito.

—El patriarca me protegía del jeque y ya se ha reconciliado con él. Juntos han ido a ver al emir, como para privarme de mi segundo protector. Desde entonces, me acuesto cada noche diciéndome que quizá sea la última de mi vida.

—¿Y tus guardias?

—Les he doblado el salario la semana pasada. Pero si entre los doce apóstoles había un Judas... Sólo puedo contar ya con el pachá de Egipto, ¡qué Dios prolongue su vida y extienda su imperio! Pero tiene otras preocupaciones además de mi persona...

»Ante la insistencia de *jweja* Rukoz, el antiguo intendente del castillo, las tropas egipcias vinieron a establecer en Dayrún un puesto de mando que constaba de doscientos hombres y requisaron tres casas grandes con sus

jardines para albergarlos; los oficiales vivían bajo techo y sus soldados en tiendas de campaña. Hasta entonces, las tropas del pachá no habían venido por los alrededores, si no era para efectuar incursiones pasajeras, mientras que en la mayoría de las grandes aldeas de la montaña habían establecido ya sus cuarteles.

»Desde ese momento, sus patrullas se desplegaron mañana y noche por las calles de Dayrún, de Sahlaín y de Kfaryabda...».

El monje Elías relata aquí una versión que se oye aún en nuestros días, pero que me parece poco creíble. Ciertamente, Rukoz había vivido algunos años en Egipto, sabía el dialecto del país y había comprado algunas tolerancias, entre ellas la famosa carta de protección; pero de ahí a desplazar los ejércitos del pachá a su conveniencia... No. Si las tropas egipcias se acercaron a mi pueblo fue porque habían previsto desplegarse poco a poco por todos los rincones de la montaña para afianzar su dominio.

Dicho esto, está claro que el padre de Asma había visto en ello una bendición, el resultado de sus plegarias, su oportunidad de salvación. Y quizá algo más que todo eso...

## Capítulo 3

---

UN día de diciembre, Tanios estaba de visita en casa del padre de Asma cuando vio llegar al comandante de la guarnición de Dayrún, Adel efendi, acompañado por dos oficiales más que llevaban gorros de fieltro verde y lucían unas barbas abundantes pero cuidadas. La primera reacción del muchacho fue de desconfianza y de inquietud, pero su anfitrión le susurró sonriendo:

—Son amigos, no pasan más de tres días sin que vengan a verme.

Sin embargo, Rukoz hizo una seña a Asma para que desapareciera; nunca es bueno mostrar una muchacha a los soldados.

Una vez tomada esta precaución, su recibimiento fue afectuoso. Le presentó los oficiales a Tanios como «hermanos, y más aún que hermanos»; y a ellos les señaló, por supuesto, al muchacho como alguien «tan querido por mi corazón como si fuera mi propio hijo».

«Nada menos que una reunión de familia» —ironiza el pastor Stolton en un informe detallado de ese encuentro—, informe inspirado en lo que su pupilo —por una razón que no se tardará en comprender— le relataría en el mismo instante de su regreso a Sahlaín.

Lo que Tanios notó desde el primer momento con respecto a esos oficiales del ejército de Egipto fue que ninguno era egipcio; Adel efendi era cretense de origen, y de sus ayudantes uno era austriaco y el otro circasiano. No había nada sorprendente en ello, puesto que el propio Mehmet Ali había nacido en Macedonia de padres albaneses. Sin embargo, todos hablaban árabe con acento egipcio y parecían adictos a su señor y a su dinastía.

También a sus ideales. Oyéndoles, no era una guerra de conquista la que estaban llevando a cabo, sino un combate por el renacimiento de los pueblos de Oriente. Hablaban de modernización, de equidad, de orden y de igualdad. Tanios escuchaba con interés, moviendo a veces la cabeza en señal de sincera

aprobación. ¿Cómo habría podido ser de otro modo cuando esos hombres enérgicos atacaban con vehemencia la incuria otomana, hablaban de abrir escuelas por todas partes, de formar médicos, ingenieros...?

El muchacho se quedó también muy impresionado cuando el comandante prometió poner fin a toda discriminación entre las comunidades religiosas y abolir todos los privilegios. En ese punto de la conversación Rukoz levantó su copa a la salud de los oficiales y por la victoria de su señor, y se juró pelarle el bigote al jeque a modo de contribución a la abolición de los privilegios. Tanios no tuvo ningún escrúpulo en beber un buen trago de arac imaginando la escena, en la que habría incluido de buen grado la perilla de Raad; y un trago más cuando Adel efendi prometió abolir, sobre la marcha, «los privilegios de los extranjeros».

El comandante se lanzó inmediatamente a una diatriba apasionada, con ejemplos para apoyarla; evidentemente, daba una gran importancia a ese asunto:

—Ayer estuve recorriendo los pueblos y allá donde mi montura me llevaba, me sentía como en mi país. Podía entrar en cualquier casa, pues todas estaban abiertas para mí. Hasta el momento en que pasé por delante de la residencia de un pastor inglés. La bandera de su rey estaba colocada sobre la verja. Y yo me sentí insultado.

De pronto, Tanios no conseguía tragar su arac y ni siquiera se atrevía a levantar los ojos por miedo a traicionarse. Según toda apariencia, el oficial no sabía, no podía sospechar que esa casa prohibida por una bandera extranjera era también la suya.

—¿Es normal —insistía Adel efendi— que los extranjeros sean más favorecidos, más respetados, más temidos que los hijos de esta tierra?

Recordando que él tampoco era un hijo de esa tierra —ni un hijo de Egipto, pero mucho menos de esa montaña que había conquistado— juzgó necesario clarificar:

—Me diréis que yo tampoco he nacido aquí (nadie se habría arriesgado a decírselo), pero me he puesto al servicio de esta gloriosa dinastía, he adoptado la lengua del país, su religión y su uniforme, y he luchado bajo su bandera. Mientras que esos ingleses, aunque vivan entre nosotros, sólo buscan

servir la política de Inglaterra, no respetan más que la bandera inglesa y se imaginan que les coloca por encima de nuestras leyes...

Rukoz se apresuró a decir en voz alta que era totalmente imposible comparar a Adel efendi con esos extranjeros, que esos ingleses eran la ralea más arrogante que existía y que, evidentemente, Su Excelencia no era un extranjero, sino un hermano. Tanios no dijo nada.

«No obstante, mi pupilo estaba perplejo, más de lo que quiso confesarme —anotaría el pastor.

»Por un lado estaba su cariño sincero hacia mí y la señora Stolton y su adhesión a nuestra obra educativa. Pero al mismo tiempo, no podía ser totalmente insensible al hecho de que los extranjeros gozaran de unos privilegios a los que la gente del país no tenía acceso. Su sentido de la equidad se sentía herido.

»Comprendiendo su perplejidad, le expliqué que por regla general los privilegios eran escandalosos en una sociedad basada en el derecho, pero que por el contrario, en una sociedad donde reina la arbitrariedad, los privilegios constituyen a veces una barrera contra el despotismo, convirtiéndose así, paradójicamente, en oasis de justicia y de equidad. Ciertamente éste es el caso de la sociedad oriental de hoy día, ya sea otomana o egipcia. Lo escandaloso no es que los soldados no puedan entrar libremente en nuestra Misión de Sahlaín o en la residencia de un inglés, sino que se arroguen el derecho de penetrar a su antojo en cualquier escuela y en cualquier casa del país. Lo que es escandaloso no es que no puedan detener a un súbdito británico, sino que puedan disponer a su capricho de todas las personas que no gocen de la protección de una potencia.

»Terminé diciendo que, si esos hombres querían abolir los privilegios, la forma correcta de proceder no sería someter a los extranjeros a la suerte poco envidiable de la población local, sino al contrario, tratar a todas las personas de la misma manera que se trata a los extranjeros, ya que a éstos se les trata simplemente como debe ser tratada toda persona humana...

»Temo haberme exaltado un poco al formular mi respuesta y la señora Stolton me lo ha reprochado, pero me parece que a mi pupilo le ha

impresionado mi punto de vista».

El pastor fue menos escuchado cuando aconsejó a su pensionista que, en el futuro, evitara acudir a una casa frecuentada por militares egipcios. Ciertamente, es lo que la prudencia hubiera dictado. Pero como contrapeso a esa prudencia estaba la sonrisa de Asma y todo el camino de futuro que esa sonrisa iluminaba. Por nada del mundo Tanios hubiera renunciado a ello.

Por otra parte, el tema delicado que había ensombrecido el primer encuentro con los oficiales no se puso de nuevo sobre el tapete. Las dos o tres veces más que Tanios coincidió con ellos en casa de Rukoz se habló sobre todo de las peripecias de la guerra, de la ineluctable victoria del señor de Egipto sobre el sultán otomano y, de nuevo, de la abolición de los privilegios, pero solamente los de los señores feudales, con una atención particular al caso del jeque Francis y a la suerte prometida a su bigote.

Tanios no se sintió molesto por beber una vez más por esa feliz perspectiva. Había llegado a una especie de compromiso consigo mismo sobre la cuestión de los privilegios: mantener los de los súbditos extranjeros y abolir los de los jeques, lo que permitía velar por los intereses del pastor y a la vez por las aspiraciones del padre de Asma, así como por sus propias inclinaciones.

En efecto, ¿no había entre las dos clases de privilegios una diferencia intrínseca? Si bien las concesiones hechas a los ingleses constituían por el momento —lo admitía de buen grado— una barrera contra el despotismo, los privilegios exagerados de las familias feudales, que se ejercían desde hacía generaciones sobre una población resignada, no servían a ninguna causa identificable.

Este compromiso convenía a su corazón y a su inteligencia y el muchacho se tranquilizó cuando lo hubo encontrado; tanto, que no vio entre las dos clases de privilegios otra diferencia que, sin embargo, debería haberle saltado a la vista: los oficiales del virrey de Egipto no podían hacer gran cosa contra las potencias extranjeras, sino echar pestes, renegar y beber. Contra el jeque, sí podían. Era más fácil pelarle a él el bigote que al león británico su melena.

## Sexto pasaje

### Una extraña mediación

*Estaba escrito que las desgracias que afligirían a nuestro pueblo debían culminar en un acto abominable que implica maldición: el asesinato del patriarca triplemente venerado, por unas manos que, sin embargo, no parecían en modo alguno hechas para el crimen.*

*Crónica montañesa,  
obra del monje Elías.*

# Capítulo 1

---

EL AÑO treinta y ocho fue calamitoso desde el comienzo, ya que el 1 de enero tuvo lugar el terremoto. Sus huellas permanecen aún en la piedra. Y en el recuerdo.

El pueblo dormitaba desde hacía semanas bajo una espesa capa de nieve, la punta de los pinos se doblaba bajo su peso y, en el patio de la escuela, los niños se hundían hasta más arriba de las pantorrillas. Pero aquella mañana, el tiempo estaba claro. Ni la más pequeña nube. «El sol del oso», mucha luz, sin calor.

Hacia el mediodía, un poco antes, sonó un estruendo, como un rugido que subía de las entrañas de la tierra, pero los lugareños se pusieron a escrutar el cielo, hablándose de una casa a otra. Quizá fuera un trueno lejano o una avalancha...

Algunos segundos más tarde sonó otro estruendo más violento. Las paredes temblaban y todo el mundo se encontró fuera gritando: «¡Hazé! ¡Hazé!». Unos corrían hacia la iglesia, otros se habían arrodillado en la plaza y rezaban en voz alta, mientras que algunos más morían ya bajo los escombros. Y la gente recordó que los perros no habían dejado de aullar desde el alba, y también los chacales en el valle, que de ordinario permanecen silenciosos hasta la noche.

«Las personas que se encontraban cerca de la fuente asistieron entonces — dice la *Crónica*— a un espectáculo que les asustó. La fachada del castillo se agrietaba ante sus ojos; la grieta se iba extendiendo como bajo el efecto de unas gigantescas tijeras. Recordando un pasaje del Antiguo Testamento, varias personas apartaron la mirada, por miedo a quedar convertidas en estatuas de sal si contemplaban la cólera de Dios».

El castillo no se derrumbó aquel año, ni ninguna de sus alas; incluso sufrió poco, exceptuando aquella fisura. Por otra parte, cosa singular, la pared agrietada está todavía en pie en nuestros días. Sigue en pie con su grieta,

mientras que otras paredes del castillo, más antiguas o más modernas, ya se han derrumbado. Sigue en pie, rodeada de las malas hierbas, como si por haber anunciado la desgracia hubiera sido preservada o como si su mensaje no se hubiera cumplido aún plenamente.

Por el contrario, en el pueblo hubo una treintena de víctimas.

—Más grave todavía —me dijo Gebrayel—, la casa del arriero se desplomó. Una antigua construcción donde había acumulado miles de obras de todas clases. ¡Un tesoro, qué desgracia! ¡La memoria de nuestra montaña! Nader estaba de viaje, lejos de Kfaryabda. Cuando volvió una semana más tarde, la nieve se había fundido y toda su biblioteca se pudría en el barro. Se dice que entre sus libros había...

Yo ya no escuchaba desde hacía un momento, me había quedado en su primera frase.

—¿Más grave todavía, has dicho? ¿Más grave que las treinta víctimas?

En los ojos de Gebrayel brillaba la chispa de la provocación.

—Igual de grave, al menos. Cuando se produce un cataclismo, pienso en la gente, desde luego, y en sus sufrimientos, pero tiemblo también de igual manera por los vestigios del pasado.

—¿De igual manera por las ruinas que por los hombres?

—Al fin y al cabo esas piedras labradas, esas hojas sobre las que se ha esforzado el autor o el copista, esas telas pintadas, esos mosaicos, son también la humanidad, son precisamente esa parte de nosotros que esperamos que sea inmortal. ¿Qué pintor desearía sobrevivir a sus obras?

A pesar de las singulares preferencias de Gebrayel, no fue la destrucción de los libros del arriero lo que le valió a aquel año el apelativo de calamitoso. Ni el terremoto, por otra parte, que sólo fue el azote anunciador. Ni siquiera el asesinato del patriarca. «El año entero, desde el principio hasta el final, no fue más que un reguero de desgracias —dice la *Crónica*—. Enfermedades desconocidas, nacimientos monstruosos, desprendimientos de tierras y, sobre todo, la hambruna y las extorsiones. El impuesto anual se recaudó dos veces, en febrero y luego otra vez en noviembre; y como si eso no fuera suficiente, las autoridades se las arreglaron para multiplicar las tasas sobre las personas, sobre las cabras, los molinos, el jabón, las ventanas... La

gente no tenía ya ni una mala piastra, ni provisiones, ni ganado. Y cuando en Kfaryabda se enteraron de que los egipcios tenían la intención de confiscar los animales de carga y de tiro no tuvieron otra elección que tirar sus burros y sus mulas desde lo alto del farallón...».

A pesar de las apariencias, no era un acto de despecho, ni siquiera de resistencia. Solamente una precaución —explica el cronista—, ya que una vez que los animales fueran descubiertos y requisados, los hombres del comandante Adel efendi prenderían al propietario para obligarle a llevar él mismo el animal «enrolado». Y termina diciendo: «El peor de los gobernantes no es aquel que te apalea, sino aquel que te obliga a apalearte a ti mismo».

En el mismo orden de ideas, el monje Elías señala que los habitantes de Kfaryabda se veían obligados a no salir ya de sus casas a ciertas horas. Los hombres del pachá de Egipto andaban por todas partes, en la barbería, en la tienda de comestibles, en el café de la Blata jugando al *tawlé*, y por la noche acudían en pandilla, borrachos, para cantar y gritar en la plaza y en las calles adyacentes, de tal manera que nadie frecuentaba ya esos lugares, no por bravata, sino una vez más por sabia precaución, ya que los soldados se las arreglaban siempre para interpelar a algún transeúnte y humillarle con cualquier pretexto.

A partir de mediados de febrero, el jeque decidió a su vez encerrarse en su castillo, y no salir siquiera a la escalinata; acababa de enterarse de que Said beyk, su igual en Sahlaín, se estaba paseando por su territorio cuando fue interpelado por una patrulla que le pidió que se identificara...

El incidente había sumido al señor de Kfaryabda en una profunda melancolía. A sus súbditos, que subían a verle para contarle sus quejas y para suplicarle que interviniera ante el comandante egipcio, les respondía con fórmulas compasivas y, a veces, con alguna promesa; pero no se movía. Algunos veían en ello una confesión de impotencia; otros, una señal de insensibilidad. «Cuando es el hijo de una gran casa el que sufre una vejación, el jeque se siente ofendido; cuando somos nosotros, los aparceros, los que sufrimos...»

El cura tuvo que hacerle reproches:

—Nuestro jeque se muestra altivo con los egipcios, y quizá éstos vean desprecio en ello, lo que los incita a ser cada día más feroces.

—¿Y qué debería hacer, *buna*?

—Invitar a Adel efendi al castillo, mostrarle consideración...

—Para agradecerle todo lo que nos ha hecho, ¿no? Pero si es eso lo que la gente quiere, no voy a oponerme. *Jweja* Gerios le escribirá una carta hoy mismo para decirle que sería un honor para mí recibirle y tener una entrevista con él. Ya veremos.

Al día siguiente, a última hora de la mañana, llegó un soldado con la respuesta, que Gerios, a una señal del señor, sacó del sobre y recorrió con la mirada. En la sala de audiencias había una muchedumbre con la cara seria de los malos días. Todos vieron que, de pronto, al esposo de Lamia se le congestionaba el rostro, sin que el arac fuera esta vez el único responsable.

—Adel efendi no quiere venir, jeque.

—Supongo que insiste para que sea yo quien me desplace hasta su campamento...

—No, quiere que nuestro jeque vaya a reunirse con él esta tarde... en casa de Rukoz.

Las miradas estaban ahora clavadas en la mano del señor, que se cerró apretando su rosario.

—No iré. Si me hubiera propuesto ir a Dayrún, me habría dicho a mí mismo: es un tirano, dobleguémonos un poco, que ya nos levantaremos. Pero con esto no intenta la conciliación, sólo quiere humillarme.

Los aldeanos se consultaron en silencio y el cura habló en su nombre.

—Si ese encuentro es necesario para disipar los malentendidos y evitarnos otros sufrimientos...

—No insistas, *buna*, jamás pondré los pies en esa casa construida con el dinero que me robaron.

—¿Ni siquiera para salvar el pueblo y el castillo?

Era Raad quien había hecho esta pregunta. Su padre le miró fijamente en medio de un silencio de muerte. Sus ojos se volvieron severos, luego ofendidos, luego despreciativos. Después se apartaron de él para volver hacia el cura, al que se dirigió, después de un rato, con voz cansada:

—Ya lo sé, *buna*, es orgullo o llámalo como quieras, pero no puedo actuar de otro modo. Que me quiten el castillo, el pueblo, no quiero nada de la vida. Pero que me dejen mi orgullo. Moriré sin haber cruzado el umbral de esa casa de ladrón. Si mi actitud pone al pueblo en peligro, que me maten, que me arranquen mi chaleco y se lo pongan a mi hijo para instalarle en mi lugar. Él aceptará ir a casa de Rukoz.

Las venas de la frente se le hincharon y su mirada se endureció hasta tal punto que ya nadie quiso tomar la palabra.

Fue entonces cuando Gerios, envalentonado por el alcohol que se había mezclado con su sangre a lo largo del día, tuvo una inspiración:

—¿Por qué hemos de hablar de asesinato y de duelo? Que Dios prolongue la vida de nuestro jeque y le mantenga por encima de nuestras cabezas, pero nada le prohíbe delegar en su hijo y heredero para reemplazarle en ese encuentro.

El jeque, todavía dolido por la intervención de Raad, no dijo nada, lo que se interpretó como un asentimiento. No hizo nada por desmentirlo y se retiró a su habitación con su rosario.

La reunión en casa de Rukoz fue breve. No tenía otro objeto que dejar algo maltrecho el bigote del jeque, y la llegada de su hijo fue considerada por todos como una humillación suficiente. Raad consiguió decir de siete maneras diferentes que en el pueblo sólo había lealtad hacia el virrey de Egipto y su fiel aliado el emir. Y el oficial prometió que, desde ese momento, sus hombres se mostrarían menos severos con la gente del pueblo. Al cabo de media hora, se retiró pretextando otro compromiso.

Por el contrario, el joven jeque no tenía prisa por volver y enfrentarse con su padre, y aceptó recorrer la propiedad del brazo del «ladrón», del «malvado», del «desterrado»...

Entre los dos hombres iba a nacer, si no una amistad, al menos una connivencia. Al mismo tiempo, el conflicto hasta entonces latente entre Raad y su padre estalló a plena luz. Durante algunas semanas, el castillo fue la sede de dos cortes rivales, y más de una vez faltó poco para que llegaran a las manos.

Sin embargo, el asunto no duró mucho. Aquellos que se habían reagrupado alrededor del joven jeque con la esperanza de que demostraría más prudencia que su padre frente a los egipcios sufrieron un desengaño. Saltaba a la vista su ligereza, su inconsistencia. Pronto el joven no tuvo ya a su lado más que a cinco o seis compañeros de fechorías, borrachines y libertinos, a los que la mayoría de los aldeanos despreciaba. Hay que decir también que no fueron solamente sus torpezas y sus incoherencias las que le perjudicaron, sino también su acento, el odiado acento de las «langostas» del Jord, que nunca pudo corregir, y que alzaba un muro entre sus súbditos y él.

A Tanios no le gustaba la relación entre Rukoz y Raad. Era capaz de comprender que este último fuera un instrumento en la lucha contra el jeque, pero no tenía deseo alguno de comprender. Su desconfianza con respecto a su antiguo discípulo estaba intacta, y nunca desperdiciaba la ocasión de prevenir al padre de Asma contra él. A veces, cuando llegaba a casa de Rukoz al salir de la escuela del pastor y veía delante de la puerta el caballo de Raad y a los hombres de su escolta, continuaba su camino sin detenerse, aunque no pudiera ver a Asma hasta la semana siguiente.

Una sola vez le cogieron desprevenido. Había ido por la mañana y había encontrado a su amiga sola en el gran salón, por lo que estuvieron un rato juntos. En el momento en que se disponía a salir, se encontró cara a cara con Rukoz y Raad. Sus trajes estaban manchados de barro y el joven jeque enarbolaba un zorro ensangrentado.

—Por lo que veo, la caza ha sido buena.

El tono de Tanios era voluntariamente desdeñoso, lo que demostró claramente al continuar andando mientras hablaba. Pero los dos hombres no se mostraron en modo alguno ofendidos. Rukoz, incluso, con el más amable de los tonos, le propuso quedarse a comer con ellos algunas frutas. Tanios se excusó, pretextando que le esperaban en el pueblo. Entonces, contra lo que se esperaba, Raad se acercó a él y le puso una mano en el hombro:

—Yo también voy a volver al castillo. Necesito lavarme y descansar. Haremos juntos el camino.

Tanios no podía negarse. Aceptó incluso que le prestaran una montura y se encontró cabalgando al lado de Raad y de dos de los granujas de su círculo.

—Tenía que hablarte —dijo el joven jeque en un tono muy afable.

Tanios ya se había dado cuenta y esbozó una sonrisa cortés.

—Tú eres amigo de *jweja* Rukoz y yo también me he hecho amigo suyo. Ya es hora de olvidar lo que nos pudo enfrentar cuando éramos chiquillos. Tú eras estudioso y yo turbulento, pero los dos hemos crecido.

Tanios tenía diecisiete años y llevaba una barba corta; Raad tenía dieciocho y lucía una perilla, a la moda del patriarca, pero negra y poco sedosa. Los ojos de Tanios se clavaron en ella antes de desviarse pensativos hacia el camino.

—*Jweja* Rukoz me ha dicho que siempre te habla con gran confianza y que escucha tus opiniones con atención. Cree que yo también debería hablarte y escucharte.

El tono era ahora de confianza, pero los dos hombres que acompañaban a Raad aguzaban el oído para escuchar cada palabra de la conversación. El hijo de Lamia hizo un gesto de resignación.

—Por supuesto, nada nos impide hablar con sinceridad...

—¡Estoy tan contento de que volvamos a ser amigos!

¿Amigos? ¿Volver a ser amigos? ¡Durante meses habían ido cada mañana a la misma escuela por el mismo camino y casi nunca se habían dirigido la palabra! Por otra parte, Tanios no tenía ningún pensamiento amistoso en aquel momento. «Es irritante cuando quiere ser desagradable y es irritante cuando quiere ser agradable» —se decía—. Mientras que Raad sonreía con satisfacción.

—Puesto que ahora somos amigos, puedes decírmelo, ¿es verdad que has puesto los ojos en la hija de Rukoz?

Era ésa, pues, la causa de todas sus amabilidades. Tanios no tenía ningún deseo de confiarse, y menos aún cuando vio que los hombres del joven jeque se habían acercado más con cara de perros hambrientos.

—No, no he puesto los ojos en esa muchacha. ¿No podríamos hablar de otra cosa?

Tiró de las riendas y su montura se encabritó.

—Por supuesto —dijo Raad—, hablaremos de otra cosa enseguida, pero necesitaba que me tranquilizaras con respecto a Asma. Acabo de pedir su

mano a su padre.

## Capítulo 2

---

LA primera reacción de Tanios fue de desprecio y de incredulidad. Tenía aún en los ojos la mirada de Asma y en los dedos sus caricias. Sabía también lo que Rukoz, en el fondo de su corazón, pensaba con respecto a Raad. Desde luego, quería utilizar a ese monigote para debilitar a su padre, pero el antiguo intendente era demasiado astuto como para unirse a él hasta el fin de su vida.

Sin embargo, cuando el joven jeque volvió a cabalgar a su lado, Tanios no pudo evitar interrogarle con un tono que quería ser sosegado.

—¿Y cuál ha sido su respuesta?

—¿Rukoz? Ha respondido como debe responder un hombre del vulgo cuando su señor le hace el honor de interesarse por su hija.

Tanios no tenía nada más que decir a ese detestable individuo, por lo que saltó de la montura que le habían prestado y volvió sobre sus pasos, derecho a casa de Rukoz. Le encontró acurrucado en su sitio habitual de su nuevo salón, solo, sin visitas ni guardias ni sirvientes, envuelto en las bocanadas del tabaco y en el olor del café. Parecía pensativo y algo desengañado, pero al ver a Tanios, tuvo como un arrebató de jovialidad y le recibió con abrazos, a pesar de que se habían separado tres cuartos de hora antes.

—¡Qué contento estoy de que hayas vuelto! El jeque Raad te arrastró a la fuerza cuando yo deseaba estar tranquilamente contigo para hablarte como a un hijo, como al hijo que Dios me ha dado en el ocaso de la vida.

Le cogió la mano.

—Tengo que darte una gran noticia. Vamos a casar a tu hermana Asma.

Tanios retiró la mano. Todo su cuerpo retrocedió para pegarse, aplastarse contra la pared. El humo se espesó con las palabras de Rukoz hasta hacerse sofocante.

—Ya sé que tú y yo hemos sufrido por culpa de los jeques, pero este Raad no es como su padre. La prueba es que aceptó venir a esta casa por el bien del

pueblo, mientras que el otro se obstinó en su negativa. Pero no necesitamos al viejo jeque, tenemos al heredero de nuestro lado, tenemos el futuro.

El joven se había serenado un poco. Ahora tenía la mirada clavada en los ojos hundidos de Rukoz, que pareció súbitamente abatido.

—Yo creía que para ti el futuro era la desaparición de los jeques...

—Sí, ésa es mi convicción y no cambiaré. Los señores feudales tienen que desaparecer y, ya lo verás, los haré desaparecer. Pero ¿qué mejor manera de tomar una fortaleza que asegurarse aliados en el interior?

Tanios no conseguía ver en el rostro de Rukoz más que esas marcas de viruela que parecían hacerse más hondas, como pozos de miseria.

Hubo un momento de silencio. Rukoz aspiró una bocanada de su narguile. Tanios vio cómo enrojecían las brasas y luego se oscurecían.

—Asma y yo nos amamos.

—No digas tonterías, tú eres mi hijo y ella mi hija. ¡Al fin y al cabo no puedo dar mi hija a mi hijo!

Aquello era demasiado para el muchacho, demasiada hipocresía.

—Yo no soy tu hijo y quiero hablar con Asma.

—No puedes hablar con ella, está bañándose, está arreglándose, porque mañana la gente se enterará de la noticia y querrá venir a felicitarnos.

Tanios dio un salto y se precipitó fuera del salón. Cruzó el pasillo hasta llegar a la puerta que, como ya sabía, era la de la habitación de Asma. La abrió y la empujó con un gesto brusco. La muchacha estaba allí, sentada desnuda en su bañera de cobre, y una sirvienta derramaba agua humeante por sus cabellos. Las dos gritaron al mismo tiempo. Asma cruzó los brazos sobre su pecho y la sirvienta se agachó para coger una toalla.

Con los ojos clavados en la piel de su amada que aún era visible, Tanios permaneció inmóvil, y cuando Rukoz y sus esbirros llegaron corriendo y le agarraron para echarle hacia atrás, hizo alarde de una falsa serenidad y no se resistió, ni siquiera intentó protegerse de los golpes.

—¿Por qué os ponéis así? Si somos hermano y hermana, ¿qué mal hay en que la vea desnuda? Desde esta noche dormiremos en la misma habitación, como todos los hermanos y hermanas de la región.

El padre de Asma le agarró por su pelo blanco.

—Te he hecho demasiado honor llamándote hijo mío. Nadie ha sabido jamás de quién eras hijo. No quiero a un bastardo como hijo ni como yerno. ¡Sal de aquí! No le hagáis daño, pero si alguno de vosotros le ve merodeando de nuevo por los alrededores de mi propiedad, ¡que le rompa el cuello!

Como si el cuerpo desnudo de Asma le hubiera abierto los ojos, Tanios había recobrado su lucidez. Una lucidez impregnada de rabia contra sí mismo y de remordimientos, pero también de serenidad.

Ciertamente, se reprochaba no haber visto venir esa traición. Obsesionado por su ascensión social, Rukoz no habría querido terminar su carrera en el lugar en que la había comenzado —dando a su única hija a un hijo de intendente, o peor, a un bastardo— cuando podía entregársela al heredero de una «Casa». Y para Raad, que debía de estar continuamente obsesionado por el espectro de la ruina, tenía que ser una bendición apoderarse de la fortuna prometida a Asma.

Camino de Kfaryabda, Tanios se permitió al principio censurarse por su propia ceguera; luego se puso a reflexionar, no en cualquier venganza infantil, sino en la manera precisa en que aún podría impedir esa boda.

El asunto no le parecía imposible. Si Rukoz no hubiera sido más que un advenedizo como tantos otros, burgueses o aparceros enriquecidos, el anciano jeque quizá se habría resignado a esa boda desigual. Pero evidentemente ése no era el caso; él, que ni siquiera había querido rebajarse a cruzar la puerta del «ladrón», ¿cómo podría consentir semejante unión? Tanios sabía que encontraría en él un aliado hábil y decidido.

Comenzó a caminar cada vez más deprisa y a cada paso sentía un nuevo dolor en las piernas, en las costillas, en los hombros, en el cuero cabelludo por el que Rukoz le había agarrado... pero no pensaba en ello, sólo contaba una cosa que se iba convirtiendo en una obsesión: Asma sería suya, aunque tuviera que pasar por encima del cuerpo de su padre.

Al llegar al pueblo, se encaminó hacia la derecha por un sendero que, cruzando los campos hasta llegar al lindero del bosque de pinos, conducía al castillo evitando la Blata, y, una vez allí, no fue a ver al jeque, sino a sus padres, a quienes pidió solemnemente que le escucharan, haciéndoles

prometer por adelantado que no intentarían argumentar con él, so pena de verle partir para siempre.

Lo que les dijo a continuación está relatado, casi en los mismos términos, por el monje Elías en su *Crónica*, y por el pastor Stolton en una hoja suelta incluida en las efemérides del año 1838, pero redactada probablemente mucho más tarde. Es esta última la que reproduzco porque creo que corresponde a lo que el propio Tanios debió de contarle con sus mismas palabras.

«Habéis de saber que amo a esa muchacha y que ella me ama, y que su padre me había dejado creer que me concedería su mano. Pero Rukoz y Raad se han burlado de mí y estoy desesperado. Si no estoy prometido a Asma antes de que termine esta semana, mataré a Raad o me mataré yo, y sabéis que no vacilaré en hacerlo».

«Todo menos eso» —dijo su madre, que nunca se había repuesto del todo de la huelga de hambre que su hijo había protagonizado dos años antes—. Tomó la mano de su esposo como para implorarlo, y éste, tan conmovido como ella, pronunció la frase siguiente dirigiéndose a Tanios:

«La boda que tienes no se hará. ¡Si no consigo impedirla, no soy tu padre!».

Esta enfática manera de hacer un juramento no era inusual entre la gente de la región, pero en esas circunstancias —las del drama que se estaba desarrollando así como las del nacimiento de Tanios— esas palabras, en lugar de ser risibles, eran patéticas.

«El destino iba apretando sus nudos —dice la *Crónica*— y la muerte merodeaba».

Tanios tenía la impresión de que merodeaba a su alrededor, y no estaba seguro de querer alejarla, mientras que Gerios, de ordinario tan abúlico, parecía decidido a luchar contra la Providencia y a cruzarse en su camino.

En el pueblo, los que jamás sintieron la menor compasión por ese hombre —entre ellos «mi» Gebrayel y muchos otros ancianos— afirman que el intendente del castillo se habría mostrado mucho menos complaciente, si las

aspiraciones de Tanios no hubieran coincidido con las del jeque y hubiera tenido que enfrentarse a él. Pero eso es ignorar el cambio que se estaba produciendo en el alma de Gerios en el otoño de una vida de fracasos y de obsesiones. Se sentía comprometido en una empresa de salvamento. Salvamento de su hijo, pero también de su propia dignidad de hombre, de marido, de padre, que durante tanto tiempo había sido escarnecida.

Aquella misma tarde, poco después del regreso de Tanios y de su conversación con él, fue a ver al jeque al que encontró en la gran sala del castillo, caminando de un pilar a otro, solo, con la cabeza descubierta, mostrando su pelo blanco y despeinado. En la mano llevaba un rosario de cuentas de ámbar que iba desgranando a trompicones como para marcar sus suspiros.

El intendente se colocó cerca de la puerta sin decir una palabra. Sólo hablaba su presencia, ampliada por una lámpara cercana.

—¿Qué pasa, *jweja* Gerios? Pareces tan preocupado como yo.

—Se trata de mi hijo, jeque.

—Nuestros hijos, nuestra esperanza, nuestra cruz.

De pronto se encontraron sentados el uno junto al otro, extenuados.

—Tu hijo tampoco es fácil —prosiguió el jeque—, pero al menos tienes la impresión de que te comprende cuando hablas.

—Quizá comprenda, pero sólo hace lo que quiere, y cada vez que se le contraría, habla de dejarse morir.

—¿Cuál es la razón esta vez?

—Está enamorado de la hija de Rukoz y ese perro le había hecho creer que se la daría. Y se ha enterado de que también se la había prometido al jeque Raad...

—¿Sólo es eso? Entonces Tanios puede estar tranquilo. Vas a decirle de mi parte que, mientras yo viva, esa boda no se celebrará, y que si mi hijo se obstina en ella le desheredaré. ¿Quiere la fortuna de Rukoz? ¡Qué se convierta, pues, en su yerno! Pero no tendrá mi propiedad. El hombre que me ha robado no volverá a poner los pies en este castillo, ni él ni su hija. Ve a repetir esto a tu hijo palabra por palabra y recuperará el apetito.

—No, jeque, yo no voy a ir a repetírselo.

El señor se sobresaltó. Ese fiel servidor nunca le había respondido de esa manera. De ordinario, comenzaba a aprobarlo antes incluso de que terminara sus frases; ese «no» jamás salía de sus labios. Le observó intrigado, casi divertido, y también desconcertado.

—No te comprendo...

El otro miraba al suelo. Ya le costaba bastante enfrentarse al jeque; no podía, además, sostener su mirada.

—No puedo repetir a Tanios las palabras de nuestro jeque porque sé por adelantado lo que va a responderme. Me dirá: «Raad consigue siempre sus propósitos, cualesquiera que sean los deseos de su padre. Quiso abandonar la escuela inglesa y se las arregló para hacerlo del peor modo, y nadie tuvo para él la menor palabra de censura. Quiso ir a casa de Rukoz para encontrarse con el oficial y lo hizo, y nadie pudo impedirselo. Con esta boda pasará lo mismo. Quiere a esa muchacha y la tendrá. Y pronto nuestro jeque hará saltar en sus rodillas a un nieto llamado Francis, como él, y que también será el nieto de Rukoz».

Gerios calló. Sus propias palabras le habían dejado aturdido. Le costaba creer que había hablado a su señor en esos términos. Y esperaba, con los ojos aún más cerca del suelo y la nuca sudorosa.

El jeque, igualmente silencioso, dudaba. ¿Debería reprenderle ásperamente y reprimir con la cólera o el desprecio esas veleidades de rebeldía? No, puso la mano sobre su hombro inquieto.

—*Jayé* Gerios, ¿cómo crees que debo actuar?

¿*Jayé* había dicho? ¿«Hermano mío»? El intendente, con lágrimas de alegría, se incorporó imperceptiblemente para indicar el camino que, en su opinión, se debería seguir.

—¿No os ha avisado el patriarca que vendría el domingo al castillo? Sólo él puede hacer que tanto Rukoz como el jeque Raad entren en razón...

—Es verdad, sólo él. A condición de que se preste a ello...

—Nuestro jeque sabrá encontrar las palabras para convencerle.

El señor del castillo asintió con la cabeza y luego se levantó para retirarse a sus aposentos. Se hacía tarde. Gerios se levantó a su vez y besó la mano de su señor para despedirse de él y también para agradecerle su actitud. Se

dirigía ya hacia el pasillo que llevaba al ala donde vivía cuando el jeque cambió de opinión, le llamó y le pidió que le acompañara con un farol hasta su habitación. Buscó debajo de su edredón y sacó un fusil, el mismo que antaño Richard Wood le regalara a Raad. Brillaba bajo la llama como una monstruosa joya.

—Esta mañana lo he visto entre las manos de uno de esos granujas con los que trata mi hijo. Me ha dicho que Raad se lo había dado a causa de no sé qué apuesta. Se lo he confiscado, diciéndole que era propiedad del castillo y un regalo del cónsul de Inglaterra. Quisiera que lo guardaras bajo llave en el cofre junto con nuestro dinero. Ten cuidado, está cargado.

Gerios se llevó el arma apretándola contra su pecho. Olía a resina caliente.

## Capítulo 3

---

LA gente de mi pueblo sentía por la mitra del patriarca tanta desconfianza como veneración, y cuando éste pronunció su sermón en la iglesia y la exhortó a rezar por el emir de la montaña y también por el virrey de Egipto, sus labios se pusieron a orar; sin embargo, sólo Dios sabe qué palabras y qué deseos se ocultaban bajo aquel murmullo uniforme.

El jeque permaneció sentado en su sillón durante toda la misa; aquella noche se había sentido ligeramente enfermo y sólo se levantó una vez, en el momento de la comunión, para recibir sobre la lengua el pan mojado en vino. Raad le pisaba los talones, sin piedad aparente, y fue a colocarse a su lado para observar con mirada impertinente las venas hinchadas de la frente paterna.

Después de la ceremonia, el jeque y el prelado se reunieron en la Sala de los Pilares. Mientras cerraba los batientes de la gran puerta para dejarlos solos, Gerios tuvo tiempo de oír de la boca del patriarca:

—Tengo una petición que hacer, y sé que no me iré decepcionado de tan noble casa.

El marido de Lamia se frotó las manos. «¡Dios nos ama! —se dijo—. ¡Si *sayyedna* ha venido a pedir un favor, no podrá negarnos el que nosotros vamos a pedirle!». Y buscó a Tanios con los ojos para susurrarle al oído su esperanza.

En la gran sala, el jeque se estremeció y se atusó el bigote con las dos manos, porque se había hecho exactamente la misma reflexión que su intendente. Mientras, el patriarca proseguía:

—Vengo de Bayt al Din, donde he pasado un día entero con nuestro emir. Le he encontrado preocupado. Los agentes de Inglaterra y de la Sublime Puerta están actuando por toda la montaña y muchos hombres se han dejado pervertir. El emir me ha dicho: «Es en estas circunstancias cuando se distingue al leal

del traidor». Y como estábamos hablando de alguien leal, el primer nombre que mencionamos fue, naturalmente, el vuestro, jeque Francis.

—¡Que Dios prolongue vuestra vida *sayyedna*!

—No os niego que el emir tenía ciertos reparos. Aún estaba bajo la impresión de que este pueblo había prestado oídos a los cantos de los ingleses. Le he asegurado que todo eso pertenecía al pasado y que ahora éramos hermanos como siempre deberíamos haberlo sido.

El jeque movió la cabeza, pero sus ojos dejaban traslucir sus inquietudes. ¿Qué iría a pedir su taimado visitante después de ese ambiguo preámbulo, hecho de advertencias y de elogios?

—Antaño —siguió diciendo el prelado—, este pueblo supo demostrar su bravura en tiempos difíciles; el valor de sus hombres es proverbial. Hoy se preparan graves acontecimientos y nuestro emir necesita otra vez soldados. En otros pueblos de la montaña han enrolado a los hombres a la fuerza. Aquí hay tradiciones. Le he dicho a nuestro emir que Kfaryabda le enviará más voluntarios de los que podría enrolar con sus reclutadores. ¿Me he equivocado?

Al jeque no le agradaba esa perspectiva, pero hubiera sido una torpeza mostrarse recalcitrante.

—Podéis decir a nuestro emir que voy a reunir a mis hombres como antaño y que serán los más valientes de sus soldados.

—No esperaba otra cosa de nuestro jeque. ¿Con cuántos hombres puede contar el emir?

—Con todos los hombres sanos y válidos, y yo me pondré a la cabeza.

El patriarca se levantó de su asiento juzgando con la mirada el aspecto de su anfitrión. Éste parecía restablecido y consideró una cuestión de amor propio levantarse como un muchacho sin buscar apoyo. Pero de ahí a poder llevar a las tropas al combate...

—Que Dios os conserve siempre tan vigoroso —dijo el prelado.

Y con el pulgar le trazó una cruz en la frente.

—Antes de que *sayyedna* se vaya, tengo que pedirle un favor. Es una cuestión sin importancia, incluso es fútil, a la vista de lo que está pasando en

el país. Pero me preocupa y me gustaría que estuviera arreglada antes de partir en campaña...

Al salir de la reunión, el patriarca advirtió a su escolta que deseaba «pasar por delante de la casa de *jweja* Rukoz», lo que le valió un apasionado besamanos de Gerios que intrigó a ciertas personas de la asistencia.

«Pasar por delante» no era más que un eufemismo. En realidad, el prelado entró en la casa del antiguo intendente, se sentó en el salón revestido de madera, pidió que le presentaran a Asma y habló largo rato con ella y luego a solas con su padre, por el que se dejó guiar de buen grado por toda la gran propiedad. La visita duró más de una hora, más que la que acababa de efectuar en el castillo. Y cuando se marchó, su rostro resplandecía.

El tiempo les parecía interminable a Tanios, a Lamia y a Gerios, el cual no pudo evitar beber algunos tragos de arac seco para calmar su ansiedad.

De regreso en casa del jeque, el patriarca le dio a entender, con un gesto tranquilizador, que el asunto estaba resuelto en lo esencial, pero pidió primero verse a solas con Raad. Cuando reapareció, este último no le acompañaba; se había eclipsado por una puerta secreta. «Mañana habrá dejado de pensar en ello», afirmó el prelado.

Luego, sin sentarse, contentándose con apoyar el hombro en uno de los pilares de la gran sala, informó a media voz a su anfitrión del resultado de su mediación y de la ingeniosa salida que había sabido encontrar.

Lamia se había hecho un café sobre las brasas y se lo estaba bebiendo, aún muy caliente, a pequeños sorbos. Por la puerta entreabierta le llegaban voces y ruidos, pero ella no esperaba más que los pasos de Gerios para leer en su rostro lo que había sucedido. De cuando en cuando, murmuraba una corta súplica a la Virgen y apretaba el crucifijo en su mano.

«Era joven, Lamia, y todavía hermosa, y su garganta era la de una cordera confiada», comentó Gebrayel.

Tanios, a la espera de la sentencia, había subido al altillo donde, cuando era niño, encontraba una apacible felicidad. Había desenrollado su delgado colchón y se había tendido en él con una manta sobre las piernas. Quizá tuviera la intención de no moverse de allí y de reanudar su huelga de hambre si

fracasaba la mediación; pero quizá necesitara solamente soñar despierto para calmar su impaciencia. En todo caso, no tardó en adormecerse.

En la gran sala, el patriarca había hablado y enseguida se había despedido. Ese rodeo imprevisto hasta la casa de Rukoz le había causado un retraso que ahora debía recuperar.

El jeque le había acompañado de nuevo hasta la escalinata, pero no había bajado los escalones con él, y el prelado no se había dado la vuelta para hacer un gesto de adiós. Ordenó que le ayudaran a subir a su caballo de batalla y su escolta se puso en marcha.

Gerios estaba de pie, cerca de la puerta, con un pie dentro y el otro en la escalinata. Su mente estaba cada vez más embrollada por el arac de las horas de espera, por las explicaciones del patriarca y también por esas palabras que su señor acababa de decirle al oído:

—Me pregunto si debo reírme o estrangularle —había dicho el jeque, con una voz tan contundente como un salivazo.

Aún hoy, cuando en el pueblo se cuenta este episodio inolvidable, la gente sigue estando dividida entre la indignación y la risa: ese venerable prelado, que había ido a pedir la mano de Asma para Tanios, había cambiado de opinión al verla dotada de gracia y de fortuna y había obtenido su mano... ¡para su propio sobrino!

Desde luego, aquel hombre santo tenía una explicación: el jeque no quería a esa muchacha para Raad, y Rukoz no quería ni oír hablar de Tanios; entonces, como él tenía que casar a un sobrino...

El señor de Kfaryabda se sentía engañado. Él, que intentaba poner en su sitio al antiguo intendente, veía que ese «ladrón» se iba a unir por matrimonio a la familia del patriarca, ¡el jefe supremo de su comunidad!

En cuanto a Gerios, ya no estaba en estado de razonar en términos de ganancias o pérdidas. Con los ojos clavados en la montura gris del patriarca que echaba a andar a paso lento, no tenía más que una idea en la cabeza, un suplicio, una tortura. Las palabras se escaparon de su pecho:

—¡Tanios va a matarse!

El jeque no oyó más que un gruñido y miró con desprecio a su intendente de arriba abajo.

—¡Apesta a arac, Gerios! ¡Vete! ¡Desaparece! ¡Y no vuelvas a verme hasta que estés sobrio y perfumado!

Encogiéndose de hombros, el señor se dirigió a su habitación. Se sentía de nuevo como aturdido y necesitaba en gran manera tenderse unos instantes.

En ese mismo momento, Lamia se puso a llorar. No habría podido decir por qué, pero estaba segura de tener razones para hacerlo. Se asomó a la ventana y divisó entre los árboles la comitiva del prelado que se alejaba.

Sin poder soportarlo más, quiso ir a la gran sala, para saber noticias. Mientras el patriarca estuvo allí, había preferido no mostrarse, ya que sabía que él jamás le había tenido aprecio y se había enemistado con el jeque por su causa; temía que al verla se irritara y que Tanios pagara las consecuencias.

Precaución superflua, como estima el autor de la *Crónica montañesa*: «El propio nacimiento de ese muchacho había sido siempre insoportable para nuestro patriarca, a causa de las cosas que se decían... ¿Cómo habría podido pedir para él la mano de una joven?».

Al cruzar el pasillo que llevaba desde el ala del intendente hasta la parte central del castillo, Lamia tuvo una extraña visión. En el otro extremo del estrecho pasaje, creyó divisar la silueta de Gerios que corría con un fusil en la mano. Apresuró el paso, pero no le vio más. Ya no estaba completamente segura de haberle reconocido en la penumbra. Por un lado se decía que era él; no habría podido decir por qué seña, por qué gesto, le había reconocido, pero al fin y al cabo vivía con él desde hacía casi veinte años, ¿cómo habría podido equivocarse? Por otro lado, esa manera de correr no era propia de su marido; él, que ejercía sus funciones en el castillo con tanta gravedad, con tanta obsequiosidad; él, que ni siquiera se permitía reírse para no perder su dignidad... Podía apresurarse, sí, pero ¿correr? ¿y con un fusil?

Al llegar a la Sala de los Pilares la encontró desierta, cuando hacía algunos minutos era un hormiguero de visitantes. Tampoco había nadie en el patio exterior.

Salió a la escalinata y creyó ver a Gerios internándose entre los árboles. Una visión aún más breve, más fugaz que la anterior. ¿Debía correr en su persecución?

Empezó a levantarse la falda de su vestido, pero, cambiando de opinión, volvió hacia sus aposentos. Llamó a Tanios y, sin esperar respuesta, subió los peldaños de la pequeña escalera que llevaba al lugar donde el muchacho dormía y le sacudió:

—¡Levántate! He visto a tu padre correr como un demente con un fusil. ¡Tienes que alcanzarle!

—¿Y el patriarca?

—No sé nada, nadie me ha dicho nada todavía. Pero date prisa, alcanza a tu padre, él tiene que saberlo y te lo dirá.

¿Qué más había que decir? Lamia había comprendido. El silencio, el castillo desierto, su marido corriendo...

El camino por el que había visto internarse a Gerios era uno de los menos frecuentados entre el castillo y el pueblo. Ya he dicho que la gente de Kfaryabda tenía la costumbre de ir por las escaleras que suben desde la Blata, por detrás de la fuente. Las carretas y los jinetes preferían el camino ancho — hoy derrumbado en algunos sitios— que se prolongaba y serpenteaba alrededor de la colina del castillo para suavizar la pendiente. Y luego estaba ese sendero por la cara suroeste, la más abrupta y rocosa, que era un atajo para alcanzar lo más rápidamente posible, a la salida del pueblo, la carretera que venía de la Plaza Mayor. Al aventurarse por él, había que ir apoyándose constantemente en los árboles y en las rocas. En el estado en que se encontraba, Gerios corría el riesgo de romperse el cuello.

Tanios se lanzó en su persecución, buscándole inútilmente con los ojos cada vez que tenía que hacer un alto, apoyando las manos contra algún farallón. Pero sólo le divisó en el último momento, justo en el último momento, cuando ya no podía detener nada, mientras que con su mirada abarcaba toda la escena: los animales, los hombres, sus gestos, sus expresiones, el patriarca que avanzaba en su caballo, seguido de su escolta, una decena de jinetes y otros tantos hombres a pie... Y Gerios, detrás de una roca, con la cabeza descubierta y un arma al hombro.

Sonó un disparo. Un estruendo cuyo eco devolvieron las montañas y los valles. Alcanzado en el rostro, entre las dos cejas, el patriarca cayó como un

tronco. Su caballo, enloquecido, salió al galope hacia adelante arrastrando a su jinete por el pie dos o tres cuerpos hasta perderle.

Gerios salió de su escondite, un peñasco vertical y liso, plantado en el suelo como una inmensa esquirra de cristal, y al que desde aquel día llaman «La Emboscada». Sujetaba el fusil con las dos manos en alto por encima de la cabeza, para rendirse. Pero todos los compañeros del prelado, creyéndose atacados por una banda de rebeldes emboscados, se dieron a la fuga retrocediendo hacia el castillo.

Y el asesino se quedó solo, en medio del camino, con los brazos en alto, sosteniendo el fusil de reflejos rojizos, regalo del «cónsul» de Inglaterra.

Entonces Tanios se acercó a él y le cogió del brazo.

—*¡Bayé!*

«¡Padre!» Hacía años que Tanios no le llamaba así. Gerios miró a su hijo con agradecimiento. Había tenido que convertirse en asesino para merecer oír de nuevo esa palabra. *¡Bayé!* En ese instante, no lamentaba nada, no quería nada más. Había reconquistado su lugar, su honor. Su crimen había redimido su vida; quedaba redimir su crimen. No tenía más que ir a entregarse y mostrarse digno a la hora del castigo.

Dejó el arma en el suelo con precaución, como si temiera rayarla. Luego se volvió hacia Tanios. Intentó decirle la razón por la que había matado, pero se quedó mudo. Su garganta le había traicionado.

Estrechó entonces al muchacho contra su pecho. Luego, se separó de él y comenzó a andar en dirección al castillo, pero Tanios le tiró del brazo.

—*¡Bayé!* Permanezcamos juntos tú y yo. ¡Esta vez has elegido estar de mi lado y no te dejaré regresar junto al jeque!

Gerios se dejó llevar. Abandonaron la carretera para internarse por un abrupto sendero que prolongaba el que habían tomado al venir del castillo y que llevaba hasta el fondo del valle. Detrás de ellos se alzaba el clamor del pueblo, pero bajando la montaña de árbol en árbol, de roca en roca y con los pies entre las zarzas, no podían oír ya nada.

## Capítulo 4

---

«UNA vez perpetrado su crimen, el intendente Gerios bajó corriendo la colina en compañía de su hijo. Se ocultaron a las miradas, y el jeque tuvo que renunciar a su persecución.

»Llegaron al fondo del valle y caminaron hasta que cayó la noche y también durante toda la noche, por la orilla de un torrente, hacia el mar.

»Con el primer rayo de luz, pasaron por el puente que cruza el río del Perro y llegaron al puerto de Beirut. Allí, en el muelle, dos grandes barcos se disponían a hacerse a la mar. El primero hacia Alejandría, pero se guardaron muy bien de tomarlo, ya que el señor de Egipto se habría apresurado a entregarlos al emir para hacerles expiar su abominable crimen. Prefirieron embarcarse en el otro, que partía hacia la isla de Chipre, donde atracaron después de un día, una noche y otro día más en el mar.

»Allí, haciéndose pasar por comerciantes de seda, encontraron alojamiento en el puerto de Famagusta, en una posada regentada por un hombre originario de Alepo».

Estas escuetas líneas, extraídas de la *Crónica* del monje Elías no explican lo bastante el pavor de la gente de mi pueblo ni la gran turbación del jeque.

La maldición estaba allí, realmente estaba allí esta vez, tendida en el camino cerca de la roca de la emboscada. Y cuando llevaron el cadáver hasta la iglesia mientras la campana tocaba a muerto, los fieles, que habían detestado al difunto y le seguían detestando, lloraban como culpables y buscaban a veces en sus manos húmedas los rastros de su sangre.

El jeque sabía que era culpable porque él también había odiado «al patriarca de las langostas», hasta el punto de expresar, algunos minutos antes

del crimen, su deseo de verle estrangulado. Y aunque no se tomara en cuenta esa frase imprudente que fue susurrada al oído de Gerios, ¿cómo habría podido eludir su responsabilidad con respecto a un crimen perpetrado en sus tierras, a manos de su hombre de confianza y con un arma que él mismo le había entregado? Arma que había sido ofrecida, recordémoslo una vez más, por Richard Wood, «cónsul» de Inglaterra y que, precisamente, había servido para abatir a uno de los detractores de la política inglesa.

¡Coincidencias! ¿Sólo coincidencias? El señor de Kfaryabda, a quien sus privilegios le llevaban a menudo a ejercer el papel de juez, no podía evitar decirse que si hubiera reunido tantas presunciones contra un hombre, le habría condenado con toda seguridad por complicidad de asesinato o por instigación. Sin embargo, Dios sabía que no había deseado ese crimen, y que habría matado a Gerios con sus propias manos si hubiera sospechado sus designios.

Cuando los compañeros del patriarca volvieron para avisar al jeque del drama que acababa de desarrollarse bajo sus ojos, les había parecido desamparado, e incluso cercano a la desesperación, como si en aquel instante hubiera abarcado con una mirada las desgracias que iban a derivarse de todo aquello. Pero no era hombre que se dejara apartar de sus obligaciones de jefe. Reaccionó rápidamente y reunió a la gente de su territorio para organizar batidas.

Era su deber y era también lo que la prudencia le dictaba: había que demostrar a las autoridades, y de forma más inmediata a la escolta del prelado, que había empleado todos los medios para coger a los asesinos. Sí, los asesinos. Gerios y también Tanios. El joven era inocente, pero si aquella noche le hubiera prendido, el jeque no habría tenido otra elección que entregarle a la justicia del emir, aunque le ahorcaran. A causa de las apariencias.

En un asunto tan grave, que rebasaba con mucho su competencia y desbordaba incluso la del emir, el señor de Kfaryabda no tenía las manos libres, sino que se veía obligado a respetar escrupulosamente esas apariencias. Pero eso fue precisamente lo que le reprocharon algunos compañeros del patriarca, y luego el emir y el alto mando egipcio. El haber aparentado solamente.

Desde luego le habían visto afanarse en el castillo hasta el alba, en medio de un zafarrancho de cabalgadas, de órdenes dadas a voz en grito, de exhortaciones, de reniegos. Pero, según sus detractores, sólo eran gesticulaciones. Los allegados del prelado acusaron al jeque de que, en lugar de tomar inmediatamente las medidas que se imponían, había empezado por interrogarles durante largo rato sobre las circunstancias del asesinato; luego se había mostrado incrédulo cuando le dijeron que habían creído reconocer a Gerios, e incluso había mandado a sus hombres a buscar al intendente a su casa; cuando estos últimos volvieron con las manos vacías, les había dicho:

—Entonces buscad a Tanios, tengo que hablarle.

A continuación, el jeque se quedó un momento a solas con Lamia en la pequeña estancia contigua a la Sala de los Pilares; salieron al cabo de unos minutos, ella llorando y él con el rostro congestionado; pero, aparentando una gran confianza, dijo:

—Tanios ha ido a buscar a su padre y seguramente le traerá aquí.

Y como los amigos del patriarca se mostraban escépticos, había ordenado a sus hombres que dieran batidas en todas las direcciones, en el pueblo, en el bosque de pinos, por el lado de las antiguas cuadras e, incluso, en algunas partes del castillo. ¿Qué razón había para buscar por todas partes, en vez de enviar a los hombres en dirección al valle, por el camino que, según toda probabilidad, Gerios y Tanios habían tomado? Con el pretexto de registrar por todas partes, el jeque no había buscado en ningún sitio, ¡porque quería dar tiempo a los culpables para escaparse!

¿Pero qué interés podía tener en ello? Interés no tenía ninguno, muy al contrario, arriesgaba seriamente su territorio, su propia vida y también la salvación de su alma. Sólo que si Tanios era su hijo...

Sí, siempre la misma duda que planeaba por encima del jeque y de Lamia, por encima del castillo, por encima de aquel rincón de la montaña, como una nube cargada de lluvias pegajosas y maléficas.

Extracto de las efemérides del reverendo Stolton:

«Al día siguiente del crimen, un destacamento del ejército de Egipto se presentó ante nuestra verja, comandado por un oficial que me pidió

autorización para registrar el recinto de la Misión. Le respondí que era imposible, pero le di mi palabra de hombre y de pastor de que nadie se ocultaba en mi casa. Durante unos instantes, creí que no se contentaría con mi palabra, ya que pareció muy contrariado. Pero, evidentemente, tenía consignas. Por eso, después de haber merodeado alrededor del recinto, intentando descubrir alguna presencia sospechosa, terminó por alejarse con sus soldados.

»La población de Kfaryabda no gozó de las mismas consideraciones. El pueblo fue sitiado por una fuerza que comprendía varios cientos de hombres, pertenecientes al ejército del virrey, así como al del emir. Comenzaron por proclamar en la Plaza Mayor que estaban buscando al asesino y a su hijo —mi pupilo— cuando todos sabían que debían de estar ya lejos. Luego, se creyeron en la obligación de registrar las casas una por una. Por supuesto, en ninguna de ellas encontraron lo que se pretendía buscar, pero no salieron de ninguna casa con las manos vacías; los “culpables” que así prendieron se llamaban joyas, abrigo, alfombras, manteles, dinero, bebidas o provisiones.

»En el castillo, visitaron la habitación que servía de despacho a Gerios, y el cofre que en ella se encontraba fue debidamente forzado. De ese modo, pudieron verificar que el intendente no se escondía en él... Registraron igualmente los aposentos donde vivían los padres de Tanios, pero su madre había abandonado el castillo la víspera, aconsejada por el jeque Francis, para irse a alojar a casa de su hermana, la esposa del cura.

»Las exacciones de esos guardianes del orden fueron numerosas... Por suerte, si me atrevo a decirlo así, hay guerra en la región; los soldados fueron requeridos en otra parte para otras gloriosas tareas, por lo que se retiraron al cabo de una semana, no sin haber cometido una última injusticia».

De hecho, con el fin de asegurarse de que el jeque no disminuiría sus esfuerzos para encontrar a los culpables y entregarlos —«padre e hijo», había precisado el emir—, los militares se llevaron con ellos a un «sospechoso», que era más bien un rehén: Raad. Es verdad que era el propietario del arma

homicida; se dijo, también, que había dirigido al oficial que le interrogaba palabras imprudentes, a saber, que el patriarca, después de su extraña mediación, sólo podía culparse a sí mismo de lo que le había sucedido.

Las relaciones del jeque con su hijo seguían siendo tan tormentosas como siempre. Pero al verle así, conducido por los soldados, con las manos atadas a la espalda como un malhechor, el anciano se había avergonzado de su sangre.

Antes de que acabara aquel año calamitoso, el castillo se había quedado vacío. De sus habitantes y de sus disputas, sus esperanzas y sus intrigas.

Caparazón agrietado con el porvenir en ruinas; pero unos lugareños fieles seguían subiendo hasta allí cada mañana para «ver» la mano impotente del jeque de Kfaryabda.

# Séptimo pasaje

## Naranjas en la escalera

*Tanios me dijo: «He conocido a una mujer. No hablo su lengua y ella no habla la mía, pero me espera en lo alto de la escalera. Un día, volveré y llamaré a su puerta para decirle que nuestro barco se dispone a zarpar».*

Nader,  
*La sabiduría del arriero.*

## Capítulo 1

---

**D**URANTE ese tiempo, en Famagusta, los dos fugitivos empezaban una nueva existencia llena de terror y de remordimientos, aunque también habría en ella audacia, voluptuosidad y despreocupación.

La posada del hombre de Alepo era una especie de *khan*<sup>[1]</sup> para comerciantes de paso, un laberinto de tenderetes, de terrazas y de inseguras barandillas; era vetusta y apenas estaba amueblada, y sin embargo, era la posada más hospitalaria de la ciudad. Desde el balcón de su cuarto, situado en el tercer piso, Gerios y Tanios podían ver las aduanas, los varaderos y los barcos en el muelle, pero no el mar.

Las primeras semanas vivieron con la obsesión de ser reconocidos. Permanecían escondidos de la mañana a la noche, y aprovechando la oscuridad, salían juntos, o Tanios solo, para comprar comida en algún humeante tenderete. El resto del tiempo lo pasaban en el balcón, sentados con las piernas cruzadas, observando la animación de las calles y el trasiego de los mozos de cuerda y de los viajeros, y masticando las oscuras algarrobas chipriotas.

Algunas veces, la mirada de Gerios se enturbiaba y se le saltaban las lágrimas. Pero no hablaba. Ni de su vida fracasada ni del exilio. A lo sumo decía con un suspiro:

—¡Tu madre! Ni siquiera le dije adiós.

O también:

—¡Lamia! ¡Nunca más volveré a verla!

Tanios le rodeaba entonces los hombros con el brazo y le oía decir:

—¡Hijo mío! ¡Si no fuera por verte, ni siquiera querría abrir los ojos!

En cuanto al crimen en sí mismo, ni Gerios ni Tanios hablaban de él. Por supuesto, ambos pensaban en ello constantemente: en ese único disparo, ese rostro ensangrentado, ese caballo enloquecido que huía hacia adelante

arrastrando a su jinete; luego, su propia carrera jadeante hasta el fondo del valle, hasta el mar, y más allá. Ciertamente, revivían todo eso a lo largo de sus largas horas de silencio, pero por una especie de pavor agobiante, no hablaban de ello jamás.

Y tampoco nadie lo había nombrado delante de ellos. Habían huido tan deprisa que no habían oído ninguna voz que gritara: «¡El patriarca ha muerto! ¡Gerios le ha matado!», ni siquiera la campana de la iglesia tocando a muerto. Habían caminado hasta Beirut sin mirar hacia atrás, sin encontrarse con nadie. Allí no había llegado aún la noticia. En el puerto, los soldados egipcios no buscaban a ningún asesino, y en el barco, los viajeros que comentaban los últimos acontecimientos evocaban los combates en las montañas de Siria y en el Éufrates, un atentado contra los partidarios del emir en un pueblo druso y también la actitud de las potencias; pero no decían nada del patriarca. Después, en Chipre, los fugitivos se habían enclaustrado...

Privado del eco de su acto, Gerios llegaba a veces a dudar de su realidad. Un poco como si hubiera dejado caer un cántaro contra el suelo y se hubiera roto, pero sin que él oyera el ruido que hacía al romperse.

Fue principalmente aquel insoportable silencio lo que les empujó a salir.

Gerios comenzaba a tener un extraño comportamiento. Movía los labios, cada vez con mayor frecuencia, en largas y silenciosas conversaciones. Y a veces de ellos se escapaban palabras audibles, pero incoherentes. Entonces se sobresaltaba y, volviéndose hacia Tanios, sonreía con tristeza:

—He hablado en sueños.

Y sin embargo, había tenido los ojos abiertos durante todo ese tiempo.

Temiendo que se sumiera en la locura, el joven decidió arrastrarle fuera de la posada.

—Nadie puede saber quiénes somos. Y de todas maneras estamos en territorio de los otomanos, que están en guerra contra el emir. ¿Por qué tenemos que escondernos?

Al principio fueron paseos breves y circunspectos. No estaban acostumbrados a andar por las calles de una ciudad extranjera, ninguno de ellos había conocido más lugares que Kfaryabda, Sahlaín y Dayrún. Gerios no podía evitar que su mano derecha estuviera constantemente levantada, como si

se dispusiera a tocarse la frente para saludar a la gente con la que se cruzaba, y su mirada escrutaba los rostros de los transeúntes.

Había cambiado de apariencia y resultaba difícil reconocerle a primera vista. A lo largo de las semanas anteriores había dejado de afeitarse la barba y ahora estaba decidido a conservarla; mientras que Tanios se había deshecho de la suya, así como de su gorro pueblerino, y se ceñía la cabeza con un pañuelo de seda blanca, por miedo a que su pelo le traicionara. También se habían comprado unas túnicas de amplias mangas como convenía a unos comerciantes.

No estaban apurados de dinero. En el momento de coger el arma del crimen del cofre del castillo, el intendente había retirado igualmente una bolsa que había guardado allí anteriormente —sus ahorros, ni una piastra de más—. Pensaba dejársela a su mujer y a su hijo, pero en su precipitación, se la había llevado, oculta entre sus ropas. Un honrado peculio, sólo monedas de oro de muchos quilates, que los cambistas de Famagusta acariciaban con arrobo antes de darles por cada una de ellas un buen puñado de monedas nuevas. Para Gerios, diligente y poco inclinado al fasto, allí había suficiente para sobrevivir dos o tres años sin pasar necesidades. El tiempo necesario para ver salir algún sol de liberación.

Sus paseos se hicieron cada día más largos y más confiados, y una mañana tuvieron la audacia de ir a sentarse en un café. Se habían fijado en ese lugar el mismo día de su llegada a la isla; en el interior, los hombres se distraían tan alegremente que los dos fugitivos volvieron a la posada con la cabeza hundida entre los hombros de envidia y de vergüenza.

El café de Famagusta no tenía ningún rótulo, pero se veía de lejos, incluso desde los barcos. El dueño, un griego obeso y jovial llamado Eleftherios, solía estar a la entrada, pavoneándose en una silla de rejilla y con los pies en plena calzada. Detrás de él, su principal herramienta, la brasa, sobre la que humeaban permanentemente cuatro o cinco cafeteras, y de la que también retiraba lo necesario para encender los narguiles. No servía otra cosa, a excepción de agua fresca bebida del botijo. Cualquiera que deseara un refresco de regaliz o de tamarindo tenía que llamar a un vendedor de la calle; el dueño no se ofendía por ello.

Los clientes estaban sentados en taburetes, y los parroquianos tenían derecho a juegos de *tawlé*, en todo iguales a los que había en Kfaryabda y en toda la montaña. A menudo, los clientes jugaban por dinero, pero las monedas pasaban de una mano a otra sin que jamás se pusieran sobre la mesa.

Gerios no había ido nunca al único café de su pueblo, en la Blata, salvo quizá en su adolescencia, en todo caso mucho antes de haber obtenido su cargo en el castillo; y el *tawlé* nunca le había interesado, como tampoco otros juegos de azar. Pero aquel día, Tanios y él se pusieron a seguir la partida que se disputaba en la mesa de al lado con unos ojos tan atentos, que el dueño del café les había llevado un juego idéntico en su caja rectangular de madera oscura llena de grietas. Y habían comenzado a lanzar los dados, a mover ruidosamente las fichas, tac tac, y a proferir reniegos y sarcasmos.

Para su gran asombro, se reían. No habrían podido recordar la última vez que se habían reído.

Al día siguiente volvieron muy temprano para sentarse en la misma mesa; y de nuevo a los dos días. Parecía que Gerios se había curado completamente de su melancolía, mucho antes de lo que Tanios esperaba. Incluso iba a hacer amigos.

Así fue cómo un día, en medio de una partida muy reñida, un hombre se acercó a ellos, disculpándose por abordarlos de esa manera, pero, según explicó, era originario de la montaña, como ellos, y había reconocido su acento. Se llamaba Fahim, y por su rostro, pero sobre todo por la forma de su bigote, tenía cierto parecido con el jeque. Les dijo el nombre de su pueblo, Baruk, en el corazón del país druso, una región conocida por su hostilidad al emir y a sus aliados; pero Gerios, aún sobre aviso, se presentó con un nombre falso y dijo que era comerciante en sedas, de paso en Chipre con su hijo.

—Desgraciadamente, yo no puedo decir lo mismo. No sé cuántos años pasarán antes de que pueda volver a mi tierra. Toda mi familia fue masacrada y nuestra casa incendiada. Yo me escapé de milagro. Nos acusaron de haber tendido una emboscada a los egipcios. Mi familia no había tenido nada que ver, pero tuvimos la desgracia de que nuestra casa estaba a la entrada del pueblo; mataron a mis tres hermanos. ¡Mientras el ogro viva, no volveré a ver la montaña!

—¿El ogro?

—¡Sí, el emir! Es así como le llaman sus opositores, ¿no lo sabíais?

—¿Los opositores, dices?

—Son cientos, cristianos y drusos, desperdigados por todas partes. Han prestado juramento de no tener reposo hasta haberle aniquilado.

Bajó la voz y continuó:

—Incluso entre los allegados del ogro y en el seno de su propia familia. Están en todas partes y actúan en la sombra. Pero uno de estos días oiréis hablar de sus hazañas. Y en ese momento, yo volveré a mi tierra.

—¿Y qué noticias hay de allí? —preguntó Gerios después de un silencio.

—Uno de los consejeros más cercanos al ogro ha sido asesinado, el patriarca... pero seguramente ya estáis al corriente.

—Hemos oído hablar de ese asesinato. Sin duda fue obra de los opositores.

—No, fue el intendente del jeque de Kfaryabda, un tal Gerios. Un hombre respetable, según cuentan, pero el patriarca le había hecho mucho daño. Hasta el presente, se les ha escapado. Se dice que se ha ido a Egipto, y las autoridades de allí le buscan para entregarle. Él también tendrá interés en no poner los pies en la región mientras el ogro esté vivo. Pero hablo demasiado —y el hombre cambió de conversación—. He interrumpido vuestra partida. Continudad, os lo ruego, y yo jugaré contra el ganador. Tened cuidado, soy temible, la última vez que perdí una partida, tenía la edad de este muchacho.

Esas fanfarronadas pueblerinas acabaron de relajar el ambiente, y Tanios, que estaba harto de jugar, cedió de buen grado su sitio al recién llegado.

Fue ese día, mientras Gerios disputaba sus primeras partidas de *tawlé* con Fahim, de quien se convertiría en amigo inseparable, cuando tuvo lugar en la existencia de Tanios el episodio llamado «de las naranjas», al cual las fuentes sólo hacen referencia indirectamente, aunque a mí me parece que fue determinante para la continuación de su itinerario y también, según creo saber, para su enigmática desaparición.

Tanios se separó, pues, de los dos jugadores y volvió al khan para dejar un objeto en su habitación. Al abrir la puerta para volver a salir, vio por la rendija a una mujer de aspecto joven con la cabeza envuelta en un velo, que se

había colocado de forma que le tapara la parte baja del rostro. Sus miradas se cruzaron. El muchacho sonrió cortésmente y los ojos de la desconocida le devolvieron la sonrisa.

Llevaba un cántaro de agua en la mano izquierda y con la derecha se había levantado la falda de su vestido para no pisárselo, a la vez que sostenía con el brazo doblado un cesto lleno de naranjas. Al verla hacer tantos equilibrios en la escalera con esos objetos, Tanios pensó en ayudarla. Sin embargo, tuvo miedo de ver surgir de alguna puerta un marido receloso, y se contentó con seguirla con la mirada.

Él estaba en el tercer piso y ella continuaba subiendo, cuando una naranja se escurrió del cesto, y luego otra, rodando las dos por la escalera. La mujer hizo ademán de querer detenerse, pero era incapaz de agacharse. El muchacho terminó por acudir y recogió las naranjas. La otra le sonrió, pero sin aminorar el paso. Tanios no sabía si se alejaba así porque quería evitar hablar con un desconocido o si estaba invitándole a seguirla. En la duda, la siguió, pero con paso tímido y algo inquieto, hasta el cuarto piso, y luego hasta el quinto, el último.

Ella se detuvo al fin ante una puerta, dejó en el suelo el cántaro y el cesto y sacó una llave de su corpiño. El joven se mantenía a algunos pasos de ella, con las naranjas en las manos, bien a la vista, para que no hubiera ninguna duda sobre sus intenciones. La mujer abrió la puerta, recogió sus cosas y, en el momento de entrar, se volvió hacia él y le sonrió de nuevo.

La puerta se había quedado abierta. Tanios se acercó. La desconocida le señaló con un gesto la cesta que había puesto en el suelo, cerca de un delgado colchón. Y mientras él se dirigía a colocar las frutas en su sitio, ella se apoyó, como si estuviera agotada, contra la puerta, que se cerró. La habitación era muy reducida, sin más abertura que un tragaluz cerca del techo, y estaba casi vacía, ni silla, ni armario, ni adornos.

Siempre silenciosa, la mujer indicó a Tanios, con gestos, que estaba sin aliento, y cogiéndole la mano se la llevó al corazón. Él hizo una mueca seria, como asombrándose de que los latidos fueran tan fuertes, y dejó su mano allí donde ella la había colocado. Ella tampoco la quitó, sino que, por el contrario, la deslizó suavemente con imperceptibles movimientos por debajo de su

vestido. De su piel emanaba una fragancia de árboles frutales, el olor de los paseos de abril en los huertos.

Tanios tuvo entonces el valor de cogerle la mano a su vez y llevársela al corazón. Se sonrojó de su propio descaro y ella comprendió que para él era la primera vez. Entonces se irguió, le liberó la frente del pañuelo que la ceñía y pasó la mano varias veces seguidas por sus cabellos precozmente encanecidos, riéndose sin maldad. Luego, atrajo su cabeza contra su pecho desnudo.

Tanios no sabía nada de los gestos que debía realizar. Estaba convencido de que a cada instante su ignorancia era manifiesta, y no se equivocaba. Pero la mujer de las naranjas no se lo reprochaba. A cada una de sus torpezas, ella respondía con una delicada caricia.

Cuando ambos estuvieron desnudos, la mujer echó el pestillo de la puerta, antes de arrastrar a su visitante hasta su lecho, para guiarle con la punta de los dedos por el tibio camino del placer.

Seguían sin decirse ni una palabra, ninguno de ellos sabía qué lengua hablaba el otro, pero durmieron como un solo cuerpo. La habitación daba al oeste, y por el tragaluz entraba ahora un sol cuadrado en el que flotaban filamentos de polvo. Al despertarse, Tanios olió de nuevo ese perfume de huerto y sintió bajo su mejilla derecha unos latidos de corazón, lentos y apacibles, bajo el mullido seno de mujer.

Los cabellos que el velo ya no ocultaba eran rojizos, como esas tierras ferruginosas de los alrededores de Dayrún, y la piel rosa salpicada de pecas. Sólo los labios y los pezones eran de un color castaño claro.

Bajo la mirada que recorría su cuerpo, la mujer abrió los ojos, se incorporó y miró hacia el tragaluz para adivinar la hora que podría ser. Atrajo entonces hacia ella el cinturón de Tanios y, acompañando su gesto con una sonrisa contrita, dio unos golpecitos en el lugar donde tintineaban las monedas. Presumiendo que las cosas sucedían siempre así, el muchacho comenzó a desenrollar el cinturón, interrogando a su anfitriona con la mirada. Ella le indicó un seis con tres dedos de cada mano y él le dio una moneda de plata de seis piastras.

Cuando se hubo vestido, la mujer le ofreció una naranja. Él hizo ademán de rechazarla, pero ella se la metió en el bolsillo. Luego le acompañó hacia la puerta, detrás de la cual se ocultó un momento cuando él salía, ya que no se había vestido.

De regreso a su habitación, el muchacho se tendió de espaldas y se puso a tirar la naranja al aire y a cogerla de nuevo, pensando en la cosa tan maravillosa que acababa de sucederle. «¿Tenía que exiliarme, que aterrizar sin esperanza en esta ciudad extranjera, en esta posada, que subir hasta el último piso tras los pasos de una desconocida... tenían que lanzarme tan lejos los vaivenes de la vida para tener derecho a ese instante de felicidad? Tan intenso como si fuera la razón de ser de mi aventura. Y su final. Y mi redención».

Los personajes de su vida desfilaban por su mente, y se detuvo largo rato en Asma, asombrándose de haber pensado tan poco en ella desde que se había marchado. ¿No se había cometido el crimen por su causa? ¿No habían huido por su causa? Sin embargo, había desaparecido de sus pensamientos como por una trampa. Por supuesto, sus escarceos infantiles, sus dedos, sus labios que se rozaban y se apartaban como los cuernos de los caracoles, sus encuentros furtivos, sus miradas llenas de promesas, no se parecían en nada a ese placer total que ahora conocía, pero en su tiempo fueron su felicidad. ¿Si le confesara a Gerios que simplemente había dejado de pensar en aquella muchacha por la que había amenazado matarse, aquella muchacha por la que le había convertido en un asesino!

Intentó explicárselo a sí mismo. ¿Qué estaba haciendo Asma la última vez que la vio, cuando forzó la puerta de su habitación? Se estaba arreglando para recibir las felicitaciones por el anuncio de su compromiso con Raad. Sin duda la muchacha estaba obligada a obedecer a su padre. A pesar de todo, ¡cuánta docilidad!

Y luego, cuando vio que Tanios llegaba corriendo hasta su habitación, había gritado. Esto tampoco podía reprochárselo razonablemente. ¿Qué joven habría actuado de otro modo, si se hubiera hecho irrupción en su cuarto mientras se bañaba? Pero no conseguía olvidarse de esa imagen de Asma gritando, seguida del alboroto de los guardias y de Rukoz que acudían a agarrarle para expulsarle fuera. Y es que era la última imagen que conservaba

en su mente de aquella que tanto había amado. En aquel momento, dominado por la rabia y por su orgullo herido, sólo había tenido una idea en la cabeza: recuperar, por cualquier medio, lo que le habían robado traidoramente; ahora, tenía una visión más justa de las cosas; con respecto a Asma, sentía sobre todo amargura. ¡Y pensar que por ella había arruinado su vida y la de los suyos!

¿No debería pedir perdón a Gerios? No, más valía dejarle aún la ilusión de haber cometido un crimen noble y necesario.

## Capítulo 2

---

**G**ERIOS volvió muy tarde aquel día, y a la mañana siguiente, apenas se hubo levantado, volvió a salir. Desde aquel momento, todos los días sucedió lo mismo. Tanios le seguía con la mirada disimulando una sonrisa, como diciendo: «¡En vez de hundirte en la locura, te estás hundiendo en la despreocupación!».

Cercano a cumplir cincuenta años, después de una vida de trabajador incansable y obsequioso, con la conciencia lastrada por un crimen tan grande como una montaña, acorralado, desterrado, proscrito, condenado, el intendente Gerios sólo pensaba cada mañana en correr al café del griego para hacer sonar las fichas, tac tac, con su compañero de evasión.

En el castillo, solía jugar alguna partida de *tawlé* cuando al jeque le faltaba un contrincante y le llamaba; fingía entonces divertirse y se las arreglaba para perder. Pero en Famagusta, ya no era el mismo. Su crimen le había transfigurado. Se divertía en el café y jugaba con toda su alma, y a pesar de las fanfarronadas de su inseparable Fahim, era él quien ganaba la mayoría de las veces. Y si cometía alguna imprudencia, los dados rodaban en su ayuda.

Los dos amigos provocaban más jaleo en el café que todos los demás clientes; a veces se formaba un pequeño grupo en torno a ellos, y el dueño se mostraba encantado de esa animación. Tanios ya no jugaba. Sólo se quedaba como espectador, pero pronto se aburría y se levantaba para ir a dar una vuelta. Entonces Gerios intentaba retenerle:

—¡Tu cara me da suerte!

Pero a pesar de todo se iba.

Sin embargo, una mañana de octubre aceptó sentarse, no para dar suerte a su padre —¿acaso le había dado tanta suerte en su vida?—, sino porque un hombre se dirigía hacia ellos, un hombre de gran estatura, que lucía un pequeño bigote y que iba vestido a la manera de los notables de la montaña. A

juzgar por los rastros de tinta en sus dedos, era un erudito. Dijo llamarse Sallum.

—Os estoy oyendo desde hace un rato y no he podido resistir el deseo de saludar a unos compatriotas. En mi pueblo, pasaba días enteros delante del *tawlé*, jugando partida tras partida. Pero aún me divierte más mirar a los otros, si eso no les molesta.

—¿Hace tiempo que vivís en Chipre? —preguntó Fahim.

—No, llegué anteayer, y ya tengo nostalgia de mi tierra.

—¿Os quedaréis algún tiempo entre nosotros?

—Sólo Dios lo sabe. Lo que tarde en arreglar uno o dos asuntos...

—¿Y cómo está nuestra montaña?

—Mientras Dios no nos abandone, todo terminará por arreglarse.

Fórmula prudente. Demasiado prudente. La conversación no iría más lejos y el juego podía reanudarse. Gerios necesitaba un seis doble y pidió a Tanios que soplara en los dados. Éstos rodaron y ¡seis doble!

—¡Por la barba del ogro! —exclamó Fahim.

El llamado Sallum pareció divertido por la imprecación.

—He oído toda clase de reniegos, pero éste no lo conocía. Ni siquiera sospechaba que los ogros pudieran tener barba.

—¡El que vive en el palacio de Bayt al Din tiene una, y muy larga!

—¡Nuestro emir! —murmuró Sallum escandalizado.

Se levantó al instante con el rostro lívido y se despidió.

—Aparentemente le hemos ofendido —comentó Gerios mirando cómo se alejaba.

—Es culpa mía —reconoció Fahim—. No sé lo que me ha pasado. He hablado como si estuviéramos solos. De ahora en adelante, me esforzaré en contener la lengua.

A lo largo de los siguientes días, Gerios y Fahim se cruzaron con el hombre en el barrio del puerto en varias ocasiones, le saludaron cortésmente y él les devolvió el saludo, pero de lejos y con apenas un esbozo de gesto. Tanios creyó incluso divisarle un día en las escaleras de la posada, hablando con el encargado.

El joven se preocupó más que sus dos compañeros mayores que él. Evidentemente, ese Sallum era un partidario del emir; si descubría su verdadera identidad y la razón de su presencia en Chipre, ya no estarían seguros allí. Pero Fahim le tranquilizó: «Después de todo estamos en territorio otomano, y aunque ese hombre intentara perjudicarnos, no podría. ¡Su emir no tiene tanta influencia! Sallum ha oído de mi boca unas palabras que le han disgustado, por lo tanto, nos evita, eso es todo. Y si tenemos la impresión de verle por todas partes es porque todos los viajeros extranjeros se mueven por las mismas calles».

Gerios se dejó convencer. No deseaba correr de un puerto de exilio a otro. «Sólo me iré de aquí —decía— para ver de nuevo a mi mujer y mi tierra».

Perspectiva que parecía acercarse cada día más. Fahim, por sus contactos con los opositores, traía noticias cada vez más alentadoras. El dominio de los egipcios sobre la montaña se debilitaba y los enemigos del emir iban aumentando su poder. Regiones enteras estaban en estado de insurrección. Además, se decía que el ogro estaba gravemente enfermo. ¡Al fin y al cabo tenía setenta y tres años! «¡Un día, no muy lejano, seremos recibidos en nuestros pueblos como héroes!»

A la espera de esa apoteosis, los dos amigos continuaron tirando los dados en el café de Eleftherios.

Tampoco Tanios se habría sentido feliz si hubiera tenido que partir hacia otro lugar de exilio. Aunque aún estaba preocupado, tenía una poderosa razón para prolongar su estancia en aquella ciudad y en aquel khan: la mujer de las naranjas, a la que ya hay que llamar por su nombre: Tamar. La obra de Nader es, que yo sepa, la única que lo menciona.

En árabe esta palabra quiere decir «fruta»; pero Tamar es también el más prestigioso nombre de las mujeres de Georgia, puesto que fue el de una gran soberana de ese país. Cuando se sabe que aquella muchacha no hablaba ni árabe ni turco, cuando se sabe también que en todo el imperio otomano algunas de las más bellas mujeres eran antiguas esclavas georgianas, la duda ya no es posible.

Hacia esa mujer venal de cabellos color naranja, Tanios sólo había experimentado, al principio, los sentimientos de su cuerpo. A los dieciocho

años, envarado por sus frustraciones pueblerinas, llevando dentro de sí su herida amorosa y también otra herida más antigua, desengañado, amedrentado, había encontrado en los brazos de esa desconocida... casi lo mismo que había encontrado en esa ciudad extranjera, en esa isla tan próxima a su tierra y a la vez tan lejana: un puerto de espera. Espera del amor, espera del regreso, espera de la verdadera vida.

En esa relación, lo que podía parecer sórdido —el dinero— debió de parecerle, por el contrario, tranquilizador, como lo demuestra esta frase de *La sabiduría del arriero*:

«Tanios me dijo: todas las voluptuosidades se pagan, no desdeñes aquellas que dicen su precio».

Escarmentado, no quería ya prometer ni escuchar promesas, y aún menos mirar hacia el futuro. Tomar, dar, partir, y luego olvidar, esto es lo que se había jurado. Sólo fue verdad la primera vez, y aun así... Tomó lo que la desconocida le ofrecía, pagó su deuda, y partió. Pero no supo olvidar.

Tanios ni siquiera quería creer que del placer sensual podía nacer una pasión. Quizá contaba con que las monedas bastarían para apagarla.

Al principio sólo tuvo ese deseo tan trivial de saborear el mismo fruto por segunda vez. La acechó en la escalera, la vio y la siguió a distancia. Ella le sonrió y cuando entró en su habitación dejó la puerta abierta para él. En resumen, el mismo ritual sin las naranjas.

Luego rivalizaron en recordar los gestos con los que se habían amado. Ella se mostró igualmente tierna, igualmente silenciosa, y las palmas de las manos le olían a la bergamota de los jardines resguardados. Entonces Tanios articuló su nombre, señalándose con el dedo; y ella le cogió ese mismo dedo y se lo puso sobre la frente, diciendo: «Tamar». Él repitió el nombre varias veces acariciándole los cabellos.

Después, como si la cosa cayera por su propio peso desde el momento en que se habían hecho las presentaciones, comenzó a hablar. Contó sus temores, sus desgracias, sus proyectos de viajes lejanos, indignándose, exaltándose, tanto más libremente cuanto que Tamar no comprendía ni una palabra. Pero escuchaba sin dar señales de cansancio y reaccionaba, aunque débilmente: cuando él reía, ella sonreía ligeramente; cuando él despotricaba y vociferaba,

ella fruncía un poco el ceño; y cuando él daba puñetazos contra la pared o contra el suelo, ella le cogía las manos con dulzura como para unirse a su rabia. Y a lo largo de su monólogo, le miraba a los ojos y le animaba moviendo la cabeza.

Sin embargo, en el momento de partir, cuando él sacó de su cinturón una moneda de seis piastras, ella la cogió, sin fingir rechazarla, antes de acompañarle, aún desnuda, hasta la puerta.

De regreso a su habitación, Tanios se puso a pensar en las cosas que había dicho. Había palabras, sentimientos, que no pensaba que hubiera en él y que habían surgido en presencia de esa mujer; y también hechos que no creía haber observado. El primer encuentro le había dejado —y no creo que sea injusto decirlo— una impresión de cuerpo apaciguado. De este segundo encuentro había regresado con el alma sosegada.

Él, que creía haber alcanzado el placer total, acababa de descubrir un placer más intenso aún, incluso en el cuerpo. Sin duda, no habría abierto su corazón si su compañera hubiera podido comprenderle; en todo caso, no habría podido hablar, como lo había hecho, del crimen cometido por Gerios, de las razones que le habían inducido a ello, ni de las murmuraciones que rodearon su propio nacimiento. Pero ahora se decía que un día tendría ganas de hablar de todo eso con ella en una lengua que pudiera comprender.

Empezaba a encontrar largo y vacío el tiempo que pasaba sin ella, y cuando se dio cuenta de la necesidad que había nacido en él, se asustó. ¿Era posible que estuviera ya tan encariñado con esa mujer? Después de todo, ella era... —no quería pronunciar la palabra que se imponía en su mente— digamos que ella era lo que él sabía que era.

Empezó entonces a acechar su paso por la escalera, diciéndose que iba a sorprenderla con otros hombres; pero habría llorado sangre y lágrimas si la hubiera visto sonreír a otro como le había sonreído a él y dejar que la siguieran hasta su habitación para que una sucia mano de hombre se pusiera sobre su corazón. Tenía que haber otros, muchos otros —¿cómo imaginarse lo contrario?—, pero Tanios no consiguió verlos jamás. Por otra parte, Tamar no subía las escaleras tan a menudo como él lo había supuesto: ¿tendría otra casa donde llevaba una existencia diferente?

De estos días de angustia y confusión podemos encontrar, quizá, un velado eco en esta página del libro de Nader:

La mujer de tus sueños es la esposa de otro, pero éste la ha expulsado de sus sueños.

La mujer de tus sueños es la esclava de un marinero. Estaba ebrio el día en que la compró en el mercado de Erzurum y, al despertarse, no la reconoció.

La mujer de tus sueños es una fugitiva, como tú lo has sido, y habéis buscado refugio el uno en el otro.

Sus dos visitas a Tamar habían tenido lugar a la hora de la siesta; pero una noche, como no conseguía conciliar el sueño, Tanios tuvo la idea de ir a llamar a su puerta. Tranquilizado por los ronquidos de Gerios, se deslizó fuera de la habitación y subió las escaleras a oscuras, agarrándose a la barandilla.

Dos golpes secos y luego dos más. La puerta se abrió. No había luz en el interior y Tanios no vio la expresión del rostro que le recibía, pero en cuanto hubo pronunciado una palabra sus dedos se encontraron, se reconocieron, y él entró con el corazón tranquilo.

Cuando quiso acariciarla, ella le apartó firmemente con las manos, le atrajo contra su pecho y puso la cabeza en su hombro.

El muchacho abrió los ojos con el alba y Tamar estaba sentada esperándole. Tenía que decirle muchas cosas, o más bien, una cosa, que se esforzó en expresar con gestos, ayudándose con palabras de su lengua sólo para que sus manos hicieran los gestos apropiados. Parecía decir: «Cuando te vayas, yo me iré contigo. Lo más lejos posible. Me embarcaré en el barco que te lleve. ¿Quieres?».

Tanios le prometió que algún día partirían juntos. ¿Fue una respuesta de complacencia? Quizá, pero en el momento en que decía «sí», lo creía con toda su alma de exiliado. Y con la mano sobre la cabeza color naranja, lo juró.

Volvieron a abrazarse, pero él se separó de ella para cogerla por los hombros y contemplarla. Debía de tener la misma edad que él, pero aquélla no era su primera vida. Vio cómo en sus ojos apuntaba la angustia, como si nunca anteriormente se hubiera desnudado así.

Su belleza no era tan perfecta como él creía cuando sólo era la mujer de sus deseos de hombre. Tenía la barbilla demasiado larga y una cicatriz en la

parte baja de la mejilla. Tanios acarició con los dedos esa barbilla alargada y pasó el pulgar por la cicatriz.

Ella derramó dos lágrimas de felicidad, como si el reconocimiento de sus imperfecciones fuera una declaración de ternura, y dijo, esta vez también con gestos más que con palabras:

—Allí, más allá de los mares, tú serás mi hombre y yo tu mujer.

De nuevo Tanios dijo «sí» y luego la cogió del brazo y se puso a caminar lentamente con ella alrededor de la habitación, como en una ceremonia de boda.

Ella se prestó al simulacro con una sonrisa triste, luego se soltó, cogió a su vez al joven de la mano y le condujo hacia un rincón de la estancia. Levantó con las uñas una baldosa y, de ese escondite, desenterró una vieja tabaquera otomana cuya tapa levantó lentamente. Allí había decenas de monedas de oro y de plata, así como pulseras, pendientes... En un pañuelo rematado con un dobladillo, guardaba las dos monedas de seis piastras que Tanios le había dado en sus visitas anteriores. Se las enseñó y luego se las metió en el bolsillo envueltas en su pañuelo. Después cerró la tabaquera y volvió a poner la baldosa en su sitio.

En aquel momento, el joven no reaccionó. Fue solamente al volver a su habitación, donde Gerios seguía roncando, y al pensar de nuevo en esa escena cuando se dio cuenta de la extraordinaria confianza que Tamar acababa de demostrarle. Había puesto su tesoro y su vida en las manos de un desconocido. Estaba seguro de que jamás había actuado así anteriormente con un hombre. Se sentía halagado y enternecido y se prometió no decepcionarla. ¡Él, que había sufrido tanto por haber sido traicionado, no traicionaría jamás!

Sin embargo,

Cuando el barco te esperaba en el puerto, fuiste a buscarla para decirle adiós.

Pero tu amante no quería ese adiós.

## Capítulo 3

---

CUANDO una mañana, a primera hora, llamaron a la puerta de su habitación, Gerios y Tanios se alarmaron, pero pronto reconocieron la voz de Fahim.

—¡Cuando hayáis oído la razón de mi venida, me perdonaréis!

—¡Habla!

—¡El ogro ha reventado!

Gerios se levantó de un salto y agarró a su amigo de las mangas con las dos manos.

—¡Repítelo para que lo oiga bien!

—Ya me has oído, el ogro ha reventado. El monstruo ha dejado de respirar, ha dejado de hacer daño, su larga barba se ha empapado con su sangre. Sucedió hace cinco días y me lo han anunciado esta noche. El sultán había ordenado una ofensiva contra las tropas egipcias, que se vieron obligadas a evacuar la montaña. Cuando los opositores se enteraron, le saltaron al cuello al emir, le masacraron, así como a sus partidarios, y proclamaron una amnistía general. Pero quizá he hecho mal en despertaros por tan poco... Tratad de volver a dormiros en paz, yo ya me voy.

—Espera, siéntate un momento. Si lo que te han contado es verdad, podremos volver a nuestra tierra.

—¡*Yawaj!* ¡*Yawaj!* ¡Calma! Uno no se va así, sin pensarlo. Y además nada nos dice que haya algún barco los próximos días. ¡Estamos en noviembre!

—¡Hace casi un año que estamos en esta isla! —dijo Gerios, súbitamente hastiado e impaciente—. Un año que Lamia está sola.

—Vamos a tomar un café —dijo Fahim—, luego daremos una vuelta por los muelles y ya pensaremos algo.

Aquella mañana, fueron los primeros clientes del griego. Hacía fresco, el sol estaba húmedo y se sentaron dentro, lo más cerca posible de las brasas.

Gerios y Tanios pidieron su café azucarado y Fahim lo tomó amargo. La luz del día inundaba lentamente las calles, y los mozos de cuerda iban llegando, con la espalda encorvada y las cuerdas al hombro. Algunos de ellos se detenían primero en casa de Eleftherios, que les ofrecía el primer café del día, el de antes de la primera paga.

De pronto, entre los transeúntes, apareció una cara conocida.

—Mirad quién está allí —murmuró Tanios.

—Invitémosle —dijo Fahim—. Vamos a divertirnos. ¡*Jweja* Sallum, venid a reuniros con nosotros!

El hombre se acercó, tocándose la frente con la mano.

—¡Tomaréis un café!

—Esta mañana no puedo tragar nada. Disculpadme, tengo que irme.

—Me parece que algo os preocupa.

—Se ve que no estáis al corriente.

—¿Al corriente de qué?

—El emir, nuestro gran emir ha muerto. El país no se levantará de este desastre. Le han matado y han proclamado una amnistía. Pronto veremos a los criminales pavoneándose con toda libertad. El tiempo de la justicia y el orden ha pasado. ¡Será el caos, ya no se respetará nada!

—Una gran desgracia —articuló Fahim, aguantándose para no soltar la carcajada.

—Que Dios se apiade de nosotros —prosiguió Gerios con una voz que súbitamente parecía un canturreo.

—Tenía que partir esta mañana, hay un barco para Latakia. Pero ahora lo estoy dudando...

—Tenéis razón, no hay prisa.

—No, no hay prisa —contestó Sallum pensativo—. Pero el tiempo va a estropearse y sólo Dios sabe cuándo podré embarcarme de nuevo.

El hombre prosiguió su camino con la cabeza baja, mientras Fahim agarraba con fuerza los brazos de sus compañeros.

—¡Contenedme, si no voy a echarme a reír antes de que haya vuelto la espalda!

Se levantó.

—No sé lo que pensáis hacer vosotros, pero yo voy a tomar el barco que sale esta mañana. Después de lo que este hombre acaba de decirme, después de haber visto su cara en el momento en que pronunciaba «amnistía», no lo dudo más. Voy a Latakia, me quedo allí una o dos noches, el tiempo de asegurarme de que las noticias de la montaña son buenas, y luego me voy a mi pueblo por carretera. Creo que deberíais hacer lo mismo. Tengo un amigo allí que tiene una casa en Slanfeh, en las alturas, y que se alegraría de recibirnos a los tres.

Gerios no lo dudó más.

—Vamos contigo.

Ahora tenía en los ojos el rostro de Lamia y el sol de su pueblo. Quizá temiera también pasar el invierno en Famagusta sin su compañero de diversiones. Tanios se sentía más dividido, pero no era a él, con dieciocho años, a quien le correspondía tomar la última decisión.

Convinieron, pues, en encontrarse en el muelle una hora más tarde. Fahim se ocuparía de las plazas en el barco, mientras sus amigos iban a la posada a recoger sus cosas y a pagar al encargado.

Sólo llevaban un hatillo ligero cada uno, y Gerios dividió por la mitad el dinero que le quedaba.

—Si me ahogara... —dijo.

Pero no parecía melancólico. Se pusieron en camino hacia el puerto.

No habían dado veinte pasos cuando Tanios se detuvo, fingiendo haber olvidado algo.

—Tengo que subir un momento a la habitación. Sigue tú, ya te alcanzaré.

Gerios abrió la boca para protestar, pero el muchacho ya había desaparecido. Entonces reanudó su camino sin apresurarse, mirando de cuando en cuando hacia atrás.

Tanios subió los escalones de dos en dos, pasó el tercer piso y se detuvo jadeando en el quinto. Llamó a la puerta. Dos golpes secos y luego dos más. Una puerta se entreabrió en el rellano, pero no fue la de Tamar. Dos ojos desconocidos le observaban, pero él llamó de nuevo. Luego pegó el oído a la madera. Ningún ruido. Miró por el ojo de la cerradura. Ninguna sombra. Fue

bajando escalones, uno tras otro, lentamente, esperando aún cruzarse con su amiga en la escalera, su escalera.

Continuó buscándola con la mirada en el patio del khan, por los tenderetes, entre los parroquianos, en la calle... Tamar había elegido estar ausente aquella mañana.

Tanios seguía de un lado a otro olvidando la hora, cuando desde el puerto llegó a sus oídos el sonido de una sirena. Empezó a correr. El viento le voló el pañuelo con el que se había ceñido su cabeza de viejo prematuro. Lo alcanzó y lo llevó en la mano; más tarde se lo enrollaría —se dijo—, más tarde, en el barco.

Delante de la pasarela, Gerios y Fahim, impacientes, le hacían señas. Sallum también estaba allí, a algunos pasos de ellos; aparentemente se había decidido a partir.

La gente ya se estaba embarcando. Había una muchedumbre de mozos de cuerda llevando, a veces entre dos o tres, pesadas maletas con cercos de hierro. Cuando a Fahim y a Gerios les llegó el turno de subir a bordo, este último señaló a Tanios al aduanero turco enseñándole su nombre en el billete, para que le permitiera seguirlos, ya que les separaban una veintena de pasajeros.

En el momento en que los dos hombres acababan de llegar al puente, una cabalgada interrumpió el embarque y apareció un rico comerciante, corriendo casi y distribuyendo a su alrededor órdenes y reniegos a una nube de servidores. El aduanero pidió a los otros pasajeros que se apartaran.

Intercambió con el recién llegado un largo abrazo y algunos cuchicheos, y juntos pasearon una misma mirada desconfiada y desdeñosa, y también algo divertida, por la muchedumbre que los rodeaba. Sin embargo, no había nada particularmente cómico en la apariencia de esos infelices pasajeros que se preocupaban por adelantado por el mar de noviembre; sólo podía parecer divertida la proximidad de ese comerciante, más voluminoso que la más voluminosa de sus maletas, y del aduanero, un hombrecillo endeble y anguloso, con un inmenso gorro de plumas y unos bigotes que le llegaban hasta las orejas. Pero ninguno de los presentes habría osado reírse de esos dos.

Hubo que esperar a que el comerciante cruzara la pasarela con todo su séquito para que los demás viajeros pudieran poner de nuevo en ella sus modestos pies.

Cuando Tanios se presentó, el aduanero le hizo señas de que siguiera esperando. El muchacho supuso que era a causa de su juventud y dejó pasar a los hombres maduros que estaban detrás de él. Hasta el último. Pero el aduanero siguió impidiéndole el paso.

—¡Te he dicho que esperes y esperarás! ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años.

Detrás de él llegaban unos mozos de cuerda y Tanios se apartó. Desde el barco, Gerios y Fahim le gritaban que se diera prisa, pero él les respondió con un gesto de la mano que no podía hacer nada y les señaló discretamente al aduanero.

De pronto, Tanios vio que levantaban la pasarela. Dio un grito, pero el otomano le dijo tranquilamente:

—Ya tomarás el próximo barco.

Fahim y Gerios gesticulaban a más y mejor, y el joven les señaló con el dedo intentando explicar, en su mal turco, que su padre estaba en el barco, y que no había ninguna razón para que a él le retuvieran en tierra. El aduanero no le respondió, llamó a uno de sus hombres, le dijo algunas palabras al oído y el otro fue a explicar al quejoso muchacho en árabe:

—Su Excelencia dice que si continuas mostrándote insolente, serás apaleado y te meterán en prisión por insultos a un oficial. Por el contrario, si te muestras sumiso, te irás libremente y podrás tomar el próximo barco, y además Su Excelencia te invitará a un café en su despacho.

Su Excelencia confirmó el ofrecimiento con una sonrisa. Tanios no tenía ninguna elección, porque la pasarela había sido ya retirada. Dirigió a Gerios y Fahim, que estaban pasmados, un último gesto como queriendo decir «más tarde», y siguió los pasos del execrable hombrecillo bigotudo como se lo ordenaban.

Por el camino, el hombre se detuvo en varias ocasiones para dar una orden, inspeccionar un bulto o escuchar una petición. De cuando en cuando, Tanios miraba hacia el barco, al que vio alejarse lentamente con las velas

desplegadas. Hizo aún señas con las manos a los viajeros, sin saber ya si todavía le veían.

Cuando por fin llegó al despacho del aduanero, tuvo la explicación que esperaba. No comprendía todo lo que su interlocutor decía, porque, si bien en la escuela del pastor había aprendido turco en los libros, no sabía lo suficiente para mantener una conversación. Sin embargo, pudo comprender lo esencial: que el comerciante que habían visto, uno de los personajes más ricos y más influyentes de la isla, era muy supersticioso y, a sus ojos, hacerse a la mar en compañía de un joven de pelo blanco era tener el naufragio asegurado.

El aduanero se reía a carcajadas y Tanios fue invitado igualmente a tomar el asunto a risa.

—Estúpidas creencias, ¿verdad? —sugirió su anfitrión.

Tanios juzgó poco prudente asentir. Por eso prefirió decir:

—Su Excelencia ha actuado con sabiduría.

—Estúpidas creencias, a pesar de todo —insistió el otro.

Y precisó que, en cambio, él veía en las cabelleras prematuramente blancas el mejor de los presagios. Y acercándose al muchacho le pasó las manos por el pelo, una después de otra, lentamente, con un placer manifiesto. Después le despidió.

Al abandonar los edificios del puerto, Tanios se dirigió a la posada para pedirle al encargado que le diera de nuevo su habitación para algunas noches más. Le contó su contratiempo y el hombre, a su vez, lo encontró divertido.

—¡Espero que tu padre te haya dejado con qué pagarme!

Tanios se dio unos golpecitos en el cinturón con un gesto confiado.

—Entonces —dijo el posadero—, tienes que bendecir al Cielo que te hayan dejado aquí; vas a poder continuar algunas relaciones agradables...

Soltó una risa burlona y Tanios comprendió que sus visitas al último piso no habían pasado desapercibidas. Bajó los ojos, prometiéndose mirar detenidamente a su alrededor la próxima vez que fuera a llamar a la puerta de Tamar.

—Desde luego aquí te divertirás más que en tu montaña —insistió el hombre con la misma risa torcida—. Allí siguen luchando, ¿no? ¡Y vuestro gran emir sigue a merced del pachá de Egipto!

—No —rectificó el joven—, el emir ha sido asesinado y las tropas del pachá han evacuado la montaña.

—¿Qué me estás contando?

—Son las últimas noticias. Nos hemos enterado esta misma mañana, por eso mi padre ha vuelto a nuestra tierra.

Tanios subió a su habitación y se durmió. La noche había sido demasiado corta para él y necesitaba un despertar más sereno.

No abrió los ojos hasta la hora de comer. Desde el balcón, divisó a un vendedor de buñuelos y el olor que despedían le dio hambre. Cogió de su dinero la moneda que necesitaba para no tener que desenrollar su cinturón en la calle, y con ella en la mano salió.

Al pie de la escalera se encontró con el posadero, quien precisamente subía a verle.

—¡Que Dios te maldiga! ¡Por tu culpa he estado a punto de meterme en graves problemas! ¡Qué mal hice en creer en tus habladurías de chiquillo!

Le explicó que unos oficiales turcos amigos suyos habían pasado a verle y que él había creído complacerles al felicitarles por sus victorias sobre los egipcios. Pero ellos se habían enfadado mucho.

—Por poco me detienen. He tenido que jurarles que no me estaba burlando de ellos. Porque la verdad es que, no solamente no han ganado, sino que las tropas otomanas acaban de sufrir nuevos reveses. Y tu emir no está más muerto que tú y que yo.

—Quizá esos oficiales no conozcan las noticias más recientes...

—He hablado con esos oficiales y he hablado también con unos viajeros que acaban de llegar de Beirut. O bien esos hombres son unos mentirosos y unos ignorantes, o bien...

«O bien» —repitió Tanios—, y súbitamente empezó a temblarle todo el cuerpo como si hubiera sufrido de pie un ataque epiléptico.

## Capítulo 4

---

«**F**AHIM —dice la *Crónica montañesa*— era el nombre falso de Mahmud Buras, uno de los más astutos sabuesos del emir. Pertenece al *diwan* de los ojos y de los oídos, dirigido por el *jweja* Sallum Krameh, quien actuaba con su verdadero nombre. La estratagema con la que consiguió llevar de nuevo al país al asesino del patriarca fue una de sus más notables hazañas.

»Este éxito realzó el prestigio del emir ante sus súbditos y también ante los egipcios. A los que pretendían que el poder se le escapaba, que su mano se debilitaba, que la vejez se estaba adueñando de él, les acababa de demostrar que aún podía extender su brazo poderoso fuera, incluso, de su montaña, más allá de los mares.

»A su llegada a Latakia, Gerios fue apresado por militares del ejército de Egipto que le trasladaron a Bayt al Din para ser ahorcado. Se dice que se enfrentó a la traición y a la muerte con una gran resignación.

»Al enterarse de la suerte de su intendente, el jeque Francis tomó inmediatamente el camino de Bayt al Din, a fin de obtener la liberación del jeque Raad, su hijo. Se le dejó esperar durante un día entero entre el vulgo, sin ninguna consideración por su rango ni por su nacimiento. El emir se negó a recibirle, pero le mandó decir que si volvía al día siguiente, podría marcharse con su hijo.

»A la hora indicada, se presentó, pues, a las puertas del palacio; dos soldados fueron entonces a depositar a sus pies el cuerpo inanimado de Raad. Había sido ahorcado al alba de aquel mismo día y su garganta estaba aún tibia.

»Cuando el jeque Francis, llorando, fue a preguntar al *diwan* por qué habían actuado así, le respondieron con estas palabras: “Nuestro emir dijo que, por ese crimen, debía castigar a un padre y a un hijo. ¡Ahora la cuenta está ya saldada!”»

El hombre que pronunció estas palabras no era otro que el *jweja* Sallum, cuyo papel en la captura de Gerios, según el autor de la *Crónica*, era conocido por el jeque, quien parece ser que le dijo:

—Tú que eres su sabueso, ve a decir a tu emir que más le valdría matarme también a mí, si quiere dormir tranquilo.

Y Sallum le respondió con el más sereno de los tonos:

—Ya se lo he dicho, pero ha querido dejarte ir libre. Él es el señor...

—¡No conozco otro señor que Dios!

Se cuenta que al salir del palacio, el jeque entró en una vieja iglesia de los alrededores de Bayt al Din y, arrodillándose delante del altar, pronunció esta plegaria:

—Señor, la vida y sus placeres no tienen ya ningún sentido para mí, pero ¡no permitas que muera sin haberme vengado!

Si Sallum y Fahim eran los agentes del emir, el aduanero turco, el rico comerciante supersticioso y también la mujer de las naranjas fueron, sin duda alguna, los agentes de la Providencia.

Pero, en esos días de angustia, Tanios no pensaba en sí mismo ni en la muerte, que le había dado una cita a la cual él no había acudido. Intentaba aún persuadirse de que no le habían mentado, de que «el ogro» había sido asesinado realmente y la noticia no tardaría en difundirse.

Fahim —se decía— pertenecía, sin duda alguna, a una red secreta de opositores; habían podido informarle de ciertos acontecimientos que la gente corriente no sabría hasta el día siguiente o la semana siguiente.

Entonces fue a merodear por el café de Eleftherios y por los zocos, y por los muelles y las tabernas del puerto, intentando descubrir por la apariencia o el acento a gente de la montaña o del litoral, marineros, comerciantes, viajeros. Nadie pudo tranquilizarle.

Cuando cayó la tarde, subió a su cuarto para pasar la noche en el balcón, viendo cómo se apagaban, hasta la última, las luces de Famagusta y escuchando el retumbar de las olas y de las botas de los militares que patrullaban. Al alba, mientras por las calles corrían las sombras de los primeros transeúntes, se quedó dormido con la frente apoyada en la barandilla, arrullado por los ruidos de la ciudad, hasta que el sol, al llegar a la mitad de su recorrido, le quemó los ojos. Entonces, lleno de agujetas y con el vientre amargo, se levantó para reanudar su búsqueda.

En el momento en que salía de la posada, vio pasar un carruaje enarbolando la bandera inglesa. Casi se tiró sobre él gritando en su lengua:

—*Sir, sir*, necesito hablaros.

El coche se detuvo y el personaje al que transportaba se asomó por la portezuela con una mueca perpleja.

—¿Sois súbdito británico?

El acento con el que Tanios había pronunciado esas palabras podía habérselo hecho creer, pero su apariencia decía otra cosa. En todo caso el hombre parecía dispuesto a escucharle, y el muchacho le preguntó si estaba al corriente de los graves acontecimientos que se habían producido en la montaña.

El personaje le miraba mientras hablaba, y cuando hubo terminado, en lugar de responder, le dijo con voz triunfante:

—Me llamo Hovsepián, soy intérprete del cónsul de Inglaterra. Y tú debes de ser Tanios.

Después de que su interlocutor abriera unos ojos como platos, continuó:

—Hay alguien que te está buscando, Tanios. Ha dado tu descripción en el consulado. Un pastor.

—¡El reverendo Stolton! ¿Dónde está? ¡Me gustaría tanto volverle a ver!

—Desgraciadamente ayer mismo tomó el barco en Limassol.

Efemérides del reverendo Jeremy Stolton, observaciones finales del año 1839:

«Yo había previsto ir a Constantinopla en el mes de noviembre para hablar con lord Ponsonby, nuestro embajador, acerca del cierre provisional

de nuestra escuela, decisión que hube de tomar a causa de la creciente tensión en la montaña, y especialmente en Sahláin...

»Ahora bien, en las semanas anteriores a mi partida, habían llegado a mis oídos rumores de que Tanios y su padre habían encontrado refugio en Chipre. Me pregunté entonces si no debía, en el camino, hacer escala en esa isla.

»Mi duda era grande. Por una parte, como ministro de la Iglesia reformada, no quería demostrar la menor complacencia hacia el asesino de un ministro católico. Pero por otro lado, no podía conformarme con que el más brillante de mis alumnos, el más dotado, el más fiel, y que se había convertido para la señora Stolton y para mí casi en un hijo adoptivo, terminara sus días colgado de una soga sin haber cometido otro crimen que su compasión filial por un padre trastornado.

»Por lo tanto, decidí dar ese rodeo por Chipre con el único objetivo de separar el destino del muchacho del de su padre, ignorando que eso estaba sucediendo en ese mismo momento gracias a la sabia intervención del Todopoderoso, sin necesidad del irrisorio intermediario que yo era.

»Por una especie de ingenuidad que hoy me produce sonrojo, pero que mi gran esperanza excusa, estaba convencido de que al llegar a la isla y después de hacer a la gente las preguntas adecuadas, me encontraría en presencia de mi pupilo al cabo de algunas horas. Éste tenía una característica que le hacía fácilmente identificable —sus cabellos prematuramente blancos— y si no había tenido —me decía yo— la malhadada pero prudente idea de teñírselos, podría conseguir que me llevaran hasta él.

»Las cosas se presentaron más complicadas. La isla es grande —aproximadamente cuarenta veces más extensa que Malta, que yo conocía mejor— y sus puertos son numerosos. Y además, en cuanto comencé a hacer preguntas a mi alrededor, me di cuenta con angustia del peligro que, sin quererlo, estaba haciendo correr a mi protegido. Después de todo, yo no era el único que le buscaba y si me mostraba eficaz en mis investigaciones, facilitaría quizá la tarea de aquellos que querían su perdición.

»Me resigné, pues, al cabo de dos días, a confiar esa delicada misión a un hombre de gran habilidad, el señor Hovsepián, el intérprete armenio de nuestro consulado, antes de proseguir mi viaje.

»Fue justo al día siguiente de mi partida cuando encontraron a Tanios, no en Limassol, donde yo le había buscado, sino en Famagusta. El señor Hovsepián le recomendó que no saliera de la posada donde estaba alojado, prometiéndole que me haría llegar un mensaje de su parte, mensaje que me fue comunicado, efectivamente, tres semanas más tarde, por el secretario de lord Ponsonby...».

Si bien le había permitido establecer ese valioso contacto, el encuentro con el intérprete no había tranquilizado en modo alguno a Tanios con respecto a lo esencial: las noticias procedentes de su tierra. Evidentemente, el emir no estaba muerto, pero era cierto que el descontento se propagaba y que se hablaba de sublevación en la montaña; además, las potencias, principalmente Inglaterra, Austria y Rusia, se consultaban sobre la mejor forma de proteger al sultán de las maquinaciones de su rival de Egipto; ya no se excluía en modo alguno una intervención militar; todos estos acontecimientos se encaminaban sin duda en el sentido que había deseado el desgraciado de Gerios, pero no había tenido lugar ninguna conmoción, nada que pudiera justificar su precipitado regreso.

Tanios pensaba sin cesar en las conversaciones con Fahim, con Sallum, volvía a oír sus palabras, veía de nuevo sus gestos que ahora comprendía de forma diferente. Luego, se imaginaba a Gerios llegando al puerto y descubriendo la verdad, detenido por los soldados, encadenado, apaleado, humillado, conducido al patíbulo, ofreciendo la nuca al verdugo y después balanceándose imperceptiblemente con la brisa del alba.

Cuando esa imagen se formaba en su mente, Tanios se sentía profundamente culpable. Sin sus caprichos y su ceguera, sin sus amenazas de suicidio, el intendente no se habría convertido nunca en asesino. «¿Cómo podré enfrentarme de nuevo con la mirada de mi madre y las murmuraciones de los aldeanos?» Entonces soñaba con partir, lejos, lo más lejos posible.

Pero cambiaba de opinión, pensaba otra vez en Gerios, volvía a ver sus ojos amedrentados el día del asesinato del patriarca y le imaginaba con esos mismos ojos frente a la soga, frente a la traición. Y, como aquel día, murmuraba dirigiéndose a él la palabra «padre».

## Octavo pasaje De rodillas por la gloria

*Entonces me llevé a Tanios aparte, actuando como me lo ordenaba el deber, y le dije: Reflexiona, tú no tienes nada que hacer en esta guerra. Que sean los egipcios los que dominen la montaña o bien los otomanos, que los franceses ganen la partida a los ingleses o que sea a la inversa, nada cambiará para ti.*

*Pero él me respondió solamente: ¡Han matado a mi padre!*

Efemérides del pastor Jeremy Stolton

Año 1840

# Capítulo 1

---

¿POR qué razón el emir había dejado que el jeque herido se fuera en libertad? No podía ser una negligencia, y aún menos un acto de compasión.

—Hay que dejarle llorar sobre los restos mortales de su hijo —había dicho, sin embargo, el viejo monarca.

Y sus largas, demasiado largas pestañas se habían puesto a temblar como las patas de una araña invisible.

De regreso a Kfaryabda, el jeque habló de organizar para Raad las más prestigiosas exequias que la montaña hubiera conocido. Era un pobre consuelo, pero sentía que le debía a su hijo, a su raza, ese último homenaje; y al emir, ese último desafío.

—Ya veréis, afluirán pueblos enteros. Y tanto los más nobles como los más humildes vendrán a expresar su tristeza, su justa cólera y su odio al tirano.

Pero pudieron disuadirle. Los lugareños se consultaron y, llevando como siempre sus inquietudes, el cura subió al castillo.

—¿Nuestro jeque no se ha preguntado por qué le perdonó el emir?

—Es la pregunta que me hago desde que salí de Bayt al Din y no tengo la respuesta.

—¿Y si el tirano quisiera precisamente que nuestro jeque hiciera un llamamiento a todos sus fieles amigos, a todos los opositores, a todos aquellos que quieren que las cosas cambien? Todos esos hombres vendrían a reunirse en Kfaryabda, y entre ellos se deslizarían los agentes del emir. Se enterarían de sus nombres, recordarían sus palabras y, luego, a lo largo de los días siguientes, todos vuestros amigos, uno tras otro, serían reducidos al silencio.

—Quizá tengas razón, *buna*, pero a pesar de todo no puedo enterrar a mi hijo deprisa y corriendo, como a un perro.

—No como a un perro, jeque, simplemente como a un fiel que tiene fe en la Redención y en la justicia del Creador.

—Tus palabras me reconfortan. Hablas según la religión y también según la prudencia. Y sin embargo, ¡qué victoria para el emir si puede impedirnos, incluso, compartir nuestro duelo con aquellos que nos aman!

—No, jeque, eso no puede hacerlo, por muy emir que sea. Podemos enviar unos hombres por todos los pueblos para pedirles que recen al mismo tiempo que nosotros, pero sin que se desplacen hasta aquí. Así, todos podrán demostrarnos su simpatía sin dar pie al emir.

Sin embargo, el día de las exequias, cuando sólo la gente del pueblo tenía que reunirse, se vio llegar a Said beyk. «El señor de Sahlaín acababa de sufrir una caída —precisa la *Crónica*—, pero había querido desplazarse, apoyado en el brazo de su hijo mayor, Kahtane beyk».

—El jeque Francis ha pedido a sus numerosos amigos que no vinieran en esta circunstancia para evitarles molestias, así es su nobleza y su honor. ¡Mi honor me dictaba venir, a pesar de todo!

«Estas palabras le costarían la vida —observa el autor de la *Crónica*—, y a nuestro pueblo, nuevos sufrimientos».

Los dos ancianos jefes estaban de pie, hombro con hombro, juntos por última vez. Sobre la tumba de Raad, *buna* Butros salmodió una larga oración en la cual deslizó una frase para Gerios, a fin de que su crimen fuera perdonado en el Cielo. El cadáver del intendente no se había recuperado; que yo sepa, nunca recibió verdadera sepultura.

No habían transcurrido dos semanas cuando un importante destacamento de tropas egipcias y de soldados del emir sitió Kfaryabda al amanecer y por todos los lados a la vez, como si de una fortaleza enemiga se tratara. Los militares se desperdigaron por la Blata, por las calles adyacentes y por los caminos de acceso al castillo, alrededor del cual levantaron sus tiendas. Era Adel efendi quien estaba a la cabeza, pero tenía a su lado al *jweja* Sallum, con un mandato del emir.

Los dos hombres pidieron ver al jeque, quien inmediatamente se encerró en sus aposentos y ordenó que les dijeran que si hubieran tenido algo de respeto por su luto, no habrían ido a importunarle antes del cuadragésimo día. Pero forzaron su puerta y le obligaron a escuchar un mensaje del «tirano». Éste le recordaba que el patriarca había ido a pedirle que proporcionara hombres

para el ejército, y quería saber si estaba dispuesto a hacerlo. El jeque les respondió de la misma manera:

—Venidme a ver después del cuadragésimo día y hablaré con vosotros.

Pero ellos habían ido para provocar y para cumplir una misión. Y mientras Sallum aparentaba parlamentar en el castillo, sus hombres iban de casa en casa llamando a los habitantes para que se reunieran en la Blata a escuchar una proclama.

La gente del pueblo comenzó a acercarse, desconfiada pero curiosa, y poco a poco llenaron la plaza, desde el patio de la escuela parroquial hasta los soportales del café. Unos chiquillos inconscientes metieron incluso las manos en el agua helada de la fuente antes de ser apartados de una bofetada por sus padres.

Arriba, en los aposentos del jeque, Adel efendi estaba de pie cerca de la puerta, silencioso, con los brazos cruzados, mientras Sallum se dedicaba a hostigar a su anfitrión, a su presa.

—Los hombres de Kfaryabda tienen fama por su valentía, y el emir ha pensado una misión para ellos cuando estén en el ejército.

Quizá deseaba que le preguntaran de qué misión se trataba, pero el jeque le dejó proseguir.

—La gente de Sahlaín se muestra cada vez más arrogante. Ayer mismo, tendieron una emboscada a una patrulla de nuestros aliados e hirieron a tres hombres. Ya es hora de infligirles un castigo ejemplar.

—¿Y queréis conducir a mis hombres contra los hombres de Said beyk?

—¿Nosotros conducir a vuestros hombres, jeque Francis? ¡Jamás! En Kfaryabda hay tradiciones. Sois vos quien irá a la cabeza, y nadie más. ¿No sois vos quien les lleva siempre al combate?

El jefe de los espías parecía deleitarse en su papel, hurgando lentamente con la pica en la carne del animal herido. El jeque miró hacia la puerta de su habitación. Una decena de militares esperaba con el arma preparada. Se volvió hacia su verdugo y dio un suspiro de desprecio.

—Ve a decir a tu señor que entre la familia de Said beyk y la mía jamás se ha derramado sangre, y que mientras yo viva seguirá siendo así. Por el contrario, entre tu emir y yo está ahora la sangre de mi hijo inocente, que será

redimida como debe serlo. Hoy, tu señor cree que se pavonea en la cúspide de su poder, pero las montañas más altas dan sobre los valles más profundos. Ahora, si tanto al uno como al otro os queda una onza de dignidad, ¡salid de mi habitación y abandonad mi castillo!

—Este castillo ya no es tuyo —dijo entonces Sallum mirando al suelo—. Tengo orden de requisarlo.

Adel efendi abrió el batiente de la puerta para dejar pasar a sus hombres que se estaban impacientando.

Minutos después, el jeque Francis, con los ojos vendados y las manos atadas detrás de la espalda, bajaba los escalones del castillo hacia la fuente, entre dos soldados que le sujetaban por los brazos. Tenía la cabeza descubierta, dejando ver sus cabellos de plata erizados en torno a una ligera calvicie, pero aún llevaba su chaleco verde manzana con bordados dorados, último vestigio de su autoridad.

La población de Kfaryabda estaba allí, silenciosa e inmóvil, respirando al ritmo del paso del anciano y sobresaltándose cada vez que su pie se escurría en un peldaño y le tenían que sostener.

Luego, Sallum hizo señas a los soldados para que no avanzaran más y sentaran al jeque en el suelo. Adel efendi y él se colocaron justo delante de su prisionero, de tal manera que la gente no le pudiera ver.

El consejero del emir pronunció entonces este discurso:

«Habitantes de Kfaryabda,

»Ni este jeque ni su ascendencia ni su descendencia han tenido jamás la menor consideración con vosotros, con el honor de las mujeres ni con los derechos de los aparceros. Con el pretexto de recaudar el impuesto, se han apropiado indebidamente de grandes sumas que servían para mantener en este castillo su vida fastuosa y disoluta.

»Pero este individuo que veis en el suelo detrás de mí hizo algo peor. Se alió con la herejía, fue el culpable de la muerte de un venerable patriarca y atrajo sobre este pueblo y sus habitantes la ira del Cielo y de las autoridades.

»He venido para anunciaros que la era del feudalismo ha terminado. Sí, ya ha pasado el tiempo en que un hombre orgulloso se arrogaba unos derechos abusivos sobre las mujeres y las jóvenes.

»Este pueblo ya no pertenece al jeque, pertenece a sus habitantes. A partir de este momento, todas las propiedades del señor feudal son confiscadas en vuestro provecho y serán confiadas a la vigilancia del *jweja* Rukoz aquí presente, a fin de que atienda a su gestión con diligencia por el bien de todos».

El antiguo intendente estaba allí desde hacía un rato, a caballo, rodeado de sus guardias, un poco apartado de la muchedumbre. Los rostros se volvieron un momento hacia él. Se pasó la mano por la próspera barba y esbozó una ligera sonrisa, mientras Sallum concluía:

«Hoy, por la voluntad del Altísimo, por la sabia benevolencia de nuestro amado emir y con el apoyo de nuestros victoriosos aliados, se ha pasado una página en la historia de esta región. El execrable señor feudal está en el suelo y el pueblo está lleno de júbilo».

La muchedumbre había permanecido silenciosa durante todo el discurso, tan silenciosa como el jeque. Un hombre, sólo uno, había dejado escapar un grito de alegría, para lamentarlo inmediatamente: Nader. Parece ser que había llegado a la plaza hacia el final del discurso de Sallum y, acordándose quizá de «su» Revolución Francesa, había gritado simplemente: «¡Abolición de los privilegios!».

Cien miradas ardientes se volvieron hacia él y, a pesar de la presencia de Adel efendi con sus soldados, de Rukoz con sus guardias y del consejero del emir, el arriero se amedrentó. Ese mismo día abandonó Kfaryabda, prometiéndose no volver a poner allí los pies.

Con esa excepción, no se vio en ninguna parte entre la gente ni rastro de esa felicidad que se suponía debía acompañar a esa proclama de liberación. Por los rostros de los hombres y de las mujeres corrían lágrimas que no eran

de alegría. Los militares egipcios se miraban sin comprender y Sallum recorría con ojos amenazadores los rostros de todos esos ingratos.

Cuando obligaron al jeque a levantarse y le arrastraron lejos, se oyeron llantos, oraciones y gemidos, como en el entierro de un ser querido. Entre las mujeres que se lamentaban, había más de una que el jeque había poseído y luego abandonado, y otras que habían tenido que obrar con astucia para sustraerse a sus insinuaciones. Pero todas lloraban. Lamia más que ninguna. Se hallaba cerca de la iglesia, vestida de negro y aún bella y esbelta a pesar de los estragos de las penas.

Y súbitamente, la campana de la iglesia comenzó a tocar a muerto. Una campanada. Un silencio. Otra campanada más sonora que se propagó como un trueno. Las montañas vecinas devolvieron el eco que aún zumbaba en todos los oídos cuando resonó la tercera. Eran los brazos inquebrantables de la *juriyyé* los que sujetaban la cuerda, tiraban de ella, la soltaban, la retenían y tiraban de nuevo.

Los soldados tuvieron un momento de desconcierto, pero reanudaron su marcha. En medio de ellos, el jeque se había erguido todo lo posible.

No es así cómo me habría gustado presentar la gran revolución social que se produjo en mi pueblo en aquel tiempo. Sin embargo, es así como me la revelan mis fuentes y es así como permaneció en la memoria de los ancianos.

Quizá hubiera debido disfrazar un poco los acontecimientos, como otros lo hicieron antes que yo. Sin duda, habría ganado en respetabilidad, pero la continuación de mi historia se habría hecho incomprensible.

## Capítulo 2

---

AL día siguiente de esa ceremonia, Rukoz abandonó su suntuosa propiedad como un traje que se ha quedado estrecho y se ha vuelto indigno, para fijar su domicilio en el castillo, con su hija, sus guardias, sus miedos y sus mezquindades. Llevó igualmente un retrato suyo que había ejecutado un artista veneciano que estaba de paso y se apresuró a colgarlo en la Sala de los Pilares reemplazando a la tabla que describía la genealogía del desposeído jeque. Un retrato con mucho parecido, según dijeron, excepto que no tenía picaduras de viruela en el rostro.

Asma fue instalada en la habitación que antaño ocupaba la esposa del jeque y parece ser que rara vez salía de allí. En cuanto al ala en la que vivía el intendente del castillo y que Rukoz había ocupado años atrás, permaneció vacía. Lamia seguía viviendo en casa de su hermana, la *juriyyé*. Apenas se la veía. A lo sumo acudía a la iglesia los domingos, pasando por la sacristía. Una silueta negra y delgada que los fieles contemplaban con dulzura, pero que no parecía mirar ya nada ni a nadie.

—¿Nunca sentía remordimientos? —pregunté un día al anciano Gebrayel.

Entornó los ojos, como si no hubiera captado el sentido de mi pregunta.

—Tú y todos los ancianos del pueblo me habéis dado a entender que, una tarde de septiembre, había cedido a la tentación en la habitación del jeque, y que su culpa había atraído sobre el pueblo una sucesión de desgracias. Sin embargo, cada vez que evocáis a la madre de Tanios no es más que inocencia, y belleza, y gracia, y una «cordera confiada»; nunca la juzgáis culpable y ni una sola vez habláis de sus remordimientos.

Gebrayel pareció complacido de mi cólera, como si fuera un privilegio incitarle a defender el honor de aquella dama. Estábamos sentados en el salón de su vieja casa de piedra arenisca. Me cogió de la mano para llevarme fuera, a una terraza en medio de la cual sobrevivía una morera de tiempos lejanos.

—Recorre nuestra montaña con los ojos. Sus suaves pendientes, sus valles secretos, sus grutas, sus peñascos, su brisa perfumada y los colores cambiantes de su vestido. Bella como una mujer. Bella como Lamia. Y también ella lleva su belleza como una cruz.

»Codiciada, violentada, atropellada, a menudo seducida, algunas veces amada y enamorada. ¿Qué significan el adulterio, la virtud y la bastardía en relación con los siglos? Sólo son las artimañas de la creación.

»¿Habrías preferido que Lamia permaneciera oculta? Bajo el gobierno de Rukoz vivió así. Y nuestro pueblo era entonces como un ciclamen invertido, con su flor enterrada y, vueltos hacia el cielo, los pelos enlodados de su tubérculo».

«Tubérculo peludo» era la menos desagradable, la menos feroz de las comparaciones que les venían a la mente a los ancianos de mi pueblo en cuanto se mencionaba el nombre de Rukoz. Sin duda, esa aversión no era innecesaria. Sin embargo, algunas veces me ha parecido excesiva. Había algo sórdido en ese hombre, ciertamente, pero también algo patético; la ambición era para él lo que el juego o la avaricia son para otros, un vicio por el que sufría, aunque no podía evitar entregarse a él. ¿Diríamos que su falta, el día que traicionó a Tanios, equivale a la de un jugador que derrocha una suma sustraída a un ser querido? Yo no iría tan lejos; sin embargo, me parece que cuando rodeaba al muchacho de atenciones, no era solamente por frío cálculo, sino porque tenía un deseo rabioso de sentir que Tanios le quería y le admiraba.

Si menciono este rasgo de su carácter no es por disculparle —ya no lo necesita allí donde se encuentra—, sino porque con los aldeanos a los que administraba iba a comportarse de la misma manera.

Ciertamente, gracias a sus tejemanejes, compromisos y sobornos había obtenido que le fuera confiado el feudo de su desposeído rival. Pero no podía saborear esa revancha, esperada y preparada desde hacía tantos años, a causa de esa gente que había llorado ante el espectáculo de su señor humillado. Aquel día, el padre de Asma mantuvo el gesto altivo, pero se sentía herido. Se había prometido que pondría todos los medios a su alcance para ganarse el afecto de aquella muchedumbre antes de que pasara mucho tiempo.

Empezó por abolir el besamanos, símbolo de la arrogancia feudal. Luego, mandó decir a los campesinos que, hasta finales de año, no les reclamaría ni una piastra «para darles tiempo a recuperarse después de las dificultades de las últimas temporadas»; si hubiera que pagar algún impuesto, lo haría con su propio dinero.

Decidió igualmente reparar el campanario de la iglesia, que amenazaba con derrumbarse, y limpiar el estanque de la fuente. Además, tomó la costumbre de distribuir monedas a su alrededor cada vez que cruzaba el pueblo, con la esperanza de que todo el mundo se alegrara de su paso y le aclamara. Pero fue inútil. La gente se agachaba para recoger la moneda y se levantaba volviéndole la espalda.

El primer domingo después de su llegada, Rukoz acudió a la iglesia pensando que tenía derecho a ocupar el asiento cubierto con un tapiz que, hasta entonces, había estado reservado para el jeque; pero el asiento había desaparecido, escamoteado por los buenos oficios del cura, quien, ese día, había elegido como tema para su sermón estas palabras del Evangelio: «Es más difícil que un rico entre en el reino de los Cielos que un camello pase por el ojo de la aguja».

Lo cual, en ese pueblo en el que la atribución de un mote equivalía a un segundo bautismo, tuvo un efecto inmediato... pero no el que yo me esperaba. Rukoz no fue apodado «el camello» —sentían demasiado afecto por esos animales, demasiada estima por su fidelidad, su resistencia, su temperamento, así como por su utilidad—, sino que apodaron al castillo «la aguja», como ya lo he mencionado.

No fue aquélla sino la primera piedra de un verdadero desprendimiento de vehementes anécdotas, a menudo crueles.

Como ejemplo, la siguiente, que Gebrayel se complace todavía en relatar:

«Un aldeano acude ante Rukoz y le suplica que le preste por un día el retrato que le representa. El antiguo intendente se siente tanto más halagado cuanto que el visitante le explica que con ese retrato hará fortuna rápidamente.

»—¿De qué manera?

»—Voy a colgarlo en la pared y los habitantes del pueblo desfilarán ante él y me pagarán.

»—¿Te pagarán?

»—Tres piastras por un insulto y seis por un salivazo».

Exasperado por todo lo que se ingeniaban en inventar contra él, Rukoz terminó por reaccionar de una manera tan chusca que, ciertamente, le perjudicó más que todas las burlas de sus detractores. En efecto, se dejó persuadir de que esas anécdotas no nacían espontáneamente, sino que unos conjurados se reunían en una casa cada noche para inventar la que sería propagada al día siguiente, y que entre ellos había un agente inglés disfrazado. El *jweja* pidió a sus hombres que se desperdigaran por el pueblo para descubrir, costara lo que costara, «el taller de las anécdotas».

Yo habría jurado que este relato sólo era una de las numerosas historietas imaginadas por sus enemigos y, desde luego, no la más verosímil, si Nader, poco sospechoso de hostilidad hacia Rukoz, no hubiera mencionado él mismo el asunto como un hecho indiscutible.

«Por su complacencia, habían hecho del jeque un tirano caprichoso; por su malevolencia, volvieron loco a aquel que le había sucedido.

»Él sólo pedía agradecerles y hacerse perdonar, y habría distribuido toda su fortuna por oír de sus labios una palabra de agradecimiento.

»Terminó embriagándose todas las noches, en busca del taller de las anécdotas, y las risas de Kfaryabda estallaban en todas sus casas sin luz.

»Yo me fui del pueblo para no reírme de sus risas, pero un día lloraré por sus llantos».

Verdad es que siempre hubo algo desconcertante en el comportamiento de los hombres y mujeres de mi pueblo con respecto a sus gobernantes. En algunos, se reconocen; en otros, no. Hablar de jefe legítimo y de usurpador sólo serviría para desviar el problema. No es el tiempo lo que garantiza a sus ojos la legitimidad y no es la novedad en sí misma lo que rechazan. Con

respecto al jeque, existía en ellos el sentimiento de que les pertenecía, y que se comportaba con arreglo a los deseos, los temores y las iras de sus súbditos, sin perjuicio de que ellos tuvieran que soportar los suyos. Mientras que su rival obedecía a los pachás, a los oficiales, al emir... Rukoz habría podido darles toda su fortuna. Ellos la habrían cogido con la punta de los dedos y con esos mismos dedos habrían hecho a su intención un gesto infamante.

Por otra parte, el antiguo intendente iba a confirmar sus peores recelos. ¿No había sido elevado por sus señores para que les sirviera más dócilmente que lo hiciera el jeque?

Después de tres cortas semanas de respiro, los socios comanditarios fueron a verle, por así decirlo, con las letras que debía pagar.

El jeque no había querido ir contra Sahlaín; Rukoz había prometido hacerlo y Adel efendi fue a exigirle que cumpliera su promesa. El nuevo señor de Kfaryabda no había perdido aún la esperanza de seducir a sus administrados y sabía que si les pedía que lucharan contra el pueblo vecino, se desacreditaría para siempre. Por eso, entre el oficial y él se produjo este desagradable diálogo:

—Acabo de encargarme de esta región, esperad a que mi poder se haya consolidado —había suplicado Rukoz.

—¡Tu poder somos nosotros!

—En los pueblos de la montaña, cuando comienzan los ajustes de cuentas, continúan de generación en generación, y ya nada puede detenerlos...

El oficial le interrumpió entonces con estas palabras, consignadas con exactitud por la pluma virtuosa del monje Elías:

—¡Cuando voy a ver al encargado de un lupanar no es para oírle disertar sobre las excelencias de la virginidad!

Luego, añadió:

—Mañana, al alba, estaré aquí con mis hombres. Ni siquiera tomaremos café en tu casa. Estarás fuera, con los aldeanos que hayas podido reclutar. Los contaremos y luego decidiremos tu suerte.

La *Crónica* relata entonces lo que sigue:

«Al alba de aquel día maldito entre todos, Adel efendi llegó al pueblo con cuarenta jinetes y tres veces más soldados de infantería. Subieron hasta el castillo, donde Rukoz les esperaba en el patio. Estaba rodeado de los hombres de su guardia, treinta jinetes armados con fusiles nuevos.

»El oficial dijo:

»—A éstos los conozco, pero ¿dónde están los otros?

»Entonces Rukoz señaló a diez hombres (a continuación se citan los nombres de seis de ellos...) que había conseguido reclutar por dinero.

»—¿Ésta es la leva que puede hacer este pueblo famoso por su valentía?

»Y juró tomar medidas en cuanto hubiera terminado con la gente de Sahlaín. Luego, ordenó a sus soldados que avanzaran a través del bosque de pinos, seguidos por los hombres de Rukoz.

»Al llegar a ese pueblo, desarmaron fácilmente a los guardias de Said beyk y mataron a ocho; luego, entraron en su palacio e hicieron hablar a sus espadas. El señor de Sahlaín fue golpeado con fuerza en la cabeza y murió tres días más tarde. Su hijo mayor fue apaleado y dado por muerto, pero se restableció como veremos más adelante. Saquearon el pueblo, asesinaron a los hombres que encontraron y humillaron a las mujeres. Se contaron veintiséis muertos, entre ellos el beyk, un hombre de bien, amado por los cristianos tanto como por los drusos. Que Dios acoja su alma y malditos sean para siempre los que provocaron esa división».

Se dice que, en el camino de regreso, Rukoz volvió a hablar de sus escrúpulos con el oficial:

—Lo que acabamos de hacer va a sembrar disturbios en la montaña durante cien años.

Y el otro respondió:

—Vosotros los de aquí sólo sois dos razas de escorpiones, y si os picáis unos a otros hasta el último, el mundo saldrá ganando.

Luego, añadió:

—Si no hubiera sido por esta endemoniada montaña que se cruzó en nuestro camino, nuestro pachá sería hoy sultán de Estambul.

—Ese día llegará, si Dios lo quiere.

Según todas las apariencias, Dios no lo quería, o ya no lo quería. El oficial era consciente de ello, y su tono desengañado inquietó a Rukoz en gran manera. El padre de Asma estaba dispuesto a servir al ejército de ocupación, a condición de que saliera victorioso. Si mañana los egipcios evacuaban la montaña, a Adel efendi le nombrarían gobernador de Gaza, o de Asuán, pero ¿qué sería de él, de Rukoz? En ese momento se dio cuenta de que se había comprometido demasiado, sobre todo con esa expedición a Sahlaín; jamás se lo perdonarían.

No obstante, por el momento había que preservar sus buenas relaciones con sus protectores.

—Esta noche, Adel efendi, voy a dar una fiesta en el castillo para celebrar la victoria y recompensar a todos vuestros hombres que han luchado tan valientemente...

—¡Para que mis soldados se embriaguen y se dejen masacrar!

—¡Dios no lo quiera! ¿Quién osaría atacarles?

—Si le sirves una gota de arac a uno solo de mis hombres, te haré colgar por traidor.

—¡Efendi, creía que éramos amigos!

—Ya no tengo tiempo de tener amigos. Por otra parte, nunca hemos tenido amigos en esta montaña. Ni los hombres, ni los animales, ni los árboles, ni los peñascos. Todo es hostil, todo nos acecha. ¡Y ahora, escúchame bien, Rukoz! Soy un oficial y sólo conozco dos palabras, la obediencia o la muerte. ¿Cuál de las dos escoges?

—Ordena y te obedeceré.

—Esta noche, los hombres descansarán en sus tiendas, en las afueras del pueblo; y mañana, desarmaremos a toda la población, casa tras casa.

—Esa gente no quiere haceros daño.

—Son escorpiones, te digo, y no me sentiré tranquilo hasta que no tengan ni aguijón ni veneno. Confiscarás un arma en cada casa.

—¿Y las que no tengan ninguna?

—Nuestro pachá ha dicho que en esta montaña cada casa posee un arma de fuego, ¿crees que ha mentido?

—No, seguramente ha dicho la verdad.

Al día siguiente, desde el alba, los hombres de Rukoz, vigilados de cerca por los soldados de Adel efendi, comenzaron a indagar por las casas del pueblo. La primera fue la de Rufayel, el barbero, situada en las cercanías de la Blata.

Cuando llamaron a su puerta y le pidieron que entregara las armas, pareció encontrarlo divertido:

—No tengo otras armas que mis navajas de afeitarse, voy a traer una.

Los hombres de Rukoz querían entrar en la casa para hacer un registro, pero su señor, que se encontraba cerca de allí con el oficial egipcio, llamó a Rufayel para hablar con él. A su alrededor, la gente se asomaba a las ventanas o a los tejados, aguzando ojos y oídos. Rukoz dijo en voz alta:

—Rufayel, sé que tienes un fusil, ve a buscarlo, si no, te arrepentirás.

El barbero respondió:

—Te juro por la tierra que cubre el ataúd de mi madre que no hay armas en esta casa. Tus hombres pueden registrarla.

—Si empiezan a registrarla, no dejarán piedra sobre piedra, ni en tu casa ni en tu tienda. Registrarán incluso bajo las plantas de tu jardín y bajo las plumas de tu gallo. Y también bajo el vestido de tu mujer. ¿Me has comprendido o prefieres ver todo eso con tus propios ojos?

Ahora el hombre tenía miedo.

—¿Crees que te dejaría hacer todo eso por conservar un fusil, cuando ni siquiera sabría usarlo? No tengo ningún arma, lo he jurado por la tumba de mi madre, ¿por qué otra cosa debería jurar para que me crean?

—Nuestro señor el pachá de Egipto ha dicho que en cada casa de la montaña hay un arma. ¿Crees que ha mentido?

—¡Dios me guarde! Si él lo ha dicho, seguramente será verdad.

—Entonces, escúchame. Vamos a continuar nuestra ronda y volveremos a pasar por tu casa dentro de un cuarto de hora, esto te dará tiempo para reflexionar.

El hombre no comprendía nada. Entonces Rukoz le dijo en alto para que todo el vecindario pudiera aprovechar el consejo:

—Si no tienes un arma, cómprala y entrégala, te dejaremos tranquilo.

A su alrededor, la gente reía con sarcasmo, los hombres por lo bajo y las mujeres con un tono más osado, pero Rukoz se contentó con sonreír. En él, «el nervio de la decencia se había roto», como dicen en el pueblo. Uno de sus esbirros se acercó al barbero y le propuso venderle su arma. Doscientas piastras.

—Entonces dámela sin municiones —dijo Rufayel—. ¡Así me evitarás la tentación de disparar contra alguien!

El barbero entró en su casa y volvió con la suma exigida que entregó en un montón. El vendedor le dio el fusil el tiempo necesario para contar las monedas. Luego movió la cabeza, cogió de nuevo el arma y proclamó:

—Está bien, hemos requisado un arma en esta casa.

El desarme del pueblo resultó tan lucrativo que en los siguientes días se procedió a una recogida semejante en los pueblos vecinos, y también en Dayrún, entre los comerciantes más ricos.

No obstante, algunos hombres no quisieron entregar sus armas ni su dinero. Se les llamó *frariyyé* «insumisos», y ese día, cuando se enteraron de que los registros habían comenzado por el lado de la Blata, se internaron en la espesura de las colinas boscosas con fusiles, sables y comida, y sólo quedaron en las casas las mujeres, los muchachos menores de nueve años y los inválidos. Se les llamó *yom-el-frariyyé*.

¿Cuántos fueron? Sólo de Kfaryabda más de sesenta, y otro tanto de los caseríos vecinos. Pronto se encontraron con los que habían huido ya de Sahlaín, algunos desde hacía mucho tiempo; otros más llegaron de Dayrún y de sus dependencias a lo largo de los días siguientes, y convinieron ayudarse entre ellos, pero que cada uno siguiera a sus propios jefes.

Durante el mismo periodo, se había producido un fenómeno parecido en diversos rincones de la montaña. No todos los insurrectos habían partido en las mismas circunstancias, pero las razones eran comparables: la presencia de las tropas egipcias les resultaba muy dura a causa de los impuestos, del reclutamiento forzoso y del desarme de la población.

Inmediatamente, agentes ingleses y otomanos establecieron contacto con los insurrectos —el hecho está demostrado— y les proporcionaron armas, municiones, dinero y, también, estímulo, con el fin de hacer la vida difícil a las tropas del pachá y al emir, su aliado. Les aseguraron que las potencias no les dejarían solos mucho tiempo frente a los egipcios.

De cuando en cuando, corrían rumores sobre la inminente llegada de una flota inglesa. Y los insurrectos de la montaña, henchidos de esperanza, con la mano en la frente a modo de visera, escrutaban el mar.

## Capítulo 3

---

HACÍA meses que Tanios no había recibido ninguna noticia del pueblo, de sus carceleros ni de sus insumisos. Pero los sobresaltos del Levante no tardarían en ser el tema de todas las conversaciones en Londres, en París y en Viena, así como en El Cairo o en Estambul. Y también, por supuesto, en Famagusta, en la posada, en las callejuelas de los comerciantes y en el café del griego. El combate decisivo parecía ya entablado y, como había previsto lord Ponsonby, se desarrollaba en la montaña, así como en el litoral dominado por ella, entre Biblos y Tiro.

Las potencias europeas habían decidido finalmente enviar sus cañoneros y sus tropas para poner fin a las ambiciones del virrey de Egipto, cuyos soldados estaban hostigados continuamente por cientos de bandas de insumisos.

El joven sabía de qué lado se inclinaba su corazón. Algunos días, le invadía el deseo de cruzar ese brazo de mar y conseguir un arma para disparar con los insurrectos. ¿Contra los egipcios? En su mente, era en realidad contra el emir. Contra aquel cuyos agentes habían engañado a Gerios para conducirlo al suplicio. Le habría gustado ver a Fahim y a Sallum encañonados por su fusil. Sí, soñaba con esto y apretaba los puños. Se dibujaba entonces en su mente la imagen de Gerios ahorcado. El sueño se transformaba en pesadilla aun cuando estuviera despierto, y la rabia se transformaba en asco; y de un instante al otro, perdía su deseo de luchar y sólo pensaba ya en partir. En la otra dirección, hacia el Occidente. Hacia Génova, Marsella, Bristol. Y más allá, América.

¿Tanios, entre dos mundos? Más bien, entre dos venganzas. Una por la sangre, otra por el desprecio. Dividido entre dos deseos, permanecía en el mismo lugar, en Famagusta, junto a Tamar, entremezclando sus sueños y sus cuerpos. Tamar, su compañera de extravío, su hermana extranjera.

Al mismo tiempo, no cesaba de acechar el regreso del reverendo Stolton. Pero fue solamente a principios del verano cuando recibió un mensaje de él, por intermedio del señor Hovsepián, confirmándole que pasaría sin falta por Chipre para verle. Y tres meses más tarde, el pastor llegó a la isla. A Limassol, donde Tanios, avisado por el intérprete, fue a encontrarse con él. Era el 15 de octubre del año 1840; tres semanas después, Tanios se convertiría en un ser de leyenda, actor de una breve epopeya, héroe de un enigma.

Hubo primero aquel encuentro en Limassol, en una gran propiedad al borde del mar, residencia de un comerciante británico. Vista desde el exterior parecía un oasis de paz, pero en el interior había más bullicio que en un caravasar. Marineros, oficiales con sombreros de picos, armas, botas, bebidas... Recordando algunas obras de teatro inglesas que había leído, Tanios tenía la impresión de haberse metido por error entre los bastidores de un teatro, en medio de un ensayo.

Le llevaron a un despacho lleno de humo, pero tranquilo. El pastor se encontraba allí en compañía de otros seis personajes sentados alrededor de una mesa oval. Todos estaban vestidos a la europea, aunque uno de ellos era, con toda seguridad, un otomano de alto rango. Tanios no tardó en comprender que eran emisarios acreditados por las grandes potencias.

Stolton se levantó de su asiento, corrió hacia él y le abrazó paternalmente. Los diplomáticos se contentaron con dirigir al recién llegado un ligero movimiento de cabeza antes de reanudar sus conversaciones en voz más baja, aspirando profundamente de sus pipas. A excepción de uno de ellos, que se levantó con una amplia sonrisa y le tendió la mano.

Tanios tardó algunos instantes en reconocerle. El hombre se había dejado crecer una barba negra y abundante, por lo demás un poco descuidada, que chocaba con su elegante atuendo. Richard Wood. Aquel al que la gente del pueblo había bautizado decididamente «cónsul» de Inglaterra cuando aún no lo era, pero que, desde entonces, se había convertido en alguien mucho más importante, el artífice de la política inglesa, su más hábil agente, el «Byron» de la montaña, el jefe invisible de los insurrectos, su proveedor de oro, de armas y de promesas.

Tanios no le había vuelto a ver desde aquel día en que fue al castillo de Kfaryabda cargado de regalos y le había dado a él la escribanía de plata y a Raad el fusil.

—Nos conocimos hace cuatro o cinco años...

—Por supuesto —dijo Tanios cortésmente.

Pero su mirada se nublaba con imágenes tristes.

—El recuerdo más asombroso que tengo de mi primera estancia en la montaña es mi visita al pueblo de mi joven amigo.

Fue a sus colegas a quienes Wood destinó esta explicación, y en francés, cosa sin duda habitual entre diplomáticos, pero paradójica en esa circunstancia puesto que, de todas las potencias europeas, sólo Francia no estaba representada.

¿Qué hacía el pastor Stolton en medio de esa gente? —se preguntaba Tanios—. ¿Y por qué habría querido verle en su presencia? Su pupilo esperaba que le llevara aparte para aclarárselo, pero fue Wood quien le propuso ir a dar un paseo con él por las avenidas del jardín.

El paisaje se prestaba a su conversación. Las palmeras se alineaban como dos filas de soldados hasta el mar; entre el césped verde y el azul no había ninguna frontera ocre.

—No ignoras que hay barcos británicos anclados en Beirut con la orden de bombardear las fortificaciones de la ciudad cada vez que sea necesario. Y unidades británicas, austriacas y otomanas acaban de desembarcar de otros navíos en la costa, hacia Nahrel-Kelb. Esperábamos que el virrey Mehmet Ali comprendería nuestras advertencias, pero parece que no las ha tomado en serio, o que se cree capaz de enfrentarse a nosotros. Está equivocado, y los franceses no van a volar en su ayuda.

Wood hablaba en inglés, pero pronunciando los nombres locales con el acento de la gente de la montaña.

—He querido hablar primero de las operaciones militares que se están desarrollando en este momento. Pero no se trata sólo de eso. La acción emprendida por las potencias tiene otros muchos aspectos, jurídicos y diplomáticos, que ha habido que negociar con detalle durante largos meses. Uno de esos aspectos te concierne, Tanios.

El joven no se atrevía siquiera a emitir un sonido de aprobación, por miedo a que todo eso no fuera más que un sueño del que iba a despertarse antes de haber visto el desenlace.

—En un momento dado, para una de las tareas que nos hemos fijado, y he de decir que no la más fácil, se convino que debíamos contar con un nativo de la montaña para que hiciera cierto papel en cierto lugar. Perdona si tengo que expresarme de una manera tan enigmática, te prometo que seré más explícito cuando estemos en el mar. Lo que quería decirte ahora, sobre todo, es que nuestra elección ha recaído sobre ti. Resulta que has aprendido nuestra lengua; resulta también que te conocemos, el pastor y yo, y que te apreciamos; y finalmente el azar ha querido que te encuentres en Chipre, en el camino que debíamos tomar...

»No te negaré que no haya tenido dudas. No a causa del asesinato del patriarca, del que todos saben que eres inocente; a causa de la suerte reservada a tu padre. Lo que vamos a realizar está encaminado hacia tu deseo legítimo de... digamos de reparación. Pero durante esta misión tendrás que olvidar tus resentimientos personales. ¿Eres capaz de prometérmelo? Y si es así, ¿estás dispuesto a venir con nosotros?

Tanios asintió con la cabeza y con los ojos. El otro se dio por enterado tendiéndole la mano, y sellaron el acuerdo con un viril apretón de manos.

—Ahora tengo que decirte que el pastor tiene escrúpulos. Cuando volvamos al despacho querrá hablarte a solas para pedirte que reflexiones bien antes de comprometerte. ¿Crees que puedes asegurarme que, una vez que hayas reflexionado, tu decisión seguirá siendo la misma?

Tanios encontró divertida la expresión y rió de buena gana, y el diablo irlandés también.

—Me voy con usted —dijo finalmente el joven, borrando risas y sonrisas para dar alguna solemnidad a su decisión.

—Me alegro, pero no me sorprende, tengo que decirlo. He aprendido a conocer la montaña y a sus hombres.

»El *Courageus* zarpa dentro de dos horas. Si te has dejado en Famagusta algunas cosas o tienes que pagar alguna factura, dímelo, nuestro amigo Hovsepián enviará a alguien para que se encargue de todo.

Tanios no tenía nada que recoger ni debía pagar nada. Llevaba permanentemente su dinero en su cinturón y pagaba la habitación cada semana por adelantado. Sólo quedaba Tamar. Había prometido partir con ella, y ahora se iba de improviso, sin siquiera decirle adiós. Pero de eso no podía encargarse el intérprete.

El joven se juró que un día cercano volvería a pasar por el *khan* de Famagusta, subiría hasta el último piso y llamaría a la puerta con dos golpes secos y luego dos más... ¿Estaría ella allí para abrirle?

Fue en esa época, quizá el mismo día de la reunión de Limassol o la víspera, cuando un incendio arrasó el gran bosque de pinos así como una treintena de casas situadas en la linde de mi pueblo y en caseríos vecinos. Por un momento se creyó que el castillo estaba amenazado, y Rukoz se disponía a evacuarlo cuando, de pronto, se levantó el viento del suroeste y llevó de nuevo el fuego hacia las tierras ya quemadas.

Ha quedado, hasta el día de hoy, un testigo del siniestro, una ladera de la colina en la que jamás ha vuelto a crecer la vegetación; y han quedado también, en los libros y en las memorias, los ecos de una controversia.

Desde siempre, me han hablado en el pueblo de un gran incendio que se produjo «antaoño», «hace muchísimo tiempo», y fue al intentar reconstruir la historia de Tanios cuando me enteré de la fecha, así como de las circunstancias.

A lo largo del mes de septiembre, algunos jóvenes de Kfaryabda que habían huido al monte cuando se produjo la recogida de armas, hicieron temerarias incursiones en el pueblo. Unos cuantos fueron a coger provisiones a casa de sus parientes y dos o tres de ellos habían osado, incluso, pavonearse en la Blata y delante de la iglesia.

En la montaña, un poco por todas partes, las tropas egipcias estaban ahora a la defensiva y, a veces incluso, sufrían alguna derrota; pero en Kfaryabda y sus alrededores, el comandante Adel efendi había conseguido dominar la situación. Por eso, decidió arreglar cuentas con los insumisos. Sus soldados se internaron en el bosque, los guerrilleros hicieron algunos disparos en el lugar de mayor espesura y las tropas corrieron en esa dirección.

Los insumisos no era más de quince, pero se habían apostado en diferentes puntos para, a una señal que habían convenido, encender varios fuegos y cortar así todas las salidas. El fuego se propagó muy deprisa por los matorrales secos y prendió en los árboles. Y como la batida se desarrollaba a la luz del día, los soldados tardaron en detectar las llamas. Cuando al fin comprendieron que se les había tendido una trampa, un muro de fuego les rodeaba.

El incendio se propagaba hacia el interior del bosque, estrechando el cerco alrededor de los soldados, y a la vez hacia el exterior, en dirección al pueblo. En el propio Kfaryabda, la gente tuvo tiempo para huir, pero en algunos caseríos vecinos, en algunas granjas aisladas, las llamas llegaron por todos lados a la vez. Según la *Crónica* del monje Elías parece que hubo unos cincuenta muertos entre la población y unos treinta entre los soldados.

Como resultado de todo esto, se desató la polémica. ¿Había derecho, para coger en una trampa al ejército de ocupación, a valorar tan poco la vida de los aldeanos, sus casas e, incluso, su valioso bosque? Los quince jóvenes *fariyyé*, ¿eran héroes?, ¿audaces miembros de la resistencia?, ¿o bien unos camorristas atolondrados? Sin duda, eran todo esto a la vez, miembros de la resistencia criminales, héroes irresponsables...

Se dice que el fuego continuó rugiendo durante cuatro días y que, dos semanas más tarde, una nube negra señalaba aún el lugar del drama.

Podía observarse de lejos, sin duda la vieron desde los buques ingleses que patrullaban cerca de la costa, incluso es más que probable que así sucediera, puesto que los navíos de Su Majestad se veían muy claramente desde el pueblo y, algunos días antes, se les había oído cañonear las fortificaciones de Beirut, defendidas por Solimán pachá el francés, alias de Seves, en nombre del virrey de Egipto.

¿Pudo ver Tanios ese humo? No lo creo, ya que el *Courageous* debió de poner rumbo directamente hacia Sidón, muy al sur con respecto a Kfaryabda.

De las personas que se habían reunido en Limassol, sólo estaban a bordo el representante inglés —Wood— y el otomano con sus séquitos; los otros diplomáticos habían partido hacia otros destinos. El pastor Stolton, después de haber mantenido una larga conversación con su pupilo, prefirió embarcarse en otro navío británico que partía para Beirut, con el fin de llegar a Sahlaín por

una ruta más directa; estaba ansioso por encontrarse de nuevo en su escuela y reanudar las clases después de un año de interrupción.

Wood esperó a estar en alta mar para informar a Tanios de la misión que se le había asignado.

—Tenemos que ir al palacio de Bayt al Din para ver al emir.

El joven no pudo evitar que le flaquearan las piernas, pero puso buena cara y permaneció silencioso y atento.

—Las potencias han decidido que el emir abandone el poder, a menos que acepte romper con los egipcios y unirse a la coalición. Pero eso es poco probable, ya le hemos sondeado discretamente. Por lo tanto, debemos notificarle su destitución y nuestra decisión de exiliarle.

—¿Hacia qué destino?

—Sobre ese tema, él tendrá algo que decir y tú le dejarás que elija. Dentro de ciertos límites, por supuesto...

Tanios no estaba seguro de haber comprendido. ¿Wood había dicho «tú»?

—Los representantes de las potencias han acordado que la decisión deberá ser notificada al emir por boca de uno de sus súbditos, preferentemente un cristiano como él, para evitar susceptibilidades. Quedaba elegir a la persona... Mira, éste es el texto que tendrás que traducir y luego leer en su presencia.

Tanios se alejó y se puso a caminar solo por cubierta, frente al viento. ¿Qué otra extraña jugada le tenía reservada el destino? Él, que había huido de su tierra para escapar del temible emir; él, cuyo padre había sido ejecutado por orden del tirano, se dirigía ahora al palacio de Bayt al Din para verle y notificarle su partida hacia el exilio. Él, Tanios, con sus diecinueve años, debía presentarse ante el emir, el emir de larga barba blanca y de espesas cejas, el emir que hacía temblar de miedo a todo el mundo en la montaña, campesinos y jeques, desde hacía medio siglo, para decirle: «¡Tengo la misión de expulsaros de este palacio!».

«Si aquí en el navío inglés, estoy ya temblando, ¿qué haré cuando esté frente a él?»

Cuando el navío atracó en Sidón, la ciudad se hallaba en pleno desconcierto. Los egipcios la habían abandonado, pero aún no estaba ocupada

por sus adversarios. Los zocos estaban cerrados por temor al saqueo y la gente apenas salía. La llegada del *Courageous* fue considerada como un acontecimiento importante. Los súbditos extranjeros con sus cónsules, los dignatarios tocados con sus turbantes, lo que quedaba de las autoridades y una buena parte de los habitantes estaban allí para recibir a la delegación. Y cuando el diplomático otomano les explicó que no había ido para tomar posesión de la ciudad, y que sólo la cruzaría para proseguir su camino hacia Bayt al Din, sus interlocutores parecieron decepcionados.

La presencia de un joven de pelo blanco que, evidentemente, era nativo de la región, no pasó desapercibida, tanto menos cuanto que caminaba en medio de los representantes de las potencias con la cabeza alta, como un igual. Supusieron que era el jefe de los insurrectos, y su juventud no hizo más que acrecentar la admiración que le rodeaba.

Habían desembarcado en Sidón por la tarde y pasaron la noche en la residencia del agente consular, en una colina que dominaba la ciudad y su fortaleza frente al mar. A petición de Wood, se le procuró a Tanios ropa nueva, como la que llevaban de ordinario los notables de la región, un amplio pantalón bombacho, una camisa de seda blanca, un chaleco rojo bordado y un gorro color tierra con un chal negro para que lo enrollara alrededor.

Al día siguiente, partieron por la carretera de la costa hasta el río Damur, donde hicieron un alto y cambiaron de tiro antes de internarse por los caminos de montaña hacia Bayt al Din.

## Capítulo 4

---

EL palacio del emir olía a derrota. Sus arcadas sólo desprendían una majestad fría y las mulas ramoneaban en el jardín. Los visitantes eran escasos y los pasillos estaban silenciosos. La delegación fue recibida por los dignatarios del *diwan* del emir, que se mostraron solícitos como sabían serlo con los representantes de las potencias, pero dignos y entristecidos.

Tanios tuvo la impresión de que no le habían visto. Nadie se había dirigido a él, nadie le había rogado que le siguiera, pero cuando comenzó a caminar tras Richard Wood, nadie le pidió tampoco que permaneciera en su lugar. A veces, sus dos compañeros intercambiaban entre ellos una mirada, algunas palabras; con él, nada. Ellos también parecían ignorarle. Quizá debería haberse vestido de otro modo, a la europea. Ahora se sentía disfrazado con esas ropas montañesas que siempre había llevado y que también llevaba mucha gente que se había encontrado por el camino. Pero su papel en la delegación de las potencias, ¿no era precisamente asumir la apariencia de la región y hablar su lengua?

El enviado otomano marchaba a la cabeza y tenía derecho a una temerosa consideración; los sultanes se habían convertido en señores de la montaña hacía más de tres siglos, y aunque el virrey de Egipto les había suplantado durante un tiempo, parecían en vías de recobrar su autoridad; observando las zalemas con las que se recibía a ese hombre, no podía existir la menor duda.

Pero el otro emisario no estaba siendo menos agasajado. Inglaterra era a los ojos de todos la primera de las potencias, y Wood tenía, además, su propio prestigio.

Un alto dignatario del palacio, que desde la escalinata caminaba al lado del otomano, invitó a éste a entrar en su despacho para tomar café, a la espera de que el emir estuviera preparado para recibirles. Otro dignatario invitó a Wood de igual manera a otro despacho. Casi al mismo tiempo, los dos

hombres desaparecieron. Tanios se detuvo. Inquieto, malhumorado, perplejo. Fue entonces cuando un tercer funcionario de menor rango —¡pero qué importaba!— fue a rogarle que tuviera a bien acompañarle. Halagado por el interés que por primera vez suscitaba, se apresuró a seguir al hombre por un pasillo, y se encontró sentado en un pequeño despacho, solo, y con una taza humeante en la mano.

Suponiendo que ése debería ser el procedimiento habitual de las visitas oficiales, empezó a beber el café, sorbiéndolo ruidosamente a la manera de los aldeanos, cuando la puerta de la habitación se abrió y vio entrar a la persona con la que más temía cruzarse: Sallum.

Tanios se levantó precipitadamente, vertiendo a medias su café y deseando abalanzarse hacia los pasillos, gritando: «¡Señor Wood, señor Wood!» como para despertarse de una pesadilla. Pero por terror o por un sentimiento de dignidad, no se movió.

El otro sonreía ladinamente.

—Finalmente has decidido abandonar tu isla para ver de nuevo nuestra hermosa tierra.

Tanios se balanceaba de un pie al otro. ¿Sería posible que, a su vez, hubiera caído en una trampa?

—¡Tu pobre padre! Estaba precisamente ahí, de pie, en el lugar en que tú estás, y yo había ordenado que le trajeran un café como el que te estás bebiendo.

A Tanios le flaqueaban las piernas. Todo eso no podía ser real. ¡Al fin y al cabo, era imposible que hubieran preparado todo ese montaje —los delegados de las potencias, el navío inglés, el comité de recibimiento en Sidón— sólo para tenderle una trampa!

Era ridículo, lo sabía y se lo repetía. Pero tenía miedo, le castañeteaban los dientes y su juicio vacilaba.

—Siéntate —dijo Sallum.

Tanios se sentó pesadamente, y sólo después miró hacia la puerta. Había un soldado de guardia que no le habría permitido salir.

Apenas se había sentado, cuando sin una palabra de explicación, Sallum salió por la única puerta y por ella entró un segundo soldado que parecía el

hermano gemelo del que estaba ya allí: el mismo bigote, la misma corpulencia y el mismo puñal desenvainado, sujeto por el cinturón.

La mirada de Tanios se detuvo en él un momento. Luego, metió la mano en el interior de su chaleco para coger el texto que había traducido laboriosamente en el barco, y que pronto debería «recitar». Se registró una y otra vez, se levantó, se palpó el pecho, las costillas, la espalda y las piernas hasta los talones. Ni rastro del documento.

Fue entonces cuando se le crisparon los nervios, como si ese papel hiciera real su misión y su desaparición la volviera ilusoria. Empezó entonces a soltar reniegos, a dar vueltas sobre sí mismo, a desabrocharse los botones... Los soldados le contemplaban con las manos en su ancho cinturón.

Luego la puerta se abrió y entró Sallum, llevando en la mano un papel amarillento enrollado y atado.

—He encontrado esto en el suelo del pasillo, se te había caído.

Tanios adelantó bruscamente la mano. Gesto infantil que sólo consiguió un puñado de aire y una mirada desdeñosa. ¡Cómo había podido perder ese papel! ¿O quizá Sallum tuviera a su servicio unos agentes de ágiles dedos?

—Vengo de ver a nuestro emir. Le he dicho quién eras y en qué circunstancias nos habíamos conocido, y me ha respondido: el asesinato del patriarca ha sido castigado como debía, no tenemos ya hostilidad hacia la familia del culpable. Di a ese joven que podrá marcharse de este palacio tan libre como ha entrado en él.

Con razón o sin ella, Tanios creyó comprender que Sallum había pensado prenderle, pero que su señor se lo había impedido.

—Nuestro emir ha visto este documento en mi mano. Supongo que lo has traducido tú y que debes leerlo en su presencia.

Tanios asintió, feliz de que se le considerara de nuevo como un miembro de la delegación y no como un hijo de condenado.

—Quizá deberíamos ir a esa reunión —dijo, componiéndose el gorro en la cabeza y dando un paso hacia la puerta.

Los soldados no se apartaron para dejarle pasar y Sallum conservó el papel en la mano.

—Hay una frase que ha molestado a nuestro emir. Le he prometido que se modificaría.

—Tendréis que hablar con el señor Wood.

El otro no escuchó la objeción. Fue hacia la mesa de escribir, se sentó en un almohadón y desenrolló el documento.

—Aquí donde dices «Deberá partir al exilio» resulta un poco seco como fórmula, ¿no te parece?

—Ese texto no es mío —insistió el joven—, yo no he hecho más que traducirlo.

—Nuestro emir sólo tomará en consideración las palabras que oiga de tu boca. Si modificas ligeramente tu texto, te estará agradecido. Si no, no respondo de nada.

Los dos soldados carraspearon al mismo tiempo.

—Ven a sentarte a mi lado, Tanios, estarás más cómodo para escribir.

El muchacho obedeció e incluso dejó que el otro le pusiera una pluma en la mano.

—Después de «Deberá partir al exilio», tienes que añadir «hacia un país de su elección».

Tanios tuvo que obedecer.

Mientras escribía la última palabra, Sallum le dio unos golpecitos en el hombro.

—Ya verás, el inglés no se dará cuenta.

Luego, ordenó que los soldados le condujeran a la antesala del emir, donde encontró a Wood irritado.

—¿Dónde te habías metido, Tanios? Nos has hecho esperar.

Bajó la voz para añadir:

—¡Me preguntaba si te habrían metido en un calabozo!

—Me he encontrado con un conocido.

Tanios se había metido el papel bajo el cinturón como el puñal de los soldados, con la parte de arriba redondeada a modo de mango que sujetaba con la mano izquierda y la parte de abajo aplastada.

—Necesitarás valor para leerlo en presencia de ese diablo de anciano. Ten constantemente en el pensamiento que está vencido y que te diriges a él en

nombre de los vencedores. Si debes tener algún sentimiento hacia él, que sea compasión. Ni odio ni temor. Sólo compasión.

Reconfortado por estas palabras, Tanios entró con paso más firme en el *majlis*, una gran sala con numerosas bóvedas y con las paredes pintadas de colores vivos, formando anchas estrías horizontales azules, blancas y ocre. El emir estaba sentado con las piernas cruzadas en un pequeño estrado, fumando una larga pipa cuyo recipiente reposaba en una bandeja de plata colocada en el suelo. Primero Wood, luego Tanios y después el emisario otomano le saludaron de lejos, tocándose la frente con la mano antes de colocársela sobre el corazón, mientras se inclinaban ligeramente.

El señor de la montaña esbozó el mismo gesto. Tenía setenta y cuatro años y su reinado duraba ya cincuenta y uno. Sin embargo, ni en sus rasgos ni en sus palabras se traslucía el cansancio. Hizo una seña a los diplomáticos para que se sentaran en dos taburetes que habían sido colocados delante de él para ese fin. Luego, con un gesto negligente, indicó a Tanios la alfombra, a sus pies, entre él y el británico. Y el joven no tuvo otra elección que arrodillarse en ella; en la mirada del potentado, aún intensa bajo sus enmarañadas cejas, sintió una fría hostilidad hacia él; quizá le reprochara que le hubiera saludado de lejos, de pie, a la manera de los dignatarios extranjeros, en lugar de besarle la mano como hacía la gente de la región.

Tanios se volvió hacia Wood, inquieto, pero éste le tranquilizó con un movimiento de la barbilla.

Después de un rosario de fórmulas corteses, el británico abordó lo importante del tema. Primero en árabe, en el habla de la región, pero el emir inclinó la cabeza, aguzó el oído y entornó los ojos. Wood se dio cuenta de que su elocución no era inteligible e, inmediatamente, sin otra transición que una ligera tosecilla, pasó al inglés. Tanios comprendió que debía traducir.

—Los representantes de las potencias han deliberado durante mucho tiempo acerca de la montaña y de su futuro. Todos aprecian el orden y la prosperidad que el sabio gobierno de Vuestra Alteza ha proporcionado a esta región durante largos años. Sin embargo, sólo han podido expresar su desilusión con respecto al apoyo que vuestro palacio ha dado a la empresa del virrey de Egipto. Pero, incluso en esta fecha tardía, si tomáis partido

claramente en favor de la Sublime Puerta y aprobáis las decisiones de las potencias, estaríamos dispuestos a renovar nuestra confianza en vos y a asentar vuestra autoridad.

Tanios se esperaba ver al emir reconfortado por la puerta de escape que aún se le entreabría. Pero cuando hubo traducido la última frase, vio cómo su mirada se llenaba de una angustia más profunda que la que se advertía en ella al entrar, cuando el señor de la montaña creía que su suerte estaba ya echada, y que no tenía otra elección que la de su lugar de exilio.

Miró fijamente a Tanios, que tuvo que bajar los ojos.

—¿Qué edad tienes, muchacho?

—Diecinueve años.

—Tres de mis nietos tienen aproximadamente tu edad, y los tres están retenidos en el campo del pachá, como otros varios miembros de mi familia.

Había hablado en voz baja, como si se tratara de una confidencia, pero indicó a Tanios con una seña que debía traducir sus palabras, lo que el muchacho hizo. Wood escuchó moviendo la cabeza varias veces, mientras que el emisario otomano permaneció impasible.

El emir prosiguió en voz más alta:

—La montaña ha conocido el orden y la prosperidad cuando la paz reinaba a su alrededor. Pero cuando los grandes luchan contra los grandes, nuestra decisión deja de pertenecernos. Entonces intentamos calmar la ambición de uno y apartar de nosotros los perjuicios que el otro puede causarnos. Desde hace siete años las fuerzas del pachá se han desperdigado por toda la región, alrededor de este palacio y, a veces incluso, dentro de estos muros. En algunos momentos, mi autoridad no iba más allá de esta alfombra sobre la que reposan mis pies. Durante todo ese tiempo, me he esforzado en preservar esta casa, para que el día en que la guerra de los grandes haya terminado, las personas honorables como vos puedan encontrar en esta montaña alguien a quien hablar... No parece que esto haya sido suficiente para vos.

En sus ojos terribles se había formado una lágrima, Tanios la vio y su propia mirada se empañó. ¿No le había autorizado Wood a tener compasión? Pero no pensaba que iba a sentirla...

El emir aspiró por primera vez de su larga pipa y luego expelió el humo hacia el lejano techo.

—Puedo proclamar mi neutralidad en este conflicto que se está terminando, exigiendo a mis súbditos que dejen actuar a las potencias y que rueguen para que el Altísimo conceda larga vida a nuestro señor el sultán.

Wood pareció interesado por el compromiso así enunciado. Consultó al otomano que negó claramente con la cabeza y dijo en árabe con un tono duro:

—¡Hasta el pachá de Egipto está dispuesto a rogar por la larga vida de nuestro señor! ¡Ya no es tiempo de aplazamientos! El emir ha tomado partido contra nosotros durante siete años, lo menos que puede hacer es cambiar claramente su postura en nuestro favor durante siete días. ¿Es mucho pedirle que retire a sus hombres del campo egipcio y los ponga bajo nuestra bandera?

—Mis nietos estarían ahora aquí, con nosotros, si dispusieran aún de libertad para ir y venir.

El emir hizo con la mano un gesto de impotencia y Wood estimó que esa cuestión estaba ya cerrada.

—Puesto que Vuestra Alteza no puede darnos satisfacción sobre ese punto, me temo que nos veremos obligados a notificarle la decisión de las potencias. Nuestro joven amigo la ha traducido y está encargado de leerla.

Tanios juzgó necesario ponerse de pie y adoptar la postura y el tono de un recitador.

—Los representantes de las potencias... reunidos en Londres y luego en Estambul... después de haber examinado... deberá partir al exilio...

Cuando llegó a la frase litigiosa, dudó un breve, un brevísimo momento, pero terminó por introducir la corrección impuesta por Sallum.

Al oír «hacia el país de su elección», el emisario otomano se sobresaltó, miró a Tanios y luego a Wood, como diciendo que había sido engañado; y cuando terminó la lectura, preguntó en tono conminatorio:

—¿Hacia qué destino partirá el emir?

—Necesito reflexionar y consultar a mis allegados.

—Mi gobierno exige que el asunto sea precisado ahora mismo, sin el menor aplazamiento.

Sintiendo que la tensión crecía, el emir se apresuró a decir:

—Opto por París.

—¡París es imposible! Y estoy seguro de que el señor Wood no va a contradecirme.

—No, en efecto. Está convenido que el lugar de exilio no sea ni Francia ni Egipto.

—Entonces que sea Roma —dijo el emir con una entonación que quería ser la del compromiso final.

—Me temo que eso tampoco es posible —se excusó Wood—. Comprenderéis que las potencias que representamos prefieran que sea en su territorio.

—Si ésa es su decisión, la acato.

Reflexionó algunos instantes.

—¡Entonces iré a Viena!

—Viena, tampoco —dijo el otomano levantándose como para retirarse—. Nosotros somos los vencedores y somos nosotros lo que decidimos. Vendréis a Estambul y se os tratará según vuestro rango.

Dio dos pasos hacia la salida.

Estambul era aquello de lo que el emir quería escapar a cualquier precio. Toda la maniobra de Sallum tenía como objetivo evitar que su señor se encontrara en manos de sus más feroces enemigos. Más tarde, cuando las cosas se hubieran calmado, iría a besar la túnica del sultán y a pedir que se le perdonara; pero si iba inmediatamente, empezarían por despojarle de todos sus bienes y luego le estrangularían.

En su mirada, Tanios vio el miedo a la muerte. En la mente del joven se produjo entonces una gran confusión, o quizá habría que decir un extraño desmoronamiento.

Tenía ante él a un anciano, y su barba blanca y larga, sus cejas, sus labios y, sobre todo, sus ojos llenaban su campo de visión; un anciano temible, pero en ese instante amedrentado, sin defensa. Y al mismo tiempo, el joven pensaba en Gerios, en la expresión de su rostro ante la certeza de la muerte. De pronto, Tanios no sabía ya si ese anciano era el hombre que había mandado colgar a su padre o un compañero de suplicio; el hombre que había puesto la soga en la mano del verdugo, o bien otro cuello ofrecido a la soga.

En ese segundo de vacilación, el emir se inclinó hacia él y murmuró con voz ahogada:

—¡Di algo, hijo mío!

«Y el hijo de Kfaryabda —cuenta la *Crónica*—, al escuchar la palabra del anciano humillado, desechó su deseo de venganza como si lo hubiera saciado ya mil veces y dijo en voz alta: “¡Vuestra Alteza podría ir a Malta!”»

¿Por qué había pensado en Malta? Sin duda porque el pastor Stolton, que había vivido mucho tiempo en esa isla, le había hablado de ella con frecuencia.

Wood se adhirió inmediatamente a esa sugerencia, tanto más gustosamente cuanto que Malta era, desde principios de siglo, una posesión británica. Y el otomano, cogido de improviso, terminó por aprobarlo él también, con un gesto de irritación; la idea no le agradaba, pero Inglaterra era el alma de la coalición de las potencias y el hombre no se atrevió a correr el riesgo de que surgiera un conflicto que se le habría reprochado en las altas esferas.

«El emir no manifestó su alivio por miedo a que al enviado del sultán se le ocurriera cambiar de opinión, pero en la mirada que dirigió al hijo de Kfaryabda había asombro y gratitud».

# Último pasaje Culpable de piedad

*Tú, Tanios, con tu rostro de niño y tu cabeza de seis mil años  
has cruzado ríos de sangre y de lodo y has salido sin mancha.  
Has empapado tu cuerpo en el cuerpo de una mujer, y os habéis separado  
vírgenes.*

*Hoy, tu destino está cerrado, tu vida al fin comienza.  
Desciende de tu roca y húndete en el mar, ¡que tu piel se impregne al menos  
del sabor de la sal!*

Nader,  
*La sabiduría del arriero.*

## Capítulo 1

---

«**A**NTES que volver sus armas en el último momento contra su protector egipcio, el emir ha preferido exiliarse. Por lo tanto, se ha embarcado esta semana para Malta, acompañado de su esposa, Hosn-Jihane, una antigua esclava circasiana comprada, según dicen, en el mercado de Constantinopla, pero que se ha convertido en una dama unánimemente respetada; el séquito del potentado destituido comprendía igualmente un centenar de miembros de su casa, hijos, nietos, consejeros, guardias, servidores...

»Por un extraño malentendido —o digamos por una forma de exageración fanfarrona a la cual los orientales son muy aficionados—, se atribuye a Tanios el papel más eminente de todos, el de haber expulsado al emir de la región a la vez que le salvaba generosamente la vida, como si las potencias europeas y el imperio otomano, con sus ejércitos, sus flotas, sus diplomáticos y sus agentes no hubieran sido más que modestos comparsas en un pulso teatral entre el hijo de Kfaryabda y el déspota que había condenado a su padre.

»Esta interpretación fantástica está tan difundida por todos los medios, ya sean cristianos o drusos, que el prestigio de mi pupilo recae sobre mí, su mentor, y todos los días vienen a felicitarme por haber conseguido que en mi jardín se abriera tan rara flor. Yo dejo que me feliciten sin intentar desmentir esa interpretación de los hechos, y tengo que decir que, tanto la señora Stolton como yo, nos sentimos halagados...»

Esto es lo que escribía el pastor en sus efemérides el 2 de noviembre de 1840; al día siguiente añadía:

«(...) Y mientras el emir se embarcaba en Sidón en el mismo barco que había llevado allí al señor Wood y a Tanios, este último volvía por carretera a Kfaryabda, saludado en cada pueblo que cruzaba por muchedumbres fervientes que se aglomeraban para ver al héroe, rociarle con agua de rosas y con arroz como a un recién casado y tocar sus manos y, también, si podían acercarse lo bastante, su pelo blanco, como si éste fuera la señal más aparente del milagro que se había realizado por su mediación.

»El muchacho se dejaba hacer, silencioso e incrédulo, claramente abrumado por las bondades excesivas que la Providencia derramaba sobre él, sonriendo con la placidez del durmiente que se pregunta en qué momento vendrán a despertarle a la realidad del mundo...

»Después de tanta gloria repentina, ¿existe aún en ese frágil ser algún lugar para la vida ordinaria a la cual su nacimiento parecía destinarle?».

Al llegar a la plaza de su pueblo le aclamaron, como en todas partes, como a un héroe y le llevaron en hombros hasta el castillo, instalándole a la fuerza en el asiento antaño ocupado por el jeque y, más recientemente, por el usurpador. Tanios hubiera querido verse un momento a solas con su madre y enterarse por su boca de los sufrimientos que había soportado. En lugar de ello, le obligaron a escuchar mil lamentaciones a la vez, mil quejas. Luego, se encontró erigido en juez supremo para decidir la suerte de los traidores. No se sabía dónde estaba el jeque. Según algunos, prisionero en una ciudadela en Wadi el-Taym, al pie del monte Hermón; según otros, había muerto en la cárcel. En su ausencia, ¿quién podía ocupar su lugar más dignamente que el héroe del día?

Aunque se encontraba en un estado próximo al agotamiento, el hijo de Lamia no se mostró insensible a ese honor. Si la Providencia le ofrecía una revancha contra su pasado, ¿por qué desdeñarla? Sentado en el almohadón del jeque, se encontró imitándole, sus gestos lentos y majestuosos, sus palabras rudas, sus ojos que miraban de frente... Estaba llegando al extremo de decirse que no había nacido en un castillo por azar, y se preguntaba si podría algún día abandonar ese lugar para ir a confundirse con la muchedumbre... Cuando, de

pronto, dicha muchedumbre se apartó para que arrojaran a los pies del héroe a un hombre encadenado, con el rostro tumefacto y lacerado y los ojos vendados: Rukoz. Había intentado huir cuando los egipcios se marcharon, pero los «insumisos» le habían cogido. Debía pagar por todos los infortunios que el pueblo había padecido, por todos los muertos, incluidos los del incendio, por el saqueo que se produjo con ocasión de la recogida de armas, por las humillaciones infligidas al jeque y por otras mil exacciones tan evidentes que no había necesidad de incoar un proceso. Tanios no tenía más que dictar una sentencia que sería ejecutada sin demora.

Rukoz empezó a gemir ruidosamente y el héroe, harto, le gritó:

—¡Cálmate o te mato con mis propias manos!

El otro se calló instantáneamente y Tanios recibió una ovación. Sin embargo, en lugar de experimentar alguna satisfacción, sentía dolor, como una herida en la parte baja del pecho; y si estaba hasta ese punto exasperado era porque se sentía incapaz de pronunciar la sentencia, y porque Rukoz, con sus quejidos, le estaba desafiando.

La gente esperaba cuchicheando: «¡Silencio! ¡Tanios va a hablar! ¡Escuchémosle!».

Aún se estaba preguntando lo que iba a decir, cuando una nueva oleada de ruidos y de murmullos conmocionó a la asamblea. Asma acababa de entrar. Corrió, se puso de rodillas a los pies del vencedor y le cogió la mano para besársela mientras suplicaba:

—¡Ten piedad de nosotros, Tanios!

El muchacho sufría ahora por cada palabra, por cada mirada, por cada respiración que oía.

Sentado a su lado, *buna* Butros murmuró como para sí mismo:

—¡Señor, aleja de mí este cáliz!

Tanios se volvió hacia él.

—¡Sufría menos cuando ayunaba para morir!

—Dios no está lejos, hijo mío. No dejes que esta gente te lleve a merced de sus odios y haz sólo las cosas por las que no te sonrojarás delante de ti mismo y del Creador.

Entonces Tanios se aclaró la garganta y dijo:

—He vuelto desde más allá de los mares para decir al emir que abandonara esta montaña que no había sabido preservar del infortunio. No voy a castigar al criado más severamente que al amo.

Durante algunos instantes, tuvo la impresión de que sus palabras habían surtido efecto. La asamblea estaba silenciosa. La hija de Rukoz le besaba la mano febrilmente y él la retiró con cierta irritación. Había hablado como un rey —al menos así lo creía él—. Transcurrió un breve momento antes de que comenzara el ataque. Primero el de los jóvenes *frariyyé*, que habían regresado de su guerrilla con las armas en la mano y que no tenían intención de dejarse enternecer.

—Si dejamos que Rukoz se marche con su oro para que rehaga su fortuna en Egipto y vuelva a vengarse dentro de diez años, seremos unos cobardes y unos locos. Varios de sus hombres han muerto ya, ¿por qué habría que perdonar al peor de todos? Ha matado y debe expiar su crimen. Es necesario que se sepa que todos aquellos que perjudiquen a este pueblo lo pagarán.

Un anciano aparcerero que estaba en la sala gritó:

—Vosotros, los *frariyyé*, habéis perjudicado a Kfaryabda más que ese hombre. Habéis incendiado la tercera parte del pueblo, habéis causado decenas de muertos y habéis destruido el bosque de pinos. ¿Por qué no habríamos de juzgaros también?

La confusión iba en aumento. Tanios empezó por alarmarse, pero enseguida se dio cuenta del partido que podía sacar de ella.

—¡Escuchadme! En estos últimos tiempos ha habido crímenes, faltas graves y numerosos muertos inocentes. Si cada uno de nosotros empezara a castigar a aquellos que le han hecho daño, a aquellos que han causado la muerte de un familiar, el pueblo no se recuperaría jamás. Si soy yo quien debe decidir, esto es lo que ordeno: Rukoz será desposeído de todos sus bienes, que serán utilizados para resarcir a aquellos que han sufrido sus exacciones. Luego, será desterrado de esta región. Ahora, me estoy cayendo de cansancio y me voy a descansar. Si alguien quiere ocupar el lugar que el jeque dejó, que lo haga, yo no se lo impediré.

Fue entonces cuando en el fondo de la sala un hombre en el que nadie se había fijado levantó la voz. Llevaba la cabeza envuelta en un chal de cuadros

que se quitó en ese momento.

—Soy Kahtane, hijo de Said beyk. He esperado a que terminarais de deliberar para intervenir. Habéis decidido que, por los crímenes que Rukoz ha cometido contra vosotros, vais a desterrarle. Estáis en vuestro derecho. Ahora me toca a mí juzgarlo. Mató a mi padre, que era un hombre de bien, y pido que me sea entregado para que responda de ese acto.

Tanios no quería mostrarse conmovido.

—Este criminal ya ha sido sancionado. El asunto está cerrado.

—No podéis disponer de nuestras víctimas como disponéis de las vuestras. Ese hombre mató a mi padre y soy yo quien debe decidir si quiero ser misericordioso con él o implacable.

El «juez» se volvió hacia el cura, que estaba tan apurado como él.

—No puedes decirle que no, pero por otra parte, no puedes entregarle ese hombre. Trata de ganar tiempo.

Mientras deliberaban, el hijo de Said beyk se abrió camino para unirse al conciliábulo.

—Si venís conmigo a Sahlaín, comprenderéis que haya hablado como lo he hecho. Es imposible que el asesino de mi padre permanezca impune. Aunque yo le perdonara, ni mis hermanos ni mis primos le perdonarían y me odiarían a muerte por mi tolerancia. *Buna Butros*, tú conociste bien a mi padre, ¿no es cierto?

—Por supuesto, le conocí y le tuve en gran estima. ¡Era el ser más sabio y más justo!

—Yo trato de seguir el camino que él me trazó. En mi corazón no hay lugar para el odio y la división. En este asunto, sólo tengo un consejo que daros. Se supone que tengo que pedir os que me entreguéis a este hombre, pero si a este cristiano le mataran los drusos, el asunto dejaría huellas que yo no deseo. Olvidad, pues, lo que he dicho en voz alta y escuchad el único consejo de la razón: condenadle vosotros mismos, que cada cual castigue a los criminales de su comunidad; que los drusos ajusten las cuentas a los criminales drusos y los cristianos a los criminales cristianos. Ejecutad a ese hombre y yo iré a decir a los míos que vuestra justicia ha precedido a la nuestra. Matadle hoy mismo, porque no podré controlar a mis hombres hasta mañana.

El cura dijo entonces:

—Kahtane beyk tiene razón. Me repugna dar semejante consejo, pero los soberanos más compasivos deben a veces pronunciar sentencias de muerte. En nuestro mundo imperfecto, este detestable castigo es a veces el único justo y prudente.

La mirada de *buna* Butros cayó sobre Asma, que seguía arrodillada, despavorida, abrumada; hizo una seña a la *juriyyé*, quien se acercó y la cogió con fuerza del brazo para alejarla de allí. Quizá resultara así menos penoso pronunciar la inevitable sentencia.

## Capítulo 2

---

DE esa extraña manera se desarrollaba en el castillo el proceso de Rukoz. La sala estaba llena de jueces y de verdugos, y en el lugar del único juez estaba sentado un abrumado testigo que sólo sabía ser implacable consigo mismo. En esos momentos no hacía más que flagelarse con el pensamiento: «¿Para qué has vuelto a esta tierra si eres incapaz de castigar al emir que mandó colgar a tu padre, e incapaz de matar al malvado que te traicionó y traicionó al pueblo? ¿Por qué has aceptado sentarte en este lugar si eres incapaz de dejar que tu espada caiga sobre el cuello de un criminal?»

Y de este modo se dejaba invadir por los remordimientos. En medio de aquella muchedumbre, entre los murmullos, bajo las miradas, no conseguía ya respirar y sólo pensaba en huir. ¡Dios, que apacible era Famagusta en su recuerdo! ¡Y qué grato resultaba subir la escalera de la posada!

—Habla, Tanios, la gente está excitada y Kahtane beyk se impacienta.

Súbitamente, los gritos de un hombre que llegaba corriendo ahogaron los susurros de *buna* Butros.

—¡El jeque está vivo! ¡Está en camino! ¡Va a pasar la noche en Tarsis y llegará mañana!

La multitud manifestó su alegría con aclamaciones y Tanios recuperó la sonrisa. Feliz, en apariencia, por el regreso del jeque, pero feliz, en lo más profundo de sí mismo, de que el Cielo le hubiera sacado tan rápidamente del apuro.

Dejó pasar algunos segundos de entusiasmo y luego pidió silencio. Se lo concedieron como una última voluntad.

—Es una alegría para todos que el señor de este castillo regrese entre nosotros, después de haber superado los sufrimientos y las humillaciones. Cuando haya recuperado el lugar que le corresponde, le diré la sentencia que he dictado en su ausencia. Si la aprueba, Rukoz será desposeído y desterrado

para siempre de esta región. Si decide otra cosa, a él le corresponde la última palabra.

Tanios señaló con el dedo a cuatro jóvenes de la primera fila, compañeros de sus tiempos de la escuela parroquial.

—Os encargo que vigiléis a Rukoz hasta mañana. ¡Llevalle a las antiguas cuadras!

Y habiendo realizado dignamente este último acto de autoridad, huyó. El cura y Kahtane beyk intentaron inútilmente retenerle. Pero él les esquivó, casi corriendo.

Fuera, era ya el crepúsculo. Tanios hubiera querido salir, caminar por los senderos como antaño, lejos de las casas, lejos de los murmullos, solo. Pero la gente del pueblo estaba por todas partes aquella tarde, en las inmediaciones del castillo, en las plazas, en las callejuelas. Todos habrían querido hablarle, tocarle, estrecharle entre sus brazos. Después de todo, era él el héroe de la fiesta. Pero en su corazón, sólo era el cordero cebado.

Se deslizó por los pasillos sin luz, hasta el ala donde en otro tiempo había vivido con los suyos. Ninguna puerta estaba cerrada con llave. Por la ventana que daba al valle llegaba una luz rojiza. La habitación principal estaba casi vacía; unos almohadones llenos de polvo en el suelo, un baúl, un brasero herrumbroso. No tocó nada, pero fue a inclinarse sobre el brasero. Y es que de todos los recuerdos que se encerraban entre esas paredes, tristes o alegres, el que le invadía era el más fútil, uno de los más olvidados: un día de invierno que estaba solo, había arrancado de una manta un hilo grueso de lana, lo había metido en un tazón de leche y, luego, lo había sostenido encima de las brasas antes de soltarlo, para ver cómo se retorcía, cómo ennegrecía y después enrojecía, para oírle chisporrotear y para aspirar ese olor de leche y lana quemadas, mezclado con el olor de las brasas. Y era ese olor y ningún otro el que respiraba desde que había regresado.

Permaneció un momento así, como suspendido sobre el brasero, antes de erguirse y pasar, con los ojos apenas entreabiertos, a la otra habitación, en la que antaño dormían Lamia y Gerios en el suelo; y él también, pero en el altillo, su alcoba, que apenas era mayor que un nicho abovedado, pero que recogía en invierno todo el calor de la casa y en verano, todo su frescor. Era

allí donde habían transcurrido las noches de su infancia, era allí donde había llevado a cabo su huelga de hambre y era igualmente allí donde había esperado el resultado de la mediación del patriarca...

Desde entonces, había pensado muchas veces en esa escalera de mano de cinco peldaños que Gerios había construido en otro tiempo y que estaba aún de pie contra la pared. Puso el pie encima con precaución, convencido de que no soportaría ya su peso, pero no se rompió.

Arriba encontró su delgado colchón, enrollado en una vieja y desgarrada sábana. Lo extendió, acarició lentamente su superficie y se tendió sobre él, estirándose hasta la pared, reconciliado con su infancia y rogando para que el mundo le olvidara.

Una hora transcurrió en el más profundo silencio. Luego, se abrió una puerta y se cerró. Otra se abrió. Tanios aguzaba el oído sin inquietud. Sólo una persona podía adivinar su escondite y seguirle así en la oscuridad. Lamia. Y era también la única persona con quien deseaba hablar.

La mujer se acercó de puntillas y subió hasta la mitad de la escalera de mano. Le acarició la frente y bajó para buscar una manta en el viejo baúl. Subió de nuevo con ella y se la puso sobre el vientre y las piernas como cuando era niño. Luego, se sentó en un taburete bajo con la espalda apoyada en la pared. No se veían, pero podían hablarse sin levantar la voz. Como antaño.

Tanios se disponía a hacerle un rosario de preguntas sobre todo lo que ella había vivido, sobre la manera en que habían llegado hasta ella las mejores y las peores noticias... pero Lamia quería contarle primero los rumores que corrían por el pueblo.

—La gente no para de hablar, Tanios. Tengo la cabeza como una olla de grillos.

Si el muchacho se había refugiado allí era, precisamente, para no oírlos. Sin embargo no podía cerrar los oídos a las inquietudes de su madre.

—¿Qué dicen esos grillos?

—La gente dice que si hubieras sufrido como ellos por las exacciones de Rukoz, te habrías mostrado menos indulgente con él.

—Di a esa gente que no sabe lo que significa sufrimiento. Así que se supone que yo, Tanios, no he sufrido por la traición de Rukoz, por su

duplicidad, por sus falsas promesas y su ambición desmedida; quizá Rukoz no sea la causa de que mi padre se convirtiera en asesino y mi madre se quedara viuda...

—Espera, cálmate, te he transmitido mal sus palabras. Solamente quieren decir que si hubieras estado en el pueblo cuando Rukoz y su banda hacían estragos, no habrías sentido por ese hombre más que desprecio.

—Y si sólo hubiera sentido desprecio hacia ese hombre, habría realizado mejor mi función de juez, ¿no?

—Dicen también que si le has salvado la vida, ha sido a causa de su hija.

—¿Asma? ¡Vino a arrodillarse a mis pies y apenas la miré! Créeme, madre, si en el momento de pronunciar la sentencia hubiera recordado todo el amor que sentí por esa muchacha, ¡habría matado a Rukoz con mis propias manos!

Lamia cambió bruscamente de tono, como si hubiera cumplido su misión de mensajera y ahora hablara sólo por ella.

—Me has dicho lo que quería oír. No quiero que tengas sangre en las manos, con el crimen de tu desgraciado padre nos basta. Y si le has salvado la vida a Rukoz por Asma, nadie podrá reprochártelo.

Tanios se incorporó y se apoyó en el codo.

—No ha sido por ella, ya te lo he dicho...

Pero su madre habló antes de que terminara su frase.

—Vino a verme.

Tanios no dijo nada y Lamia prosiguió con una voz que se esforzaba por hacer más inexpresiva a cada frase:

—Sólo salió dos veces del castillo y fue para venir a verme. Me dijo que su padre había intentado de nuevo casarla, pero que ella no lo había consentido nunca más... Luego, me habló de ti y de ella y lloró... Quería que volviera a vivir al castillo como antes, pero yo preferí quedarme en casa de mi hermana.

Lamia se esperaba que su hijo le preguntara algo más, pero de la alcoba sólo le llegó la respiración de un niño acongojado. Por miedo a que se sintiera azarado, prosiguió:

—Cuando estabas sentado en la gran sala en el lugar del jeque, yo te observaba de lejos y me decía: Con tal de que no pronuncie una sentencia de muerte... Rukoz no es más que un granuja enriquecido, pero su hija tiene el alma pura.

Se calló y esperó. Tanios no estaba aún en situación de hablar y entonces ella añadió como para sí misma:

—Sólo que en el pueblo están preocupados.

—¿Por qué están preocupados?

—Murmuran que, seguramente, Rukoz sobornará a los jóvenes que le custodian para que le dejen escapar. ¿Quién podrá entonces calmar a la gente de Sahlaín?

—Madre, me pesa la cabeza como una piedra. Déjame ahora, hablaremos mañana.

—Duérmete, no hablaré más.

—No, ve a dormir a casa de la *juriyyé*, debe de estar esperándote. Quiero estar solo.

Ella se levantó; en el silencio, él oyó el ruido de cada uno de sus pasos y el chirrido de los goznes. Había esperado que su madre le reconfortara, pero sólo le había traído nuevos tormentos.

Con respecto a Asma, primero. Durante aquellos dos años de exilio, sólo había pensado en ella para cubrirla de reproches. Había terminado por no ver en ella más que la réplica femenina de su padre. El alma igual de pérfida, bajo una máscara de ángel. Aquel día había gritado en su habitación, y los esbirros de Rukoz le habían agarrado para molerle a palos y expulsarle. A causa de esta imagen grabada en su memoria, había maldecido a Asma y la había desterrado de sus pensamientos. Y cuando ella se había arrodillado a sus pies para pedirle que salvara a su padre, la había ignorado. Sin embargo, había ido a consolar a Lamia en su ausencia y a hablar de él...

¿Había sido injusto con esa muchacha? Revivió en su recuerdo las imágenes que había alejado durante mucho tiempo; la de aquel día, en el salón en obras, cuando la besó por primera vez; las de aquellos momentos de intensa felicidad cuando sus dedos tímidos se rozaban. Ya no sabía si se había equivocado con su amor o con su odio.

La confusión de su mente le adormeció, la confusión le despertó. Habían transcurrido algunos segundos... o algunas horas.

Se incorporó apoyándose en el codo. Luego, se dio la vuelta y se encontró con los pies en el vacío, dispuesto a saltar. Pero permaneció así, arqueado, como al acecho. Quizá oyera algunos ruidos, quizá pensara en las preocupaciones de los aldeanos. Lo cierto es que, después de algunos segundos de perplejidad, saltó y corrió fuera, cruzó el patio del castillo y se internó por el sendero que, a la izquierda, llevaba a las antiguas cuadras. Debían de ser las cinco. En el suelo sólo se veían aún las piedras blancas y las sombras, como cuando hay luna llena.

Bajo esa luz incierta comenzó el último día de la existencia de Tanioskisk, al menos de su existencia conocida. Sin embargo, me veo obligado a interrumpir su curso y a volver atrás para evocar de nuevo su última noche. He intentado reconstruirla lo mejor que he podido, pero existe otra versión de la misma noche que nada en las fuentes escritas corrobora y que, cosa aún más grave según mi criterio, tampoco tiene el mérito de la verosimilitud.

Si hablo de ella, a pesar de todo, es porque el anciano Gebrayel no me perdonaría si la omitiera; recuerdo aún hasta qué punto le irritaron mis dudas. «¿Nada más que una leyenda, dices? ¿Sólo quieres hechos? Los hechos son perecederos, créeme, sólo la leyenda permanece, como el alma después del cuerpo, o como el perfume tras los pasos de una mujer». Tuve que prometerle que mencionaría su versión.

¿Y qué dice esa versión? Que el héroe, después de haber esquivado a la multitud para ir a tenderse en su lecho de niño, se durmió hasta que las caricias de Lamia le despertaron por primera vez. Tuvo con ella la conversación que ya conocemos y luego le pidió que le dejara descansar.

Y de nuevo le despertaron unas caricias.

—Madre, creía que te habías ido.

Pero no eran las caricias de Lamia. Ésta solía ponerle la mano en la frente y luego se la pasaba por los cabellos como para peinarle. Gesto invariable, a los dos años como a los veinte. La nueva caricia era diferente. Desde la frente pasaba a los contornos de los ojos, al rostro, a la barbilla.

Cuando el muchacho pronunció «Asma», dos dedos se apoyaron en sus labios, y la joven le dijo:

—No hables, y cierra también los ojos.

Luego, se tendió a su lado y apoyó la cabeza en su hombro.

Él la rodeó con sus brazos. Sus hombros estaban desnudos. Se acurrucaron violentamente uno contra el otro sin hablar. Y sin mirarse, lloraron las lágrimas de todo su infortunio.

Después, ella se levantó. Él no intentó retenerla. Al bajar por la escalera de mano, ella le dijo solamente:

—No dejes morir a mi padre.

Él iba a responder, pero los dedos de Asma le cerraron una vez más los labios en un gesto confiado. Él oyó entonces, en la oscuridad, el roce de un vestido y olió por última vez su fragancia de jacinto silvestre.

Se secó los ojos con el revés de la manga y se incorporó. Luego, saltó al suelo y se puso a correr en dirección a las antiguas cuadras.

¿Era para comprobar que Rukoz no se había evadido sobornando a los guardias? ¿O bien, por el contrario, para liberarle antes de la llegada del jeque? Dentro de un momento, la cosa no tendrá ya la menor importancia.

Las antiguas cuadras estaban alejadas del castillo. Sin duda ésa era la razón por la que habían dejado de utilizarse y se habían construido otras más cerca. Desde entonces, habían servido casi siempre de aprisco, pero también algunas veces de prisión provisional para locos furiosos o criminales con fama de peligrosos.

El dispositivo era simple y sólido: fuertes cadenas amarradas a una pared muy gruesa, una pesada puerta en forma de herradura y dos rejas incrustadas en la piedra.

Al acercarse, Tanios creyó ver la silueta de un guardia sentado y apoyado en la pared, con la cabeza caída sobre el hombro, y otro tendido en el suelo. Al principio moderó el paso, diciéndose que iba a sorprenderles durmiendo, pero renunció enseguida a ello y se puso a patear el suelo y a aclararse la garganta para no tener que sermonearles. Pero seguían sin moverse. Fue entonces cuando vio la puerta abierta de par en par.

Los guardias de la prisión estaban muertos. Esos dos allí, y los otros dos un poco más lejos. Inclinandose sobre cada uno de ellos, pudo verificar sus heridas en las manos y los cortes en la garganta.

«¡Maldito seas, Rukoz!» —rugió—, persuadido de que sus cómplices habían ido a liberarle. Pero al entrar en el caserón vio, yaciendo bajo la bóveda y con los pies aún en las cadenas, un cadáver. Tanios reconoció al padre de Asma por sus ropas y su corpulencia. Los atacantes se habían llevado la cabeza a modo de trofeo.

El reverendo Stolton cuenta que, ese mismo día, la pasearon por la calles de Sahlaín en una bayoneta. Y sus palabras son muy duras.

«Para conseguir la cabeza de un criminal, mataron a cuatro inocentes. Kahtane beyk me dijo que él no lo había ordenado, pero dejó que lo hicieran. Mañana, la gente de Kfaryabda, en represalias, vendrá a degollar a otros inocentes. Y durante mucho tiempo, a lo largo de los años venideros, unos y otros encontrarán excelentes razones para justificar sus venganzas sucesivas.

»Dios no le ha dicho al hombre: No matarás sin razón. Le ha dicho simplemente: No matarás».

Y el pastor añade, dos párrafos más adelante:

«Desde hace siglos, unas comunidades perseguidas han venido a aferrarse a la ladera de una misma montaña. Si en ese refugio se desgarran entre sí, la servidumbre que les rodea subirá hasta ellas y las sumergirá, como el mar barre las rocas.

»¿Quién tiene la mayor responsabilidad en este asunto? Ciertamente, el pachá de Egipto, que ha enfrentado a los montañeses. Nosotros también, británicos y franceses, que hemos venido a prolongar aquí las guerras napoleónicas. Y los otomanos, por su incuria y sus arrebatos de fanatismo. Pero a mis ojos, ya que he llegado a amar esta montaña como si hubiera nacido en ella, sólo son imperdonables los hombres de esta tierra, cristianos o drusos...».

Como si hubiera podido leer las palabras de su antiguo tutor, «el hombre de esa tierra» que era Tanios no veía otro culpable que él mismo. ¿No le habían advertido que si se negaba a ejecutar a Rukoz ese drama no dejaría de producirse? Hasta el cura le había prevenido. Pero él no había querido escucharle. Había sido él quien, con un gesto que pretendía ser soberano, había enviado a esos cuatro muchachos a la muerte. Y sería él quien habría provocado las matanzas que se producirían a continuación por su incapacidad para actuar con rigor. Culpable de indecisión. Culpable de tolerancia a causa de un resto de cariño, de un rescoldo de amor. Culpable de piedad.

Estaba tan convencido de su propia culpabilidad que no se atrevió a volver al pueblo inmediatamente para contar lo que había sucedido. Se fue a caminar por el bosque de pinos que había ardido recientemente. Algunos árboles se habían carbonizado de pie y se sorprendió acariciándolos, como si sólo ellos pudieran comprender su estado de ánimo. Con los pies en la hierba negra, buscaba inútilmente el sendero que tomaba antaño para ir a la escuela de Sahlaín. Sus ojos ardían por los vapores acres.

Poco a poco, el cielo se iba aclarando. En Kfaryabda, el sol se anuncia mucho antes de aparecer, ya que al oriente del pueblo se alza, muy cercana, una de las cimas más altas de la montaña y el astro tarda mucho en escalarla. Al ocaso, sucede lo contrario, está ya oscuro y en las casas se encienden los faroles aun cuando desde las ventanas se divisa todavía en el horizonte un disco que enrojece y luego azulea hasta que sólo ilumina los abismos del mar donde se hunde.

Aquella mañana, sucedieron muchas cosas antes de que el sol apareciera. Tanios vagaba aún por el bosque calcinado cuando la campana de la iglesia comenzó a sonar. Una campanada y luego un momento de silencio; una segunda campanada y otro silencio. Tanios se turbó. «Han descubierto los cuerpos».

Pero la campana se aceleró. Lo que había tomado por toque de difuntos eran los primeros sonidos de un repique lleno de alegría. El jeque acababa de llegar y caminaba por la Blata. La gente acudía corriendo, gritaba, le rodeaba. Desde el lugar donde se encontraba, Tanios podía incluso reconocerle en medio de la muchedumbre. Sin embargo, no podía oír el murmullo que se propagaba:

—¡Está ciego! ¡Le han apagado los ojos!

## Capítulo 3

---

EL jeque percibió el asombro de los aldeanos y se sorprendió él también. Creía que la noticia se había divulgado; la primera semana de su detención le pasaron por las pupilas el hierro candente.

La gente se esforzaba por no refrenar su alegría, pero mientras se empujaban en torno al señor para «ver» su mano, no podían evitar contemplarle como jamás habrían osado hacerlo en el tiempo en que aún tenía sus ojos.

Todo en él había cambiado: su bigote blanco, ahora mal alisado, sus cabellos despeinados y, evidentemente, su forma de andar, pero también los gestos de las manos, su porte más rígido, los movimientos de la cabeza, los tics de su rostro e incluso su voz, un poco vacilante, como si ella también tuviera necesidad de ver su camino. Sólo su chaleco verde manzana estaba aún en su lugar, sus carceleros no se lo habían quitado.

Una mujer vestida de negro se acercó y le cogió la mano como hacían todos los demás.

—Tú eres Lamia.

El jeque le cogió la cabeza entre las manos y la besó en la frente.

—No te alejes, ponte a mi izquierda, tú serás mis ojos. Nunca he tenido unos ojos tan bellos.

Se rió. Todo el mundo a su alrededor se secaba las lágrimas. Lamia más que nadie.

—¿Dónde está Tanios? ¡Estoy deseando hablar con él!

—Cuando se entere de que nuestro jeque ha regresado, le veremos llegar corriendo.

—Ese muchacho es nuestro orgullo y el ornato del pueblo.

Lamia empezaba a responder con un deseo de larga vida y de salud, cuando se escucharon fuertes gritos seguidos del crepitar de los fusiles que

tiraban al aire. Luego, un gran alboroto. La gente corría en todas las direcciones.

—¿Qué pasa? —preguntó el jeque.

Varias voces jadeantes respondieron al mismo tiempo.

—No entiendo nada, que hable sólo uno y que los demás se callen.

—¡Yo! —dijo alguien.

—¿Quién eres tú?

—¡Soy Tubiyya, jeque!

—Está bien. Habla, Tubiyya, ¿qué pasa?

—Los hombres de Sahlaín nos han atacado durante la noche y han matado a Rukoz y a los cuatro jóvenes que le custodiaban. ¡Es necesario que el pueblo entero tome las armas y vaya a hacerles pagar esto!

—¡Tubiyya, no te he pedido que me digas lo que tengo que hacer, sino solamente lo que ha pasado! Y ahora dime, ¿cómo sabes que ha sido la gente de Sahlaín?

El cura hizo una seña a Tubiyya para que le dejara hablar. Luego, se inclinó al oído del jeque para informarle en pocas palabras de lo que se había dicho la víspera en el castillo, de la decisión que había tomado Tanios y de la intervención de Kahtane beyk... *Buna* Butros evitó criticar al hijo de Lamia, pero a su alrededor la gente prorrumpía en reproches.

—Tanios sólo ha ocupado un día el lugar de nuestro jeque y el pueblo está ya en una guerra sin cuartel.

El rostro del señor se endureció.

—¡Que se calle todo el mundo! ¡Ya he oído bastante! Subamos todos al castillo, necesito sentarme. Hablaremos cuando estemos allá arriba.

El repique de la campana se interrumpió en el mismo momento en que el jeque cruzaba de nuevo el umbral de la casa señorial; alguien acababa de advertir al campanero que la hora del regocijo había pasado.

Sin embargo, al recuperar su sitio habitual en la Sala de los Pilares, el señor se volvió hacia la pared y preguntó:

—¿Está detrás de mí el retrato del ladrón?

—No —le respondieron—, lo hemos descolgado y lo hemos quemado.

—¡Qué lástima! Nos habría ayudado a llenar nuestras arcas.

Su rostro seguía serio, pero en la asamblea hubo sonrisas e incluso algunas risitas. Así que el jeque estaba al corriente de las bromas que los lugareños habían inventado contra el usurpador. Señor y súbditos eran cómplices por el recuerdo y estaban dispuestos a afrontar el sufrimiento.

—Lo que ha pasado entre Kfaryabda y Sahlaín me entristece más que la pérdida de mis ojos. ¡Jamás me he alejado del camino de la buena vecindad y de la fraternidad! Y a pesar de la sangre inocente que acaba de ser derramada, debemos evitar la guerra.

Se oyeron algunos murmullos.

—¡Que aquellos que no aprecien mis palabras salgan de mi casa al instante sin que tenga que expulsarles!

Nadie se movió.

—¡Pues entonces que se callen! Y si alguien quiere ir a la guerra en contra de mi voluntad, que sepa que ordenaré que le cuelguen mucho antes de que los drusos hayan tenido tiempo de matarle.

El silencio se hizo general.

—¿Está Tanios aquí?

El joven había llegado después que el jeque y, rechazando los asientos que le ofrecían, se había apoyado en uno de los pilares de la sala. Al oír mencionar su nombre, se sobresaltó, se acercó y se inclinó sobre la mano que el señor le tendía.

Lamia se levantó para ceder el sitio a su hijo, pero el jeque se lo impidió.

—Te necesito, no te alejes más. Tanios estaba bien donde estaba.

Lamia volvió a sentarse algo azarada, pero el joven fue a apoyarse de nuevo en el pilar sin parecer ofendido.

—Ayer —prosiguió el señor—, cuando aún no se sabía que iba a regresar, os reunisteis aquí bajo la autoridad de este muchacho para juzgar a Rukoz. Tanios dictó una sentencia que ha resultado infortunada e, incluso, desastrosa. Algunos de vosotros me habéis dicho que careció de prudencia y de firmeza. Les doy la razón. Otros me han murmurado al oído que Tanios careció de valor. A estos últimos les digo: habéis de saber que para colocarse frente al emir y notificarle su destitución y su destierro hace falta cien veces más valor que para mandar degollar a un hombre maniatado.

Pronunció las últimas palabras con voz potente e indignada. Lamia se irguió en su asiento. Tanios tenía los ojos bajos.

—Con la experiencia y la edad, la prudencia de este muchacho crecerá a la altura de su valor y de su inteligencia. Podrá entonces sentarse en este lugar sin desmerecer; ya que mi intención y mi voluntad es que sea él quien me suceda el día en que ya no esté aquí. Le había pedido al Cielo que no me dejara morir sin haber asistido a la caída del tirano que mató injustamente a mi hijo. El Altísimo ha atendido mi plegaria y ha escogido a Tanios como instrumento de Su cólera y de Su justicia. Este muchacho se ha convertido en mi hijo, mi único hijo y le nombro mi heredero. He querido decirlo hoy delante de todos para que a nadie se le ocurra impugnarlo.

Las miradas se habían vuelto hacia el elegido, que seguía estando como ausente. ¿Era su manera de recibir los honores?, ¿o, en realidad, una señal de timidez y una excesiva cortesía? Todas las fuentes concuerdan en decir que el comportamiento de Tanios aquella mañana desconcertó a los asistentes. Insensible a las críticas, insensible a los elogios, desesperadamente silencioso. La explicación me parece simple. De todas las personas presentes, ninguna, ni siquiera Lamia, sabía lo esencial: que Tanios había descubierto los cadáveres de los cuatro muchachos, que no tenía ante sus ojos más que la imagen de sus cuerpos ensangrentados, que su sentimiento de culpabilidad le obsesionaba y que era incapaz de pensar en otra cosa y mucho menos en el testamento del jeque y en su propio brillante porvenir.

Y cuando el señor del castillo dijo algunos minutos después: «Ahora dejadme descansar un poco y volved a verme esta tarde para que hablemos de nuevo de lo que hay que hacer con nuestros vecinos de Sahlaín», y la gente comenzó a retirarse, Tanios permaneció apoyado en el pilar, abatido, mientras que todos desfilaban ante él midiéndole con la mirada como a una estatua.

El ruido de pasos terminó por apagarse y el jeque le preguntó entonces a Lamia que le sostenía por el brazo:

—¿Se han marchado todos?

La mujer dijo «sí», aunque su hijo estuviera aún en el mismo sitio y ella le observara con creciente inquietud.

Luego, la pareja comenzó a avanzar al paso lento del invidente en dirección a los aposentos del jeque. Tanios levantó entonces la cabeza y los vio alejarse cogidos del brazo, como abrazados, y tuvo súbitamente la certeza de que aquellos a los que estaba contemplando así eran sus padres.

Este pensamiento le impresionó y le sacó de su torpor. Su mirada se hizo más viva. ¿Qué había en esa mirada? ¿Ternura? ¿Reproches? ¿La sensación de tener al fin la clave del enigma que había pesado sobre su vida entera?

En ese momento Lamia se volvió. Sus ojos se cruzaron con los de su hijo y, entonces, como avergonzada, soltó el brazo del jeque, volvió hacia Tanios y le puso la mano en el hombro.

—Estaba pensando en la hija de Rukoz. Estoy segura de que nadie en el pueblo irá a presentarle sus condolencias. No deberías dejarla sola en un día como éste.

El joven asintió con la cabeza, pero siguió sin moverse. Su madre fue de nuevo hacia el jeque, que la estaba esperando en el mismo sitio y le tomó otra vez del brazo, pero manteniéndose más separada. Luego desaparecieron por el recodo del pasillo.

Tanios se dirigió entonces hacia la salida con una extraña sonrisa en los labios.

Cito de nuevo las efemérides del reverendo Stolton:

«Se dice que cuando se dirigía a casa de la hija del *jweja* Rukoz para presentar sus condolencias, Tanios vio una aglomeración no lejos de la Blata. Unos muchachos del pueblo estaban maltratando a Nader, el vendedor ambulante, acusándole de haber denigrado al jeque y de haber estado en connivencia con Rukoz y con los egipcios. El hombre se debatía jurando que había vuelto sólo para felicitar al jeque por su regreso. Tenía el rostro ensangrentado y sus mercancías estaban esparcidas por el suelo. Tanios intervino valiéndose del prestigio que aún le quedaba y llevó al hombre con su mula hasta la salida del pueblo. Un trayecto de tres millas a lo sumo, incluido el regreso; pero mi pupilo no volvió hasta cuatro horas más tarde. No habló con nadie y subió a sentarse sobre una roca. Luego, como por prodigio, desapareció. (*He vanished*, dice el texto inglés).

»Por la noche, su madre y la esposa del cura vinieron a preguntarme si yo había visto a Tanios, si tenía noticias de él. Ningún hombre las acompañaba, a causa de la extrema tensión que reina entre Kfaryabda y Sahlaín».

En cuanto a la *Crónica montañesa*, dice lo siguiente:

«Tanios acompañó a Nader hasta el *jraj* (territorio fuera de los límites del pueblo) para cerciorarse de su seguridad, y luego regresó y subió inmediatamente a sentarse en la roca que hoy lleva su nombre. Permaneció allí largo rato, apoyado en ella e inmóvil. Los aldeanos se acercaban a veces para observarle y luego continuaban su camino.

»Cuando el jeque se despertó de la siesta, le mandó llamar. Algunos hombres fueron entonces al pie de la roca y Tanios les dijo que pronto se reuniría con ellos. Una hora más tarde, aún no había llegado al castillo. El jeque se mostró contrariado y envió a otros emisarios a llamarle, pero ya no estaba en la roca. Tampoco le había visto nadie bajar de ella y marcharse.

Entonces comenzaron a buscarle llamándole a gritos; todo el pueblo se puso en movimiento, hombres, mujeres y niños, e incluso se pensó lo peor y fueron a mirar al pie del farallón, por si se había caído en un momento de aturdimiento. Pero allí tampoco había ni rastro de él».

Nader nunca volvería a poner los pies en el pueblo. Por otra parte, renunció a recorrer la montaña con sus baratijas y prefirió establecer en Beirut un comercio más sedentario. Vivió aún veinte largos años lucrativos y charlatanes, pero cuando a veces la gente de Kfaryabda iba a verle y le interrogaba sobre el hijo de Lamia, no decía otra cosa que lo que todo el mundo sabía: que se habían separado a la salida del pueblo, que él había continuado su camino y que Tanios había vuelto sobre sus pasos.

Pero había consignado su parte del secreto en un cuaderno que, un día, en los años veinte de este siglo, un profesor de la American University of Beirut encontraría por casualidad en el batiborrillo de un desván. Publicado en

edición anotada y traducido al inglés con el título de *Wisdom on muleback* (que he transformado libremente en «La sabiduría del arriero»), sólo circularía por un medio muy restringido donde nadie era capaz de relacionarlo con la desaparición de Tanios.

Sin embargo, si se leen con atención esas máximas con pretensiones poéticas, se encuentra en ellas, evidentemente, los ecos de la larga conversación que se desarrolló aquel día entre Nader y Tanios a la salida del pueblo, y también algunas claves para comprender lo que pudo suceder más tarde.

Frases como ésta: «Hoy, tu destino está cerrado, tu vida al fin comienza», que he citado poniéndola de relieve; o también: «Tu roca está cansada de sostenerte, Tanios, y el mar está fatigado de tus miradas estériles»; pero sobre todo, este pasaje que el anciano Gebrayel —ojalá viva y conserve la mente clara más allá de los cien años— me hizo leer una noche, señalando cada palabra con su índice sarmentoso:

Para todos los demás, tú eres el ausente, pero yo soy el amigo que sabe.

Sin que ellos lo supieran, has corrido por el camino del padre asesino, hacia la costa.

Ella, la muchacha del tesoro, te espera en su isla; y sus cabellos siguen teniendo el color del sol poniente.

Al recorrer por primera vez esta declaración tan límpida, tuve la impresión de tener ante mis ojos la clave de la historia. Quizá lo sea, pero también quizá no lo sea. Quizá esas líneas revelen lo que el arriero sabía, pero al releerlas pienso que quizá encierren solamente lo que esperaba saber algún día sobre la suerte del amigo desaparecido.

En todo caso, sigue habiendo muchas zonas de sombra que el tiempo ha hecho más densa. La primera, ésta: ¿por qué después de haber salido del pueblo en compañía del arriero fue Tanios a sentarse en aquella roca?

Podemos imaginar que como resultado de su conversación con Nader, que le habría exhortado una vez más a abandonar su montaña, el muchacho dudaba. Podríamos incluso enumerar las razones que habrían podido incitarle a partir y las que, por el contrario, deberían haberle retenido... pero ¿de qué serviría eso? No es así como se toma la decisión de partir. No se valoran, no se

alinean los inconvenientes y las ventajas. De un instante al otro, se produce el vuelco. Hacia otra vida, hacia otra muerte. Hacia la gloria o el olvido. ¿Quién podrá decir jamás a raíz de qué mirada, de qué palabra, de qué risa sarcástica un hombre descubre súbitamente que se siente extranjero entre los suyos? Y nace en él esa urgencia de alejarse o de desaparecer.

Tras los pasos invisibles de Tanios, ¡cuántos hombres se han marchado del pueblo desde entonces! ¿Por las mismas razones? Por el mismo impulso, más bien, por el mismo arrebató. Mi montaña es así. Apego a la tierra y aspiración de abandonarla. Lugar de refugio y lugar de paso. Tierra de leche y miel y tierra de sangre. Ni paraíso ni infierno. Purgatorio.

En este punto de mi búsqueda a tientas, me había olvidado un poco de la confusión de Tanios ante mi propia confusión. ¿No había buscado yo la verdad más allá de la leyenda? Y cuando creí alcanzar el corazón de la verdad, estaba hecho de leyenda.

Incluso llegué a decirme que, después de todo, quizá hubiera algún sortilegio vinculado a la roca de Tanios. Cuando regresó a sentarse en ella, no fue para reflexionar —me decía yo—, ni para sopesar los pros y los contras, sino porque sentía necesidad de algo diferente. ¿La meditación? ¿La contemplación? Más que eso, la decantación del alma. Y sabía por instinto que si subía a sentarse en ese trono de piedra, si se abandonaba a la influencia del lugar, su suerte estaría sellada.

Ahora comprendía que me hubieran prohibido escalar esa roca, pero precisamente porque lo comprendía, porque me había dejado convencer —contra mi razón— de que las supersticiones y los celos no eran infundados, la tentación de desafiar lo prohibido era tanto más fuerte.

¿Estaba aún comprometido por el juramento que había hecho? Habían pasado tantas cosas... Desde la época no tan lejana de mi abuelo, el pueblo había conocido tanta aflicción, tantas heridas, tanta destrucción, que un día terminé por ceder. Pedí perdón en un murmullo a todos los antepasados y, a mi vez, subí a sentarme en la roca.

¿Con qué palabras podría describir mi sentimiento, mi estado de ánimo? Ingravidez del tiempo, ingravidez del corazón y de la inteligencia.

A mis espaldas, la montaña cercana. A mis pies, el valle desde donde, al caer el día, subirían los aullidos familiares de los chacales. Y allá, a lo lejos, podía ver el mar, mi reducida parcela de mar, estrecha y larga hacia el horizonte como un camino.

## Nota del autor

**E**STE libro se inspira muy libremente en una historia real: el asesinato de un patriarca, cometido en el siglo XIX por un tal Abu-kisk Maalouf. Aunque se refugió en Chipre con su hijo, la astucia de un agente del emir le llevó de nuevo a su tierra para ser ejecutado.

El resto —el narrador, su pueblo, sus fuentes, sus personajes—, todo el resto no es más que impura ficción.

# Notas

[1] En Oriente, lugar pereparado para el descanso de las caravanas; mercado público. (*N. de la T.*). <<



Amin  
Maalouf  
La  
Roca de Tanios